La ley del desierto

Segundo volumen de la trilogía
El juez de Egipto
CHRISTIAN JACQ

Índice

Título original: *La Loi du désert*
Traducción: Manuel Serrat

Grande es la Regla, duradera su eficacia; no ha sido perturbada desde los tiempos de Osiris. La iniquidad es capaz de apoderarse de la cantidad, pero el mal nunca llevará su empresa a buen puerto. No te entregues a una maquinación contra la especie humana, pues Dios castiga semejante comportamiento... Si has escuchado las máximas que acabo de decirte, cada uno de tus designios progresara.

La enseñanza del sabio Ptah-hotep
(Extracto de las máximas 5 y 38)

CAPÍTULO 1

El calor era tan abrumador que sólo un escorpión negro se aventuraba por la arena del patio del penal. Perdido entre el valle del Nilo y el oasis de Khargeh, más de doscientos kilómetros al oeste de la ciudad santa de Karnak, recibía a los reincidentes que purgaban pesadas penas de trabajos forzados. Cuando la temperatura lo permitía, trabajaban en la pista que unía el valle con el oasis, por la que circulaban las caravanas de asnos cargados con mercancías.

Por décima vez, el juez Pazair presentó su petición al jefe del campo, un coloso proclive a golpear a los indisciplinados.

–No soporto el régimen de favor del que gozo. Quiero trabajar como los demás.

Delgado, bastante alto, con los cabellos castaños, la frente ancha y alta, y los ojos verdes coloreados de marrón, Pazair, cuya juventud había desaparecido con la prueba, conservaba una nobleza que imponía respeto.

–No sois como los demás.

–Soy un prisionero.

–No habéis sido condenado, estáis aislado. Para mí, ni siquiera existís. Vuestro nombre no está en el registro, no tenéis número de identificación.

–Eso no me impide hacer de picapedrero.

–Volved a sentaros.

El jefe del campo desconfiaba de aquel juez. ¿Acaso no había asombrado a Egipto organizando el proceso del famoso general Asher, acusado por el mejor amigo de Pazair, el teniente Suti, de haber torturado y asesinado a un explorador egipcio y de colaborar con los enemigos hereditarios, los beduinos y los libios?

El cadáver del infeliz no había sido encontrado en el lugar que Suti había indicado. De modo que los jurados, al no poder condenar al general, se habían limitado a solicitar una investigación más profunda, que se había paralizado en seguida porque Pazair, que había caído en una emboscada, se había convertido en el principal sospechoso del asesinato de su padre espiritual, el sabio Branir, futuro sumo sacerdote de Karnak. Acusado de flagrante delito, había sido detenido y deportado, con desprecio de la ley.

El juez se sentó en la ardiente arena, en la postura del escriba. Pensaba sin cesar en su esposa Neferet. Durante mucho tiempo creyó que nunca lo amaría; luego había llegado la felicidad, violenta como el sol de verano. Una felicidad brutalmente quebrada, un paraíso del que había sido expulsado sin esperanza de retorno.

Se levantó un viento cálido. Atorbellinó los granos de arena, que azotaron su piel. Con la cabeza cubierta por un paño blanco, Pazair no le prestó atención; recordaba los episodios de su investigación.

Pequeño magistrado llegado de provincias, extraviado en la gran ciudad de Menfis, había cometido el error de mostrarse demasiado concienzudo estudiando de cerca un extraño expediente. Había descubierto el asesinato de cinco veteranos que formaban la guardia de honor de la gran esfinge de Gizeh, matanza presentada como un accidente; el robo de una importante cantidad de hierro celeste, reservado a los templos; una conspiración en la que estaban mezcladas altas personalidades.

Pero no había logrado demostrar, de modo definitivo, la culpabilidad del general Asher, y su intención de derribar a Ramsés el Grande.

Cuando el juez había obtenido plenos poderes para poder conectar entre sí aquellos elementos dispersos, la desgracia había caído sobre él.

Pazair recordaba cada instante de aquella horrible noche.

El mensaje anónimo anunciándole que su maestro Branir estaba en peligro, su desesperada carrera por las calles de la ciudad, el descubrimiento del cadáver del sabio Branir, con una aguja de nácar clavada en el cuello, la llegada del jefe de policía, que no había vacilado ni un solo instante en considerar al juez como un asesino, la sórdida complicidad del decano del porche, el más alto magistrado de Menfis, su encierro, el penal y, al final de todo ello, una muerte solitaria, sin que se conociera la verdad.

La maquinación había sido perfectamente organizada.

Con la ayuda de Branir, el juez habría podido investigar en los templos e identificar a los ladrones del hierro celeste. Pero su maestro había sido eliminado, como los veteranos, por unos misteriosos agresores cuyos objetivos seguían siendo desconocidos. El juez había sabido que una mujer y algunos hombres de origen extranjero se hallaban entre ellos; sus sospechas habían recaído así sobre el químico Chechi, el dentista Qadash y la esposa del transportista Denes, un hombre rico, influyente y deshonesto, pero no había obtenido certeza alguna.

Pazair resistía el calor, el viento de arena, el alimento insípido, porque quería sobrevivir, estrechar a Neferet en sus brazos y ver cómo florecía la justicia.

¿Qué habría inventado el decano del porche, su superior jerárquico, para explicar su desaparición, qué calumnias estarían vertiéndose sobre él?

Escapar era utópico, aunque el campo estuviera abierto a las colinas vecinas. A pie no iría lejos. Lo habían encarcelado allí para que pereciera. Cuando estuviera destrozado, corroído, cuando hubiera perdido cualquier esperanza, divagaría, como un pobre loco mascullando incoherencias.

Ni Neferet ni Suti lo abandonarían. Rechazarían la mentira y la calumnia, lo buscarían por todo Egipto. Tenía que aguantar, dejar que el tiempo corriera por sus venas.

Los cinco conjurados se reunieron en la granja abandonada donde solían encontrarse. La atmósfera era alegre, su plan se desarrollaba como estaba previsto.

Tras haber violado la gran pirámide de Keops y robado las insignias mayores del poder, el codo de oro y el testamento de los dioses, sin las que Ramsés el Grande perdía toda legitimidad, se acercaban día tras día a su objetivo.

El asesinato de los veteranos que custodiaban la esfinge, de donde salía el corredor subterráneo que les había permitido introducirse en la pirámide, y la eliminación del juez Pazair habían sido incidentes menores olvidados ya.

–Queda por hacer lo esencial –declaró uno de los conjurados–. Ramsés aguanta.

–No seamos impacientes.

–¡Hablad por vos!

–Hablo por todos; todavía necesitamos tiempo para sentar los fundamentos de nuestro futuro imperio. Cuanto más atado esté Ramsés, cuanto más incapaz sea de actuar, consciente de correr hacia su caída, más fácil será nuestra victoria. No puede revelar a nadie que la gran pirámide ha sido saqueada y que el centro de energía espiritual, del que sólo él es responsable, ya no funciona.

–Pronto se agotarán sus fuerzas; se verá obligado a vivir el ritual de regeneración.

–¿Quién se lo impondrá?

–¡La tradición, los sacerdotes y él mismo! Es imposible sustraerse a este deber.

–Y al final de la fiesta, tendrá que mostrar al pueblo el testamento de los dioses.

–Un testamento que está en nuestras manos.

–Entonces, Ramsés abdicará y ofrecerá el trono a su sucesor.

–Precisamente el hombre al que hemos designado.

Los conjurados saboreaban ya su victoria. No le darían otra elección a Ramsés el Grande, reducido al rango de esclavo. Cada uno de los miembros de la maquinación seria retribuido de acuerdo con sus méritos, todos ocuparían mañana una posición de privilegio. El mayor país del mundo les pertenecería; modificarían sus estructuras, cambiarían sus mecanismos y lo modelarían de acuerdo con su visión, radicalmente opuesta a la de Ramsés, prisionero de valores ya caducados.

Mientras el fruto maduraba, desarrollaban su red de relaciones, de simpatizantes y aliados. Crímenes, corrupción, violencia... Ninguno de los conjurados lo lamentaba. Eran el precio de la conquista del poder.

CAPÍTULO 2

El ocaso enrojecía las colinas. A aquella hora, el perro de Pazair, Bravo, y su asno, Viento del Norte, debían de estar degustando la comida que les servia Neferet, tras una larga jornada de trabajo. ¿Cuántos enfermos habría curado, se alojaba en la pequeña casa de Menfis, cuya planta baja ocupaba el despacho del juez, o había vuelto a su pueblo de la región tebana para ejercer su oficio de médico, lejos de la agitación de la ciudad?

El valor del juez se debilitaba.

Él, que había consagrado su existencia a la justicia, sabía que nunca la recibiría. Ningún tribunal reconocería su inocencia. Suponiendo que saliera del penal, ¿qué porvenir reservaba a Neferet?

Un anciano se sentó a su lado. Flaco, desdentado, con la piel curtida y arrugada, lanzó un suspiro.

–Para mí, se ha terminado. Soy demasiado viejo. El jefe me exonera del transporte de piedras. Me encargaré de la cocina. Buena noticia, ¿no?

Pazair inclinó la cabeza.

–¿Por qué no trabajas? –interrogó el anciano.

–Me lo impiden.

–¿A quién has robado?

–A nadie.

–Aquí sólo hay grandes ladrones. Han reincidido tantas veces que nunca saldrán del penal, porque traicionaron su juramento de no comenzar de nuevo. Los tribunales no bromean con la palabra dada.

–¿Y a tu entender, se equivocan?

El viejo escupió en la arena.

–¡Extraña pregunta! ¿No estarás del lado de los jueces?

–Soy uno de ellos.

La noticia de su liberación no habría asombrado más al interlocutor de Pazair.

–Te burlas de mi.

–¿Crees que tengo ganas de hacerlo?

–Caramba, caramba... ¡Un juez, uno de verdad!

Lo miraba, inquieto y respetuoso.

–¿Y qué has hecho?

–Dirigí una investigación y quieren cerrarme la boca.

–Debes de estar mezclado en un extraño asunto. Yo soy inocente. Un competidor desleal me acusó de robar una miel que me pertenecía.

–¿Apicultor?

–Tenía colmenas en el desierto, mis abejas me daban la mejor miel de Egipto. Los competidores se volvieron envidiosos; organizaron una emboscada y caí en ella. En el proceso me enojé. Rechacé el veredicto

contra mí, pedí un segundo juicio y preparé mi defensa con un escriba. Estaba seguro de ganar.

–Pero fuiste condenado.

–Mis competidores ocultaron en casa objetos robados en un taller. ¡Pruebas de la reincidencia! El juez no investigó demasiado.

–Se equivocó. En su lugar, yo habría examinado los móviles de los acusadores.

–¿Y si te pusieras en su lugar? ¿Y si demostraras que las pruebas son falsas?

–Primero tendría que salir de aquí.

El apicultor escupió de nuevo en la arena.

–Cuando un juez traiciona su función, no lo aíslan en un campo como éste. Ni siquiera te han cortado la nariz. Debes de ser un espía, o algo así.

–Como quieras.

El anciano se levantó y se alejó.

Pazair ni siquiera tocó la habitual bazofia. Ya no tenía ganas de luchar. ¿Qué podía ofrecer a Neferet, salvo la vergüenza y la decadencia? Seria mejor que no volviera a verla nunca y lo olvidara. Conservaría el recuerdo de un magistrado de fe inquebrantable, de un loco enamorado, de un soñador que había creído en la justicia.

Tendido de espaldas, contempló el cielo de lapislázuli. Mañana, desaparecería.

Las blancas velas bogaban por el Nilo. Al caer la noche, los marineros se divertían saltando de un barco a otro, mientras el viento del norte daba velocidad a las embarcaciones.

Caían al agua, reían, se apostrofaban.

Sentada en la orilla, una muchacha no oía los gritos de los revoltosos. Con los carrillos más bien rubios, un rostro muy puro de líneas tiernas, los ojos de un azul de estío, bella como un loto florecido, Neferet invocaba el alma de Branir, su maestro asesinado, y le suplicaba que protegiera a Pazair, al que amaba con todo su ser, cuya muerte había sido proclamada oficialmente sin que ella pudiera creerlo.

–¿Puedo hablaros unos instantes?

Volvió la cabeza.

A su lado se encontraba el médico en jefe del reino, Nebamon, un cincuentón, apuesto todavía, que se había convertido en su más feroz enemigo.

Había intentado terminar con su carrera varias veces. Neferet detestaba a aquel cortesano, ávido de riquezas y de conquistas femeninas, que utilizaba la medicina como un poder sobre los demás y un medio de hacer fortuna.

Con mirada febril, Nebamon admiraba a la joven, cuyas ropas de lino dejaban adivinar formas tan perfectas como conmovedoras. Firmes y altos pechos, piernas largas y finas, pies y manos delicadas que atraían las miradas. Neferet era luminosa.

–Dejadme, os lo ruego.

–Deberíais concederme mayor consideración; lo que sé os interesará en sumo grado.

–Vuestras intrigas me son indiferentes.

–Se trata de Pazair.

Ella no pudo ocultar su emoción.

–Pazair ha muerto.

–No es cierto, querida.

–¡Mentís!

–Conozco la verdad.

–¿Debo suplicaros?

–Os prefiero intratable y orgullosa. Pazair está vivo, pero lo acusan de haber asesinado a Branir.

–¡Es... es absurdo! No os creo.

–Hacéis mal. El jefe de policía, Mentmosé, lo detuvo y lo aisló.

–Pazair no mató a su maestro.

–Mentmosé está convencido de lo contrario.

–Quieren abatirlo, arruinar su reputación e impedirle que prosiga su investigación.

–No importa.

–¿Por qué me lo reveláis?

–Porque sólo yo soy capaz de probar la inocencia de Pazair.

En el estremecimiento que agitó a Neferet se mezclaban la esperanza y la angustia.

–Si deseáis que ponga la prueba en manos del decano del porche, tendréis que ser mi esposa, Neferet, y olvidar a vuestro pequeño juez. Éste es el precio de su libertad. A mi lado, estaréis en el lugar que os corresponde. Ahora, el juego está en vuestras manos. O liberáis a Pazair o lo condenáis a muerte.

CAPÍTULO 3

Entregarse al médico en jefe horrorizaba a Neferet, pero si rechazaba la proposición de Neamon, se convertiría en el verdugo de Pazair.

¿Dónde estaba prisionero, qué sedicias sufría? Si tardaba demasiado, la detención lo destruiría. Neferet no se había confiado a Suti, el fiel amigo de Pazair, su hermano espiritual: habría matado en el acto al médico en jefe.

Decidió acceder a la petición del chantajista, siempre que volviera a ver a Pazair. Mancillada, desesperada, le confesaría todo antes de envenenarse.

Kem, el policía nubio a las órdenes del juez, se aproximó a la joven. En ausencia de Pazair, proseguía con sus rondas en Menfis, acompañado por Matón, su temible babuino, especializado en arrestar a los ladrones, a quienes inmovilizaba clavándoles los colmillos en la pierna.

Kem había sufrido la ablación de la nariz por haberse visto implicado en el asesinato de un oficial, culpable de dedicarse al tráfico de oro; reconocida la buena fe del nubio, se había convertido en policía. Una prótesis de madera pintada atenuaba el efecto de la mutilación.

Kem admiraba a Pazair. Aunque no tuviera la menor confianza en la justicia, creía en la probidad del joven magistrado, causa de su desaparición.

–Tengo la posibilidad de saber dónde está Pazair – declaró Neferet con gravedad.

–En el reino de los muertos, de donde nadie regresa. ¿No os comunicó el general Asher un informe según el cual Pazair había muerto en Asia, mientras buscaba una prueba?

–Es un informe falso, Kem. Pazair está vivo.

–¿Os han mentido?

–Pazair está acusado de haber asesinado a Branir, pero el médico en jefe Nebamon tiene la prueba de su inocencia.

Kem tomó a Neferet por los hombros.

–¡Está salvado!

–A condición de que me convierta en la mujer de Nebamon.

Rabioso, el nubio golpeó con el puño la palma de su mano izquierda.

–¿Y si se burla de vos?

–Quiero ver de nuevo a Pazair.

Kem manoseó su nariz de madera.

–No lamentaréis haber confiado en mi.

Tras la marcha de los forzados, Pazair se introdujo en la cocina, una construcción de madera cubierta con una tela.

Robaría uno de los fragmentos de sílex, con los que se encendía el fuego, y se cortaría las venas. La muerte seria lenta, pero segura; a pleno sol, se sumiría dulcemente en un benéfico sopor. Por la noche, un vigilante lo empujaría con el pie y daría la vuelta a su cadáver en la ardiente arena. Durante las últimas horas, viviría con el alma de Neferet, con la esperanza de que asistiera, invisible pero presente, a su último trance.

Cuando se apoderaba de la piedra cortante, recibió un violento golpe en la nuca y se derrumbó junto a una marmita.

Con un cucharón en la mano, el anciano apicultor ironizó.

–¡El juez convertido en ladrón! ¿Qué pensabas hacer con el sílex? ¡No te muevas o te doy! Derramar tu sangre y abandonar este maldito lugar por el mal camino de la muerte... ¡Estúpido, e indigno de un hombre de bien!

El apicultor bajó la voz.

–Escúchame, juez; conozco un medio de salir de aquí. Yo no tendría fuerzas para atravesar el desierto, pero tú eres joven. Hablaré si aceptas batirte por mi y hacer que anulen mi condena.

Pazair volvió en si.

–Es inútil

–¿Te niegas?

–Aunque consiguiera evadirme, ya no seria juez.

–Vuelve a serlo por mi.

–Imposible. Me acusan de un crimen.

–¿A ti? ¡Es ridículo!

Pazair se acarició la nuca. El anciano le ayudó a levantarse.

–Mañana es el último día del mes. Un carro tirado por bueyes vendrá del oasis y traerá alimentos; regresará vacío. Salta al interior, abandónalo cuando veas el primer ued a la derecha. Remonta el lecho hasta el pie de la colina, allí encontrarás una fuente en un bosquecillo de palmeras. Llena tu odre. Luego camina hacia el valle e intenta encontrar a los nómadas. Por lo menos habrás probado suerte.

El médico en jefe Nebamon había vaciado por segunda vez los crasos rodetes de la señora Silkis, la joven esposa del rico Bel-Tran, fabricante de papiro y alto funcionario, cuya influencia no dejaba de crecer. Como cirujano estético, Nebamon exigía enormes honorarios, que sus pacientes pagaban sin rechistar. Piedras preciosas, telas, géneros alimenticios, mobiliario, instrumental, bueyes, asnos y cabras aumentaban su fortuna, en la que sólo faltaba un tesoro inestimable: Neferet. Otras eran igualmente hermosas; pero en ella se realizaba una armonía única, donde la inteligencia se aliaba con el encanto para dar nacimiento a una luz incomparable.

¿Cómo había podido enamorarse de un ser tan gris como Pazair? Una tontería de juventud que habría lamentado durante toda su vida sin la intervención de Nebamon.

A veces se sentía tan poderoso como el faraón; ¿no poseía, acaso, secretos que salvaban existencias o las prolongaban, no reinaba sobre los médicos y los farmacéuticos, no era aquel a quien suplicaban los altos

dignatarios para recobrar la salud? Si sus ayudantes trabajaban en la sombra para procurarle los mejores tratamientos, Nebamon, y sólo él, obtenía la gloria. Ahora bien, Neferet tenía un ingenio médico que él debía explotar; tras una operación con éxito, Nebamon se concedía una semana de descanso en su casa de campo, al sur de Menfis, donde un ejército de servidores satisfacía sus menores deseos. Abandonando las tareas subalternas a su equipo médico, que controlaba con firmeza, prepararía la lista de futuros ascensos a bordo de su nuevo barco de recreo. Estaba impaciente por degustar un vino blanco del delta, procedente de sus viñedos, y las últimas recetas de su cocinero.

Su intendente lo avisó de la presencia de una joven y hermosa visitante. Intrigado, Nebamon salió al porche de su propiedad.

–¡Neferet! Qué maravillosa sorpresa... ¿Almorzaréis conmigo?

–Tengo prisa.

–Pronto tendréis la ocasión de visitar mi casa, estoy seguro. ¿Me traéis una respuesta?

Neferet inclinó la cabeza. El entusiasmo se apoderó del médico en jefe.

–Sabia que seríais razonable.

–Concededme tiempo.

–Puesto que habéis venido, vuestra decisión ya está tomada.

–Me concederéis el privilegio de ver de nuevo a Pazair?

Nebamon hizo una mueca.

–Os imponéis una prueba inútil. Salvad a Pazair, pero olvidadlo.

–Le debo un último encuentro.

–Como queráis. Pero mis condiciones no cambian: primero tendréis que demostrarme vuestro amor. Después intervendré. ¿Estamos de acuerdo?

–No estoy en condiciones de negociar.

–Aprecio vuestra inteligencia, Neferet; sólo vuestra belleza la iguala.

La tomó tiernamente por la muñeca.

–No, Nebamon, aquí no, ahora no.

–¿Dónde y cuándo?

–En el gran palmeral, junto al pozo.

–¿Un lugar que os es agradable?

–Medito allí con frecuencia.

Nebamon sonrió.

–La naturaleza y el amor forman buena pareja. Como vos, disfruto la poesía de los palmerales. ¿Cuándo?

–Mañana, cuando el sol se haya puesto.

–Acepto la penumbra para nuestra primera unión; luego viviremos a pleno sol.

CAPÍTULO 4

Pazair saltó del carro en cuanto distinguió el ued que serpenteaba entre abrojos en dirección a una colina azotada por los vientos. Su caída en la arena no hizo ruido alguno. El vehículo prosiguió su camino, entre calor y polvo. El conductor, adormecido, permitía que los bueyes lo condujeran.

Nadie se lanzaría en persecución del evadido, puesto que aquel calor de horno y la sed no le concedían ninguna posibilidad de sobrevivir. Tal vez una patrulla recogiera su osamenta. Con los pies desnudos y vestido con un gastado paño, el juez se obligó a caminar lentamente y economizó el aliento. Aquí y allá, algunas ondulaciones revelaban el paso de una eciasta, la temible víbora del desierto cuya mordedura era mortal.

Pazair imaginó que estaba paseando con Neferet por una verdeante campiña, animada por los cantos de los pájaros y atravesada por canales; el paisaje le pareció menos hostil, su marcha más ligera. Siguió el seco lecho del ued hasta la base de una pendiente colina donde, incongruentes, tres palmeras se obstinaban en crecer.

El juez se arrodilló y excavó con sus manos; algunos centímetros por debajo de la resquebrajada costra, la tierra estaba húmeda. El viejo apicultor no le había mentido. Al cabo de una hora de esfuerzos, interrumpido por breves pausas, alcanzó el agua. Tras haberse refrescado, se quitó el paño, lo limpió con arena y se frotó la piel. Luego llenó con el precioso líquido el odre que había tomado.

Por la noche caminó hacia el este. A su alrededor, algunos silbidos; las serpientes salían al oscurecer. Si pisaba una, no escaparía a una muerte atroz. Sólo un médico experto, como Neferet, conocía los remedios. El juez olvidó los peligros y avanzó, bajo la protección de la luna. Se saciaba del relativo frescor nocturno. Cuando el alba apareció, bebió un poco de agua, excavó en la arena, se cubrió con ella, y durmió en la posición del feto.

Cuando despertó, el sol comenzaba a declinar. Con los músculos doloridos y la cabeza ardiendo, prosiguió hacia el valle, tan lejano, tan inaccesible. Cuando se agotara su reserva de agua, debería contar con el descubrimiento de un pozo señalado con un círculo de piedras. En la inmensa extensión, a veces llana, a veces ondulada, comenzó a titubear. Estaba al cabo de sus fuerzas, con los labios secos y la lengua hinchada. ¿Qué esperar, salvo la intervención de una divinidad bienhechora?

Nebamon hizo que lo dejaran en el lindero del gran palmeral y despidió la silla de manos. Saboreaba ya aquella maravillosa noche en la que Neferet se le entregaría. Hubiera preferido una mayor espontaneidad, pero

los métodos utilizados no importaban. Obtendría lo que deseaba, como de costumbre.

Los guardianes del palmeral, apoyados en el tronco de los grandes árboles, tocaban la flauta, bebían agua fresca y charlaban. El médico en jefe tomó por una gran avenida, giró a la izquierda y se dirigió hacia el antiguo pozo. El lugar era solitario y apacible.

La muchacha pareció nacer del fulgor de poniente, que enrojecía su larga túnica de lino.

Neferet cedía. Ella, tan orgullosa, la que lo había desafiado, le obedecería como una esclava. Cuando la hubiera conquistado, se sentiría unida a él, y olvidaría el pasado. Admitiría que sólo Nebamon le ofrecía la existencia en la que soñaba sin saberlo. Le gustaba demasiado la medicina para seguir refugiándose en un papel subalterno; ¿no era el más envidiable destino convertirse en la esposa del médico en jefe?

La muchacha no se movía. Él avanzó.

–¿Veré de nuevo a Pazair?

–Tenéis mi palabra.

–Haced que lo liberen, Nebamon.

–Esa es mi intención si aceptáis ser mía.

–¿Por qué tanta crueldad? Sed generoso, os lo suplico.

–¿Estáis burlándoos de mí?

–Apelo a vuestra conciencia.

–Seréis mi mujer, Neferet, porque así lo he decidido.

–Renunciad.

Él siguió avanzando y se detuvo a un metro de su presa.

–Me gusta miraros, pero exijo otros placeres.

–¿Destruirme forma parte de ellos?

–Liberaros de un amor ilusorio y de una existencia mediocre.

–Por última vez, renunciad.

–Me pertenecéis, Neferet.

Nebamon tendió la mano hacia ella. Cuando iba a tocarla, fue brutalmente echado hacia atrás y arrojado al suelo. Asustado, descubrió a su agresor: un enorme babuino con las fauces abiertas y espuma en los belfos. Engarfió su mano diestra, peluda y poderosa, en la garganta del médico mientras con la izquierda agarraba sus testículos y tiraba de ellos. Nebamon aulló.

El pie de Kem se plantó en la frente del médico en jefe. El babuino, sin aflojar la presa, se inmovilizó.

–Si os negáis a ayudarnos, mi babuino os emasculará. Yo no habré visto nada; y él no tendrá remordimientos.

–¿Qué queréis?

–La prueba de la inocencia de Pazair.

–No, yo no...

El babuino emitió un sordo gruñido. Sus dedos se apretaron.

–¡Acepto, acepto!

–Os escucho.

Nebamon jadeaba.

–Cuando examiné el cadáver de Branir, advertí que la muerte remontaba a varias horas antes, tal vez todo un día. El estado de los ojos, el aspecto de la piel, la crispación de la boca, la herida... Los signos

clínicos no engañaban. Consigné mis observaciones en un papiro. No hubo flagrante delito; Pazair fue sólo un testigo. No hay cargos serios contra él.

–¿Por qué callasteis la verdad?

–Una magnífica oportunidad... Neferet estaba por fin a mi alcance.

–¿Dónde está Pazair?

–No... no lo sé.

–Claro que sí.

El babuino gruñó de nuevo. Aterrorizado, Nebamon cedió.

–Compré al jefe de policía para que no eliminara a Pazair. Era necesario mantenerlo con vida para que mi chantaje tuviera éxito. El juez está aislado, pero ignoro dónde.

–¿Conocéis al verdadero asesino?

–¡No, os juro que no!

Kem no dudó de la sinceridad de la respuesta. Cuando el babuino dirigía un interrogatorio, los sospechosos no mentían.

Neferet oró, dando gracias al alma de Branir. El maestro había protegido al discípulo.

La frugal cena del decano del porche se componía de higos y queso. A la falta de sueño se añadía la inapetencia. No soportaba ya la menor presencia y había despedido a sus criados. ¿Qué podía reprocharse, salvo el deseo de preservar Egipto del desorden? Sin embargo, su conciencia no estaba en paz. Nunca, durante toda su larga carrera, se había apartado así de la Regla.

Asqueado, apartó la escudilla de madera.

Fuera se oyeron unos gemidos. ¿Acaso, según los cuentos de los magos, no acudían los espectros a torturar las almas indignas? El decano salió.

Kem tiraba de la oreja al médico en jefe Nebamon, acompañado por el babuino.

–Nebamon desea confesar.

Al decano no le gustaba el policía nubio. Conocía su pasado de violencia, desaprobaba sus métodos y lamentaba que se hubiera enrolado en las fuerzas de seguridad.

–Nebamon no es libre de hacer lo que quiera. Su declaración no tendrá ningún valor.

–No es una declaración, es una confesión.

El médico en jefe intentó liberarse. El babuino le mordió la pantorrilla, sin clavar los colmillos.

–Tened cuidado –recomendó Kem–. Si lo irritáis, no podré contenerlo.

–¡Marchaos! –ordenó, enfurecido, el magistrado.

Kem empujó al médico hacia el decano.

–Daos prisa, Nebamon, los babuinos no son pacientes.

–Poseo un indicio en el asunto Pazair –declaró el notable con voz ronca.

–No es un indicio –rectificó Kem–; se trata de la prueba de su inocencia.

El decano palideció.

–¿Es una provocación?

–El médico en jefe es un hombre serio y respetable.

Nebamon sacó de su túnica un papiro enrollado y sellado.

–Consigné aquí mis observaciones acerca del cadáver de Branir. El... el flagrante delito es un error de apreciación. Había olvidado... transmitiros este informe.

El magistrado recibió el documento con poco entusiasmo; tuvo la sensación de tocar unas brasas.

–Nos hemos equivocado –deploró el decano del porche–. Para Pazair es demasiado tarde.

–Tal vez no –objetó Kem.

–¡Olvidáis que ha muerto!

El nubio sonrió.

–Otro error de apreciación, sin duda. Engañaron vuestra buena fe.

Con una mirada, el nubio ordenó al babuino que soltara al médico en jefe.

–¿Soy... soy libre?

–Desapareced.

Nebamon huyó cojeando. En su pantorrilla se había impreso la señal de los colmillos del mono, cuyos rojizos ojos brillaban en la noche.

–Os ofreceré un puesto tranquilo, Kem, si aceptáis olvidar tan deplorables acontecimientos.

–No sigáis interviniendo, decano del porche, de lo contrario, no sujetaré a Matón. Pronto será necesario decir la verdad, toda la verdad.

CAPÍTULO 5

En medio del paisaje de rubia arena y montañas negras y blancas, se elevó una nube de polvo. Se acercaban dos hombres a caballo. Pazair se había arrastrado hasta la sombra de un enorme bloque, desprendido de una pirámide natural. Sin agua, era imposible ir más lejos.

Si se trataba de la policía del desierto, lo devolverían al penal. Por lo que a los beduinos se refiere, actuarían según su humor del momento: o lo torturarían o lo utilizarían como esclavo. A excepción de los caravaneros, nadie se aventuraba por aquellas extensiones desiertas. En el mejor de los casos, Pazair cambiaría el penal por la esclavitud.

¡Dos beduinos vestidos con túnicas de coloreadas rayas!

Llevaban los cabellos largos y en el mentón una corta barba.

–¿Quién eres?

–Me he escapado del campo de los ladrones.

El más joven bajó del caballo y miró atentamente a Pazair.

–No pareces muy robusto.

–Tengo sed.

–El agua hay que ganársela. Levántate y combate.

–No tengo fuerzas.

El beduino sacó un puñal de su vaina.

–Si no eres capaz de luchar, morirás.

–Soy juez, no soldado.

–¡Juez! Entonces no vienes del campo de los ladrones.

–Me acusaron falsamente. Alguien quiere que desaparezca.

–El sol te ha vuelto loco.

–Si me matas, serás maldecido en el más allá. Los jueces de los infiernos te harán pedazos el alma.

–¡Me importa un bledo!

El de más edad detuvo el brazo armado.

–La magia de los egipcios es temible. Pongámoslo en pie; luego nos servirá de esclavo.

Pantera, la rubia libia de ojos claros, no se tranquilizaba. A Suti, el amante fogoso e inventivo, le había sucedido un blanduzco llorón y apagado. Enemiga irreductible de Egipto, había caído en manos del teniente de carros, héroe ya en su primera campaña de Asia. Por un repentino impulso, le había devuelto una libertad que ella no aprovechaba, pues le gustaba mucho hacer el amor con él. Cuando Suti fue expulsado del ejército, tras haber intentado estrangular al general Asher, a quien había visto asesinar a uno de sus exploradores, pero a quien el tribunal no

pudo condenar por la desaparición del cadáver, el joven no había perdido su dinamismo.

Sin embargo, tras la desaparición de su amigo Pazair, se encerró en el silencio, no comía y ni siquiera la miraba.

–¿Cuándo renacerás?

–Cuando regrese Pazair.

–¡Pazair, siempre Pazair! ¿No comprendes que sus adversarios lo han eliminado?

–No estamos en Libia. Matar es un acto tan grave que condena a la aniquilación. Un criminal no resucita.

–¡Sólo hay una vida, Suti, aquí y ahora! Olvida esas pamplinas.

–¿Olvidar a un amigo?

El amor alimentaba a Pantera. Privada del cuerpo de Suti, languidecía.

Suti era un hombre de buena estatura, rostro alargado, mirada franca y directa, y con largos cabellos negros; fuerza, seducción y elegancia caracterizaban, por lo común, la menor de sus actitudes.

–Soy una mujer libre y no acepto vivir con una piedra. Si sigues inerte, me voy.

–Muy bien, vete.

Ella se arrodilló y lo tomó por la cintura.

–No sabes lo que estás diciendo.

–Si Pazair sufre, yo sufro; si está en peligro, la angustia me domina. No lograrás cambiarlo.

Pantera apartó el paño de Suti. Él no protestó. Jamás había existido un cuerpo de hombre más hermoso, más potente, más armonioso. Desde sus trece años, Pantera había tenido muchos amantes, pero ninguno de ellos la había colmado como aquel egipcio, enemigo jurado de su pueblo. Le acarició dulcemente el pecho, los hombros, rozó sus pechos, bajó hacia el ombligo. Sus dedos, ligeros y sensuales, destilaban placer.

Por fin, el hombre reaccionó. Con mano vigorosa, casi colérica, arrancó los tirantes de la corta túnica. Desnuda, cálida, se tendió junto a él.

–Sentirte, formar contigo una sola cosa... Eso me bastaría.

–A mí no.

La puso de espaldas y se tendió sobre ella. Lánguida, triunfante, recibió su deseo como un elixir de juventud, untuoso y caliente.

Fuera, alguien gritaba. Era una voz grave, imperiosa. Suti se precipitó a la ventana.

–Venid –dijo Kem–. Sé dónde está Pazair.

El decano del porche regaba el pequeño arriate de flores, a la entrada de su casa. A su edad, cada vez le era más difícil inclinarse.

–¿Puedo ayudaros?

El decano se volvió y descubrió a Suti. El antiguo teniente de carros no había perdido en absoluto su soberbia.

–¿Dónde está mi amigo Pazair?

–Ha muerto.

–Mentira.

–Se redactó un informe oficial.

–Me importa un bledo.

–La verdad os disgusta, pero nadie puede modificarla.

–La verdad es que Nebamon compró vuestra conciencia y la del jefe de policía.

El decano del porche se irguió.

–¡No, la mía no!

–Hablad entonces.

El decano vaciló. Podía hacer que detuvieran a Suti por injuria a un magistrado y violencia verbal. Pero le avergonzaba su propia conducta. Ciertamente, el juez Pazair le daba miedo: demasiado decidido, demasiado apasionado, demasiado amante de la justicia. Pero él, el viejo magistrado curtido en todas las intrigas, ¿no había traicionado la fe de su juventud? La suerte del pequeño juez lo obsesionaba. Tal vez hubiera muerto ya, incapaz de resistir la prueba de la reclusión.

–El penal de los ladrones, cerca de Khargeh –murmuró.

–Dadme una orden de misión.

–Pedís demasiado.

–Rápido, tengo prisa.

Suti abandonó su caballo en la última posta, en el lindero de la pista de los oasis. Sólo un asno sería capaz de soportar el calor, el polvo y el viento. Provisto de su arco, una cincuentena de flechas, una espada y dos puñales, Suti se sentía capaz de enfrentarse con cualquier adversario. El decano del porche le había entregado una tablilla de madera precisando que debía llevar a Menfis al juez Pazair.

A regañadientes, Kem se había quedado junto a Neferet. Cuando se hubiera recuperado de su espanto, Nebamon no permanecería inactivo. Sólo el babuino y su dueño protegerían eficazmente a la joven. El nubio, que tanto deseaba liberar al juez, admitió que debía servir de muralla.

Cuando le anunciaron la marcha de su amante, Pantera se había irritado. Si permanecía ausente más de una semana, lo engañaría con el primer recién llegado y proclamaría por todas partes su infortunio. Suti no había prometido nada, salvo regresar con su amigo.

El asno llevaba unos odres y cestos llenos de carne y pescados secos, fruta y panes que permanecerían blandos durante varios días. El hombre y el animal se concederían poco descanso, pues Suti estaba impaciente por llegar a su objetivo.

Al ver el campo, un conjunto de miserables barracas dispersas por el desierto, Suti invocó al dios Mm, patrón de los exploradores y caravaneros. Aunque consideraba inaccesibles a los dioses, era mejor que uno se asegurase su ayuda en determinadas circunstancias.

Suti despertó al jefe del campo, que dormía bajo un refugio de tela. El coloso masculló.

–¿Tenéis aquí al juez Pazair?

–No conozco ese nombre.

–Ya sé que no está registrado.

–Os digo que no lo conozco.

Suti mostró la tablilla que no despertó el menor interés.

Aquí no hay nadie que se llame Pazair. Todos son ladrones reincidentes, ninguno de ellos es juez.

–Mi misión es oficial.

–Esperad a que regresen los prisioneros, ya lo veréis. – El jefe del campo volvió a dormirse.

Suti se preguntó si el decano del porche no lo habría enviado a aquel callejón sin salida mientras hacía suprimir a Pazair en Asia. ¡Ingenuo una vez más! Entró en la cocina para aprovisionarse de agua.

El cocinero, un anciano desdentado, despertó dando un respingo:

–¿Quién eres?

–Vengo a liberar a un amigo. Por desgracia, no te pareces a Pazair.

–¿Qué nombre has dicho?

–El juez Pazair.

–¿Qué quieres de él?

–Liberarlo.

–Bueno... ¡Es demasiado tarde!

–Explícate.

El viejo apicultor habló en voz baja.

–Se escapó, gracias a mi.

–Él, en pleno desierto! No resistirá ni dos días. ¿Qué camino tomó?

–El primer ued, la colina, el bosquecillo de palmeras, la fuente, la meseta rocosa y, hacia el este, en dirección al valle. Si tiene siete vidas como los gatos, lo conseguirá.

–Pazair no tiene resistencia alguna.

–Apresúrate a encontrarlo; prometió demostrar mi inocencia.

–¿No serás un ladrón?

–Muy poco, mucho menos que otros. Quiero ocuparme de mis colmenas. Que vuestro juez me devuelva a casa.

CAPÍTULO 6

Mentmosé recibió al decano del porche en la sala de armas, donde se exponían escudos, espadas y trofeos de caza. Cauteloso, con la nariz puntiaguda y la voz gangosa, el jefe de policía tenía un cráneo calvo y rojo, que le picaba a menudo. Más bien corpulento, hacía régimen para conservar cierta esbeltez. Presente en las grandes recepciones, dotado de una considerable red de amistades, prudente y hábil, Mentmosé reinaba sin discusión sobre los distintos cuerpos de policía del reino. Nadie había podido reprocharle el menor error. Velaba con el mayor cuidado sobre su reputación de dignatario intachable.

–¿Visita privada, querido decano?

–Discreta, como a vos os gustan.

–¿No es eso garantía de una carrera larga y tranquila?

–Cuando hice que incomunicaran a Pazair, puse una condición.

–Me falla la memoria.

–Teníais que descubrir el móvil del crimen.

–No olvidéis que sorprendí a Pazair en flagrante delito.

–¿Por qué iba a matar a su maestro, un sabio que debía convertirse en el sumo sacerdote de Karnak y, por lo tanto, en su mejor ayuda?

–Envidia o locura.

–No me toméis por estúpido.

–¿Qué os importa el móvil? Nos hemos librado de Pazair, eso es lo esencial.

–¿Estáis seguro de su culpabilidad?

–Os lo repito: estaba inclinado sobre el cuerpo de Branir cuando lo sorprendí. ¿Qué hubierais pensado vos en mi lugar?

–¿Y el móvil?

–Vos mismo lo admitisteis: un proceso sería del peor efecto. El país debe respetar a sus jueces y confiar en ellos. A Pazair le gusta el escándalo. Su maestro, Branir, intentó sin duda calmarle. Perdió los estribos y le golpeó. Cualquier jurado lo habría condenado a muerte. Vos y yo fuimos generosos con él, puesto que salvamos su reputación. Oficialmente, ha muerto en misión. ¿No es para él, como para nosotros, la más satisfactoria de las soluciones?

–Suti sabe la verdad.

–¿Cómo...?

–Kem ha hecho hablar al médico en jefe Nebamon. Suti sabe que Pazair está vivo, y he aceptado revelarle el lugar donde se encuentra detenido.

La cólera del jefe de policía sorprendió al decano del porche. Mentmosé tenía fama de ser un hombre ponderado.

–¡Insensato, completamente insensato! ¡Vos, el más alto magistrado de la ciudad, os inclináis ante un soldado expulsado! Ni Kem ni Suti pueden actuar.

–Olvidáis la declaración escrita de Nebamon.

–Confesiones obtenidas bajo tortura no tienen valor alguno.

–Era anterior, firmada y fechada.

–¡Destruidla!

–Kem ha solicitado al médico en jefe que redacte una copia, cuya autenticidad ha sido certificada por dos servidores de la propiedad. La inocencia de Pazair ha quedado probada. Durante las horas que precedieron al crimen, trabajaba en su despacho. Algunos testigos lo afirmarán, he podido verificarlo.

–Admitámoslo... ¿Por qué habéis revelado el lugar donde lo ocultábamos? No teníamos ninguna prisa.

–Para estar en paz conmigo mismo.

–Con vuestra experiencia, a vuestra edad...

–Precisamente, a mi edad. El juez de los muertos puede llamarme de un momento a otro. En el asunto Pazair traicioné el espíritu de la ley.

–Habéis tomado partido por Egipto sin preocuparos por los privilegios de un individuo.

–Vuestro discurso ya no me engaña, Mentmosé.

–¿Me abandonaríais?

–Si Pazair vuelve...

–Se muere muy de prisa en el penal de los ladrones.

Desde hacía mucho tiempo, Suti oía el galope de los caballos. Procedía del este, y se trataba de dos beduinos que se acercaban rápidamente mientras merodeaban en busca de una presa fácil.

Suti aguardó a que estuvieran a buena distancia, tensó el arco; con la rodilla en tierra, apuntó al de la izquierda. Herido en el hombro, el hombre cayó hacia atrás. Su compañero corrió hacia el agresor. Suti apuntó. La flecha se clavó en lo alto de la pierna. El beduino, aullando de dolor, perdió el control de su montura, cayó y perdió el sentido al golpearse con una roca. Ambos caballos daban vueltas en redondo.

Suti colocó la punta de su espada en la garganta del nómada, que se había incorporado titubeando.

–¿De dónde vienes?

–De la tribu de los areneros.

–¿Dónde acampa?

–Tras las rocas negras.

–¿Os habéis apoderado de un egipcio en estos últimos días?

–De un extraviado que pretendía ser juez.

–¿Cómo le habéis tratado?

–El jefe está interrogándolo.

Suti saltó a lomos del caballo más robusto y sujetó el segundo por las rudimentarias riendas que utilizaban los beduinos. Los dos heridos tendrían que componérselas para sobrevivir.

Los corceles tomaron un sendero flanqueado de guijarros y cada vez más abrupto; resollando por sus ollares, con el pelaje cubierto de sudor, llegaron a la cima de una colina cubierta de erráticos bloques.

El lugar era siniestro.

Entre las rocas abrasadas, negruzcas, se abrían hondonadas donde se arremolinaba la arena; evocaban las calderas del infierno donde, con la cabeza gacha, se consumían los condenados.

Al pie de la pendiente se hallaba el campamento de los nómadas. La tienda más alta y más coloreada, en el centro, debía de ser la del jefe. Caballos y cabras estaban encerrados en un redil. Dos centinelas, uno al sur y el otro al norte, vigilaban los alrededores.

Contrariamente a las leyes de la guerra, Suti aguardó a que cayera la noche; los beduinos, que se entregaban a correrías y pillajes, no merecían ninguna consideración. El egipcio se arrastró en silencio, metro tras metro, y sólo se incorporó junto al centinela del sur, al que despachó golpeándole en las vértebras cervicales. Los areneros, que no dejaban de recorrer el desierto al acecho de la mejor presa, eran poco numerosos en el campamento. Suti se deslizó hasta la tienda del jefe y penetró en ella por un agujero oval que servia de puerta. Tenso, concentrado, se sentía dispuesto a desplegar toda su violencia.

Atónito, contempló un espectáculo inesperado.

El jefe beduino, tendido entre almohadones, prestaba oídos al discurso de Pazair, sentado en la posición del escriba. El juez parecía absolutamente libre.

El beduino se incorporó. Suti saltó hacia él.

–No lo mates –recomendó Pazair–, empezábamos a entendernos.

Suti lanzó a su adversario sobre los almohadones.

–He interrogado al jefe sobre su modo de vivir –explicó Pazair– y he intentado demostrarle que estaba equivocado. Mi negativa a ser esclavo, aun a riesgo de mi vida, le ha asombrado. Quería saber cómo funciona nuestra justicia y...

–Cuando no le diviertas, te atará a la cola de un caballo y serás arrastrado por las cortantes piedras y acabarás desgarrado.

–¿Cómo me has encontrado?

–¿Cómo podía perderte?

Suti ató y amordazó al beduino.

–Salgamos pronto de aquí. Dos caballos nos aguardan en la cima de la colina.

–¿Para qué? No puedo regresar a Egipto.

–Sígueme en vez de decir tonterías.

–No tendré fuerzas.

–Las recuperarás cuando sepas que se ha demostrado tu inocencia y que Neferet está impaciente.

CAPÍTULO 7

El decano del porche no se atrevió a mirar al juez Pazair.

–Sois libre – declaró con voz ronca.

El decano esperaba amargos reproches, una acusación en toda regla, incluso. Pero Pazair se limitaba a mirarlo.

–Naturalmente, la base de la inculpación queda anulada. Por lo demás, os pido un poco de paciencia... Me encargaré de regularizar lo antes posible vuestra situación.

–¿Y el jefe de policía?

–Os presenta sus excusas. Él y yo fuimos engañados...

–¿Nebamon?

–El médico en jefe no es realmente culpable. Una simple negligencia administrativa... Fuisteis víctima de un desgraciado concurso de circunstancias, querido Pazair. Si deseáis poner una querella...

–Lo pensaré.

–A veces es necesario saber perdonar...

–Devolvedme en seguida mi cargo.

Los azules ojos de Neferet parecían dos piedras preciosas en el corazón de las montañas del oro, en el país de los dioses; a su garganta, la turquesa la protegía de los maleficios. Una larga túnica de lino blanco con tirantes afinaba aún más su talle.

Al acercarse, el juez Pazair respiró su perfume. Loto y jazmín embalsamaban su piel satinada. La tomó en sus brazos y permanecieron unidos largos minutos, sin poder hablar.

–¿De modo que me quieres un poco?

Ella se apartó para mirarlo.

Era orgulloso, apasionado, algo loco, riguroso, joven y viejo al mismo tiempo, sin belleza superficial, frágil pero enérgico. Quienes le creían débil se equivocaban lamentablemente. Pese a su severo rostro, su gran frente austera, su carácter exigente, le gustaba la felicidad.

–No quiero separarme más de ti.

La estrechó contra su pecho. La vida tenía un nuevo sabor, poderoso como el joven Nilo. Una vida muy próxima a la muerte, sin embargo, en esa inmensa necrópolis de Saqqara por donde Pazair y Neferet, cogidos de la mano, avanzaban con lentos pasos. Querían recogerse sin tardanza ante la tumba de Branir, su maestro asesinado. ¿Acaso no había transmitido a Neferet los secretos de la medicina y alentado a Pazair para que concretara su vocación?

Penetraron en el taller de momificación donde Djui, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared encalada, comía cerdo con lentejas,

aunque aquella carne estuviera prohibida en los períodos cálidos. Sin circuncidar, el momificador no hacía caso alguno de las prescripciones religiosas; con el rostro alargado, espesas y negras cejas que se unían por encima de la nariz, los labios finos y privados de sangre, las manos interminables, las piernas frágiles, vivía al margen de los mortales.

En la mesa de embalsamamiento, descansaba la momia de un hombre de edad, cuyo flanco acababa de cortar con un cuchillo de obsidiana.

–Os conozco –dijo levantando los ojos hacia Pazair–. Sois el juez que investigáis la muerte de los veteranos.

–¿Habéis momificado a Branir?

–Es mi oficio.

–¿Nada anormal?

–Nada.

–¿Ha acudido alguien a la tumba?

–Desde la inhumación, nadie. Sólo el sacerdote encargado del servicio funerario entró en la capilla.

Pazair quedó decepcionado. Esperaba que el asesino, acuciado por los remordimientos, hubiera implorado el perdón de su víctima para evitar el castigo del más allá. Ni siquiera aquella amenaza lo asustaba.

–¿Tuvo éxito vuestra investigación?

–Lo tendrá.

El momificador, indiferente, clavó sus dientes en el pedazo de cerdo.

La pirámide escalonada dominaba el paisaje de eternidad. Muchas tumbas miraban en su dirección, con el fin de participar en la inmortalidad del faraón Coser, cuya inmensa sombra subía y bajaba cada día la gigantesca escalinata de piedra. Por lo general, escultores, grabadores de jeroglíficos y dibujantes animaban los innumerables trabajos. Aquí se excavaba una tumba; allá, se restauraba otra. Hileras de obreros tiraban de las narrias de madera cargadas de bloques de calcáreo o de granito, y los aguadores saciaban la sed de los obreros.

Aquel día festivo, en el que se veneraba a Inhotep, el maestro de obras de la pirámide escalonada, el paraje estaba desierto. Pazair y Neferet pasaron entre las hileras de tumbas que databan de las primeras dinastías, cuidadosamente conservadas por uno de los hijos de Ramsés el Grande. Cuando la mirada se posaba en los nombres de los difuntos escritos en jeroglíficos, los resucitaba, quebrando el obstáculo del tiempo. El poder del verbo superaba al de la muerte.

La sepultura de Branir, cercana a la pirámide escalonada, había sido construida con una hermosa piedra blanca procedente de las canteras de Turah. El acceso al pozo funerario, que conducía a los aposentos subterráneos donde reposaba la momia, había sido obstruido por una enorme losa, mientras que la capilla permanecía abierta a los vivos, que acudirían a celebrar banquetes en compañía de la estatua y de las representaciones del difunto, cargadas de su energía imperecedera.

El escultor había creado una magnífica efigie de Branir, inmortalizándolo con el aspecto de un hombre de edad, de rostro sereno y anchos hombros. El texto principal, en líneas horizontales superpuestas, deseaba al resucitado la bienvenida al hermoso Occidente; al final de un inmenso viaje, llegaba hasta los suyos, sus hermanos los dioses, se

alimentaba de estrellas y se purificaba con el agua del océano primordial. Guiado por su corazón, caminaba por los caminos perfectos de la eternidad.

Pazair leyó en voz alta las fórmulas destinadas a los huéspedes de la tumba: "Vivos que estáis en la tierra y pasáis junto a este sepulcro, que amáis la vida y odiáis la muerte, pronunciad mi nombre para que viva, decid en mi favor la fórmula de ofrenda."

–Identificaré al asesino –prometió Pazair.

Neferet había soñado en una felicidad apacible, lejos de los conflictos y las ambiciones; pero su amor había nacido en la tormenta, y ni Pazair ni ella misma conocerían la paz antes de haber descubierto la verdad.

Cuando las tinieblas fueron vencidas, la tierra se iluminó. Árboles y hierbas reverdecieron, los pájaros abandonaron el nido, los peces saltaron fuera del agua, los barcos bajaron y subieron por el río. Pazair y Neferet salieron de la capilla, cuyos bajorrelieves acogían las luces del alba. Habían pasado la noche junto al alma de Branir, y la habían sentido próxima, vibrante y cálida. Nunca se habrían separado de él.

Terminada la fiesta, los artesanos volvían al lugar. Algunos sacerdotes celebraban los ritos matinales, para perpetuar la memoria de los desaparecidos. Pazair y Neferet siguieron la larga calzada cubierta del rey Unas, que desembocaba, más abajo, en un templo; se sentaron bajo las palmeras, en el lindero de los cultivos. Una niña, risueña, les llevó dátiles, pan fresco y leche.

–Podríamos quedarnos aquí, olvidar los crímenes, la justicia y a los hombres.

–¿Estás volviéndote soñador, juez Pazair?

–Han querido librarse de mi del modo más vil, y no renunciarán a ello. ¿Es prudente emprender una guerra perdida de antemano?

–Por Branir, por el ser que veneramos, tenemos el deber de combatir sin pensar en nosotros mismos.

–Soy sólo un pequeño juez, que la jerarquía destinará a la más alejada de las provincias. Me destruirán sin problemas.

–¿Tienes miedo ya?

–Me falta valor. El penal fue una prueba espantosa.

Ella posó la cabeza en su hombro.

–Ahora estamos juntos. No has perdido ni un ápice de tu fuerza, lo sé, lo siento.

Una dulce calidez invadió a Pazair. Los dolores desaparecieron, la fatiga se atenuó. Neferet era una hechicera.

–Cada día, durante un mes, beberás el agua recogida en una cubeta de cobre. Es un remedio eficaz contra la languidez y la desesperación.

–¿Quién ha podido tenderme esta trampa, sino alguien que supiera que Branir iba a convertirse en sumo sacerdote de Karnak e iba a ser, así, nuestro más fiel apoyo?

–¿A quién te confiaste?

–A tu perseguidor, el médico en jefe Nebamon, para impresionarle.

–Nebamon... Nebamon tenía la prueba de tu inocencia y me obligaba a casarme con él.

–Cometí un terrible error. Al saber el cercano nombramiento de Branir decidió dar un doble golpe: eliminarlo y acusarme del crimen.

En la frente de Pazair apareció una arruga.

–No es el único culpable posible. Cuando el jefe de policía, Mentmosé, me detuvo, se puso de acuerdo con el decano del porche.

–Policía y magistratura aliados en el crimen...

–Una conspiración, Neferet, una conspiración que reúne a hombres de poder e influencia. Branir y yo comenzábamos a ser molestos, porque yo había reunido indicios decisivos y él me habría permitido proseguir la investigación hasta el final. ¿Por qué fue exterminada la guardia de honor de la esfinge? Ésta es la pregunta a la que debo responder.

–¿Te olvidas del químico Chechi, del robo del hierro celeste, de Asher, el general felón?

–Soy incapaz de relacionar a los sospechosos con los delitos.

–Preocupémonos, ante todo, por la memoria de Branir.

Suti había querido festejar dignamente el regreso de su amigo Pazair invitando al juez y a su mujer a una respetable taberna de Menfis, donde se servía un vino tinto que databa del año uno de Ramsés, cordero asado de primera calidad, legumbres con salsa e inolvidables pasteles. Animado, había intentado hacerles olvidar durante unas horas el asesinato de Branir.

De regreso a casa, tambaleándose, con el cerebro lleno de brumas, chocó con Pantera. La rubia libia le agarró por los cabellos.

–¿De dónde vienes?

–Del penal.

–¿Medio borracho?

–Completamente borracho, pero Pazair está sano y salvo.

–¿Y de mí, te preocupas?

Él la tomó por la cintura, la levantó del suelo y la mantuvo sobre su cabeza.

–He vuelto, ¿no es un milagro?

–No te necesito.

–Mientes, nuestros cuerpos no han acabado de descubrirse.

La tendió dulcemente en la cama, le quitó el corto vestido con la delicadeza de un viejo amante y la penetró con el ardor de un joven. Ella aulló de placer, incapaz de resistir aquel asalto que tanto había esperado.

Cuando descansaron, uno junto a otro, jadeantes y encantados, ella puso la mano en el pecho de Suti.

–Prometí engañarte durante tu ausencia.

–¿Has tenido éxito?

–Nunca lo sabrás. La duda te hará sufrir.

–Desengáñate. Para mí sólo cuentan el instante y el goce.

–¡Eres un monstruo!

–¿Te lamentas de ello?

–¿Seguirás ayudando al juez Pazair?

–Mezclamos nuestra sangre.

–¿Está decidido a vengarse?

–Es juez antes que hombre. La verdad le interesa más que el resentimiento.

–Escúchame, por una vez. No lo alientes y, si persiste, mantente al margen.
–¿A qué viene esta advertencia?
–Se enfrenta a alguien demasiado fuerte.
–¿Y tú qué sabes?
–Un presentimiento.
–¿Qué me ocultas?
–¿Qué mujer podría engañarte?

El despacho del jefe de policía parecía una zumbante colmena. Mentmosé no dejaba de ir y venir, distribuía órdenes, contradictorias a veces, azuzaba a sus empleados para que transportaran los rollos de papiro, las tablillas de madera y los menores archivos acumulados desde que entró en funciones. Con ojos enfebrecidos, Mentmosé se rascaba el calvo cráneo y maldecía la lentitud de su propia administración.
Cuando salió a la calle para comprobar el cargamento de un cairo, chocó con el juez Pazair.
–Querido juez...
–Me contempláis como si fuera un fantasma.
–¡Qué idea! Espero que vuestra salud...
–El penal la quebrantó, pero mi esposa me recompondrá muy pronto. ¿Cambiáis de domicilio?
–Los servicios de irrigación han previsto una abundante crecida. Debo tomar precauciones.
–Este barrio no es inundable, o eso me parece.
–Nunca se es lo bastante prudente.
–¿Y dónde os instaláis?
–Bueno... en mi casa. Es provisional, claro.
–Sobre todo, es ilegal. ¿Lo sabe el decano del porche?
–Nuestro querido decano está muy cansado. Importunarlo habría sido inconveniente.
–¿No tendríais que interrumpir ese traslado de expedientes?
La voz de Mentmosé se hizo gangosa y aguda.
–Tal vez seáis inocente del crimen del que os acusaban, pero vuestra posición sigue siendo incierta y no os autoriza a darme órdenes.
–Es cierto, pero la vuestra os obliga a ayudarme.
Los ojos del jefe de policía se entornaron, como los de un gato.
–¿Qué queréis?
–Examinar de cerca la aguja de nácar que mató a Branir.
Mentmosé se rascó el cráneo.
–En pleno traslado...
–No se trata de archivos sino de pruebas de cargo. Debe de estar en un expediente junto al mensaje que me engañó: "Branir está en peligro, venid en seguida."
–Mis hombres no lo encontraron.
–¿Y la aguja?
–Un momento.
El jefe de policía desapareció. La agitación se calmó. Algunos portadores de papiro dejaron su carga en las estanterías y recuperaron el aliento.

Mentmosé reapareció diez minutos más tarde con el rostro ensombrecido.

–La aguja ha desaparecido.

CAPÍTULO 8

En cuanto Pazair hubo bebido el agua curativa contenida en una copela de cobre, Bravo exigió su parte. El perro, de altas patas, provisto de una larga cola retorcida, grandes orejas caídas que se erguían cuando le acercaban la comida, y con el cuello adornado por un collar de cuero rosa y blanco donde se había inscrito "Bravo, compañero de Pazair", lamió el benéfico líquido, seguido pronto por el asno del juez, que respondía al dulce nombre de Viento del Norte. Traviesa, la mona verde de Neferet, saltó sobre el lomo del asno, tiró de la cola al perro y se refugió detrás de su dueña.

–¿Cómo cuidarme en estas condiciones?

–No os quejéis, juez Pazair. Tenéis el privilegio de que os cuide, a domicilio y permanentemente, un concienzudo médico.

La besó en el cuello, en el lugar preciso donde la hacia estremecerse. Neferet tuvo el valor de rechazarlo.

–La carta.

Pazair se sentó en la posición del escriba y desenrolló en sus rodillas un papiro de buena calidad, de unos veinte centímetros de ancho. Dada la importancia del mensaje, utilizaría sólo el anverso del documento. A la izquierda, la parte enrollada; a la derecha, la desplegada. Para dar un carácter augusto al texto, escribiría en líneas verticales, separadas por una línea muy recta, trazada con su más hermosa tinta y un cálamo, cuya punta estaba perfectamente afilada.

Su mano no tembló.

Al visir Bagey, de parte del juez Pazair.

Quieran los dioses proteger al visir, Ra iluminarle con sus rayos, Amón preservar su integridad, Ptalí darle coherencia.

Espero que vuestra salud sea excelente y que vuestra prosperidad no sea menor. Apelo a vos, en mi calidad de magistrado, para informaros de hechos de excepcional gravedad. No sólo fui acusado, falsamente, del asesinato de Branir el prudente y deportado a un penal de ladrones, sino que también el arma del crimen ha desaparecido, cuando estaba en poder del jefe de Policía, Mentmose.

Juez de barrio, creo haber puesto en evidencia el comportamiento sospechoso del general Asher y demostrado que los cinco veteranos destinados a la guardia de honor de la esfinge fueron asesinados.

En mi persona se ha escarnecido toda la justicia. Intentaron librarse de mí, con la activa complicidad del jefe de policía y del decano del porche, para impedir mi investigación y preservar a unos conspiradores que persiguen un objetivo que ignoro.

Mi suerte personal me importa poco, pero quiero identificar a los culpables de la muerte de mi maestro. Séame también permitido formular mis inquietudes por el país; si tantas muertes atroces permanecen impunes, ¿no serán pronto el crimen y la mentira los nuevos guías del pueblo? Sólo el visir tiene capacidad para arrancar las raíces del mal. Por ello solicito su intervención, ante la mirada de los dioses, y jurando por la Regla que mis palabras son verídicas.

Pazair fechó la carta, puso su sello en el papiro, lo enrolló, lo ató y después lo cerró con un sello de arcilla. Escribió su nombre y el del destinatario. En menos de una hora lo entregaría al mensajero, que lo depositaría aquel mismo día en el despacho del visir.

El juez se levantó inquieto.

–Esta carta puede significar nuestro exilio.

–Ten confianza. La reputación del visir Bagey es merecida.

–Si nos equivocamos, nos separarán para siempre.

–No, partiría contigo.

No había nadie en el jardincillo. La puerta de la pequeña casa blanca estaba abierta, y Pazair entró. Ni Suti ni Pantera estaban allí, a pesar de lo avanzado de la hora. Poco antes de la puesta del sol, los amantes habrían podido tomar el fresco en el cenador, junto al pozo.

Pazair, intrigado, atravesó la estancia principal. Por fin oyó unos ruidos. No procedían de la alcoba, sino de la cocina al aire libre, situada detrás de la vivienda. Sin duda alguna, Pantera y Suti estaban trabajando.

La rubia libia fabricaba mantequilla, mezclándola con ifenogreco y alcaravea, para conservarla en la parte más fresca del sótano, sin añadirle agua ni sal para que no se oscureciera.

Suti preparaba cerveza. Había hecho una pasta, superficialmente cocida en moldes dispuestos alrededor de un hogar, con harina de cebada molida y amasada. Los panes obtenidos maceraban en agua azucarada con dátiles. Tras la fermentación era preciso agitar y filtrar el liquido, y luego verterlo en una jarra untada de arcilla, indispensable para la conservación.

Había tres jarras colocadas en los agujeros de una tabla elevada y provistas de un tapón de barro seco.

–¿Te dedicas a la artesanía? –preguntó Pazair.

Suti se volvió.

–¡Ni siquiera te había oído! Sí, Pantera y yo hemos decidido hacer fortuna. Ella fabricará mantequilla y yo cerveza.

Harta, la libia apartó la materia grasa, se secó las manos con un paño oscuro y desapareció sin saludar al juez.

–No se lo reproches, es una colérica. Olvidemos la mantequilla. ¡Afortunadamente, hay cerveza! Prueba esto.

Suti sacó de su agujero la jarra más grande, quitó el tapón y colocó el tubo conectado a un filtro que sólo dejaba pasar el líquido y que retendría los trozos de pasta en suspensión.

Pazair aspiró, pero se interrumpió casi enseguida.

–¡Agria!

–¿Cómo, agria? He seguido la receta al pie de la letra.

Suti aspiró a su vez y escupió.
–¡Infecta! Abandono la fabricación de cerveza, no es un oficio para mí. ¿Cuál es la situación?
–He escrito al visir.
–Peligroso.
–Indispensable.
–No resistirás el próximo penal.
–La justicia triunfará.
–Tu credulidad es conmovedora.
–El visir Bagey actuará.
–¿Y por qué no va a estar corrompido y comprometido, como el jefe de policía y el decano del porche?
–Porque es el visir Bagey.
–Ese viejo pedazo de palo es inaccesible a cualquier sentimiento.
–Defenderá el interés de Egipto.
–Espero que los dioses te oigan.
–Esta noche he recordado el horrible momento en que vi la aguja de nácar clavada en el cuello de Branir. Es un objeto precioso de elevado precio, que sólo una mano experta podía manejar.
–¿Una pista?
–Una simple idea, carente de interés quizá. ¿Aprobarías una visita al principal taller de tejido de Menfis?
–¿Yo, en misión?
–Parece que las mujeres son allí muy hermosas.
–¿Te dan miedo?
–El taller no está en mi jurisdicción. Mentmosé aprovecharía el menor paso en falso.

Monopolio real, el tejido empleaba gran número de hombres y mujeres. Trabajaban en telares de bajo lizo, formados por dos cilindros en los que se enrollaban los hilos de la urdimbre, y de alto lizo, formado por un marco rectangular colocado verticalmente, enrollándose el hilo de la urdimbre en el cilindro superior y la tela en el cilindro inferior. Algunos tejidos superaban los veinte metros de largo y su anchura variaba de un metro veinte a un metro ochenta.
Suti observó a un tejedor, con el pecho apoyado en las rodillas, que terminaba un galón para la túnica de un noble; prestó más atención a las muchachas que torcían los hilos y enrollaban en ovillo las fibras de lino enriadas. Sus colegas, no menos seductoras, disponían una urdimbre sobre el enjulio superior de un telar puesto a lo largo, antes de entrecruzar dos series de hilos tensos. Una hilandera utilizaba un bastón coronado por un disco de madera que manejaba con pasmosa destreza.
Suti no pasó desapercibido; su largo rostro, su mirada directa, sus largos cabellos negros, su aspecto lleno de elegancia y fuerza dejaban indiferentes a pocas mujeres.
–¿Qué buscáis? –preguntó la hilandera, que mojaba las fibras para obtener un hilo delgado y resistente.
–Me gustaría hablar con el director del taller.
–La señora Tapeni sólo recibe a los visitantes recomendados por palacio.

–¿Nunca hace excepciones? –murmuró Suti.
Conmovida, la hilandera abandonó su instrumento.
–Voy a ver.
El taller era grande y estaba limpio. La inspección de trabajo lo exigía. La luz entraba por tragaluces rectangulares practicados en el techo plano y la circulación de aire se obtenía gracias a una sabia disposición de ventanas oblongas. En invierno trabajaban calientes; en verano, frescos. Los especialistas calificados, tras varios años de aprendizaje, percibían un salario elevado, sin discriminación entre hombres y mujeres.
Cuando Suti sonreía a una tejedora, la hilandera regreso.
–Seguidme.
La señora Tapeni, cuyo nombre significaba "el ratón", se hallaba en una inmensa sala donde había telares, urdimbres, bobinas de hilo, agujas, bastones de hilandera y demás instrumentos necesarios para la práctica de su arte. Pequeña, con los cabellos negros, los ojos verdes y la piel oscura, muy vivaz, reinaba sobre los obreros con mano de militar. Su aparente dulzura ocultaba un autoritarismo a menudo penoso. Pero los productos que salían de su taller eran de tal belleza que no podía hacérsele crítica alguna. Soltera a los treinta años, Tapeni pensaba sólo en su oficio. Hijos y familia le parecían obstáculos para la prosecución de una carrera.
En cuanto vio a Suti, tuvo miedo. Miedo de enamorarse estúpidamente de un hombre al que le bastaba comparecer para seducir. Su temor se transformó en seguida en otro sentimiento, muy excitante: el irresistible atractivo de la cazadora ante la pieza. Su voz se hizo acariciadora.
–¿Cómo puedo ayudaros?
–Se trata de un asunto... privado.
Tapeni despidió a sus ayudantes. El perfume del misterio aumentaba su curiosidad.
–Ahora estamos solos.
Suti dio la vuelta a la estancia y se detuvo ante una hilera de agujas de nácar dispuestas en una tabla cubierta de tejido.
–Son soberbias. ¿Quién está autorizado a manejarlas?
–¿Os interesan los secretos de mi oficio?
–Me apasionan.
–¿Inspector de palacio?
–Tranquilizaos: busco a alguien que utilizó este tipo de aguja.
–¿Una amante en fuga?
–¿Quién sabe?
–También los hombres las utilizan. Espero que no seáis...
–Alejad vuestros temores.
–¿Cómo os llamáis?
–Suti.
–¿Vuestra profesión?
–Viajo mucho.
–Comerciante y un poco espía... Sois muy guapo.
–Y vos encantadora.
–¿De verdad?
Tapeni corrió el pestillo de madera que servia de cerrojo.
–¿Pueden encontrarse estas agujas en cualquier taller?

–Sólo los mayores las poseen.
–Entonces, la lista de usuarios es limitada.
–Ciertamente.
Ella se acercó, giró a su alrededor, tocó sus hombros.
–Eres fuerte. Debes de saber combatir.
–Soy un héroe. ¿Querríais darme algunos nombres?
–Tal vez. ¿Tanta prisa tienes?
–Identificar al propietario de una aguja como ésta...
–Cállate un poco, más tarde hablaremos. Aceptaré ayudarte, a condición de que te muestres tierno, muy tierno...

Posó sus labios en los de Suti que, tras una breve vacilación, se vio obligado a responder a la invitación. La cortesía y el sentido de la reciprocidad eran valores intangibles de la civilización. No rechazar un regalo era uno de los imperativos de la moral de Suti.

La señora Tapeni untó el sexo de su amante con una pomada a base de semillas de acacia machacadas con miel; esterilizado el esperma, gozaría con total tranquilidad de aquel magnifico cuerpo de hombre, olvidando el ruido de los telares y las recriminaciones de los obreros.

"Investigar para Pazair –pensó Suti– no sólo presenta peligros."

CAPÍTULO 9

El juez Pazair y su policía, el nubio Kem, se dieron un abrazo. El coloso negro iba acompañado por su babuino de mirada tan inquisidora que asustaba a los viandantes. Conmovido hasta las lágrimas, el nubio se palpó la prótesis de madera que sustituía su nariz cortada.

–Neferet me lo ha contado todo. Estoy libre gracias a vosotros dos.

–El babuino se mostró persuasivo.

–¿Noticias de Nebamon?

–Descansa en su mansión.

–Volverá al ataque.

–¿Quién lo duda? Tendréis que mostraros más prudente.

–Siempre que siga siendo juez. He escrito al visir: o se encarga de la investigación y me confirma en mis funciones o considera mi petición insolente e inaceptable.

Rubicundo, rollizo, con los brazos cargados de papiro, el escribano Iarrot entró en el despacho del juez.

–¡Esto es lo que he hecho en vuestra ausencia! ¿Debo seguir trabajando?

–Ignoro mi suerte futura, pero detesto que los expedientes esperen. Mientras no me lo prohíban, seguiré poniendo mi sello. ¿Cómo está tu hija?

–Un comienzo de sarampión y una pelea con un muchachuelo odioso que le arañó la cara. He denunciado a los padres. Afortunadamente cada vez baila mejor. Pero mi mujer... ¡qué arpía!

Gruñón, Iarrot colocó los papiros en sus casillas.

–No saldré de mi despacho antes de que el visir responda –indicó Pazair.

–Voy a dar una vuelta por casa de Nebamon –declaró el nubio.

Neferet y Pazair habían tomado la decisión de no vivir nunca en casa de Branir. Nadie debía residir en el lugar golpeado por la desgracia. Se limitarían a la pequeña morada oficial, la mitad de la cual estaba ocupada por los archivos del juez. Si los expulsaban, regresarían a la región tebana.

Neferet se levantaba antes que Pazair, al que le gustaba trabajar hasta muy tarde. Tras haberse lavado y maquillado, alimentaba al perro, al asno y a la mona verde. Bravo, que tenía una pequeña infección en una pata, era cuidado con limo del Nilo, cuyas virtudes desinfectantes actuaban de prisa.

La joven colocaba su estuche médico en el lomo de Viento del Norte; con un innato sentido de la orientación, el asno la guiaba por las callejas del barrio donde los enfermos requerían su intervención. Le pagaban

llenando de alimentos variados los cestos que el asno llevaba con evidente satisfacción. Ricos y pobres no vivían en barrios separados; algunas terrazas arboladas dominaban pequeñas casas de ladrillos secos, vastas mansiones rodeadas de jardines se hallaban junto a animadas callejas por las que circulaban animales y gente. Se gritaba, se negociaba, se reía, pero Neferet no tenía tiempo de participar en discusiones y festejos. Después de tres días de incierta lucha, expulsaba por fin una fiebre maligna del cuerpo de una niña a la que habían invadido los demonios de la noche. La pequeña enferma podía tomar ya leche de nodriza, conservada en un recipiente con forma de hipopótamo. Los latidos de su corazón eran buenos, el pulso regular. Neferet adornó su garganta con un collar de flores y sus orejas con ligeros pendientes; la sonrisa de su paciente fue la más hermosa recompensa. Cuando regresó, rendida, Suti discutía con Pazair.

–Vi a la señora Tapeni, superior del principal taller de tejido de Menfis.

–¿Resultados?

–Acepta ayudarme.

–¿Alguna pista seria?

–Todavía no. Numerosas personas pudieron utilizar este tipo de aguja.

Pazair bajó la mirada.

–Dime, Suti... ¿Es hermosa la tal señora Tapeni?

–No es desagradable.

–¿Y ese primer contacto fue sólo... amistoso?

–La señora Tapeni es independiente y afectuosa.

Neferet se perfumó y les sirvió bebida.

–Esta cerveza no tiene riesgos –indicó Pazair–; lo que tal vez no suceda en tu relación con Tapeni.

–¿Piensas en Pantera? Comprenderá las necesidades de la investigación.

Suti besó a Neferet en ambas mejillas.

–No olvidéis, ni el uno ni la otra, que soy un héroe.

A Denes, rico y afamado transportista, le gustaba descansar en la sala de estar de su suntuosa mansión de Menfis. En las paredes había flores de loto; en el suelo, losas de color, evocación de los peces debatiéndose en un estanque. En una decena de cestos colocados en mesillas, granadas y uva.

Cuando regresaba de los muelles, donde controlaba la llegada y la partida de sus barcos, le gustaba degustar leche cuajada con sal y beber agua, que se mantenía fresca en una jarra de terracota. Tendido en unos almohadones, hacía que una sirvienta le diera un masaje y que le afeitara su barbero personal, igualando los pelos de su fina barba blanca. Con el rostro cuadrado, pesado, Denes dejaba de dar órdenes cuando intervenía su esposa, Nenofar; corpulenta e imponente, vestida a la última moda, poseía las tres cuartas partes de la fortuna de la pareja. Por lo tanto, en sus numerosos enfrentamientos, Denes consideraba preferible ceder.

Aquella tarde no había disputas. Denes ponía su cara de los días malos y ni siquiera escuchaba el inflamado discurso de Nenofar, que maldecía al fisco, el calor y las moscas.

Cuando un sirviente introdujo al dentista Qadash, Denes se levantó y lo besó.

–Pazair ha regresado –declaró, huraño, el facultativo.

Lagrimeante, con la frente pequeña y los pómulos salientes, se frotaba sus manos, enrojecidas a causa de la mala circulación sanguínea. En su nariz se observaban venitas violetas a punto de estallar. Con sus blancos cabellos en desorden, Qadash se agitaba.

Él y su amigo Denes habían sufrido las sospechas del juez y aguantado sus ataques, sin que consiguiera demostrar su culpabilidad.

–¿Qué ha ocurrido? ¡Un informe oficial proclamaba la muerte de Pazair!

–Tranquilízate –recomendó Denes–. Ha vuelto, pero no se atreverá a emprender acción alguna contra nosotros. Su detención le ha destrozado.

–¿Y tú qué sabes? –protestó Nenofar, que se maquillaba tomando ungüento con una cuchara cuyo mango representaba a un negro tendido con las manos atadas a la espalda–. El pequeño juez es empecinado. Se vengará.

–No le temo.

–Porque estás ciego, como de costumbre.

–Tu posición en la corte nos permite estar permanentemente informados de las actuaciones de Pazair.

La señora Nenofar, que dirigía con ardor un equipo de agentes comerciales encargados de vender productos egipcios en el extranjero, había obtenido los puestos de intendente de paños e inspectora del Tesoro.

–El aparato judicial no tiene relación alguna con las exigencias económicas –objetó–. ¿Y si llega hasta el visir?

–Bagey es tan rígido como intratable. No se dejará manipular por un magistrado ambicioso cuyo único objetivo es formar escándalo para aumentar su notoriedad.

La llegada del químico Chechi interrumpió la conversación. Pequeño, con el labio superior adornado por un bigote negro, encerrado hasta el punto de confiarse días enteros en el silencio, se desplazaba como una sombra.

–Me he retrasado.

–¡Pazair está en Menfis! –farfulló Qadash.

–Estoy al corriente.

–¿Qué piensa el general Asher?

–Está tan sorprendido como nosotros. Habíamos recibido con júbilo el anuncio de la muerte del juez.

–¿Quién lo ha hecho liberar?

–Asher lo ignora.

–¿Qué medidas piensa tomar?

–No he tenido derecho a sus confidencias.

–¿Y el programa de armamento? –preguntó Denes.

–Prosigue.

–¿Expedición a la vista?

–El libio Adafi ha fomentado algunos desórdenes cerca de Biblos, pero las fuerzas del orden han bastado para detener la rebelión de dos aldeas.

–Así pues, Asher mantiene la confianza del faraón.

–Mientras no se pruebe su culpabilidad, el rey no puede destituir a un héroe que él mismo condecoró y nombró jefe de sus instructores del ejército de Asia.

La señora Nenofar se puso al cuello un collar de amatistas.

–La guerra es a menudo conveniente para el comercio. Si Asher prevé una campaña contra Siria o Libia, advertídmelo sin tardanza. Cambiaré mis circuitos comerciales y sabré mostrarme generosa con vos.

Chechi se inclinó.

–¡Olvidáis a Pazair! –protestó Qadash.

–Un hombre solo contra fuerzas que lo aplastarán –ironizó Denes–. Actuemos con astucia.

–¿Y si comprende?

–Dejemos actuar a Nebamon. ¿No es nuestro brillante médico el peor afectado?

Nebamon tomaba una decena de baños calientes diarios en una gran cubeta de granito rosa en la que sus servidores vertían un líquido aromatizado. Luego se untaba los testículos con una pomada calmante que, poco a poco, apaciguaba el dolor.

El maldito babuino de Kem, el policía nubio, casi le había arrancado la virilidad. Dos días después de la agresión, una profusión de granos había afligido la delicada piel de las bolsas. Temiendo que supuraran, el médico en jefe se había aislado en la más hermosa de sus mansiones, tras haber anulado las operaciones de cirugía estética prometidas a las envejecidas bellezas de la corte.

Cuanto más odiaba a Pazair, más amaba a Neferet. Se había burlado de él, cierto, pero no le guardaba rencor alguno.

Sin aquel juez mediocre, pernicioso a fuerza de obstinación, la joven habría cedido y se habría convertido en su esposa.

Nebamon no había fracasado nunca. Sufría en sus carnes aquella insoportable afrenta. El mejor aliado de Nebamon seguía siendo Mentmosé. La posición del jefe de policía, que había destruido el mensaje con el que se había atraído a Pazair junto a su maestro y el arma del crimen, se hacia muy delicada. Una investigación seria demostraría, por lo menos, su incompetencia. Mentmosé, que había intrigado durante toda su vida para obtener su puesto, no soportaría ser revocado. Por lo tanto, no todo estaba perdido.

El general Asher dirigía personalmente el ejercicio de los soldados de élite que, en cuanto recibieran la orden, partirían hacia Asia. Pequeño, con rostro de roedor, los cabellos muy cortos, los hombros cubiertos de pelo negro e hirsuto, las piernas cortas, el pecho cruzado por una cicatriz, se complacía realmente viendo sufrir a los hombres cargados con sacos llenos de piedras, obligados a arrastrarse por la arena y el polvo y a defenderse de un agresor armado con un cuchillo. Eliminaba sin piedad a los vencidos. Los oficiales no gozaban de prerrogativa alguna; también ellos debían demostrar sus aptitudes físicas.

–¿Qué pensáis de esos futuros héroes, Mentmosé?

El jefe de policía, arrebujado en un manto de lana, no soportaba el frescor del alba.

–Felicidades, general.

–La mitad de estos imbéciles no es apta para el servicio, y la otra mitad no es mucho mejor. Nuestro ejército es demasiado rico y demasiado perezoso. Hemos perdido el gusto por la victoria.

Mentmosé estornudó.

–¿Habéis cogido frío?

–Las preocupaciones, la fatiga...

–¿El juez Pazair?

–Vuestra ayuda me seria preciosa, general.

–En Egipto nadie puede atacar a la justicia. En otros países tendríamos más libertad.

–Un informe afirmaba que había muerto en Asia...

–Simple error administrativo, del que no soy responsable. El proceso que me instruyó Pazair no tuvo éxito, y me han mantenido en mis funciones. Lo demás no me interesa.

–Deberíais mostraros más circunspecto.

–¿No ha sido descalificado ese pequeño juez?

–Las acusaciones que se le hacían han sido retiradas. ¿No podríamos estudiar juntos... una solución?

–Vos sois policía, yo soy soldado. No mezclemos los géneros.

–En nuestro respectivo interés...

–Mi interés consiste en mantenerme lo más alejado posible de ese juez. Hasta luego, Mentmosé; mis oficiales me esperan.

CAPÍTULO 10

La hiena atravesó el arrabal del sur, lanzó su siniestro grito, descendió hasta la orilla y bebió en el canal. Unos niños aullaron asustados. Sus madres los metieron en las casas y cerraron la puerta. Nadie atacó al animal, enorme y seguro de sí mismo. Ni siquiera los cazadores experimentados se atrevieron a acercarse. Satisfecha, la hiena regresó al desierto.

Todos recordaron la antigua profecía: cuando las bestias salvajes beban en el río, la injusticia reinará y la felicidad abandonará el país.

El pueblo murmuró y su lamento, mil veces repetido de un barrio a otro, llegó a oídos de Ramsés el Grande. Lo invisible comenzaba a hablar; encarnándose en el cuerpo de una hiena, desautorizaba al rey ante los ojos del país. En todas las provincias, la gente se inquietó por el mal presagio y se interrogó sobre la legitimidad del reinado.

El faraón tendría que actuar muy pronto.

Neferet barría la habitación con una corta escoba; de rodillas, sujetaba con fuerza el rígido mango y, con su flexible muñeca, agitaba las largas fibras de junco unidas en un manojo.

–La respuesta del visir no llega –observó Pazair, que estaba sentado en una silla baja.

Neferet apoyó la cabeza en las rodillas del juez.

–¿Por qué te atormentas sin cesar? La inquietud te corroe y te debilita.

–¿Qué intentará contra ti Nebamon?

–¿Acaso no me protegerás tú?

Él le acarició los cabellos.

–Todo lo que deseo, lo encuentro a tu lado. ¡Qué hermosa es esta hora! Cuando duermo junto a ti, me inunda una eternidad de gozo. Amándome, has elevado mi corazón. Estás en él, lo llenas con tu presencia. No te alejes nunca de mí. Cuando te miro, mis ojos no necesitan otra luz.

Sus labios se unieron con la suavidad de una primera emoción.

Neferet se disponía a salir para sus consultas cuando una joven sin aliento corrió hacia ella.

–¡Aguardad, os lo ruego! –gritó Silkis, la esposa del alto funcionario Bel-Tran.

El asno, que cargaba con el estuche médico, aceptó permanecer inmóvil.

–Mi marido desearía ver urgentemente al juez Pazair.

Bel-Tran, fabricante y vendedor de papiro, se había distinguido por sus cualidades de gestor y había sido elevado al rango de tesorero principal de los graneros y, luego, de subdirector del Tesoro. Pazair lo había ayudado en un periodo difícil y sentía por él agradecimiento y amistad. Silkis, mucho más joven que su marido, había sido cliente del médico en jefe Nebamon, que había conseguido afinar su rostro y sus grandes caderas. Bel-Tran quería llevar junto a sí a una esposa digna de las más hermosas damas de Egipto, aunque fuera a costa de la cirugía estética. Con la piel clara y los rasgos más finos, Silkis parecía una adolescente de rotundas formas.

–Si aceptara venir conmigo, lo llevaría a la sede del Tesoro, donde Bel-Tran lo recibirá antes de marcharse al delta. Pero primero me gustaría disfrutar de vuestros cuidados.

–¿Qué os pasa?

–Tengo espantosas jaquecas.

–¿Qué coméis?

–Muchas golosinas, lo confieso. Adoro el zumo de higo, me encanta el zumo de granada y cubro mis pasteles con zumo de algarrobo.

–¿Legumbres?

–Me gustan menos.

–Pues más legumbres y menos golosinas. Vuestras jaquecas disminuirán. Os aplicaréis localmente una pomada.

Neferet le prescribió un remedio compuesto por tallo de caña, enebro, savia de pino, bayas de laurel y resma de terebinto, machacados y convertidos en una masa compacta mezclada con grasa.

–Mi marido os pagará generosamente.

–Como quiera.

–¿Aceptaríais ser nuestro médico?

–Si mi terapia os conviene, ¿por qué no?

–A mi marido y a mí nos satisfaría mucho. ¿Puedo llevarme al juez?

–A condición de que no lo perdáis.

Cuanto más deprisa trabajaba Bel-Tran, más expedientes delicados y espinosos le confiaban. Su prodigiosa memoria para las cifras y su capacidad para calcular a una velocidad asombrosa lo hacían indispensable. Unas semanas después de su entrada en funciones entre los altos funcionados del Tesoro, obtenía un ascenso y se convertía en uno de los íntimos colaboradores del director de la Casa del oro y de la plata, a cargo de las finanzas del reino. No dejaba de recibir elogios; preciso, rápido, metódico, encarnizado trabajador, dormía poco, era el primero que llegaba a los locales del Tesoro y el último que se marchaba. Algunos le auguraban una fulgurante carrera.

Bel-Tran estaba rodeado de tres escribas a los que les dictaba cartas administrativas cuando su esposa introdujo a Pazair. Le dio un fuerte abrazo, terminó la tarea que estaba haciendo, despidió a los escribas y rogó a su mujer que le preparara un copioso almuerzo.

–Tenemos cocinero, pero Silkis es intratable en lo que se refiere a la calidad de los productos. Su opinión es decisiva.

–Parecéis muy ocupado.

–Nunca imaginé que mis nuevas funciones fueran tan exaltantes. Pero hablemos de vos.

Con los negros cabellos pegados con ungüento oloroso a un cráneo redondo, de pesada osamenta y manos y pies rollizos, Bel-Tran hablaba deprisa y se movía sin cesar. Parecía incapaz de disfrutar un momento de reposo, incitado por diez proyectos y mil preocupaciones.

–Habéis vivido un calvario. Me informaron muy tarde y no pude intervenir en modo alguno.

–No os lo reprocho. Sólo Suti podía sacarme de aquel mal paso.

–Y a vuestro entender, ¿quiénes son los culpables?

–El decano del porche, Mentmosé y Nebamon.

–El decano tendrá que dimitir. El caso de Mentmosé es más delicado; jurará que fue engañado. Por lo que a Nebamon se refiere, está agazapado en su propiedad, pero no es hombre que renuncie. ¿Olvidáis al general Asher? Os odia. Durante el proceso estuvisteis a punto de destruir su reputación; su poder, sin embargo, permanece intacto y su influencia no ha disminuido. ¿No será él, en la sombra, quien manipule las marionetas?

–He escrito al visir para solicitarle proseguir la investigación.

–Excelente idea.

–No me ha respondido todavía.

–Tengo confianza. Bagey no aceptará que la justicia sea burlada de ese modo. Atacándoos a vos, vuestros enemigos chocarán con él.

–Aunque me aparte del asunto, aunque no me permita volver a ser juez, descubriré al asesino de Branir. Me considero responsable de su muerte.

–¿Qué estáis imaginando?

–Fui demasiado charlatán.

–No os torturéis así.

–Acusarme de haberle asesinado era el golpe más cruel que podían darme.

–¡Han fracasado, Pazair! Quería veros para aseguraros mi apoyo. Sean cuales sean las pruebas futuras, estoy con vos. ¿No deseáis trasladaros, vivir en una casa más espaciosa?

–Espero la respuesta del visir.

Kem, incluso en el sueño, permanecía alerta. Conservaba el instinto del cazador de sus años de infancia y. adolescencia pasados en las lejanas regiones de Nubia. ¿Cuántos de sus compañeros, demasiado seguros de sí mismos, habían perecido en la sabana, heridos por las zarpas de un león?

El nubio despertó sobresaltado y se palpó la nariz de madera; a veces soñaba que la materia inerte se transformaba en carne palpitante; pero no era hora de ilusiones; unos hombres subían la escalera. El babuino también había abierto los ojos. Kem vivía rodeado de arcos, espadas, puñales y escudos. Se equipó en un instante, mientras dos policías echaban abajo la puerta del alojamiento. Derribó al primero, el babuino al segundo. Pero veinte agresores más le siguieron.

–¡Huye! –ordenó el nubio a su mono.

El babuino le dirigió una mirada en la que se mezclaban el despecho y la promesa de venganza. Escapando de la jauría, salió por una ventana, saltó al techo de la casa vecina y desapareció.

Kem, luchando con desesperada energía, fue difícil de dominar; caído de espaldas, agarrotado, vio entrar a Mentmosé.

El propio jefe de policía puso una calceta con forma de almendra hueca en las atadas muñecas.

–Por fin tenemos al asesino –dijo sonriendo.

Pantera machacó los restos de zafiro, esmeralda, topacio y hematites, tamizó el polvo obtenido en un cedazo de fino junco y, luego, lo vertió todo en un caldero bajo el que había encendido un fuego de leña de sicómoro. Añadió un poco de resma de terebinto para obtener un ungüento de lujo, con el que formaría un cono; engrasaría con él las pelucas, sus tocados y cabellos, y se perfumaría el cuerpo entero.

Suti sorprendió a la rubia libia cuando se inclinaba sobre su mixtura.

–Me cuestas muy cara, diablesa, y todavía no he encontrado el medio de hacer fortuna. Ahora ni siquiera puedo venderte como esclava.

–Te has acostado con una egipcia.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo noto. Su olor te mancilla.

–Pazair me ha confiado una investigación delicada.

–¡Pazair, siempre Pazair! ¿Te ordenó que me engañaras?

–He conversado con una mujer notable, encargada del principal taller de tejido de la ciudad.

–¿Qué tiene de tan.., notable? Sus nalgas, su sexo, sus pechos, su...

–No seas vulgar.

Pantera se lanzó sobre su amante con tanta violencia que le arrojó contra la pared y le cortó la respiración.

–¿En tu país no es un crimen ser infiel?

–No estamos casados.

–¡Claro que si, vivimos bajo el mismo techo!

–A causa de tus orígenes, necesitaríamos un contrato. Detesto el papeleo.

–Si no la abandonas inmediatamente, te mataré.

Suti invirtió la situación. Esta vez le tocó a la libia encontrarse de espaldas a la pared.

–Escúchame bien, Pantera. Nadie me ha dictado nunca mi conducta. Si debo casarme con otra para cumplir con mis deberes de amigo, lo haré. O lo comprendes, o te vas.

Sus ojos se dilataron, pero no brotó de ellos lágrima alguna. Ella le mataría. Seguro.

Con su más hermosa escritura, el juez Pazair se disponía a redactar una segunda misiva para el visir, con el fin de hacer más hincapié en la gravedad de los hechos y solicitar una intervención urgente del primer magistrado de Egipto, cuando el jefe de policía entró en su despacho.

Mentmosé tenía cara de satisfacción.

–Juez Pazair, merezco vuestras felicitaciones.

–¿Por qué razón?

–He detenido al asesino de Branir.

Sin abandonar la postura del escriba, Pazair observó a Mentmosé.

–El asunto es demasiado grave para bromear con él.

–No bromeo.
–¿Cómo se llama?
–Kem, vuestro policía nubio.
–Es grotesco.
–¡Ese hombre es un animal! Recordad su pasado, ya ha matado.
–Vuestras acusaciones son de extremada gravedad. ¿En qué pruebas se basan?
–Testigo ocular.
–Que comparezca ante mí.
Mentmosé pareció molesto.
–Desgraciadamente, es imposible y, sobre todo, inútil.
–¿Inútil?
–Se ha entablado el proceso y se ha hecho justicia.
Pazair se levantó atónito.
–Tengo un documento firmado por el decano del porche.
El juez leyó el papiro. Kem, condenado a muerte, había sido encerrado en una mazmorra de la gran prisión.
–No se menciona el nombre del testigo.
–No tiene importancia... Vio a Kem matando a Branir y ha declarado bajo juramento.
–¿Quién es?
–Olvidadlo. El asesino será castigado, eso es lo esencial.
–¡Perdéis vuestra sangre fría, Mentmosé! Antaño, ni siquiera os habríais atrevido a mostrarme un documento tan miserable.
–No comprendo...
–La sentencia se ha pronunciado sin la presencia del acusado, esta ilegalidad supone la anulación del procedimiento.
–Os traigo la cabeza del culpable y me habláis de técnica judicial.
–De justicia –rectificó Pazair.
–¡Sed razonable por una vez! Ciertos escrúpulos son estériles.
–No se ha establecido la culpabilidad de Kem.
–No importa. ¿Quién echará en falta a un negro mutilado y criminal?
Si Pazair no hubiera estado revestido de su dignidad de juez, no habría contenido la violencia que lo inflamaba.
–Conozco la vida mejor que vos –prosiguió Mentmosé–. Algunos sacrificios son necesarios. Vuestra función os obliga a pensar primero en el reino, en su bienestar y su seguridad.
–¿Los amenaza, acaso, Kem?
–Ni vos ni yo tenemos interés en levantar ciertos velos. Osiris recibirá a Branir en el paraíso de los justos, y el crimen será castigado. ¿Qué más queréis?
–La verdad, Mentmosé.
–¡Ilusiones!
–Sin ella, Egipto moriría.
–Seréis vos quien desaparecerá, Pazair.

Kem no temía la muerte, pero sufría por la ausencia de su babuino. Privado de un hermano, tras tantos años de trabajo en común, no podía ya cambiar con él miradas cómplices y tener en cuenta sus intuiciones. Sin embargo, se alegraba de que su libertad estuviera preservada. Él estaba

encerrado en una especie de sótano de techo bajo donde reinaba un calor asfixiante. Sin juicio, una condena inmediata y una ejecución sumaria: esta vez no escaparía de sus enemigos. Pazair no tendría tiempo de intervenir y sólo podría deplorar la desaparición del nubio, que Mentmosé disfrazaría de accidente.

Kem no sentía aprecio alguno por la raza humana. La consideraba corrupta, vil y solapada, apenas buena para servir de pasto al monstruo que, junto a la balanza del juicio final, devoraba a los condenados. Una de las pocas cosas que le causaban felicidad era haber conocido a Pazair; con su actitud, afirmaba la existencia de una justicia en la que Kem no creía desde hacía mucho tiempo. Con Neferet, su compañera para toda la eternidad, estaba comprometido en un combate perdido de antemano, sin preocuparse por su destino. Al nubio le hubiera gustado ayudarle hasta el desastre final, en el que la mentira, como de costumbre, prevalecería.

La puerta de la celda se abrió.

El nubio se irguió e hinchó el pecho. No le daría al verdugo la imagen de un hombre abatido. Enderezando la espalda, salió de su prisión tras apartar el brazo que se tendía hacia él.

Deslumbrado por el sol, creyó que sus ojos lo engañaban.

–No es...

Pazair cortó la cuerda que ataba las muñecas de Kem.

–He destruido la acusación por sus numerosas ilegalidades. Sois libre.

El coloso tomó al juez en sus brazos, y estuvo a punto de ahogarle.

–¿No tenéis va bastantes problemas? Tendríais que haberme olvidado en esta mazmorra.

–¿El encarcelamiento ha debilitado vuestras facultades?

–¿Y mi mono?

–Ha huido.

–Volverá.

–También él está disculpado. El decano del porche ha reconocido el fundamento de mis protestas y ha desautorizado al jefe de policía.

–Le retorceré el cuello a Mentmosé.

–Seríais culpable de asesinato, y tenemos mejores cosas que hacer, especialmente identificar al misterioso testigo ocular que está en la base de vuestro arresto.

El nubio levantó al cielo sus puños cerrados.

–¡Dejádmelo a mí!

El juez no respondió. Kem se sintió animado por una salvaje alegría cuando recuperó su arco, sus flechas, su maza y su escudo de madera cubierto de piel de buey.

–El babuino es un asesino –añadió risueño–. No lo detendrá ley alguna.

Ramsés el Grande centró su atención ante el desvalijado sarcófago de Keops. Con un nudo en la garganta, el pecho dolorido, el hombre más poderoso del mundo se había convertido en esclavo de una pandilla de asesinos y ladrones. Apoderándose de los sagrados emblemas de la realeza, privándole de la gran magia de Estado prevista por los dioses, convertían su poder en ilegitimo y lo condenaban a abdicar, antes o después, en favor de un intrigante que destruiría la obra emprendida hacía ya tantas dinastías.

Los criminales no atacaban sólo su persona, sino el ideal de gobierno y los valores tradicionales que encarnaba. Si entre los culpables había algunos egipcios, no habrían actuado solos; libios, hititas o sirios les habrían insuflado el más maléfico de los proyectos para derribar Egipto de su pedestal y abrirlo a las influencias extranjeras, hasta el punto de hacerlo dependiente.

El testamento de los dioses había sido transmitido y conservado intacto de faraón en faraón. Hoy estaba en unas manos impuras y lo manipulaban cerebros diabólicos. Durante mucho tiempo, Ramsés había esperado que el cielo lo protegiera y el pueblo siguiera ignorando el drama, hasta poder encontrar una solución.

Pero la estrella del gran monarca comenzaba a apagarse. La próxima crecida seria insuficiente. Las reservas de los graneros reales alimentarían las provincias más desfavorecidas y ningún egipcio moriría de hambre. Pero algunos cultivadores se verían obligados a abandonar sus campos y se murmuraría que el rey no tenía ya la capacidad de apartar la desgracia, a menos que celebrara una fiesta de regeneración, durante la que dioses y diosas le insuflarían una nueva energía. Una energía reservada al depositario del testamento que legitimara su reinado.

Ramsés el Grande imploró la luz de la que era hijo; no cedería sin combatir.

CAPÍTULO 11

Con el mango de madera de su navaja en la mano, el barbero pasó la hoja de cobre por las mejillas, el mentón y el cuello del juez Pazair, sentado en un taburete, ante su morada, junto a Viento del Norte, que observaba la escena con mirada plácida mientras Bravo dormía entre sus patas. Como todos los barberos, éste era hablador.

–Os ponéis tan elegante porque os han convocado a palacio.

–¿Cómo negároslo?

Pazair no precisó que acababa de recibir una respuesta, bastante breve, del visir, que lo citaba inmediatamente en aquella hermosa mañana de estío.

–¿Un ascenso?

–Es poco probable.

–¡Que los dioses os sean favorables! Es cierto que un buen juez es su aliado.

–Es preferible, en efecto.

El barbero hundió su hoja en una copa que contenía agua con natrón. Se apartó de su cliente, contempló su obra y, con delicadeza, afeitó unos pelos rebeldes en el mentón.

–Los emisarios del faraón han transmitido estos últimos días curiosos decretos; ¿por qué quiere reafirmar Ramsés el Grande que es la única muralla contra la desgracia y los cataclismos? En este país nadie lo duda. En fin, nadie... Se murmura, de todos modos, que su poder declina. La hiena que bebe en el río, la mala crecida, lluvias en el delta en esta estación.., son signos tangibles del descontento de los dioses. Algunos consideran que Ramsés tendría que celebrar una fiesta de regeneración para recuperar la plenitud de su poder mágico. ¡Qué magnífico momento! Quince días de reposo, distribución de alimento, cerveza a voluntad, bailarinas por las calles... Mientras el rey esté encerrado en el templo con las divinidades, nosotros nos pegaremos una buena vida.

Los decretos reales habían intrigado a Pazair. ¿Qué oscuro adversario temía Ramsés? Tenía la sensación de que el monarca estaba a la defensiva, sin nombrar al adversario, visible o invisible, al que combatía. Sin embargo, Egipto permanecía tranquilo; ningún signo de desestabilización, salvo aquella misteriosa conspiración que Pazair había desmantelado, al menos en parte. Pero ¿de qué modo ponía en peligro el trono del faraón el robo del hierro celeste?

Quedaba el general Asher, a quien el testimonio de Suti designaba como un traidor y un aliado de los asiáticos, dispuestos siempre a invadir Egipto, tierra de todas las riquezas.

Aunque ocupara una de las más altas funciones militares, ¿tendría deseos de levantar las tropas contra el soberano? La hipótesis parecía inverosímil. El felón se preocupaba por las ventajas personales, no por el peso de un gobierno que seria incapaz de asumir.

Desde el asesinato de su maestro Branir, Pazair perdía pie. Razonaba en el vacío, se sentía traqueteado como el cargamento transportado por un asno. Él, que había establecido un sólido expediente contra el general Asher y sus probables cómplices, carecía de clarividencia, pues estaba obsesionado por el rostro martirizado del venerado ser cuya existencia habían segado.

–Estáis perfecto –consideró el barbero–. Hablad un poco de mí en palacio; me gustaría afeitar a algunos nobles.

El juez asintió con la cabeza.

A su vez, Neferet lo miró.

Con los cabellos peinados, el cuerpo lavado y perfumado, y vestido con un paño de luminosa blancura, el examen fue concluyente.

–¿Estás dispuesto? –preguntó.

–Es preciso. ¿Tengo aspecto de asustado?

–Exteriormente, no.

–La carta del visir no contenía aliento alguno.

–No esperes ninguna benevolencia, así no tendrás una decepción.

–Si me destituye, exigiré que prosigan con la investigación.

–No dejaremos sin castigo la muerte de Branir.

La expresión sonriente de su inflexible voluntad lo tranquilizó.

–Tengo miedo, Neferet.

–Yo también. Pero no retrocederemos.

Los nueve amigos del faraón, tocados con una pesada peluca negra y vestidos con una larga túnica blanca plisada, adornada con un lazo a la altura del ombligo, se habían reunido durante la mañana, convocados por el visir Bagey. Tras debates bastante vivos, habían obtenido la unanimidad. El portador de la Regla, el superintendente de la Doble Casa blanca, el encargado de los canales y director de las moradas del agua, el superintendente de los escritos, el superintendente de los campos, el director de las misiones secretas, el escriba del catastro y el intendente del rey, tras unos profundos intercambios de opinión, habían adoptado la sorprendente propuesta del visir, considerada primero irreal e, incluso, peligrosa. Pero la urgencia de la situación y su carácter dramático justificaban una decisión rápida y desacostumbrada.

Cuando anunciaron a Pazair, los nueve amigos se instalaron en la gran sala de audiencias, de paredes desnudas y blancas, donde se sentaron en bancos de piedra, a un lado y otro de Bagey que ocupaba una silla con respaldo bajo.

De su cuello colgaba el imponente corazón de cobre, la única joya ritual que se permitía. Bajo sus pies, una piel de pantera que evocaba el salvajismo dominado.

El juez Pazair se inclinó ante la augusta asamblea. Los rostros helados de los nueve amigos no presagiaban nada bueno.

–Juez Pazair, ¿admitís que sólo la práctica de la justicia mantiene la prosperidad de nuestro país?

–Esa es mi más profunda convicción.

–Si no se actúa según la justicia, si se la considera una mentira, los rebeldes levantarán la cabeza, reinará el hambre y rugirán los demonios. ¿Sigue siendo ésa vuestra convicción?

–Vuestras palabras expresan la verdad que vivo.

–He recibido vuestras dos cartas, juez Pazair, y las he comunicado a este consejo para que cada uno de sus miembros sea juez de vuestra conducta. ¿Consideráis haber sido fiel a vuestra misión?

–No creo haberla traicionado. He sufrido en mis carnes, tengo el sabor de la desesperación y la muerte en la boca, pero esos sufrimientos son insignificantes comparados con el ultraje infligido a la función de juez. La han mancillado, la han pisoteado.

–Cuando sepáis que el jefe de policía, Mentmosé, y el decano del porche fueron nombrados por esta asamblea, y con mi aprobación, ¿mantendréis vuestras acusaciones?

Pazair tragó saliva. Había ido demasiado lejos. Aun fortalecido por la evidencia, aun provisto de pruebas irrefutables, un pequeño juez no debía atacar a los notables. El visir y su consejo tomaban partido por sus colaboradores directos.

–Mantengo mis acusaciones, cualquiera que sea su precio. Fui deportado sin motivo, el jefe de policía no realizó ninguna comprobación seria, el decano del porche prescindió de la verdad en beneficio de la mentira. Quisieron eliminarme para que la investigación sobre el asesinato de Branir, la misteriosa muerte de los veteranos y la desaparición del hierro celeste no prosiguiera. Vosotros, los nueve amigos del faraón, habréis oído esta verdad, y no la olvidaréis. La corrupción ha abandonado su cubil y gangrenado una parte del Estado. Si no se cortan los miembros enfermos, se apoderará del cuerpo entero.

Pazair no bajó los ojos y sostuvo la mirada del visir, que pocos hombres se habían atrevido a afrontar.

–La precipitación y la intransigencia extravían al mejor de los jueces –indicó Bagey–. ¿Cuál de estos dos caminos adoptaríais: tener éxito en la vida o servir a la justicia?

–¿Por qué van a oponerse?

–Porque la existencia de un hombre pocas veces concuerda con la ley de Maat.

–La mía le fue ofrecida por juramento.

El visir mantuvo un largo silencio. Pazair supo que iba a pronunciar una sentencia inapelable.

–El portador de la Regla, el intendente del rey y yo hemos examinado los hechos, procedido a interrogatorios y llegado a las mismas conclusiones. El decano del porche, efectivamente, ha cometido graves faltas. A causa de su edad, de su experiencia y de los servicios prestados a la justicia, lo condenamos al exilio en el oasis de Khargeh, donde terminará sus días en la soledad y el recogimiento. Jamás volverá al valle. ¿Estáis satisfecho?

–¿Por qué voy a alegrarme de la desgracia de un juez destituido?

–Condenar es un deber.

–Proseguir la investigación es otro.

–La confío al nuevo decano del porche. Vos, Pazair.

El juez palideció.
–Mi juventud...
–La dignidad de decano no implica ser anciano, sino ser competente, una competencia que esta asamblea os reconoce. ¿Teméis acaso el peso de este cargo hasta el punto de renunciar a él?
–No lo esperaba...
–El destino golpea en un instante, tan rápido como el cocodrilo que se lanza al río. ¿Vuestra respuesta?
Pazair levantó sus manos unidas en señal de respeto y aceptación, y se inclinó.
–Juez del porche –declaró Bagey–, no tenéis ningún derecho. Sólo cuentan vuestros deberes. Que Thot guíe vuestro pensamiento y oriente vuestro juicio, pues sólo un dios preserva al hombre de las bajezas. Conoced vuestro rango, estad orgulloso de él, no os vanagloriéis. Colocad vuestro honor por encima de la muchedumbre, sed silencioso y útil a los demás. No soltéis la cuerda del gobernalle, sed un pilar en vuestra función, amad el bien, detestad el mal. No profiráis mentira alguna, no seáis ligero ni confuso, no tengáis el corazón vacío. Explorad las profundidades de los seres a quienes juzguéis, gracias al ojo de Ra, la luz celestial. Tended el brazo derecho y abrid la mano.
Pazair obedeció.
–He aquí vuestro anillo con el sello, que autentificará los documentos en los que lo pongáis. En adelante actuaréis a las puertas del templo para impartir justicia y proteger a los débiles. Haréis que el orden se respete en Menfis. Velaréis para que los impuestos se paguen debidamente, por la buena marcha de los trabajos agrícolas y la entrega de los géneros. Si es necesario, presidiréis el más alto tribunal de justicia. En cualquier circunstancia, no os limitéis a lo que oigáis y penetrad en el secreto de los corazones.
–Puesto que queréis justicia, ¿quién se encargará del jefe de policía, Mentmosé, cuyas bribonadas son imperdonables?
–Que vuestra investigación precise sus faltas.
–Os prometo no ceder a pasión alguna y tomarme el tiempo necesario.
El portador de la Regla se levantó.
–Confirmo la decisión del visir en nombre del consejo. A partir de este instante, el decano del porche Pazair será reconocido como tal en todo Egipto. Le serán atribuidos una mansión, bienes materiales, servidores, despachos y funcionarios.
El superintendente de la Doble Casa blanca se levantó a su vez.
–De acuerdo con la ley, el decano del porche será responsable, con sus bienes, de cualquier decisión inicua. Si se debe reparación a un litigante, la pagará él mismo, sin recurrir a las finanzas públicas.
El visir emitió un insólito lamento.
Todos se volvieron hacia él. Bagey se llevó la mano al costado diestro, se agarró al respaldo de la silla, intentó en vano sujetarse y se derrumbó inanimado.
Cuando Neferet vio acercarse a Pazair, con la frente cubierta de sudor y los ojos angustiados, creyó que había huido de palacio.
–El visir se encuentra mal.
–¿Está con él el médico en jefe?

–Nebamon está enfermo. Ninguno de sus ayudantes se atreve a intervenir sin su autorización.

La muchacha tomó su reloj de mano y lo sujetó a su muñeca, después puso su estuche en el lomo de Viento del Norte. El asno tomó el buen camino.

Bagey estaba tendido en unos almohadones. Neferet lo auscultó, escuchó los latidos del corazón en su pecho, en sus venas y sus arterias, descubrió dos corrientes, una que caldeaba el costado derecho del cuerpo, otra que helaba el costado izquierdo. El mal era profundo y se extendía a todo el organismo. Utilizando su clepsidra de mano, calculó el ritmo del corazón y el tiempo de reacción de los órganos principales.

Los cortesanos aguardaban el diagnóstico con ansiedad.

–Se trata de una enfermedad que conozco, la trataré ahora mismo –declaró–. El hígado está dañado, la vena porta obstruida. Las arterias hepáticas y el canal colédoco, que unen el corazón con el hígado, están en mal estado. No proporcionan el agua y el aire necesarios y contienen una sangre demasiado espesa.

Neferet hizo beber al enfermo achicoria, que se cultivaba en los jardines de los templos. La planta de anchas hojas azules, que se cerraban a mediodía, tenía numerosas virtudes curativas; mezclada con una pequeña cantidad de vino viejo, trataba numerosas afecciones del hígado y de la vesícula. La médica magnetizó el órgano bloqueado; el visir despertó, muy pálido, y vomitó.

Neferet le pidió que bebiera varias copas de achicoria, hasta que retuviera el líquido; el cuerpo del enfermo finalmente se enfrió.

–El hígado está abierto y limpio –observó.

–¿Quién sois? –preguntó Bagey.

–Soy la doctora Neferet, la esposa del juez Pazair. Deberéis vigilar vuestra alimentación –precisó con voz tranquila– y beber achicoria diariamente. Para evitar un grave infarto, que os destruiría, tomaréis una poción a base de higos, frutos cortados del sicómoro, semillas de brionia, frutos de persea, goma y resma. Yo misma os prepararé la mezcla, que debe exponerse al rocío y filtrarse de madrugada.

–Me habéis salvado la vida.

–He cumplido con mi deber, y hemos tenido suerte.

–¿Dónde ejercéis?

–En Menfis.

El visir se levantó. Pese a la flojedad de sus piernas y a una fuerte jaqueca, dio algunos pasos.

–El descanso es indispensable –estimó Neferet ayudándole a sentarse–. Nebamon os...

–Vos me trataréis.

Una semana más tarde, el visir Bagey, restablecido por completo, entregó al nuevo decano del porche una estela de calcáreo en la que se habían grabado tres pares de orejas, uno azul oscuro, otro amarillo y el tercero verde pálido. Así se evocaban el cielo de lapislázuli, donde reinaban las estrellas de los sabios, el oro que formaba la carne de las divinidades y la turquesa del amor; así se manifestaban los deberes del

juez principal de Menfis: escuchar a los demandantes, respetar la voluntad de los dioses, mostrarse benevolente sin debilidad.

Escuchar era la base de la educación, y seguía siendo la virtud principal de un magistrado. Grave, concentrado, Pazair recibió la estela y levantó el bloque de calcáreo a la altura de sus ojos, frente a todos los jueces de la gran ciudad, que se habían reunido para felicitar al nuevo decano.

Neferet lloró de alegría.

CAPÍTULO 12

La mansión atribuida al decano del porche maravilló a la joven pareja. Estaba situada en el centro de un barrio modesto y se componía de pequeñas casas blancas de dos pisos, donde se alojaban artesanos y pequeños funcionarios. La habían concluido unos días antes para destinarla a un dignatario que no perdía absolutamente nada con el cambio. Era alargada y estaba coronada por un techo plano, además tenía ocho estancias cuyos muros habían sido decorados con pinturas que representaban pájaros multicolores debatiéndose entre espesuras de papiro.

Pazair no se atrevió a entrar. Se detuvo en el corral, donde un empleado cebaba ocas; unos patos chapoteaban en un estanque, adornado con lotos azules. Al abrigo de una cabaña, dos muchachos, encargados de proporcionar grano a las aves, dormían a pierna suelta. El nuevo dueño del lugar no los despertó. También Neferet se alegraba de poseer semejantes riquezas. Contempló la fértil tierra aireada por gusanos, cuyas deyecciones formaban un excelente abono para los cereales. Ningún campesino los mataba, porque sabían que las lombrices aseguraban la fertilidad del suelo.

Bravo fue el primero que correteó por el magnifico jardín, seguido inmediatamente por Viento del Norte. El asno se agachó bajo un granado, cuya belleza era la más duradera, porque una flor se abría cuando caía la antigua. El perro prefirió un sicómoro, el rumor de cuyas hojas evocaba la dulzura de la miel. Neferet acarició las finas ramas y los maduros frutos, unas veces rojos, otros turquesa, y atrajo a su marido junto a sí, a la sombra del árbol, albergue de la diosa del cielo. Maravillados, contemplaron una avenida de higueras importadas de Siria, y un pabellón de cañas donde disfrutarían del esplendor de los ocasos.

Su tranquilidad no duró mucho tiempo; Traviesa, la pequeña mona verde de Neferet, lanzó un grito de dolor y saltó a los brazos de su dueña. Doliente, le tendió la pata donde se había clavado una espina de acacia. La herida no debía tratarse a la ligera; cuando la espina permanecía bajo la piel provocaba a la larga, una hemorragia interna que había desconcertado a muchos médicos. Sin que se lo ordenaran, Viento del Norte se levantó y se acercó. Neferet sacó de su estuche un escalpelo, extrajo la astilla con infinita suavidad y untó la herida con una pomada compuesta de miel, coloquíntida, hueso de sepia machacado y corteza de sicómoro pulverizada. Si se declaraba una pequeña infección, la trataría con sulfuro de arsénico. Pero Coqueta no parecía estar agonizando; en cuanto la libraron de la espina, trepó a una palmera datilera en busca de algún fruto maduro.

–¿Y si entráramos? –sugirió Neferet.
–La cosa comienza a ser seria.
–¿Qué quieres decir?
–Cuando nos casamos, no teníamos nada. La situación ha cambiado.
–¿Comienzas a cansarte ya?
–No olvides nunca, doctora, que yo te arranqué a tu tranquilidad.
–Mis recuerdos son distintos; ¿no fui yo la que te descubrí primero?
–Hubiéramos debido sentarnos uno junto a otro, rodeados de una multitud de parientes y amigos, y ver desfilar ante nuestras sillas, cofres para ropa, jarras, objetos de tocador, sandalias, ¡qué sé yo! Tú habrías llegado en palanquín, con un vestido de fiesta, al son de las flautas y los tamboriles.
–Prefiero el momento que vivimos ambos, sin ruidos y sin fastos.
–En cuanto hayamos cruzado el umbral de nuestra mansión, seremos responsables de ella. La jerarquía me reprocharía no haber redactado un contrato que protegiera tu porvenir.
–¿Es honesta tu proposición?
–Cumplo la ley. Yo, Pazair, te aporto todos mis bienes a ti, Neferet, que conservarás tu nombre. Como hemos decidido vivir juntos bajo el mismo techo, es decir, estar casados, te deberé reparación si nos separamos. Un tercio de lo que hayamos adquirido, a partir de este día, te pertenecerá, y tendré que alimentarte y vestirte. Por lo demás, el tribunal decidirá.
–Debo confesar al decano del porche que estoy locamente enamorada de un hombre y tengo la firme intención de permanecer unida a él hasta mi último aliento.
–Tal vez, pero la ley...
–Cállate y entremos.
–Pero antes déjame hacer una rectificación: soy yo el que está locamente enamorado de ti.
Abrazados, cruzaron el umbral de su nueva existencia.
En la primera estancia, pequeña y baja, destinada al culto de los antepasados, se recogieron un buen rato venerando el alma de Branir, su maestro asesinado. Descubrieron luego la sala de recepción, las alcobas, la cocina, los baños provistos de canalizaciones de terracota y un excusado con una taza de calcáreo.
El cuarto de baño los dejó maravillados. A uno y otro lado de la losa de calcáreo, colocada en un ángulo, había dos bancos de ladrillos en los que se mantenían servidores y siervas para derramar el agua sobre el que deseara una ducha. Losetas de calcáreo cubrían las paredes de ladrillo, para que no se vieran expuestas a la humedad. Una ligera pendiente, que llevaba al orificio de una canalización de alfarería, profundamente enterrada, permitía que el agua saliera.
La alcoba, bien aireada, tenía una mosquitera sobre un gran lecho de ébano macizo, con los pies en forma de garras de león. A los lados se había colocado la cara jovial del dios Bes, encargado de proteger el descanso y proporcionar a los durmientes felices sueños. Pasmado, Pazair se demoró en el somier de cuerdas vegetales trenzadas, de excepcional calidad. Los numerosos travesaños habían sido dispuestos con perfecta ciencia para soportar un gran peso durante muchos años.

A la cabecera de la cama había un vestido de lino blanco, el tejido de la recién casada que sería, también, su sudario.

–Nunca hubiera creído que podría dormir una sola noche en semejante cama.

–¿Por qué esperar? –preguntó ella pícara.

Colocó el precioso tejido sobre el somier, se quitó el vestido y se tendió, desnuda, feliz de recibir sobre su cuerpo el cuerpo de Pazair.

–Esta hora es tan dulce que nunca la olvidaré; tú la haces eterna con tu mirada. No te alejes de mí; te pertenezco como un jardín que tú adornarás con flores y perfume. Cuando formamos un solo ser, la muerte ya no existe.

A la mañana siguiente, Pazair echó a faltar su pequeña casa de juez principiante y comprendió por qué el visir Bagey se limitaba a un modesto alojamiento en el centro de la ciudad. Ciertamente, los cepillos y las escobas de caña eran numerosos y favorecían una profunda limpieza, pero también era necesaria una mano experta para manejarlos. Ni Neferet ni él tenían tiempo de entregarse a esa tarea, y aunque se lo hubieran pedido al jardinero o al encargado del corral, éstos no habrían abandonado sus ocupaciones. Nadie había pensado en contratar a una mujer de la limpieza. Neferet y Viento del Norte se marcharon pronto hacia palacio; el visir de– seaba una consulta antes de su primera audiencia. Sin escribano, sin despacho instalado, sin criados, el decano del porche se sintió completamente perdido a la cabeza de una propiedad demasiado grande para él. Al denominar a la esposa "ama de casa", los sabios no se habían equivocado.

El jardinero le aconsejó una mujer de unos cincuenta años, que alquilaba sus servicios a los propietarios necesitados; por seis días de trabajo no exigió menos de ocho cabras y dos vestidos nuevos. Expoliado, seguro de que estaba poniendo en peligro el equilibrio financiero de la pareja, el decano del porche se vio obligado a aceptar. Hasta que regresara Neferet, estaría en apuros.

Suti abrió los ojos en señal de asombro y palpó las paredes.

–Parecen de verdad.

–La construcción es reciente, pero de buena calidad.

–Creía ser el mayor bromista de Egipto, pero tú me superas de largo. ¿Quién te ha prestado esta mansión?

–El Estado –respondió Pazair.

–¿Sigues afirmando que eres el nuevo decano del porche?

–Si no me crees, escucha a Neferet.

–Es tu cómplice.

–Ve a palacio.

Suti comenzó a dudar.

–¿Quién te ha nombrado?

–Los nueve amigos del faraón, con el visir a la cabeza.

–¿Ese estirado vejestorio de Bagey ha despedido a tu predecesor, uno de sus estimados colegas, de irreprochable reputación?

–Los reproches existían. Bagey y el alto consejo han actuado de acuerdo con la justicia.

–Un milagro, un sueño...

–Mi demanda fue escuchada.

–¿Y por qué te han nombrado a ti para un puesto tan importante?

–He pensado en ello.

–¿Conclusiones?

–Supongamos que una parte del alto consejo esté convencida de la culpabilidad de Asher y la otra no; ¿no es astuto confiar una investigación cada vez más peligrosa al juez que levantó primero el velo? Cuando se tenga una certeza, en un sentido u otro, será fácil desautorizarme o felicitarme.

–Eres menos estúpido de lo que pareces.

–Esta actitud no me sorprende, está de acuerdo con el derecho egipcio. Puesto que he iniciado el asunto, tengo que concluir mi trabajo. De lo contrario, seré sólo un provocador. ¿De qué puedo quejarme? Me proporciona medios que no esperaba. El alma de Branir me protege.

–No cuentes con los muertos. Kem y yo te proporcionaremos mejor protección.

–¿Me crees amenazado?

–Cada vez más expuesto. Por lo general, el decano del porche es un hombre de edad, prudente, decidido a no correr ningún riesgo y a gozar de sus privilegios. En suma, exactamente lo contrario que tú.

–¿Y qué puedo hacer yo? El destino ha elegido.

–Tal vez no sea el más loco de ambos, pero me gusta. Detendrás al asesino de Branir y yo le cortaré la cabeza a Asher.

–¿Y la señora Tapeni?

–¡Una amante soberbia! ¡No tanto como Pantera, pero tiene imaginación! Ayer por la tarde nos caímos de la cama en el momento crucial. Una mujer ordinaria habría hecho una pausa, pero ella no. Tuve que mostrarme a la altura de las circunstancias, aunque estuviera debajo.

–¡Oh, es realmente admirable! Y en un terreno menos íntimo, ¿qué te ha enseñado?

–No eres un especialista de la seducción. Si le hago preguntas demasiado brutales, se cerrará como un dondiego a mediodía. Hemos comenzado a repasar las ilustres damas que practican el arte del tejido. Algunas son virtuosas de la aguja. ¡Siento que la pista es buena!

Ella regresó por fin, precedida por Viento del Norte. Bravo recibió al asno con ladridos de gozo, y ambos compañeros degustaron el uno una costilla de buey y el otro avena fresca. Traviesa no tenía hambre; su vientre estaba lleno de fruta robada en el huerto y se permitía una larga siesta.

Neferet estaba radiante. Ni la fatiga ni las preocupaciones tenían sobre ella efecto alguno. A menudo, Pazair se sentía indigno de su esposa.

–¿Cómo está el visir?

–Mucho mejor, pero será necesario cuidarlo hasta el fin de sus días. Su hígado y su vesícula biliar están muy mal, y no estoy segura de poder evitar que se le hinchen las piernas y los pies cuando esté cansado. Tendría que caminar mucho, evitar permanecer sentado días enteros, tomar el aire de la campiña.

–Le pides lo imposible. ¿Te ha hablado de Nebamon?

–El médico en jefe está enfermo. La intervención del babuino parece haber tenido consecuencias.

–¿Debemos compadecerlo?

El rebuzno de Viento del Norte los interrumpió. La pitanza no era suficiente.

–Estoy desbordado –confesó Pazair–. He contratado, a precio de oro, una mujer de la limpieza, pero me pierdo en esta gran casa. No tenemos cocinero, el jardinero hace lo que quiere, y no comprendo en absoluto el uso de estos múltiples cepillos. Abandono mis expedientes, no tengo escribano...

Neferet le besó.

CAPÍTULO 13

Bel-Tran felicitó calurosamente a Neferet y Pazair. Vestía un delantal almidonado y una soberbia camisa plisada de manga larga.

–Esta vez, voy a ayudaros de un modo más directo. He sido encargado de la reorganización de los despachos de la administración central. Como decano del porche, vos tenéis la prioridad.

–Me es imposible aceptar el menor privilegio.

–No lo es. Se trata sólo de una disposición reglamentaria que os permitirá tener a mano el conjunto de vuestros expedientes. Trabajaremos uno junto a otro, en vastos y espaciosos locales. No me impidáis, os lo ruego, que defienda nuestra común eficacia.

El rápido ascenso de Bel-Tran dejaba pasmados a los más curtidos cortesanos, pero nadie lo criticaba. Quitaba el polvo a servicios hundidos en la rutina, se libraba de funcionarios perezosos o incompetentes, hacía frente a los mil y un problemas técnicos que surgían día tras día. Dotado de un entusiasmo comunicativo, solía tratar con dureza a sus subordinados; hijos de familias nobles que deploraban sus orígenes modestos, pero aceptaban obedecerle so pena de ser devueltos a sus hogares. Ningún obstáculo detenía a Bel-Tran; tomaba sus medidas, las emprendía con inagotable energía y acababa por desmantelarlo. En su favor tenía una notable puesta a punto del cobro del impuesto sobre la leña, al que habían escapado durante largo tiempo grandes terratenientes, olvidando el bien público. En aquella ocasión, Bel-Tran no había dejado de recordar la juiciosa intervención de Pazair. Cuando se presentaba una dificultad insoluble, Bel-Tran se convertía en su obligado destinatario. En él Pazair reconocía tener un aliado de peso. Gracias a él, evitaría muchas trampas.

–Mi esposa se encuentra mucho mejor –dijo Bel-Tran a Neferet–. Os está muy agradecida y os considera como una amiga.

–¿Y sus jaquecas?

–Son menos frecuentes. Cuando aparecen, aplicamos vuestra pomada: es de una notable eficacia. A pesar de vuestras recomendaciones, Silkis sigue siendo golosa. Escondo el zumo de granada y la miel, pero se procura a hurtadillas jugo de algarrobo o incluso higos. Como vos, el intérprete de los sueños la puso en guardia contra el abuso de azúcar.

–Ninguna medicina sustituye la voluntad.

Bel-Tran hizo una mueca.

–Desde hace una semana, me duelen los dedos de los pies. Incluso me cuesta calzarme.

Neferet examinó los pies, pequeños y rechonchos.

–Haced hervir grasa de buey y hojas de acacia. Preparad una pasta y aplicadla en los puntos doloridos. Si el remedio no os alivia, avisadme.

La camarera llamó a Neferet, que se adaptaba perfectamente a su papel de ama de casa. Pronto instalaría su consulta en una de las alas de la mansión. En palacio, su reputación crecía; la curación del visir era un titulo de gloria que le envidiaban los médicos de la corte, que seguían paralizados por la ausencia de Nebamon.

–Esta casa es deliciosa –observó Bel-Tran degustando, a la vez, una porción de sandia.

–Sin Neferet, habría huido.

–¡No carezcáis de ambición, querido Pazair! Vuestra esposa es un ser excepcional. Sin duda, despertaréis muchas envidias.

–La de Nebamon me basta.

–Su mutismo es sólo pasajero. Neferet y vos lo habéis humillado; sólo piensa en vengarse. Evidentemente, vuestra posición hace más difícil su tarea.

–¿Qué pensáis de los recientes decretos reales?

–Enigmáticos. ¿Por qué necesita el rey reafirmar un poder que nadie discute?

–La última crecida fue mediocre, una hiena fue a beber en un canal, varias mujeres han parido hijos deformes...

–¡Supersticiones populares!

–A veces son temibles.

–Los servidores del Estado deben probar que no son fundadas. ¿Abriréis de nuevo la instrucción contra Asher y la investigación sobre la misteriosa muerte de los veteranos?

–¿No son acaso las principales razones de mi nombramiento?

–En palacio, muchos esperaban que el olvido cubriera tan tristes acontecimientos. Me alegra comprobar que no es así, y no esperaba menos de vuestro valor.

–Maat es una diosa sonriente, pero implacable. Es la fuente de toda felicidad, siempre que no se la traicione. No buscar la verdad me impediría respirar.

El tono de Bel-Tran se ensombreció.

–La calma de Asher me preocupa. Es un hombre violento, partidario de acciones brutales. Una vez informado de vuestro ascenso, lo lógico es que hubiera reaccionado visiblemente.

–¿No se reduce su margen de maniobra?

–Ciertamente, pero no os alegréis demasiado pronto.

–No suelo hacerlo.

–Hoy ya no estáis solo, pero vuestros enemigos no han desaparecido. Sabréis todo lo que yo sepa.

Durante dos semanas, Pazair vivió en un torbellino. Consultó los enormes archivos del decano del porche, ordenó que se clasificaran por separado las tablillas de arcilla cruda, de calcáreo y de madera, los borradores de actas, los inventarios de inmobiliario, del correo oficial, de los rollos de papiro sellados, del material de escriba, consultó la lista de su personal, convocó a cada escriba, procuró que se pagaran y se adecuaran los salarios, examinó las demandas retrasadas y rectificó numerosos

errores administrativos. Sorprendido por la magnitud de la tarea, no remoloneó y pronto obtuvo el benevolente oído de sus subordinados. Cada mañana hablaba con Bel-Tran, cuyos consejos le fueron preciosos.

Estaba resolviendo un delicado problema de catastro cuando un escriba rubicundo, de gruesos rasgos, se presentó ante él.

–¡Iarrot! ¿Dónde os habíais metido? –preguntó Pazair.

–Mi hija será bailarina profesional, no cabe duda. Como mi esposa se niega, me veo obligado a divorciarme.

–¿Cuándo reanudaréis el trabajo?

–Este no es mi lugar.

–¡Al contrario! Un buen escribano...

–Os habéis convertido en un personaje muy importante. En estos despachos, los escribas se ven obligados a trabajar y a respetar los horarios. Prefiero ocuparme de la carrera de mi hija. Iremos de provincia en provincia y participaremos en las fiestas de los pueblos, antes de obtener un contrato en una buena compañía. Debo proteger a la pequeña.

–¿Es vuestra decisión definitiva?

–Trabajáis demasiado. Os oponéis a intereses demasiado poderosos. Prefiero abandonar a tiempo mi bastón, mi paño de función y mi estela funeraria, y vivir lejos de dramas y conflictos.

–¿Estáis seguro de poder lograrlo?

–Mi hija me venera y me escuchará siempre. Forjaré su felicidad.

Denes saboreaba su resonante victoria. La lucha había sido dura y su esposa había tenido que utilizar todas sus relaciones para descartar a los innumerables competidores, amargados por su derrota. Así pues, Denes y la señora Nenofar organizarían el banquete en honor del nuevo decano del porche. El don de gentes del transportista y la fuerza de convicción de su esposa les valían, una vez más, el título de maestros de ceremonias de la alta sociedad menfita. El nombramiento de Pazair había sido tan inesperado que merecía una verdadera fiesta, donde los miembros de la buena sociedad rivalizarían en elegancia.

Pazair se preparaba sin entusiasmo.

–Esta recepción me aburre –confesó a Neferet.

–Es en tu honor, querido.

–Preferiría pasar la velada contigo. Mi función no implica este tipo de mundanidades.

–Hemos rechazado todas las invitaciones de los notables; ésta tiene un carácter oficial.

–¡Ese tal Denes es un cara dura! Sabe que sospecho que participa en una maquinación y juega al anfitrión encantado.

–Excelente estrategia para domesticarte.

–¿Crees que lo conseguirá?

La risa de Neferet le encantó. ¡Qué hermosa estaba en su ceñido vestido que dejaba los pechos al descubierto! Su peluca negra, con reflejos de lapislázuli, ponía de relieve la finura de su rostro, apenas maquillado.

Era la juventud, la gracia y el amor. La tomó en sus brazos.

–Tengo ganas de encerrarte.

–¿Celoso?
–¡Si alguien te dirige una mirada, lo estrangulo!
–¡Decano del porche! ¿Cómo os atrevéis a proferir semejantes horrores?
Pazair rodeó el talle de Neferet con un cinturón de cuentas de amatista, que incluía partes de oro repujado en forma de una cabeza de pantera.
–Nos hemos arruinado, pero eres la más hermosa.
–Temo que se trate de una tentativa de seducción.
–Me has descubierto.
Pazair retiró el tirante izquierdo del vestido.
–Llegaremos tarde –objetó la muchacha.

Antes de ponerse el vestido para el banquete, la señora Nenofar pasó a las cocinas, donde sus carniceros, tras haber descuartizado un buey, preparaban los fragmentos colgándolos de una viga sostenida por postes ahorquillados. Ella misma eligió los cuartos que debían asarse y los que se prepararían en adobo, probó las salsas y se aseguró de que varias decenas de ocas asadas estuvieran listas a tiempo. Luego bajó a la bodega, donde su sumiller le presentó vinos y cervezas. Tranquilizada después de haber comprobado la calidad de las viandas y las bebidas, Nenofar inspeccionó la sala del banquete, donde sirvientas y criados disponían, en mesas bajas, copas de oro, bandejas de plata y platos de alabastro.
Toda la mansión olía a jazmín y loto. La recepción sería inolvidable.
Una hora antes de la llegada de los primeros invitados, los jardineros cogieron los frutos más maduros, que se servirían frescos; un escriba anotó la cantidad de jarras colocadas en la sala del banquete, para evitar el fraude. El jardinero en jefe comprobó la limpieza de las avenidas, mientras el portero tiraba de su paño y se ajustaba la peluca. Intratable guardián de la propiedad, sólo dejaría entrar a las personalidades conocidas y a las que llevaran una tablilla de invitación.
Cuando el sol declinó, disponiéndose a descender hacia la montaña de Occidente, se presentó al portero la primera pareja. Éste identificó a un escriba real y su esposa, seguidos muy pronto por la élite de la gran ciudad. Los huéspedes de la señora Nenofar pasearon por el parque plantado de granados, higueras y sicomoros; charlaron alrededor de los estanques bajo las pérgolas o en los pabellones de madera, y admiraron los ramilletes colocados en el cruce de las avenidas.
La presencia del visir Bagey, que no asistía a recepción alguna, y de todos los amigos del faraón, impresionó a la concurrencia; la velada seria memorable.
Justo cuando el disco solar desaparecía, los servidores encendieron unas lámparas, que iluminaron el jardín y la mansión. En el umbral aparecieron la señora Nenofar y Denes.
Los anfitriones daban la impresión de ser la perfecta pareja de moda, feliz de mostrar sus riquezas con la esperanza de despertar la envidia de todos sus invitados: pesada peluca, vestido blanco de orillo dorado, collar de diez vueltas de perlas, pendientes en forma de gacela y sandalias doradas para ella, peluca degradada, larga túnica pesada con capa, sandalias de cuero adornadas de plata para él.

De acuerdo con el protocolo, el visir fue el primero que se acercó a ellos. Vestía un ancho paño sin ninguna elegancia, una sobrepelliz de manga corta y unas sandalias gastadas.

La señora Nenofar y Denes se inclinaron encantados.

–Qué calor –se quejó el visir–. Sólo el invierno es soportable. Unos instantes al sol y mi piel arde.

–Uno de nuestros estanques está a vuestra disposición si deseáis refrescaros antes del banquete –ofreció Denes.

–No sé nadar, y además me horroriza el agua.

El maestro de ceremonias condujo al visir hasta el lugar de honor. Los amigos del faraón se sucedieron, luego los altos dignatarios, los demás escribas reales y las diversas personalidades que habían tenido la suerte de ser invitados a la fiesta más prestigiosa del año. Bel-Tran y Silkis estaban entre estos últimos; la señora Nenofar los saludó distraídamente.

–¿Vendrá el general Asher? –preguntó Denes al oído de su esposa.

–Acaba de excusarse. Le ha surgido un imperativo del servicio.

–¿Y el jefe de policía, Mentmosé?

–Está enfermo.

Los invitados se sentaron en confortables sillones provistos de cojines en la sala del banquete, cuyo techo había sido adornado con hojas de parra. Ante ellos había mesillas en las que se habían dispuesto copas, bandejas y platos. Una orquesta femenina, compuesta por una flautista, una arpista y una tañedora de laúd, tocó ligeras y alegres melodías.

Niñas nubias circularon desnudas entre los invitados y fueron colocando sobre sus pelucas un pequeño cono de pomada perfumada que, al fundirse, exhalaría suaves olores y alejaría a los insectos. Todos recibieron una flor de loto. Un sacerdote derramó agua en una mesa de ofrendas, colocada en el centro de la sala, para purificar los alimentos.

De pronto, la señora Nenofar advirtió que los protagonistas de la fiesta estaban ausentes.

–¡Menudo retraso!

–No te preocupes. Pazair está enamorado del trabajo; lo habrá retenido un expediente.

–¡En una noche como ésta! Nuestros huéspedes se impacientan, hay que comenzar a servir.

–No te pongas nerviosa.

Enojada, Nenofar pidió a la mejor bailarina profesional de Menfis que entrara en escena antes de lo previsto. La joven, que tenía veinte años, era alumna de Sababu, propietaria de la casa de cerveza más respetable de la ciudad. Sólo llevaba un cinturón de conchas, que chocaban deliciosamente a cada uno de sus pasos, y en el muslo izquierdo podían observarse unos tatuajes que representaban al dios Bes, enano sonriente y barbudo, garante de la alegría en todas sus formas. La artista captó la atención de la concurrencia; se entregaría a las más acrobáticas figuras hasta que llegaran Pazair y Neferet.

Cuando los invitados comenzaban a mordisquear granos de uva y finas rajas de melón para abrir su apetito, Nenofar, cada vez más irritada, notó cierta agitación en la puerta de su propiedad. ¡Ellos, por fin!

–Venid pronto.

–Lo siento –se excusó Pazair.

¿Cómo explicar que no había podido resistir el deseo de desnudar a Neferet, que su ardor lo había llevado a romper un tirante, que había logrado hacerle olvidar los imperativos horarios y que su amor contaba más que cualquier invitación, por muy brillante que fuera? Neferet había conseguido convencer a Pazair para que abandonara su lecho de placer.

Ella también se había levantado y, precipitadamente, había tenido que elegir un nuevo vestido.

La bailarina se retiró y los músicos dejaron de tocar cuando la joven pareja cruzó el umbral de la sala del banquete. En un instante fue juzgada por decenas de ojos sin indulgencia alguna.

Pazair no se había preocupado por la elegancia: peluca corta, torso desnudo y paño corto, que le hacían parecer un austero escriba del tiempo de las pirámides. La única concesión a su época era una delantera plisada que apenas atenuaba la austeridad de sus ropas. El hombre correspondía a su reputación de rigor. Jugadores inveterados apostaban sobre el día en que, como todos, cedería ante la corrupción. Otros se divertían menos pensando en los extensos poderes de un decano del porche, cuya juventud, algo incongruente, lo arrastraría fatalmente a ciertos excesos. Y se criticaba la decisión del viejo visir, cada vez más ausente y más dispuesto a delegar parcelas de su autoridad. Muchos cortesanos insistían para que Ramsés lo sustituyera por un administrador experimentado y activo.

Neferet no provocó los mismos debates. Llevaba una simple diadema de flores en el pelo, un ancho collar ocultando sus pechos, ligeros pendientes en forma de loto, brazaletes en las muñecas y en los tobillos, y un largo vestido de lino transparente que revelaba sus formas más que ocultarlas. Contemplarla encantó a los más hastiados y endulzó a los más agrios. Añadía a su juventud y belleza el brillo de una inteligencia tan viva que se expresaba, sin desdén, en su risueña mirada. Nadie se engañó; su encanto no excluía una fuerza de carácter que pocos seres conseguirían quebrantar. ¿Por qué se había encaprichado de un pequeño juez cuyo aspecto severo no era en absoluto una garantía para el porvenir? Había obtenido un alto puesto, pero no sería capaz de ocuparlo por mucho tiempo. El amorío se extinguiría y Neferet elegiría un partido más brillante. Donde el infeliz médico en jefe Nebamon había fracasado, otro tendría éxito. Algunas señoras importantes, ya de cierta edad, deploraron la audaz vestimenta de la esposa de un alto magistrado, pero ellas ignoraban que Neferet no tenía más vestidos que ponerse.

El decano del porche y su esposa se colocaron junto al visir. Los sirvientes se apresuraron a servirles lonchas de buey asado y un exquisito vino tinto.

–¿Está enferma vuestra esposa? –preguntó Neferet.

–No, no sale nunca. Su cocina, sus hijos y su apartamento en el centro de la ciudad le bastan.

–Casi me avergüenza haber aceptado una mansión tan grande –confesó Pazair.

–Haríais mal. He rechazado la propiedad que el faraón atribuye al visir porque detesto el campo. Hace cuarenta años que vivo en el mismo lugar, y no tengo intención de trasladarme. Me gusta la ciudad. El aire libre, los insectos, la campiña no me dicen nada, e incluso me molestan.

–Sin embargo, como médico –recordó Neferet–, os aconsejo que caminéis lo más a menudo posible.

–Voy a pie a mi despacho y luego regreso.

–Necesitaríais más descanso.

–En cuanto se estabilice la situación de mis hijos, reduciré mis horas de trabajo.

–¿Preocupaciones?

–Por mi hija no. Una simple decepción; había entrado como aprendiza de tejedora en el templo de Hathor, pero no ha apreciado una existencia con la jornada acompasada por los rituales. Ha sido contratada como contable de granos en una granja y hará carrera. Mi hijo es más difícil de manejar; el juego de damas lo apasiona, y pierde en él la mitad de su salario de comprobador de ladrillos cocidos. Afortunadamente, vive en casa y su madre lo alimenta. Si cuenta con mi posición para mejorar la suya, se equivoca. No tengo derecho a ello ni lo deseo. Pero espero que tan triviales dificultades no os desalienten; tener hijos es la mayor de las felicidades.

Los manjares y los vinos, de excelente calidad, encantaron el paladar de los invitados, que intercambiaron banalidades hasta el breve discurso del decano del porche, cuyo tono sorprendió a la concurrencia.

–Sólo cuenta la función, no el individuo que la lleva a cabo de modo transitorio. Mi único guía será Maat, la diosa de la justicia, que traza el camino de los magistrados de este país. Si en estos últimos tiempos se han cometido errores, me siento responsable de ellos. Mientras el visir me conceda su confianza, realizaré mi tarea sin preocuparme por los intereses de unos u otros. Los asuntos pendientes no caerán en el olvido, aunque afecten a ciertos notables. La justicia es el más precioso tesoro de Egipto; deseo que cada una de mis decisiones lo enriquezca.

La voz de Pazair era vigorosa, clara y cortante. Quien dudase todavía de su autoridad, quedó desengañado. La aparente juventud del juez no sería un impedimento; todo lo contrario, le ofrecería una indispensable energía puesta al servicio de una impresionante madurez. Muchos cambiaron de opinión; el reinado del nuevo decano del porche tal vez no fuera tan efímero.

Los invitados se dispersaron muy avanzada la noche. El visir Bagey, a quien le gustaba acostarse pronto, fue el primero en marcharse. Todos quisieron saludar a Pazair y Neferet, y felicitarlos.

Libres por fin, salieron al jardín. Unos gritos les llamaron la atención. Se acercaron a un bosquecillo de tamariscos y sorprendieron un altercado entre Bel-Tran y la señora Nenofar.

–Espero no volver a veros nunca más en esta casa.

–No haberme invitado.

–La cortesía me obligaba a hacerlo.

–Y en ese caso, ¿por qué esta cólera?

–No sólo perseguís a mi marido reclamándole tasas atrasadas sino que, además, suprimís mi cargo de inspectora del Tesoro.

–Era honorífico. El Estado os pagaba un salario que no correspondía a un trabajo real. Estoy ordenando los servicios administrativos más onerosos, y no daré marcha atrás. No os quepa duda de que el nuevo

decano del porche me aprobará y que habría actuado del mismo modo. Con una sanción para completarlo. Gracias a mí, os libráis de ello.

–¡Hermoso modo de justificaros! Sois más peligroso que un cocodrilo, Bel-Tran.

–Los saurios limpian el Nilo y devoran a los hipopótamos que sobran. Denes debería desconfiar.

–Vuestras amenazas no me impresionan. Intrigantes más astutos que vos han perdido sus colmillos.

–Entonces, me desearé buena suerte.

Furiosa, la señora Nenofar abandonó a su interlocutor, que se reunió con su esposa, impaciente.

Pazair y Neferet saludaron el amanecer desde el tejado de su mansión. Pensaron en el día feliz que nacía y los iluminaba con un amor tan dulce como un perfume de fiesta. Tanto en la tierra corno en el más allá, cuando las generaciones hubieran desaparecido, él adornaría con flores a la mujer amada y plantaría sicomoros junto al estanque de fresca agua, donde nunca se cansarían de mirarse. Sus almas unidas beberían a la sombra, alimentándose con el rumor de las hojas que ondulaban al viento.

CAPÍTULO 14

A Pazair lo obsesionaba una urgencia: celebrar un proceso que proclamara definitivamente la inocencia de Kem y le devolviera su dignidad. De paso, identificaría al testigo fantasma del jefe de policía e inculparía a este último de falsificación de pruebas. En cuanto se levantó, y antes incluso de besarlo, Neferet le hizo beber dos largos tragos de agua cobriza; un mal resfriado demostraba que la linfa del decano del porche seguía infectada y frágil, a consecuencia de su detención.

Pazair tragó demasiado de prisa su desayuno y corrió a su despacho, donde se vio asediado en seguida por un ejército de escribas que blandían una serie de vigorosas quejas emanadas de una veintena de aldeas. Debido a la negativa de un supervisor de los graneros reales, el aceite y los cereales, indispensables para el bienestar de los habitantes perjudicados, no habían sido entregados, a causa de una insuficiente crecida. Apoyándose en una reglamentación obsoleta, el pequeño funcionario se burlaba de los hambrientos campesinos.

El decano del porche, con la ayuda de Bel-Tran, consagró dos largas jornadas a resolver ese asunto, simple en apariencia, sin cometer error administrativo alguno. El supervisor de los graneros fue nombrado encargado del canal que regaba una de las aldeas que se negaba a alimentar.

Luego se presentó otro problema, un conflicto entre productores de frutos y escribas del Tesoro encargados de contabilizarlos; para evitar un interminable procedimiento, el decano del porche acudió personalmente a los huertos, sancionó a quienes cometían fraude y rechazó las acusaciones injustificadas de los agentes del fisco. Pazair percibió hasta qué punto el equilibrio económico del país, alianza de un sector privado y una planificación estatal, era un milagro que se renovaba sin cesar. El individuo debía trabajar según sus deseos y, más allá de cierto nivel, recoger los beneficios de su labor; el Estado debía asegurar el riego, la conservación de los bienes y las personas, el almacenaje y la distribución de alimentos, en caso de crecida insuficiente, y todas las demás tareas de interés comunitario.

Consciente de que si no dominaba el empleo de su tiempo se vería estrangulado, Pazair fijó "el proceso Kem" para la semana siguiente. En cuanto se anunció el día, un sacerdote del templo de Ptah se opuso: se trataba de una fecha nefasta, aniversario del combate cósmico entre Orus, luz celeste, y su hermano Seth, la tempestad[1]. Sería mejor que nadie

---

[1] Algunos papiros nos proporcionan listas de días fastos y días nefastos, que corresponden a acontecimientos mitológicos.

saliera de casa y que no emprendiera viaje alguno; naturalmente, Mentmosé utilizaría el argumento para no comparecer.

Furioso contra sí mismo, Pazair estuvo a punto de rendirse cuando le sometieron un oscuro asunto de aduanas, que implicaba a unos comerciantes extranjeros. Después de un primer instante de desaliento comenzó a leer el expediente, pero lo rechazó; ¿cómo olvidar la angustia del policía nubio, que buscaba a su babuino por los más recónditos rincones de la ciudad?

Mentmosé, el jefe de policía, abordó a Pazair en una calle muy concurrida, donde el nuevo decano del porche estaba comprando flores rojas de Nubia para preparar una tisana que gustaba mucho a su perro[2].

Incómodo, Mentmosé se mostró untuoso.

–Fui engañado –confesó–; en el fondo, siempre creí en vuestra inocencia.

–Pero, de todos modos, me enviasteis al penal.

–¿No habríais actuado vos del mismo modo? La justicia debe ser implacable con los jueces, de lo contrario, no es creíble.

–En ese caso, ni siquiera se había pronunciado.

–Desgraciado concurso de circunstancias, querido Pazair. Hoy, el destino os es favorable, y todos nos alegramos de ello. He sabido que pensabais celebrar un proceso, en el porche, sobre el lamentable asunto Kem.

–Estáis bien informado, Mentmosé. Sólo tengo que fijar una fecha, y esta vez no será día nefasto.

¿No deberíamos olvidar tan lamentables peripecias?

–Olvidar es el comienzo de la injusticia. ¿No es el porche el lugar donde debo proteger al débil y salvarlo del poderoso?

–Vuestro policía nubio no es ningún débil.

–Vos sois el poderoso, e intentáis destruirlo acusándolo de un crimen que no ha cometido.

–Aceptad un arreglo que evite muchos sinsabores.

–¿De qué tipo?

–Podrían pronunciarse algunos nombres... Los notables no quieren que su respetabilidad se vea manchada.

–¿Qué puede temer un inocente?

–Los rumores, el qué dirán, la malevolencia...

–Serán barridos en el porche. Cometisteis una grave falta, Mentmosé.

–Soy el brazo ejecutor de la justicia. Separaros de mi persona sería un grave error.

–Quiero el nombre del testigo ocular que acusó a Kem de haber asesinado a Branir.

–Lo inventé.

–De ningún modo, no habríais utilizado ese argumento si el personaje no existiera. Considero el falso testimonio como un acto criminal, que puede arruinar una existencia. El proceso se celebrará; pondrá de relieve vuestro papel de manipulador y me permitirá interrogar a vuestro famoso testigo en presencia de Kem. ¿Su nombre?

---

[2] Se trata del karkad, bebida que se consume aún en el Egipto moderno. Las flores son las del hibisco.

–Me niego a dároslo.
–¿Tan importante es el personaje?
–Me comprometí a guardar silencio. Corría muchos riesgos y no quería aparecer.
–Negativa a colaborar en una investigación: ya conocéis la sanción.
–¡Os equivocáis! No soy un cualquiera, sino el jefe de policía.
–Y yo soy el decano del porche.
De pronto, Mentmosé, cuyo cráneo se ponía de un rojo ladrillo y la voz muy aguda, tomó conciencia de que ya no tenía delante de él a un pequeño juez provinciano sediento de integridad, sino al más alto magistrado de la ciudad que, sin prisa pero sin pausa, avanzaba hacia el objetivo que se había fijado.
–Debo reflexionar.
–Os espero mañana por la mañana en mi despacho. Me revelaréis el nombre de vuestro famoso testigo.

Aunque el banquete celebrado en honor del decano del porche hubiera sido un verdadero éxito, Denes ya no pensaba en aquella suntuosa fiesta que había alimentado su fama. Intentaba tranquilizar a su amigo Qadash, que estaba tan excitado que tartamudeaba. El dentista caminaba de un lado a otro y ponía una y otra vez en orden los enloquecidos mechones de su blanca cabellera. La afluencia de sangre enrojecía sus manos y las venitas de su nariz parecían dispuestas a estallar.
Ambos hombres se habían refugiado en la parte más alejada del jardín, lejos de oídos indiscretos. El químico Chechi, que se les había unido, había comprobado que nadie podía escucharlos. Sentado al pie de una palmera datilera, el hombrecillo de negro bigote, aun deplorando la agitación de Qadash, compartía sus preocupaciones.

–¡Tu estrategia es una catástrofe! –reprochó Qadash a Denes.
–Los tres estábamos de acuerdo en utilizar a Mentmosé para hacer que acusara a Kem y calmar así los ardores del juez Pazair.
–¡Y hemos fracasado de un modo lamentable! Soy incapaz de ejercer mi oficio a causa del temblor de mis manos, y vos me habéis negado la utilización del hierro celeste. Cuando me comprometí en esta maquinación, me prometisteis un puesto a la cabeza del Estado.
–En primer lugar, el de médico en jefe, el cargo de Nebamon –recordó Denes, tranquilizador–. Luego, algo mejor todavía.
–¡Pues se acabaron los sueños!
–Claro que no.
–Olvidas que Pazair es decano del porche, que está organizando un proceso para absolver a Kem de cualquier sospecha y hacer comparecer al testigo ocular, ¡es decir, yo mismo!
–Mentmosé no pronunciará tu nombre.
–No estoy tan seguro.
–Ha intrigado durante toda su vida para obtener el cargo; si nos traiciona, se condena a sí mismo.
El químico Chechi asintió con la cabeza. Qadash, tranquilizado, aceptó una copa de cerveza. Denes, que había comido mucho durante el banquete, se frotaba el hinchado vientre.

–Este jefe de policía es un incapaz –deploró–. Cuando tomemos el poder, lo apartaremos.

–Cualquier precipitación seria perjudicial –precisó Chechi, con voz apenas audible–. El general Asher trabaja en la sombra, y no estoy descontento de mis resultados. Pronto dispondremos de un excelente armamento y controlaremos los principales arsenales. Sobre todo, no nos descubramos. Pazair está convencido de que Qadash ha querido robarme el hierro celeste y de que somos enemigos; ignora nuestros verdaderos vínculos y no los descubrirá si somos prudentes. Gracias a las declaraciones públicas de Denes, cree que el actual envite militar es la fabricación de armas irrompibles. Apoyemos esta idea.

–¿Tan ingenuo es? –preguntó el dentista.

–Todo lo contrario. Un proyecto de esta envergadura llamará su atención. ¿Hay algo más importante que una espada capaz de traspasar cascos, armaduras y escudos sin quebrarse? Con ella, Asher fomentará una conspiración para apoderarse del poder. Esta es la verdad que se impondrá en el espíritu del juez.

–Implica tu complicidad –añadió Denes.

–Mi obediencia, como especialista, me libera de responsabilidad.

–De todos modos, estoy preocupado –insistió Qadash, que reinició sus paseos–. Desde que se cruzó en nuestro camino, desdeñamos a Pazair. ¡Y hoy es decano del porche!

–La próxima tormenta lo barrerá –profetizó Denes.

–Cada día que pasa nos es favorable –recordó Chechi–. El poder del faraón se deshace como una piedra corroída.

Ninguno de los tres conjurados advirtió la presencia de un testigo que no había perdido palabra de la entrevista.

Encaramado en una palmera, Matón, el babuino policía, los miraba con sus ojos enrojecidos.

Escandalizada por el comportamiento sectario y agresivo de Bel-Tran, la señora Nenofar no permanecía inactiva. Había convocado en su casa a los encargados de los asuntos de las cincuenta familias más ricas de Menfis para exponerles con claridad la situación. Sus patronos, como ellos mismos, gozaban de cierto número de cargos honoríficos que no estaban obligados a ejercer, pero que les permitían obtener informaciones confidenciales y permanecer en contacto con la alta administración. En su deseo de reorganización, Bel-Tran iba suprimiéndolos unos tras otros. Desde el comienzo de su historia, Egipto había rechazado siempre los excesos de autoritarismo de ese tipo de advenedizo, tan peligroso como una víbora del desierto.

El inflamado discurso de la señora Nenofar fue aprobado por unanimidad. Un hombre tomaría partido por la razón y la justicia: Pazair, el decano del porche. De ese modo, una delegación, compuesta por Nenofar y diez eminentes representantes de la nobleza, obtuvo audiencia a la mañana siguiente. Nadie iba con las manos vacías: pusieron a los pies del juez redomas de ungüento, un lote de preciosas telas y un cofre lleno de joyas.

–Recibid este homenaje a vuestra función –dijo el de más edad.

–Vuestra generosidad me conmueve, pero me veo obligado a rechazarlo.
El anciano dignatario se indignó.
–¿Por qué razón?
–Tentativa de corrupción.
–¡Lejos de nosotros esa idea! Hacednos el favor de aceptar.
–Llevaos esos regalos y ofrecédselos a vuestros sirvientes que más lo merezcan.
La señora Nenofar consideró indispensable intervenir.
–Decano del porche, exigimos que se respeten la jerarquía y los valores tradicionales.
–Encontraréis en mí un aliado.
Tranquilizada, la escultural esposa del transportista Denes se expresó con ardor.
–Bel-Tran, sin ninguna razón de peso, acaba de suprimir mi cargo honorífico de inspectora del Tesoro y se dispone a perjudicar a muchos miembros de las familias más estimadas de Menfis. Atenta a nuestras costumbres y ataca antiquísimos privilegios. Exigimos vuestra intervención para que esta persecución cese.
Pazair leyó un párrafo de la Regla:
–"Tú que juzgas, no hagas diferencia alguna entre un rico y un hombre del pueblo. No concedas atención alguna a las hermosas ropas ni desdeñes a aquel cuyo sencillo atavío se debe a sus modestos recursos. No aceptes regalo alguno de quien posea bienes ni perjudiques al débil en su beneficio. Así, si sólo te preocupas de los actos cuando pronuncies tu sentencia, el país tendrá sólidas bases."
Aquellos preceptos, de todos conocidos, sembraron, sin embargo, el desconcierto.
–¿Qué significa esa cita? –se extrañó la señora Nenofar.
–Que estoy al corriente de la situación y que apruebo a Bel-Tran. Vuestros "privilegios" no son muy antiguos, se remontan sólo a los primeros años del reinado de Ramsés.
–¿Criticáis al rey?
–Él os incitaba, como noble, a cumplir nuevos deberes, no a beneficiaros de un titulo. El visir no ha formulado oposición alguna a la reorganización administrativa de Bel-Tran. Los primeros resultados son alentadores.
–¿Pensáis empobrecer a la nobleza?
–Devolverle su verdadera grandeza, para que sea un ejemplo.
Bagey el rigorista, Bel-Tran el ambicioso, Pazair el idealista: la señora Nenofar se estremeció pensando en la alianza de aquellos tres hombres. Afortunadamente, el viejo visir no tardaría en jubilarse, el chacal quebraría sus largos colmillos sobre una piedra y el juez íntegro, antes o después, caería en la tentación.
–Basta ya de frases hechas; ¿qué partido tomáis?
–¿No he sido bastante claro?
–Ningún notable ha hecho carrera sin nuestra ayuda.
–Me resignaré a ser la excepción.
–Fracasaréis.

Tapeni era insaciable. No tenía el inimitable ardor de Pantera, pero daba pruebas de una soberbia imaginación, tanto en las posturas como en las caricias. Para no decepcionarla, Suti se veía obligado a seguirla en sus divagaciones e incluso a precederla. Tapeni sentía un profundo afecto por el joven, al que reservaba tesoros de ternura. Morena, pequeña, ardiente, practicaba el arte del sexo, unas veces con refinamiento y otras con violencia.

Afortunadamente, Tapeni estaba también muy ocupada por su trabajo; de este modo, Suti gozaba de períodos de descanso que aprovechaba para tranquilizar a Pantera y demostrarle su incólume pasión.

Tapeni se ponía el vestido, Suti se ajustaba el paño.

–Eres un hombre apuesto y un fogoso semental.

–"Gacela saltadora" sería un buen apodo para ti.

–La poesía me deja indiferente, pero tu virilidad me fascina.

–Sabes dirigirte a ella con gestos convincentes, pero hemos perdido de vista el motivo de mi primera visita.

–¿La aguja de nácar?

–Eso es.

–Un hermoso objeto, raro, precioso, que sólo manejan gentes de calidad, expertas en tejido.

–¿Tienes la lista?

–Claro.

–¿Aceptarías comunicármela?

–Son mujeres, rivales... Me pides demasiado.

Suti temía esa respuesta.

–¿Cómo podré seducirte?

–Eres el hombre que quería. Por la noche te echo en falta. Me veo obligada a hacerme el amor a mi misma pensando en ti. ¿No se hacen insoportables estos sufrimientos?

–Podría concederte una noche, de vez en cuando.

–Quiero todas tus noches.

–¿Deseas...?

–Casarme, querido.

–Por principio moral, soy hostil a ello.

–Tendrás que abandonar a tus amantes, hacerte rico, vivir en mi casa, esperarme, estar siempre dispuesto a satisfacer mis más enloquecidos deseos.

–Existen actividades más penosas.

–Haremos oficial nuestra unión la semana que viene.

Suti no protestó. Ya descubriría un modo para escapar de aquella esclavitud.

–¿Quiénes manejan esas agujas?

Tapeni hizo un arrumaco.

–¿Tengo tu palabra?

–Sólo tengo una.

–¿Tan importante es la información?

–Para mí, sí. Pero si te niegas...

Ella lo agarró del brazo.

–No te enojes.

–Me torturas.

–Es un juego. Pocas damas nobles saben utilizar a la perfección y sin temblar agujas de este tipo. El instrumento exige precisión. Sólo veo tres: la esposa del antiguo supervisor de los canales es la mejor.

–¿Dónde está?

–Tiene ochenta años y vive en la isla Elefantina, junto a la frontera sur.

Suti hizo una mueca.

–¿Y las otras dos?

–La viuda del director de los graneros, pequeña y frágil, tenía, sin embargo, una fuerza increíble. Pero se rompió el brazo hace dos años y...

–¿La tercera?

–Su alumna preferida que, a pesar de su fortuna, sigue confeccionándose ella misma la mayoría de sus vestidos: la señora Nenofar.

CAPÍTULO 15

La audiencia se abriría a media mañana. Kem, aunque no había recuperado su babuino, había aceptado comparecer.

Al alba, Pazair inspeccionó el porche al que lo llamaba el destino. Enfrentarse con Mentmosé no sería fácil; el jefe de policía, que se hallaba entre la espada y la pared, no se dejaría degollar como un pato miedoso. El juez temía una reacción viciosa, digna de un notable dispuesto a pisotear a los demás para preservar sus privilegios.

Pazair salió del porche y observó el templo al que estaba adosado. Tras los altos muros trabajaban los especialistas de la energía divina; conscientes de las divinidades humanas, se negaban a aceptarlas como una fatalidad. El hombre era arcilla y paja, sólo Dios construía moradas de eternidad, donde residían las fuerzas de creación, para siempre inaccesibles y, sin embargo, presentes en los más modestos sílex.

Sin el templo, la justicia hubiera sido sólo molestias, arreglos de cuentas, dominio de una casta; gracias a él, la diosa Maat llevaba el gobernalle y velaba sobre la balanza. Ningún individuo podía poseer la justicia; sólo Maat, de cuerpo tan ligero como una pluma de avestruz, conocía el peso de los actos. Los magistrados debían servirla con la ternura de un hijo por su madre.

Mentmosé brotó de la oscuridad agonizante. Pazair, friolero a pesar de la estación, se había puesto una capa de lana en los hombros; el jefe de policía se limitaba a la túnica almidonada, que llevaba con mucha soberbia. En su cintura se había colocado un puñal de mango corto y hoja fina. Su mirada era fría.

–Sois muy madrugador, Mentmosé.

–No tengo la intención de desempeñar el papel de acusado.

–Os he citado como testigo.

–Vuestra estrategia es simple: abrumarme con faltas más o menos imaginarias. ¿Debo recordaros que, como vos, hago aplicar la ley?

–Olvidando aplicárosla a vos mismo.

–Una investigación no se lleva a cabo con buenos sentimientos; a veces, es preciso ensuciarse las manos.

–¿No habréis olvidado purificároslas?

–No es hora de moralejas de pacotilla. No prefiráis un peligroso negro al jefe de policía.

–Ante la justicia no hay desigualdades: hice juramento en este sentido.

–¿Quién sois, Pazair?

–Un juez de Egipto.

Estas palabras habían sido pronunciadas con tanta fuerza y seguridad que turbaron a Mentmosé. Había tenido la mala suerte de chocar con un

magistrado de los antiguos tiempos, uno de esos hombres representados en los bajorrelieves de la edad de oro de las pirámides, con la cabeza erguida, respetuoso de la rectitud, enamorado de la verdad, insensible a la condena y a la alabanza. Tras tantos años pasados en los meandros de la alta administración, el jefe de policía estaba convencido de que esta raza se extinguiría definitivamente con el visir Bagey. Lamentablemente, como una mala hierba que creía aniquilada, renacía con Pazair.

–¿Por qué me perseguís?

–No sois una víctima inocente.

–Fui manipulado.

–¿Por quién?

–Lo ignoro.

–¡Vamos, Mentmosé! Sois el hombre mejor informado de Egipto e intentáis convencerme de que un individuo más calculador que vos ha manejado los hilos en vez de vos.

–Puesto que deseáis la verdad, hela aquí. Reconoced que no me hace favor alguno.

–Sigo siendo escéptico.

–Os equivocáis. Nada sé sobre la verdadera causa de la muerte de los veteranos; ni tampoco sobre el robo del hierro celeste. El asesinato de Branir me ofrecía la ocasión, a través de una denuncia anónima, de librarme de vos. No vacilé porque os odio. Detesto vuestra inteligencia, vuestra voluntad de conseguirlo a toda costa, vuestra negativa a la componenda. Un día u otro os atacaría. Mi última oportunidad era Kem; si lo hubierais aceptado como chivo expiatorio, habríamos firmado un pacto de no agresión.

–Vuestro falso testigo ocular, ¿no será él el manipulador?

Mentmosé se rascó el rosado cráneo.

–Ciertamente existe una conspiración, cuya cabeza pensante es el general Asher, pero he sido incapaz de desentrañar su madeja. Tenemos enemigos comunes; ¿por qué no nos aliamos?

El silencio de Pazair pareció de buen augurio.

–Vuestra intransigencia sólo durará algún tiempo –afirmó Mentmosé–. Os ha permitido ascender mucho en la jerarquía, pero no tiréis demasiado de la cuerda. Conozco la vida; escuchad mis consejos, os beneficiarán.

–Estoy preguntándomelo.

–¡En buena hora! Estoy dispuesto a terminar con mis resentimientos y consideraros un amigo.

–Si no estáis en el núcleo de la conspiración –estimó Pazair, reflexionando en voz alta–, es mucho más grave de lo que imaginaba.

Mentmosé quedó desconcertado. Esperaba otra conclusión.

–El nombre de vuestro falso testigo se convierte en un indicio fundamental.

–No insistáis.

–Entonces, caeréis solo, Mentmosé.

–¿Os atreveréis a acusarme?...

–De conspiración contra la seguridad del Estado.

–¡Los jurados no os seguirán!

–Ya veremos. Existen suficientes datos para alertarlos.

–¿Si os doy el nombre, me dejaréis en paz?

–No.
–¡Sois un insensato!
–No cederé a chantaje alguno.
–En ese caso, no tengo interés alguno en hablar.
–Como gustéis. Dentro de un rato nos veremos en el tribunal.
Los dedos de Mentmosé se crisparon en la empuñadura del puñal. Por primera vez en su carrera, el jefe de policía se sentía cogido en la red.
–¿Qué porvenir me reserváis?
–El que vos mismo habéis elegido.
–Sois un excelente juez, yo soy un buen policía. Un error se repara.
–¿El nombre del falso testigo?
Mentmosé no caería solo.
–El dentista Qadash.
El jefe de policía acechó la reacción de Pazair. Como el decano del porche permaneció silencioso, dudó en desaparecer.
–Qadash –repitió.
Mentmosé dio media vuelta, con la esperanza de que la revelación lo salvara. No había advertido la presencia de un atento testigo, cuyos enrojecidos ojos no se habían apartado de él ni un solo instante. El babuino, encaramado en el techo del porche, recordaba a la estatua del dios Thot. Sentado sobre sus posaderas, con las manos en las rodillas, parecía meditar.
Pazair supo que el jefe de policía no había mentido. De lo contrario, el mono se habría arrojado sobre él.
El juez llamó a Matón. El babuino vaciló, se deslizó a lo largo de una columna, se plantó ante Pazair y le tendió la mano.
Cuando se encontró con Kem, el animal saltó al cuello del hombre, que lloraba de júbilo.

Las codornices sobrevolaron los campos y cayeron sobre el trigo. Fatigada por una larga migración, la que encabezaba la bandada no había advertido el peligro. Calzados con sandalias de papiro, pegados al suelo, los cazadores desplegaron una red de prieta malla mientras sus ayudantes agitaban trapos para asustar a los pájaros. Aterrorizados, fueron capturados en gran número. Asadas, las codornices serian uno de los manjares más apreciados en las mejores mesas.
A Pazair no le gustaba el espectáculo. Ver a un ser privado de libertad, aunque fuera una simple codorniz, le causaba un verdadero sufrimiento. Neferet, que percibía el menor de sus sentimientos, lo condujo por la campiña. Caminaron hasta un lago de tranquilas aguas, rodeado de sicomoros y tamariscos, que un rey tebano había hecho excavar para su gran esposa real. Según la leyenda, la diosa Hator se bañaba allí al ocaso. La muchacha esperaba que la visión de aquel paraíso apaciguara al juez.
¿No probaba la confesión del jefe de policía que, desde los primeros días de su investigación a Mentmosé, Pazair se había orientado hacia uno de los responsables de la conspiración? Qadash no había vacilado en sobornar a Mentmosé para enviar al juez a presidio. Víctima del vértigo, el decano del porche se preguntaba si no sería instrumento de una voluntad superior que trazaba su camino y lo obligaba a seguirlo sucediera lo que sucediese.

La culpabilidad de Qadash lo impulsaba a hacerse preguntas a las que no debía contestar precipitadamente y sin pruebas. Un extraño ardor, a veces insoportable, lo atormentaba; impaciente por descubrir la verdad, ¿no estaría arriesgándose a desnaturalizaría quemando las etapas?

Neferet había decidido arrancarlo de su despacho y sus expedientes, sin hacer caso de sus protestas. Se lo había llevado así hasta las risueñas soledades de la campiña de Occidente.

–Estoy perdiendo unas horas preciosas.

–¿Tan pesada te resulta mi compañía?

–Perdóname.

–Necesitas distanciarte.

–El dentista Qadash nos lleva al químico Chechi, y éste al general Asher, por lo tanto, al asesinato de los cinco veteranos y, sin duda, al transportista Denes y su mujer. Los conspiradores pertenecen a la élite de este país. Quieren tomar el poder fomentando una conjura militar y asegurándose el monopolio de las nuevas armas. Por eso han suprimido a Branir, futuro sumo sacerdote de Karnak, que me habría permitido investigar en los templos el robo del hierro celeste; por eso intentaron suprimirme acusándome del asesinato de mi maestro. ¡Es un asunto enorme, Neferet! Sin embargo, no estoy seguro de tener razón. Dudo de mis propias afirmaciones.

Lo guió por un sendero que rodeaba el lago. A media tarde, bajo un calor abrumador, los campesinos dormitaban a la sombra de los árboles o las chozas.

Neferet se arrodilló en la orilla, recogió un capullo de loto y se adornó con él el pelo. Un pez plateado, de hinchado vientre, saltó del agua y desapareció en un estallido de brillantes gotitas.

La muchacha entró en el agua; mojada, el vestido de lino se pegó a su ligero cuerpo y reveló sus formas. Se zambulló, nadó con agilidad y, risueña, acompañó con la mano a una carpa que zigzagueaba ante ella. Cuando salió, su perfume parecía exaltado por el baño.

–¿No vienes?

Mirarla era tan maravilloso que Pazair había olvidado moverse. Se quitó el paño mientras ella se libraba del vestido.

Desnudos y abrazados, se sumieron en la espesura de papiro donde, llenos de felicidad, hicieron el amor.

Pazair se había opuesto firmemente a la gestión de Neferet. ¿Por qué la había convocado el médico en jefe Nebamon, sino para tenderle una trampa y vengarse?

Kem y su babuino seguirían a Neferet para proteger su seguridad. El mono se introdujo en el jardín de Nebamon; si el médico en jefe se ponía amenazador, intervendría del modo más brutal.

Neferet no sentía temor alguno; al contrario, se alegraba de conocer las intenciones de su más encarnizado enemigo.

A pesar de las advertencias de Pazair, aceptaba las condiciones de Nebamon: una entrevista cara a cara.

El portero dejó pasar a la joven, que tomó una avenida de tamariscos, cuyas abundantes y entremezcladas ramas rozaban el suelo; sus frutos, de largos pelos azucarados, tenían que recogerse con el rocío y secarse al

sol. Con la madera se fabricaban famosos ataúdes, parecidos al de Osiris, y bastones que alejaban a los enemigos de la luz. Sorprendida por el anormal silencio que reinaba en aquella gran propiedad, Neferet lamentó de pronto no haberse provisto de semejante arma.

Ni un jardinero, ni un aguador, ni un criado... Los alrededores de la suntuosa mansión estaban desiertos. Vacilante, Neferet cruzó el umbral. La gran sala reservada a los visitantes era fresca, bien aireada, apenas iluminada por algunos focos de luz.

–¿Hay alguien ahí? –preguntó.

Nadie respondió. La mansión parecía abandonada. ¿Había olvidado Nebamon su cita y había vuelto a la ciudad? Incrédula, exploró los aposentos privados.

El médico en jefe dormía, tendido de espaldas, en el gran lecho de su alcoba, cuyas paredes estaban decoradas con patos volando y garzas en reposo. Su rostro estaba fatigado, su respiración era corta e irregular.

–Nebamon, soy Neferet –dijo dulcemente.

Nebamon despertó. Incrédulo, se frotó los ojos y se incorporó.

–Os habéis atrevido... ¡Nunca lo hubiera creído!

–¿Tan temible sois?

La contempló.

–Lo era. Deseaba la desaparición de Pazair y vuestra decadencia. Saberos felices juntos me torturaba; os quería a mis pies, pobre, suplicante. Vuestra felicidad impedía la mía. ¿Por qué no pude seduciros? ¡Sucumbieron tantas otras! Pero vos no os parecéis a ellas.

Nebamon había envejecido mucho; su voz, de lánguidas inflexiones que se habían hecho famosas, se volvía entrecortada.

–¿Qué tenéis?

–Soy un anfitrión despreciable. ¿Os gustaría probar mis pasteles en forma de pirámide, rellenos de confitura de dátil?

–No soy golosa.

–Y, sin embargo, amáis la vida, os ofrecéis a ella sin freno alguno. Habríamos formado una pareja magnífica. Pazair no os merece, y lo sabéis; no será decano por mucho tiempo y habréis dejado pasar la fortuna.

–¿Es indispensable?

–Un médico pobre no progresa.

–¿Os libra vuestra riqueza del sufrimiento?

–Tumor vascular.

–No es irremediable. Para aliviar el dolor, receto aplicaciones de jugo de sicómoro, extraído del árbol a comienzos de la primavera, antes de que dé frutos.

–Excelente prescripción. Conocéis perfectamente la materia médica.

–La operación es inevitable. Practicaré una incisión con una caña afilada, extirparé el tumor calentándolo al fuego y cauterizaré con una lanceta.

–Tendríais razón si mi organismo fuera capaz de soportar la intervención.

–¿Tan debilitado estáis?

–Mis días están contados. Por eso he despedido a parientes y criados. Me aburren. En el palacio debe de haber un buen jaleo. Nadie tomará

iniciativas en mi ausencia. Los imbéciles que me obedecen al pie de la letra ya no saben qué camino tomar. ¡Miserable comedia!... Volver a veros ilumina mi agonía.

–¿Puedo auscultaros?

–Divertios.

La muchacha escuchó los latidos de aquel corazón, débiles y desordenados. Nebamon no mentía. Estaba gravemente enfermo. Permanecía inmóvil, respirando el perfume de Neferet, disfrutando la suavidad de aquella mano en su piel, la ternura de aquella oreja en su pecho. Habría dado su eternidad para que aquellos instantes no terminaran, pero ya no disponía de semejante tesoro; al pie de la balanza del juicio, la devoradora lo aguardaba.

Neferet se apartó.

–¿Quién os cuida?

–Yo mismo, el ilustre médico en jefe del reino de Egipto.

–¿De qué modo?

–Con el desprecio. Me detesto, Neferet, porque no soy capaz de hacerme amar por vos. Mi existencia fue una letanía de éxitos, de mentiras y torpezas, pero me falta vuestro rostro, la pasión que habría debido arrastraros hacia mí. Muero por vuestra ausencia.

–No tengo derecho a abandonaros.

–¡No vaciléis ni un segundo, aprovechad vuestra oportunidad! Si recobrara la salud, volvería a ser una bestia feroz, no cesaría hasta suprimir a Pazair y capturaros.

–Un enfermo merece cuidados.

–¿Aceptaríais ese papel?

–En Menfis existen excelentes facultativos.

–Vos, o nadie más.

–No seáis niño.

–¿Me habríais amado sin Pazair?

–Ya conocéis la respuesta.

–¡Mentidme, os lo ruego!

–Esta misma noche regresarán vuestros servidores. Os receto una alimentación ligera.

Nebamon se incorporó.

–Os juro que no he participado en ninguna de las conspiraciones que preocupan a vuestro marido. Ignoro todo lo que se refiere al asesinato de Branir, a la muerte de los veteranos y a los manejos del general Asher. Mi único objetivo era enviar a Pazair al penal y obligaros a que fuerais mi mujer. Mientras viva, no tendré otra.

–¿No es preciso renunciar a lo imposible?

–El viento cambiará, estoy seguro de ello.

CAPÍTULO 16

Pantera, radiante, acariciaba el pecho de Suti. Le había hecho el amor con el ardor de una crecida reciente, tan ardiente que sus ondas se lanzaban al asalto de las montañas.

–¿Por qué estás tan sombrío?

–Preocupaciones sin importancia.

–Se murmura mucho.

–¿Sobre qué?

–Sobre la suerte de Ramsés el Grande. Algunos afirman que ha cambiado. El mes pasado hubo un incendio en los muelles, varios accidentes en el río, acacias partidas en dos por el rayo.

–Tonterías.

–No para tus compatriotas. Están convencidos de que el poder mágico del faraón está agotándose.

–¡Qué cosas! Celebrará una fiesta de regeneración y el pueblo gritará su júbilo.

–¿A qué espera?

–Ramsés tiene el sentido del acto justo en el momento oportuno.

–¿Y tus problemas?

–No tienen ninguna importancia, te lo repito.

–Una mujer.

–Mi investigación.

–¿Qué quiere?

–Me veo obligado a...

–¡Una boda, con un contrato en debida forma! Dicho de otro modo, ¡me repudias!

Desenfrenada, la rubia libia rompió algunas tazas de terracota y dislocó una silla de paja.

–¿Cómo es? ¿Alta, baja, joven, vieja?

–Baja, de cabellos muy negros, menos hermosa que tú.

–¿Rica?

–Claro.

–¡No te basto, no tengo fortuna! Te diviertes más con tu puta rubia y te vuelves honorable con tu burguesa morena.

–Necesito obtener una información.

–¿Y estás obligado a casarte?

–Simple formalidad.

–¿Y yo?

–Sé paciente. En cuanto haya obtenido lo que me interesa, me divorciaré.

–¿Cómo reaccionará?

–Para ella es sólo un capricho. Lo olvidará pronto.
–Niégate, Suti. Cometes un grave error.
–Imposible.
–¡Deja de obedecer a Pazair!
–El contrato matrimonial se ha firmado ya.

Pazair decano del porche, primer magistrado de Menfis, autoridad moral indiscutible, ponía mala cara, como un adolescente contrariado. No admitía los esfuerzos que Neferet había hecho en favor de Nebamon. La muchacha había reunido a varios terapeutas que habían acudido a la cabecera del médico en jefe, había devuelto los servidores a la propiedad, y velado para que el enfermo fuera cuidado y atendido.
Aquella actitud lo encolerizaba.
–No se ayuda a los enemigos –masculló.
–¿Cómo puede hablar así un juez?
–Debe hacerlo.
–Soy médica.
–Ese monstruo intentó destruimos, a ti y a mí.
–Fracasó. Y hoy, él está destruyéndose desde el interior.
–Su mal no borra sus faltas.
–Tienes razón.
–Si lo admites, no te preocupes más por él.
–No ocupa el menor de mis pensamientos, pero cumplo con mi deber.
Pazair se tranquilizó un poco.
–¿No estarás celoso?
La atrajo hacia sí.
–Nadie lo está más que yo.
–¿Me darás permiso para cuidar a alguien más que a mi marido?
–Si la ley me lo permitiera, no.
Bravo, con los ojos inquietos, tendió la pata derecha a Neferet y la izquierda a Pazair. Cualquier disensión entre sus dueños lo hacia desgraciado. Su acrobática postura provocó una carcajada que el perro, tranquilizado, compartió ladrando.

Suti apartó a dos escribas, con los brazos cargados de papiros, empujó a un escribano y forzó la puerta del despacho de Pazair, que estaba bebiendo una copa de agua cobriza.
Con los largos cabellos negros en desorden, el antiguo héroe era presa del furor.
–¿Algo va mal, Suti?
–¡Sí, tú!
El decano del porche se levantó y cerró la puerta. La tempestad seria violenta.
–Podríamos discutir en otra parte.
–¡De ningún modo! Este lugar es precisamente la razón de mi cólera.
–¿Eres víctima de una injusticia?
–¡Te aburguesas, Pazair! Mira a tu alrededor: chupatintas, funcionarios obtusos, almas mezquinas, preocupadas por su ascenso. Olvidas nuestra

amistad, descuidas la investigación sobre el general Asher, ya no buscas la verdad, ¡como si ya no creyeras en mi! Has caído en la trampa de los títulos y la respetabilidad. Sin embargo, vi cómo Asher torturaba y mataba a un egipcio, sé que es un traidor, ¡y tú te pavoneas como un notable!

–Has bebido.

–Mala cerveza, y mucha. Lo necesitaba. Nadie se atreve a hablarte como yo.

–Los matices no son tu fuerte, pero no te sabia tan estúpido.

–¡No me insultes! Niégalo si te atreves.

–Siéntate.

–¡Yo no pacto!

–Acepta al menos una tregua.

Tambaleándose un poco, Suti consiguió agacharse sin perder el equilibrio.

–Es inútil que intentes seducirme. He visto claro tu juego.

–Tienes suerte. Yo me pierdo siempre.

Asombrado, Suti se volvió hacia Pazair.

–¿Qué quieres decir?

–Mira mejor: estoy abrumado de trabajo. Cuando era un pequeño juez en un barrio de Menfis, tenía tiempo para investigar. Aquí debo responder mil demandas, tratar muchos expedientes, calmar las cóleras de los unos y las impaciencias de los otros.

–¡Has caído en la trampa! Dimite, y sígueme.

–¿Qué proyectos tienes?

–Retorcerle el cuello al general Asher y curar a Egipto del mal que le corroe.

–Ese resultado no se alcanzará así.

–¡Claro que sí! ¡Cortándole la cabeza a la conspiración, la sedición termina!

–¿Y el asesino de Branir?

Suti esbozó una sonrisa feroz.

–Fui un buen investigador, pero he tenido que casarme con la señora Tapeni.

–Valoro tu sacrificio.

–De lo contrario, no hubiera hablado.

–Ahora eres rico.

–Pantera no lo acepta.

–Un seductor como tú podrá lograrlo.

–Casado, yo... ¡Peor que el presidio! En cuanto sea posible, me divorciaré.

–¿Fue bien la ceremonia?

–En la más estricta intimidad. Ella no quería que asistiera nadie. En la cama se desenfrenó. Para Tapeni, soy una golosina inagotable.

–Bueno, ¿y la investigación?

–Sólo algunas personas de alto linaje utilizan el tipo de aguja que mató a Branir. Entre ellas, la más hábil y la más notable es la señora Nenofar. Si su cargo de inspectora del Tesoro es sólo honorífico es efectivamente la intendente de los paños y conoce a las mil maravillas el oficio.

¡La señora Nenofar, la esposa del transportista Denes, la feroz enemiga de Bel-Tran, el mejor apoyo del juez! Sin embargo, durante el proceso a

Asher, como miembro del jurado, no había censurado a Pazair. El juez se sentía, de nuevo, en falso. La culpabilidad parecía evidente, pero su convicción no llegaba a formarse.

–Detenla inmediatamente –aconsejó Suti.

–No se ha establecido la prueba.

–¡Como con Asher! ¿Por qué niegas sin cesar la evidencia?

–Yo no, Suti, el tribunal. Para considerar culpable a una persona acusada de asesinato, los jurados exigen una impecable instrucción.

–¡Pero yo me he casado!

–Intenta obtener algo más.

–Te vuelves cada vez más exigente y te encierras en una red de leyes que te alejan de la realidad. Niegas la verdad: Asher es un traidor y un criminal que intenta apoderarse del ejército de Asia; Nenofar asesinó a tu maestro.

–¿Por qué no actúa el general?

–Porque está colocando a sus hombres en los protectorados y en el propio Egipto. Como instructor de los oficiales de Asia, forma un clan de escribas y de militares que le son afectos. Muy pronto, con la ayuda de su amigo Chechi, dispondrá de armas irrompibles que le permitirán enfrentarse sin temor a cualquier ejército. Quien controla las armas gobierna el país.

Pazair seguía sin creerlo.

–Un golpe de Estado militar no tiene posibilidades de triunfar.

–¡No estamos en la edad de oro, sino en el reinado de Ramsés! En nuestras provincias, hay extranjeros a miles; nuestros queridos compatriotas piensan más en enriquecerse que en satisfacer a los dioses. La vieja moral ha muerto.

–La persona del faraón sigue siendo sagrada. El general Asher no está a la altura. Ningún clan lo apoyará. El país lo rechazará.

El argumento fue convincente. Suti admitió que su razonamiento, indiscutible en un país de Asia, no valía para el Egipto de Ramsés el Grande. Una facción, aunque estuviera muy bien armada, no lograría el asentimiento de los templos, y menos aún la adhesión del pueblo. Para gobernar las Dos Tierras no bastaba con la fuerza. Se necesitaba un ser mágico, capaz de hacer un pacto con los dioses y lograr que el amor del más allá brillara en la tierra. Ridículas palabras para los oídos de un griego, de un libio o de un sirio, pero esenciales para los de un egipcio; fueran cuales fuesen sus cualidades de estratega e intrigante, Asher carecía de esas virtudes.

–Es extraño –dijo Pazair–. Habíamos considerado tres posibles culpables del asesinato de Branir: el decano del porche, exiliado, que se muere de inanición; Nebamon, que sufre una grave enfermedad, y Mentmosé, al borde del abismo. Los tres habrían podido escribir la nota ordenándome que me reuniera con mi maestro y organizar la puesta en escena destinada a acusarme. Y tú añades a la señora Nenofar. Pero me parece que el antiguo decano no tiene nada que ver; su comportamiento fue el de un magistrado desgastado, débil, abrumado por sus compromisos. Nebamon le ha jurado a Neferet que no estaba comprometido en conspiración alguna. Y el jefe de policía, por lo general tan hábil y tan seguro de sí mismo, parece el manipulado y no el manipulador. Si nos

hemos equivocado tan gravemente, ¿por qué no dudar en lo que se refiere a la señora Nenofar?

–¡Ahí está tu conspiración! El general Asher no se limita a sus soldados de élite, necesita apoyo entre los nobles y los ricos. Tiene el de Denes y el de la señora Nenofar, los comerciantes más ricos de Menfis. Gracias a su fortuna, comprará silencios, conciencias y complicidades. El cerebro del asunto es doble.

–¿No organizó Denes un banquete para celebrar mi investidura?

–¿No intentó comprarte, también a ti? Cuando no lo logra, fabrica una verdad que le conviene. Tú, asesino de Branir; Qadash, testigo ocular del mismo crimen, para librarse definitivamente de tu fiel policía, Kem.

Esta vez, a pesar de su embriaguez, Suti se mostraba convincente.

–Si tienes razón, nuestros adversarios son todavía más numerosos y fuertes de lo que suponíamos.

–¿Está Denes a la altura de un jefe de Estado?

¡De ningún modo! Demasiado lleno de cinismo, demasiado indiferente ante los demás. Demasiado corto de vista; sus finanzas y su interés personal son sus únicas preocupaciones. La señora Nenofar, en cambio, es más temible de lo que parece; la creo capaz de asumir una regencia. ¡No soñamos, decano del porche! Cinco cadáveres de veteranos, Branir asesinado, varias tentativas de eliminación... Desde hacia decenios, Egipto no había conocido semejantes trastornos. Tu investigación molesta. Y puesto que dispones de poder, utilízalo! Tu papeleo puede esperar.

–Garantiza el equilibrio del país y la felicidad cotidiana de la población.

–¿Qué quedará de ello si la conspiración tiene éxito?

Pazair se levantó tenso.

–La inacción se te hace insoportable, Suti.

–Un héroe necesita hazañas.

–¿Estás dispuesto a correr riesgos?

–Tanto como tú. Quiero asistir al castigo del general Asher.

El cólico de Silkis había tomado proporciones alarmantes. Temiendo una disentería, el propio Bel-Tran había ido a buscar a Neferet en plena noche. La médica hizo tomar a la enferma semillas de eneldo oloroso; sus propiedades sedantes y digestivas atenuaron los espasmos. Como ungüento, mezcladas con brionia y cilantro, aliviaban las jaquecas. La hermosa umbelífera de flores amarillas no bastaría, pues las diarreas eran muy dolorosas; cada cuarto de hora, Silkis tenía que tomar una copa llena de cerveza de algarrobo, obtenida a partir de las vainas y mezclada con aceite y miel. Una hora después del comienzo del tratamiento, los síntomas se atenuaron.

–Sois maravillosa –balbuceó la paciente.

–Estad tranquila. Mañana mismo estaréis restablecida. Bebed cerveza de algarrobo durante una semana.

–¿Debo temer complicaciones?

–Ninguna. Una simple intoxicación alimenticia. Mal curada, habría sido inquietante. Durante algunos días, alimentaos con cereales.

Bel-Tran le dio calurosamente las gracias a Neferet y la llevó aparte.

–¿Habéis sido sincera?

–No temáis.

–Permitidme que os ofrezca una colación.

Neferet no rechazó aquel instante de reposo antes de una larga jornada en la que visitaría a más de una docena de enfermos, ricos o pobres. Pronto amanecería; era inútil intentar dormir.

–Desde que entré en el Tesoro –reveló Bel-Tran–, tengo insomnio. Mientras Silkis duerme, trabajo en los asuntos del día siguiente. A veces, una bola dolorosa se forma en mi estómago, y quedo casi paralizado.

–Estáis agotando vuestro sistema nervioso.

–El Tesoro no me concede descanso. Admito vuestros reproches, Neferet, pero ¿no podría también devolvéroslos? Vais de un lugar a otro de la ciudad, y no os resistís a súplica alguna. Vuestro lugar está en otra parte. En palacio faltan facultativos de vuestra calidad. Al rodearse de mediocres, Nebamon ha hecho el vacío a su alrededor. Os expulsó del cuerpo principal de médicos a causa de vuestra competencia.

–Es el médico en jefe quien decide los nombramientos, ni vos ni yo podemos hacer nada.

–Habéis curado al visir y a varios notables. Reuniré sus testimonios y los presentaré a la comisión de disciplina. Los más estúpidos se verán obligados a reconocer vuestros méritos.

–No tengo ganas de luchar por mí misma.

–Pazair, como decano del porche, no puede intervenir en vuestro favor so pena de ser sospechoso de parcialidad. No es mi caso. Me batiré por vos.

Tebas estaba conmocionada. La gran ciudad del sur, garante de las más antiguas tradiciones, hostil a las innovaciones económicas que Menfis, la rival del norte, aceptaba con excesiva complacencia, aguardaba impaciente el nombre del nuevo sumo sacerdote que reinaría sobre más de ochenta mil empleados, sesenta y cinco ciudades y pueblos, un millón de hombres y mujeres que trabajaban, más o menos directamente, para el templo, cuatrocientas mil cabezas de ganado, cuatrocientos cincuenta viñedos y huertos y noventa navíos.

El faraón debía proporcionar los objetos de culto, los alimentos, el aceite, el incienso, los ungüentos, la ropa, y facilitar tierras, cuya propiedad sería indicada por grandes estelas plantadas en los linderos de los campos, en cada ángulo; el sumo sacerdote debía percibir las tasas sobre las mercancías y los pescadores. El pontífice de Amón gestionaba un Estado en el Estado; así pues, el rey tenía que nombrar a un hombre cuya fidelidad y obediencia le estuvieran aseguradas, sin por ello ser un personaje insustancial, desprovisto de autoridad; Branir tenía aquel temple; su brutal desaparición había sido un problema para Ramsés el Grande. La víspera de la entronización, todavía no se conocía su elección.

Pazair y Suti se habían desplazado hasta allí por curiosidad y por necesidad. Ni siquiera el sumo sacerdote de Ptah de Menfis había podido proporcionarles ninguna información sobre el robo del hierro celeste. Sin ninguna duda, el precioso metal procedía de un templo del sur; sólo el sumo sacerdote de Karnak pondría a los investigadores sobre una pista seria.

Pero ¿con qué personaje tendría que enfrentarse Pazair?

Como decano del porche, Pazair fue admitido en el desembarcadero, acompañado por Suti, al que presentó como su ayudante. Muchas barcas ocupaban la dársena excavada entre el Nilo y el templo; hileras de árboles preservaban el frescor.

Los dos amigos, conducidos por un sacerdote, pasaron entre las esfinges con cabeza humana, cuya mirada apartaba a los profanos. Ante cada uno de los vigilantes guardianes, una regata de irrigación conducía el agua a un foso, de unos cincuenta centímetros de profundidad, donde crecían flores.

Así, la vía sacra que conducía del mundo exterior al templo estaba adornada con los más vivos y tornasolados colores.

Pazair y Suti tuvieron acceso al primer gran patio, donde celebrantes de cráneo afeitado, vestidos con ropas de lino, adornaban con flores los altares. Fueran cuales fuesen los acontecimientos, el culto debía garantizarse. Los puros, los padres divinos, los servidores del dios, los dueños de los secretos, los portadores de los rituales, los astrólogos y los músicos se consagraban a sus ocupaciones, fijadas por la Regla en vigor desde el tiempo de las pirámides. Sólo una pequeña parte de ellos vivía permanentemente en el interior del santuario; los demás oficiaban durante períodos más o menos largos, que iban de una semana a tres meses. Dos veces por día y dos veces por noche, procedían a abluciones, porque consideraban que la ascesis interior tenía que verse acompañada por una impecable limpieza física.

Los dos amigos se sentaron en un banco de piedra. La tranquilidad del lugar, su majestad, la profunda paz inscrita en las piedras de eternidad les hicieron olvidar preocupaciones y preguntas. Aquí, la vida, liberada de la erosión de la continuidad, tenía otro sabor. Incluso Suti, que no creía en los dioses, llenó su alma de plenitud.

El nuevo sumo sacerdote de Karnak había recibido del rey las insignias de su función, un bastón de oro y dos anillos.

Jefe, en adelante, del más rico y más vasto de los templos de Egipto, velaría para preservar sus tesoros. Cada mañana abriría los dos batientes del santuario secreto, la región de luz donde Amón se regeneraba en el misterio de Oriente. Había prestado el juramento de observar el ritual, renovar las ofrendas y ocuparse de la morada divina, donde la creación de los primeros instantes se mantenía en equilibrio. Mañana pensaría en su abundante personal, que comprendía el director de su casa, un mayordomo, un chambelán, escribas, secretarios y jefes de equipo; mañana echaría en falta la tranquila existencia de la que lo había arrancado la decisión del faraón. En aquel momento tan intenso pensaba en el precepto fundamental de la Regla: "No levantes la voz en el templo, Dios detesta los gritos. Que tu corazón sea amante. No interrogues a Dios a diestro y siniestro, pues le gusta el silencio. El silencioso parece el árbol que crece en el huerto; sus frutos son dulces, su sombra agradable, reverdece y acaba sus días en el vergel donde ha nacido."

El sumo sacerdote se recogió largo rato en el Santo de los santos, solo ante el naos que contenía la estatua del dios. Nunca había esperado vivir semejante emoción, que reducía a la nada sus aspiraciones de ayer y sus irrisorias esperanzas.

El vestido del primer servidor de Amón lo despojaba de su humanidad y lo convertía en un desconocido para sí mismo. Poco importaba, puesto que no tendría posibilidad alguna para interrogarse sobre sus gustos o sus dudas.

El sumo sacerdote retrocedió borrando sus pasos. En cuanto hubiera salido del Santo de los santos, se volvería para enfrentarse con el universo del templo.

Las aclamaciones saludaron la aparición del sumo sacerdote en el umbral de la inmensa sala con columnas construida por Ramsés. A él le tocaba, ahora, abrir el camino con su bastón de oro y gobernar un pacifico ejército, consagrado a la gloria de Amón.

Pazair dio un respingo.

–Increíble.

–¿Lo conoces? –preguntó Suti.

–Es Kani, el jardinero.

CAPÍTULO 17

Cuando recibió el homenaje de los dignatarios en el gran patio, Kani se detuvo largo rato ante Pazair. El juez se inclinó.

En su intercambio de miradas, ambos hombres compartieron una profunda alegría.

–Me gustaría consultaros lo antes posible.

–Os recibiré esta misma noche –prometió Kani.

El palacio del sumo sacerdote, próximo a la entrada del templo, era una maravilla de arquitectura y decoración. La belleza de las pinturas, que glorificaban la presencia divina en la naturaleza, encantaba la mirada. Kani recibió a Pazair en su gabinete particular, que ya estaba lleno de papiros. Calurosos, se dieron un abrazo.

–Me siento feliz por Egipto –declaró el juez.

–¡Deseo que tengáis razón! Branir estaba destinado a la función que ocupo. Sabio entre los sabios, ¿quién podrá igualarlo? Honraré su memoria cada mañana y se presentarán ofrendas a su estatua instalada en el templo.

–Ramsés no se ha equivocado.

–Me gusta este lugar, es cierto, como si siempre hubiera vivido aquí. Estoy aquí gracias a vos.

–Mi ayuda fue mínima.

–Decisiva. Os noto preocupado.

–Mi investigación resulta muy ardua.

–¿Cómo puedo ayudaros?

–Deseo investigar en el templo de Coptos, con la esperanza de encontrar el origen del hierro celeste entregado al químico Chechi, cómplice del general Asher. Para inculpar al primero y probar la complicidad del segundo, necesito seguir el hilo. Sin vuestra autorización, es imposible.

–¿Son algunos sacerdotes cómplices de los criminales?

–No puede excluirse.

–No eludiremos la dificultad. Dadme una semana.

Pazair, con el cuerpo absolutamente afeitado, se alojó en una casita cercana al lago sagrado de Karnak y participó en los ritos como "sacerdote puro". Escribió a Neferet cada día explicándole el esplendor y la paz del templo. Suti, que no aceptaba sacrificar sus largos cabellos, se refugió en casa de una amiga a la que había encontrado presenciando unas justas náuticas. La bella no se había casado todavía, y soñaba con Menfis; él se consagró en cuerpo y alma a distraerla.

En la fecha prevista, el sumo sacerdote recibió a ambos amigos en su sala de audiencias. Kani ya había cambiado; si los rasgos del antiguo jardinero, especialista en plantas medicinales, seguían marcados por el sol y surcados por profundas arrugas, el aspecto se había hecho majestuoso. Al elegirlo, Ramsés había adivinado al pontífice bajo el hombre humilde. No necesitaría adaptación alguna. En tan pocos días, Kani se había imbuido ya de su función.

Pazair le presentó a Suti, quien se sentía muy incómodo en aquel austero lugar.

–Efectivamente, es preciso investigar en Coptos –declaró el sumo sacerdote–. Los especialistas en metales preciosos y minerales raros dependen del superior del templo, que había sido minero y, luego, policía del desierto. Si alguien puede aclararos el origen de ese hierro celeste, él es la persona indicada. Coptos es el punto de partida de todas las grandes expediciones a las minas y a las canteras.

–¿Puede estar implicado?

–Según los informes que me han sometido, no. Vigila tanto como es vigilado, y se ocupa de la entrega de materiales preciosos al conjunto de los templos de Egipto. Ninguna falta en veinte años. En especial, es responsable de la pista del oro. Sin embargo, he preparado una orden por escrito que os permitirá acceder a los archivos del templo. A mi modo de ver, el fraude se produce en otra parte; ¿no sería necesario tratar con los mineros y los prospectores?

Un viento violento agitaba los negros cabellos de Suti; de pie en la proa del barco que bogaba hacia Menfis, no se tranquilizaba, indignándose ante la tranquilidad de Pazair.

–Coptos, el desierto, los tesoros de la arena... ¡Qué locura!

–Con el documento que Kani me entregó puedo registrar de cabo a rabo el templo de Coptos.

–¡Absurdo! Los ladrones de esas características no son tan estúpidos como para dejar huellas de su fechoría.

–Tu opinión me parece sensata. Así pues...

–Así pues, tendremos que jugar a los héroes y partir a la aventura, acompañados por individuos sin fe ni ley, que no vacilan en despanzurrar a su prójimo por una pepita. Antaño, la experiencia me habría tentado, pero estoy casado y...

–¡Te has vuelto un pequeño burgués!

–Me gustaría gozar un poco más de la fortuna de la señora Tapeni, a cambio de mis buenos y leales servicios. Además, ¿no me pediste que obtuviera más información?

–No eres un hombre hecho para vivir a expensas de una dama.

–¡Envía a tu nubio!

–Lo identificarían en seguida. Yo voy a seguir esta pista.

–¡Estás loco! No resistirás dos días.

–Sobreviví al penal.

–Los buscadores de minerales están acostumbrados a morirse de sed, a soportar el más ardiente de los soles y a luchar contra escorpiones, serpientes y bestias salvajes. ¡Olvida esta tontería!

–La verdad es mi oficio, Suti.

Neferet fue llamada urgentemente a la cabecera de Nebamon. Aunque tres médicos se ocuparan permanentemente de él, el enfermo acababa de entrar en coma.

Viento del Norte aceptó servir de montura; a buen paso, el asno tomó la dirección de la mansión del médico en jefe.

En cuanto Neferet llegó, Nebamon recuperó el conocimiento. Sufría del estómago, se quejaba de dolores en el brazo y el pecho. "Crisis cardiaca", diagnosticó Neferet. Posó la mano en su pecho y le magnetizó hasta que el dolor desapareció. Hizo cocer una raíz de brionia en aceite y completó la poción con hojas de acacia, higos y miel.

–Lo beberéis cuatro veces por día –recomendó.

–¿Cuánto tiempo me queda por vivir?

–Vuestro caso es serio.

–No sabéis mentir, Neferet. ¿Cuánto tiempo?

–Sólo Dios es dueño de nuestro destino.

–¡Me importan un pimiento las hermosas frases! Tengo miedo de morir, quiero saber cuántos días me quedan para hacer que vengan mozas y beber vino.

–Vos elegís.

Nebamon, con la tez muy pálida, la agarró del brazo.

–¡No dejo de mentir, Neferet! Os quiero a vos. Besadme, os lo suplico. Una vez, sólo una vez...

Ella se soltó sin brusquedad.

El rostro de Nebamon se cubrió de sudor.

–El juicio del más allá será severo. Mi existencia fue mediocre, pero he tenido la suerte de dirigir el más ilustre de los cuerpos médicos. Sólo me falta una mujer, una verdadera mujer, que me habría hecho menos malo. Antes de enfrentarme a Osiris, ayudaré a Pazair, el que me venció. Decidle que Qadash compraba mi testimonio con amuletos, piezas excepcionales de las que se encarga su antiguo intendente. Para pagar semejante precio, el asunto debe de ser enorme. Enorme...

Fueron las últimas palabras del médico en jefe Nebamon, que murió devorando a Neferet con los ojos.

Pazair recordó el corrompido intendente del dentista Qadash; de hecho, ya se había visto implicado en el tráfico de esos objetos que tanto gustaban a su propio patrón. ¿No se cambiaba acaso un hermoso amuleto de lapislázuli por un cesto lleno de pescado fresco? Vivos y muertos deseaban la protección mágica contra las fuerzas de las tinieblas. En forma de ojo completo, de pierna, de mano, de escalera hacia el cielo, de instrumentos, de loto o de papiro, representando algunas divinidades, los amuletos eran receptáculos de energía positiva. Muchos egipcios, sin distinción de edad o de clase social, los llevaban de buena gana al cuello, en contacto directo con la piel.

La persona de Qadash adquiría relieve. Pazair lanzó pues su administración tras las huellas de su ex intendente. Las investigaciones fueron rápidas e instructivas. El hombre había obtenido un empleo similar en una gran propiedad del Medio Egipto. Una propiedad que pertenecía a un excelente amigo de Qadash, el transportista Denes.

Durante la audiencia semanal que el visir concedía a sus más próximos colaboradores, se debatían numerosos temas.

Bagey apreciaba las intervenciones concisas y detestaba a los charlatanes. Sus propias conclusiones eran breves y sin apelación. Un escribano las registraba, y otro las transformaba en decisiones administrativas, en las que el visir ponía su sello.

–¿Propuestas, juez Pazair?

–Sólo una: que se sustituya al jefe de policía. Mentmosé es indigno de sus funciones. Las faltas que ha cometido son demasiado graves para ser perdonadas.

El secretario del visir se rebeló.

–Mentmosé ha prestado grandes servicios al país. Ha sabido mantener el orden con una conciencia ejemplar.

–El visir conoce mis argumentos –precisó Pazair–. Mentmosé ha mentido, ha falsificado expedientes y se ha burlado de la justicia. Sólo el antiguo decano del porche ha sido castigado; ¿por qué su cómplice debe quedar sin castigo?

–¡El jefe de policía no puede ser un ingenuo corderito!

–Ya basta –intervino el visir–. Los hechos son conocidos y probados, el expediente no tiene ambigüedad alguna. Leed, escribano.

Las acusaciones eran abrumadoras. Pazair, sin miramientos, había puesto de relieve las villanías de Mentmosé.

–¿Quién desea que Mentmosé conserve su puesto? –preguntó el visir tras haber oído los cargos.

Ninguna voz se levantó en favor del policía.

–Mentmosé queda destituido –decidió el visir–. Si desea apelar, comparecerá ante mí. Si se le reconoce culpable de nuevo, irá a presidio. Procedamos inmediatamente a la designación de su sucesor. ¿A quién proponéis?

–A Kem –declaró Pazair con voz pausada.

–¡Escandaloso! –protestó uno de los escribanos.

Hubo otras oposiciones.

–Kem tiene una larga experiencia –insistió Pazair–. Ha sufrido en su propia carne lo que considera una injusticia, pero siempre se mantuvo al lado del orden. Ciertamente, no le gusta demasiado la humanidad, pero lleva a cabo su oficio como un sacerdocio.

–Un nubio de baja extracción, un...

–Un hombre de acción, sin ilusiones. Nadie conseguirá corromperlo.

El visir interrumpió la discusión.

–Kem es nombrado jefe de policía de Menfis. Si alguien se opone, que presente sus argumentos ante mi tribunal. Si los considero inaceptables, será condenado por injuria. Se levanta la sesión.

Ante el decano del porche, Mentmosé entregó a Kem el bastón de marfil coronado por una mano, que simbolizaba el poder del jefe de policía, y un amuleto en forma de media luna en la que estaban grabados un ojo y un león, emblemas de la vigilancia. Pese a su nombramiento, el nubio se había negado a cambiar el arco, las flechas, la espada y el garrote por unas ropas de notable.

Kem no le dio las gracias a Mentmosé, al borde de la apoplejía. No se pronunció discurso alguno. El nubio, desconfiado, probó en seguida el sello por miedo a que el antiguo jefe de policía lo hubiera falsificado.

–¿Estáis satisfecho? –preguntó Mentmosé con voz nasal.

–Soy testigo de la observancia del decreto promulgado por el visir –repuso Pazair sereno– Como decano del porche, levanto acta de la transferencia de las atribuciones.

–¡Vos convencisteis a Bagey para que me destituyera!

–El visir ha cumplido con su deber. Vuestras faltas os condenan.

–Habría tenido que...

Mentmosé no se atrevió a pronunciar la palabra que le abrasaba los labios. La mirada del nubio se lo impidió.

–Una amenaza de muerte es un delito –declaró severo.

–No he dicho nada de eso.

–No intentéis nada más contra el juez Pazair. De lo contrarío, intervendré.

–Vuestro personal os espera –precisó el juez–; haríais bien abandonando Menfis en seguida.

Nombrado superintendente de pesca en el delta, Mentmosé residiría ahora en una pequeña ciudad costera donde no se fomentaba más conjura que el cálculo del precio del pescado, según su tamaño y su peso.

Buscó una respuesta hiriente, pero la visión del nubio, hierático, le cortó la inspiración.

Kem había metido su mano de justicia y su amuleto oficial en un arcón de madera, bajo su colección de puñales asiáticos. Delegando las tareas administrativas en escribas acostumbrados a tan aburrido ejercicio, cerró la puerta del despacho de Mentmosé, decidido a hacer en él muy cortas apariciones. La calle, los campos, la naturaleza eran sus dominios predilectos y seguirían siéndolo; no se detenía a los culpables leyendo hermosos papiros. De modo que le alegraba viajar en compañía de Pazair.

Desembarcaron en Hermópolis, la ciudad sagrada del dios Thot, dueño de la lengua sagrada; cabalgando en asnos especializados en el transporte de notables, atravesaron una espléndida y apacible campiña. Era época de siembra. Tras el descenso de las aguas, la tierra, enriquecida por el limo, se ofrecía a los arados y las azadas que quebraban las pellas.

Los sembradores, con el cuello y la cabeza adornados de flores, arrojaban semillas en el suelo, vaciando con amplio gesto sus pequeñas bolsas de fibras de papiro. Después, corderos, bueyes y cerdos pisotearían las semillas y las hundirían.

A veces, el labrador encontraba un pez prisionero en un charco. Los carneros conducían sus rebaños hacia los buenos terrenos; si era necesario, sus guardianes manejaban un azote de cuero, cuyo chasquido devolvía a los indisciplinados al buen camino. Una vez cubierta, la semilla, de acuerdo con un proceso alquímico análogo a la muerte y resurrección de Osiris, convertiría Egipto en una tierra fértil y rica.

La propiedad de Denes era inmensa. La servían tres aldeas. En la mayor, Pazair y Kem bebieron leche de cabra y degustaron un yogur salado y cremoso, conservado en jarras. Lo extendieron en rebanadas de pan y le añadieron finas hierbas. Los campesinos utilizaban el alumbre,

procedente del oasis de Khargeh, para cuajar la leche sin agriarla y preparar quesos muy apreciados.

Saciados, ambos hombres caminaron hasta la enorme granja de Denes, compuesta por varios edificios, silos para grano, bodega, prensa, establos, caballerizas, corral, panadería, matadero y talleres. Tras haberse lavado los pies y las manos, el juez y el policía exigieron ver al intendente de la propiedad. Un palafrenero fue a buscarlo a las caballerizas.

En cuanto el importante personaje vio a Pazair, puso pies en polvorosa. Kem no se movió. Su babuino dio un salto y arrojó al suelo al fugitivo. Cuando los colmillos se hundieron en la carne de la espalda, el intendente dejó de debatirse.

Kem consideró que la postura era adecuada para un buen interrogatorio.

–Celebro volver a veros –dijo Pazair–. Nuestra presencia parece asustaros.

–¡Apartad ese mono!

–¿Quién os ha contratado?

–El transportista Denes.

–¿A petición de Qadash?

El intendente vaciló. Las mandíbulas del simio se cerraron.

–¡Sí, sí!

–Así pues, no os reprochaba haberle robado. Tal vez haya una explicación sencilla: Denes, Qadash y vos sois cómplices. Habéis intentado huir porque ocultáis pruebas de cargo en esta granja. He redactado una orden de registro, de ejecución inmediata. ¿Queréis ayudarnos?

–Os equivocáis.

Kem habría utilizado, de buena gana, su mono, pero Pazair prefirió una solución más metódica y menos violenta.

El intendente fue levantado, atado y colocado bajo la custodia de varios campesinos que detestaban su tiranía. Indicaron al juez que el detenido prohibía el acceso a un almacén cerrado con varios cerrojos de madera. Con un puñal, Kem los hizo saltar. En su interior había muchos arcones, cuyas tapas, unas veces llanas, otras abombadas, otras triangulares, estaban atadas con cordones enrollados alrededor de dos botones, uno al lado, el otro en lo alto de la tapa. El conjunto de muebles, de diversos tamaños, era de gran valor. Kem cortó las cuerdas. En varios arcones de madera de sicómoro había piezas de lino de primera calidad, ropas y sábanas.

–¿El tesoro de la señora Nenofar?

–Le pediremos los albaranes de salida de los talleres.

Ambos hombres la emprendieron con unos arcones de madera tierna, forrados de ébano y adornados con paneles de marquetería. Contenían centenares de amuletos de lapislázuli.

–Una auténtica fortuna –exclamó el nubio.

–La factura es tan hermosa que el origen de estas piezas debe resultar fácil de establecer.

–Yo me encargaré.

–Denes y sus cómplices los venden a precio de oro en Libia, Siria, el Líbano y en otros países que gustan de la magia egipcia. Tal vez se los ofrezcan a los beduinos para hacerlos invulnerables.

–¿Atentado contra la seguridad del Estado?
–Denes lo negará y acusará al intendente.
–Incluso siendo decano del porche, dudáis de la justicia.
–No seáis tan pesimista, Kem; ¿no estamos aquí en misión oficial?
Oculto bajo tres arcones de tapa plana encontraron un objeto insólito que los dejó estupefactos.
Un cofre de acacia maciza y dorada, de unos treinta centímetros de alto, veinte de ancho y quince de profundidad.
En la tapa de ébano había dos botones de marfil perfectamente torneados.
–Es una obra maestra digna del faraón –murmuró Kem.
–Diríase... una pieza de equipo funerario.
–En ese caso, no tenemos derecho a tocarlo.
–Debo hacer inventario de su contenido.
–¿No cometeréis sacrilegio?
–No hay inscripción alguna.
Kem dejó que el juez quitara personalmente el cordón que unía los botones de marfil con los que estaban a los lados. Pazair levantó la tapa lentamente. El brillo del oro lo deslumbró. ¡Un enorme escarabajo de oro macizo! A uno y otro lado, un cincel de escultor en miniatura, de hierro celeste, y un ojo de lapislázuli.
–El ojo del resucitado, el cincel utilizado para abrirle la boca en el otro mundo y el escarabajo, colocado en el lugar de su corazón para que sus metamorfosis sean eternas.
En el vientre del escarabajo descubrieron una inscripción jeroglífica, pero había sido tan martilleada que resultaba imposible de descifrar.
–Es un rey –afirmó Kem turbado–. Un rey cuya tumba ha sido desvalijada.
En la época de Ramsés el Grande, aquella fechoría parecía imposible. Varios siglos antes, los beduinos habían invadido el delta y pillado algunas necrópolis. Desde la liberación, los faraones eran enterrados en el valle de los Reyes, custodiado día y noche.
–Sólo un extranjero puede haber concebido un proyecto tan monstruoso –continuó el nubio con voz temblorosa.
Turbado, Pazair cerró el cofre.
–Llevemos este tesoro a Kani. En Karnak estará seguro.

CAPÍTULO 18

El sumo sacerdote de Karnak ordenó a los artesanos del templo que examinaran el cofre y su contenido. Cuando tuvo el resultado de los expertos, convocó a Pazair. Ambos hombres deambularon bajo un pórtico, al abrigo del sol.

–Es imposible identificar al propietario de estas maravillas.

–¿Un rey?

–El tamaño del escarabajo es sorprendente, pero el indicio no basta.

–Kem, el nuevo jefe de policía, piensa en la violación de una sepultura.

–Inverosímil. Habría sido denunciada, nadie habría podido ahogar el escándalo. ¿Cómo iba a pasar desapercibido el crimen más grave que pueda cometerse? ¡Hace cinco siglos que no se ha vuelto a llevar a cabo! Ramsés lo ha condenado, y el nombre de los culpables habría sido destruido ante la población entera.

Kani tenía razón. Los temores del nubio no estaban justificados.

–Es probable –consideró Kani– que esas admirables piezas hayan sido robadas en algunos talleres. O Denes pensaba venderlos o los destinaba a su propia tumba.

Conociendo la vanidad del personaje, Pazair se inclinó por la segunda posibilidad.

–¿Habéis investigado en Coptos?

–No he tenido tiempo –respondió el juez–, y vacilo sobre el método a seguir.

–Sed prudente.

–¿Algún elemento nuevo?

–Los orfebres de Karnak no lo dudan: el oro del escarabajo procede de la mina de Coptos.

Coptos, situada a poca distancia al norte de Tebas, era una ciudad extraña. Por las calles circulaban muchos mineros, carros y exploradores del desierto, unos a punto de partir, otros al regreso de una temporada en el infierno de las soledades ardientes y rocosas. Todos se prometían que en la próxima tentativa descubrirían el mayor filón. Los caravaneros vendían sus mercancías, traídas desde Nubia, algunos cazadores llevaban sus presas al templo y a los nobles, los nómadas intentaban integrarse en la sociedad egipcia.

Todos esperaban el próximo decreto real, que alentaría a los voluntarios a tomar una de las numerosas pistas que se dirigían a las canteras de jaspe, granito o porfiro, hacia el puerto de Kossir, en el mar Rojo, o tal vez hacia los yacimientos de turquesa del Sinaí. Soñaban con el oro, con minas secretas o inexploradas, con aquella carne de los dioses que el templo reservaba a las divinidades y a los faraones. Mil veces se

habían tramado intrigas para apoderarse de él, y en todas las ocasiones habían fracasado gracias a la omnipresencia de un cuerpo de policía especializado, "los de la vista penetrante". Acompañados por temibles e infatigables perros, rudos, sin piedad alguna, conocían la menor pista, el más pequeño ued, se orientaban sin trabajo en un mundo hostil, donde un profano no sobreviviría por largo tiempo. Cazadores de hombres y animales, mataban íbices, cabras montesas y gacelas, y capturaban a los fugitivos que escapaban de la prisión. Sus presas favoritas eran los beduinos que intentaban atacar las caravanas y desvalijar a los viajeros; numerosos, bien entrenados, "los de la vista penetrante" no les daban la ocasión de tener éxito en sus cobardes empresas. Si por desgracia un grupo de beduinos más astutos conseguía sus fines, los policías del desierto se pasaban la consigna: alcanzarlos y exterminarlos. Desde hacía muchos años, ningún ladrón había podido presumir de sus hazañas. La vigilancia de los mineros era estrecha; los ladrones no tenían posibilidad alguna de robar una cantidad importante de metal precioso.

Mientras se dirigía hacia el soberbio templo de Coptos, donde se conservaban antiquísimos planos que revelaban el emplazamiento de las riquezas minerales de Egipto, Pazair se cruzó con un grupo de policías que empujaban a un grupo de prisioneros maltratados por los perros.

El decano del porche se sentía impaciente e incómodo. Impaciente por progresar y saber si Coptos le proporcionaría revelaciones inesperadas; incómodo porque temía que el superior del templo estuviera conchabado con los conjurados.

Antes de emprender cualquier acción, tenía que confirmar o despejar esta duda.

La vigorosa recomendación del sumo sacerdote de Karnak fue muy eficaz. Tras leer el documento, todas las puertas fueron abriéndose, y el superior lo recibió de inmediato.

Era un hombre de edad, corpulento y seguro de sí mismo; la dignidad del sacerdote no había borrado un pasado de hombre de acción.

–¡Cuántos honores y atenciones! –ironizó con un tono de voz tan grave que hacía temblar a sus subordinados–. Un decano del porche autorizado a registrar mi modesto templo, es una muestra de estima que no esperaba. ¿Está dispuesta a invadir el lugar vuestra cohorte de policías?

–He venido solo.

El superior de Coptos frunció su enmarañado entrecejo.

–No entiendo vuestra gestión.

–Deseo vuestra ayuda.

–Aquí, como en cualquier parte, se habló mucho del proceso que intentasteis contra el general Asher.

–¿En qué términos?

–El general tiene más partidarios que adversarios.

–¿Y en qué bando estáis vos?

–¡Es un forajido!

Pazair disimuló su alivio. Si el superior no mentía, el horizonte se aclaraba.

–¿Qué le reprocháis?

–Soy un antiguo minero y pertenecía a la policía del desierto. Desde hace un año, Asher intenta apoderarse de "los de la vista penetrante". ¡Mientras yo esté vivo, no lo logrará!

La cólera del superior no era fingida.

–Sólo vos podéis informarme sobre el extraño recorrido de una gran cantidad de hierro celeste encontrado en Menfis, en el laboratorio de un químico llamado Chechi. Naturalmente, ignoraba la presencia del precioso metal y afirma haber sido víctima de una jugarreta. Sin embargo, intenta fabricar armas irrompibles, por cuenta del general Asher sin duda. Por lo tanto, Chechi necesita este hierro excepcional.

–El que os lo ha contado se burló de vos.

–¿Por qué?

–¡Porque el hierro celeste no es irrompible! Procede de los meteoritos.

–No es irrompible...

–Corrió la fábula, pero es sólo una fábula.

–¿Se conoce el emplazamiento de estos meteoritos?

–Pueden caer en cualquier parte, pero dispongo de un mapa. Sólo una expedición oficial, bajo el control de la policía del desierto, está habilitada para tomar el hierro celeste y transportarlo a Coptos.

–Se apoderaron de un bloque entero.

–No es sorprendente. Una pandilla de bandoleros dio con un meteorito cuyo emplazamiento no está registrado.

–¿Está utilizándolo Asher?

–¿Para qué? Sabe que el hierro celeste está reservado a usos rituales. Haciendo que se fabriquen armas con este metal, se expondría a graves problemas. En cambio, venderlo al extranjero, sobre todo a los hititas, que lo aprecian mucho, le proporcionaría nuevos subsidios.

Vender, especular, negociar... Esas no eran las especialidades de Asher, sino las del transportista Denes, tan ávido de bienes materiales. De paso, Chechi cobraría su comisión. Pazair se había equivocado. El químico sólo desempeñaba el papel de almacenero al servicio de Denes. Sin embargo, el general Asher deseaba hacerse con la policía del desierto.

–¿Se ha cometido algún robo en vuestras reservas de metales preciosos?

–Me vigila un ejército de policías, sacerdotes y escribas, y yo los vigilo a ellos, nos observamos unos a otros. ¿Habéis sospechado de mí?

–Sí, lo confieso.

–Aprecio vuestra franqueza. Quedaos aquí unos días y comprenderéis por qué es imposible cualquier rapiña.

Pazair decidió conceder su confianza al superior.

–Entre las riquezas acumuladas por un traficante de amuletos, descubrí un escarabajo de oro de grandes proporciones. El oro procedía de la isla de Coptos.

El antiguo minero se desconcertó.

–¿Quién lo dice?

–Los orfebres de Karnak.

–Entonces es cierto.

–Supongo que semejante pieza constará en vuestros archivos.

–¿Cómo se llama el propietario?

–Martillearon la inscripción.

–Enojoso. Desde hace mucho tiempo, cada una de las parcelas de oro procedente de las minas ha sido catalogada, encontraréis su rastro en los archivos. Se indica su destino, el nombre del templo, del faraón, del orfebre. Sin nombres, no conseguiréis nada.

–¿Hay trabajo artesano en la propia mina?

–A veces. Algunos orfebres moldearon ciertos objetos en los lugares de extracción. El templo os pertenece; registradlo de arriba abajo.

–No será necesario.

–Os deseo buena suerte. Liberad a Egipto del tal general Asher, trae mala suerte.

Pazair había adquirido la convicción de que el superior de Coptos era inocente. Sin duda tendría que renunciar a saber la procedencia del hierro celeste, objeto de un nuevo negocio subterráneo de Denes, cuyas capacidades en la materia parecían inagotables. Pero parecía que algunos mineros, orfebres o policías del desierto robaban piedras o metales preciosos, por cuenta de Denes, o por la de Asher o, tal vez, por la de ambos. ¿No estarían amasando, aliados, una inmensa fortuna para pasar a una ofensiva cuya naturaleza real el juez no conseguía determinar todavía?

Si demostraba que el general asesino encabezaba una pandilla de ladrones de oro, Asher no escaparía a la más severa condena. ¿Cómo conseguirlo sino mezclándose con los buscadores? Hallar un hombre lo bastante temerario seria difícil, imposible incluso. La empresa se anunciaba muy peligrosa. Sólo se la había propuesto a Suti para provocarlo. La única solución consistía en comprometerse él mismo, tras haber convencido a Neferet de lo razonable de su gestión.

Los ladridos de Bravo le alegraron el corazón. Su perro se lanzó a una loca carrera y se detuvo, jadeante, a los pies de su amo, al que llenó de caricias. Conociendo el carácter sombrío de su asno, Pazair fue a demostrarle en seguida su afecto. La feliz mirada de Viento del Norte lo recompensó.

Cuando estrechó a Neferet en sus brazos, el juez la notó preocupada y cansada.

–Es grave –dijo–. Suti se ha refugiado en nuestra casa. Está encerrado en una habitación desde hace una semana y se niega a salir.

–¿Qué ha hecho?

–Sólo quiere hablar contigo. Esta noche ha bebido mucho.

–¡Por fin! –exclamó Suti sobreexcitado.

–Kem y yo hemos descubierto indicios esenciales –dijo Pazair.

–Si Neferet no me hubiera ocultado, me habrían deportado a Asia.

–¿De qué delito te han declarado culpable?

–El general Asher me acusa de deserción, injurias a oficial superior, abandono de puesto, pérdida de armas homologadas, cobardía ante el enemigo y denuncia calumniosa.

–Ganarás tu proceso.

–De ningún modo.

–¿Qué temes?
–Al abandonar el ejército, dejé de rellenar ciertos documentos que me liberaban de cualquier obligación. El plazo legal ha prescrito. Asher, con razón, confiaba en mi negligencia. Efectivamente soy un desertor y puedo ser condenado a presidio militar.
–Es enojoso.
–Un año de campo de trabajo en Asia, eso es lo que me espera. ¡Imaginas cómo me tratarán los escribas del general! No saldré vivo.
–Me interpondré.
¡ Soy culpable, Pazair! ¿Cómo es posible que tú, el decano del porche, vayas contra la ley?
–La misma sangre corre por nuestras venas.
–¡Y caerás conmigo! Me han tendido una buena trampa. Sólo me queda una solución: aceptar tu oferta y partir como buscador, desvanecerme en el desierto. Escaparé de la señora Tapeni, de Pantera, de ese general asesino, y haré fortuna. ¡La pista del oro! ¿Puede haber sueño más bello?
–Como tú mismo decías, no lo hay más peligroso.
–No estoy hecho para una existencia sedentaria. Echaré en falta a las mujeres, pero cuento con mi suerte.
–No tenemos ganas de perderte –objetó Neferet.
Conmovido, la contempló.
–Volveré. ¡Volveré rico, poderoso y honrado! Todos los Asher del mundo temblarán ante mí y se arrastrarán a mis pies, pero no tendré piedad y los aplastaré con el talón. Volveré para besaros en ambas mejillas y degustar el banquete que me habréis preparado.
–A mi modo de ver –consideró Pazair–, mejor será que festejemos inmediatamente y que abandones tus proyectos de borracho.
–Nunca estuve más lúcido. Si me quedo, seré condenado y te arrastraré en mi caída. Tozudo como eres, te obstinarías por defenderme y luchar por una causa perdida de antemano. Así, todos nuestros esfuerzos habrán sido vanos.
–¿Es necesario correr tales riesgos? –preguntó Neferet.
–¿Cómo salir de este mal paso sin una acción resonante? El ejército me está ya prohibido, sólo me queda el oficio maldito: ¡buscador de oro! No, no me he vuelto loco. Esta vez haré fortuna. Lo presiento, en mi cabeza, en mis dedos, en mi vientre.
–¿Es una decisión irrevocable?
–Estoy dándole vueltas desde hace una semana, he tenido tiempo de pensar. Ni siquiera tú la modificarías.
Pazair y Neferet se miraron; Suti no bromeaba.
–En ese caso, tengo que darte una información.
–¿Sobre Asher?
–Kem y yo hemos descubierto un tráfico de amuletos en el que están comprometidos Denes y Qadash. Es posible que el general esté implicado en los robos de oro. Dicho de otro modo, los conspiradores amasan riquezas.
–¡Asher ladrón de oro! ¡Es fabuloso! Condena a muerte, ¿no es cierto?
–Si se establece la prueba, sí.
–¡Eres mi hermano, Pazair!
Suti cayó en brazos del juez.

–Yo te traeré esa prueba. No sólo me haré rico, sino que derribaré, también, al monstruo de su pedestal.
–No corras tanto, es sólo una hipótesis.
–¡No, es la verdad!
–Si persistes, haré que tu misión sea oficial.
–¿De qué modo?
–Con la autorización de Kem, estás enrolado desde hace quince días en la policía del desierto. Te pagarán un sueldo.
–Quince días... ¡Antes de las acusaciones del general!
–A Kem, el papeleo le importa un pito. Estarás en regla, eso es lo esencial.
–¡Bebamos! –exigió Suti.
Neferet se inclinó.
–Introdúcete entre los mineros –recomendó Pazair– y no menciones a nadie tu calidad de policía. Revélala sólo para salvarte de un peligro inminente.
–¿Sospechas de alguien en especial?
–A Asher le gustaría que la policía del desierto estuviera bajo su mando. En consecuencia, ha debido de introducir en ella chivatos o comprar algunas conciencias, y lo mismo entre los mineros. Intentaremos comunicarnos por el servicio de correo o por cualquier otro medio que no te ponga en peligro. Tenemos que estar informados del progreso de nuestras respectivas investigaciones. Mi código de identificación será... Viento del Norte.
–Si reconoces ser un asno, el camino de la sabiduría sigue accesible.
–Exijo una promesa.
–La tienes.
–No abuses de tu famosa suerte. Si el peligro se hace acuciante, vuelve.
–Ya me conoces.
–Precisamente por eso.
–Yo actuaré en secreto; el que está expuesto eres tú.
–¿Quieres demostrar que corro más peligro que tú?
–Si los jueces se vuelven inteligentes, este país tiene todavía porvenir.

CAPÍTULO 19

Denes contó y volvió a contar los higos secos. Tras varias verificaciones, comprobó el robo. Faltaban ocho frutos con respecto a las cuentas de su escriba de los árboles frutajes. Furioso, convocó a su personal y lo amenazó con las peores sanciones si el culpable no aparecía. Una cocinera de edad, que quería estar tranquila, empujó a un chiquillo de unos diez años, ¡el propio hijo del escriba! Éste fue condenado a diez bastonazos y el muchacho a quince. El transportista quería que se respetara estrictamente la moralidad; el menor de sus bienes debía ser considerado como tal. En ausencia de la señora Nenofar, que estaba viéndoselas con los servicios del Tesoro para intentar disminuir la influencia de Bel-Tran,

Denes mantenía el orden en su propiedad.

La cólera le había despertado el apetito. Se hizo servir cerdo asado, leche y queso fresco. La inesperada visita de Pazair lo dejó sin hambre. Con aire alegre, lo invitó, sin embargo, a compartir su tentempié. El decano del porche se sentó en el murete de piedra seca que cerraba la pérgola y observó al transportista con aguda mirada.

–¿Por qué contratasteis al antiguo intendente de Qadash, reconocido culpable de falta de delicadeza?

–Mi oficina de contratación cometió un error. Qadash y yo estábamos convencidos de que aquel despreciable individuo había abandonado la provincia.

–La abandonó, ciertamente, pero para ponerse a la cabeza de vuestra mayor explotación agrícola, cerca de Hermópolis.

–Utilizaría un nombre falso. No os quepa duda de que mañana será despedido.

–No será necesario. Está en la cárcel.

El transportista se mesó su delgada barba, de la que sobresalían algunos pelos.

–¿En la cárcel? ¿Qué delito ha cometido?

–¿Ignoráis su papel de encubridor?

–¡Encubridor, qué horrible palabra!

Denes parecía indignado.

–Tráfico de amuletos depositados en arcones –precisó Pazair.

–¿En mi casa, en mi granja? ¡Increíble, insensato! Os pido la mayor discreción, querido decano; mi reputación no debe sufrir por los crímenes de ese miserable.

–Sois pues una de sus victimas.

–Me engañó del modo más vil, porque sabia que nunca voy a esa explotación. Mis negocios me retienen en Menfis, y la provincia no me gusta demasiado. Me atrevo a esperar un severo castigo.

–¿No tenéis información alguna sobre los manejos de vuestro intendente?

–¡Ninguna! Yo tengo muy buena fe.

–¿Sabíais que en esta misma granja se ocultaba un tesoro?

El transportista pareció atónito.

–¡Un tesoro, ahora! ¿De qué naturaleza?

–Secreto del sumario. ¿Sabéis dónde se halla nuestro amigo Qadash?

–Aquí, a causa de su estado de fatiga, le he ofrecido hospitalidad.

–¿Puedo verlo, si su salud mejora?

Denes mandó a buscar al dentista, bastante enfadado. Gesticulando, sin poder estarse quieto, Qadash se lanzó a una serie de enmarañadas explicaciones con las que se defendía por haber contratado a un intendente, afirmando haberlo expulsado de su propiedad.

Respondió a las preguntas de Pazair con frases ampulosas, sin pies ni cabeza. O el dentista de cabellos canos estaba perdiendo la razón o hacía comedia.

El juez lo interrumpió.

–Creo comprender que ni el uno ni el otro sabían nada. El tráfico de amuletos se llevaba a cabo a vuestras espaldas.

Denes felicitó al juez por sus conclusiones. Qadash desapareció sin saludarlo.

–Perdonadlo; la edad, un pasajero cansancio.

–La investigación prosigue –añadió Pazair–. El intendente sólo es un peón. Sabré quién concibió el juego y fijó sus reglas. No os quepa duda de que os tendré al corriente.

–Os lo agradecería.

–Deseo hablar con vuestra esposa.

–Ignoro a qué hora regresará de palacio.

–Volveré al anochecer.

–¿Es necesario?

–Indispensable.

La señora Nenofar se entregaba a su placer favorito, la confección de vestidos. El juez fue conducido a su taller. Cuidadosamente maquillada, cosía la manga de un vestido largo y manifestó su irritación.

–Estoy cansada. Verme importunada en mi propia morada me resulta desagradable.

–Lo siento mucho. Vuestro trabajo es notable.

–¿Os impresionan, acaso, mis dones para la costura?

–Me fascinan.

Nenofar pareció desconcertada.

–¿Qué significa?...

–¿De dónde proceden las piezas de tejido que utilizáis?

–Es cosa mía.

–Desengañaos.

La esposa del transportista abandonó su labor y se levantó, ultrajada.

–Os conmino a explicaros.

–En vuestra granja del Medio Egipto, entre objetos sospechosos, se hallaban unas piezas de lino, vestidos y sábanas. Supongo que os pertenecen.
–¿Disponéis de una prueba?
–Formal, no.
–En ese caso, ahorradme vuestras suposiciones y largaos.
–Me veo obligado, pero insisto en un punto: no me engañaréis.

Pantera había concluido.
Cabellos de un enfermo muerto la víspera, algunos granos de cebada robados de la tumba de un niño antes de que fuera cerrada, semillas de manzana, sangre de un perro negro, vino agriado, orines de asno y serrín de madera: el filtro sería eficaz. Durante quince días, la rubia libia se había deslomado para reunir los ingredientes. Por las buenas o por las malas, su rival bebería aquella mixtura. Consumida de amor, pero frígida para siempre, decepcionaría a Suti. La abandonaría sin tardanza.
Pantera oyó un ruido. Alguien acababa de entrar en la pequeña casa blanca, pasando por el jardincillo.
Apagó la lámpara que iluminaba la cocina y tomó un cuchillo. ¡Se había atrevido! ¡La muy arpía la desafiaba bajo su propio techo, sin duda con la intención de librarse de ella!
El intruso penetró en la alcoba, abrió una bolsa de viaje y metió en ella unas ropas. Pantera levantó su arma.
–¡Suti!
El joven se volvió. Creyéndose amenazado, se echó hacia un lado. La libia soltó el cuchillo.
¿Te has vuelto loca?
Se irguió, inmovilizó sus muñecas y puso el pie sobre la
–¿Para qué quieres el cuchillo?
–¡Para terminar con ella!
–¿De quién estás hablando?
–De la mujer con la que te has casado.
–Olvídala y olvídame.
Pantera se sobresaltó.
–Suti...
–Ya ves, me marcho.
–¿Dónde?
–Misión secreta.
–¡Mientes, te reúnes con ella!
Él soltó una carcajada, la liberó, metió un último paño en su bolsa y se la echó al hombro.
–Quédate tranquila, no me seguirá.
Pantera se agarró a su amante.
–Me das miedo. ¡Explícate, te lo suplico!
–Me consideran desertor y debo abandonar Menfis en seguida. Si el general Asher me pone las manos encima, moriré deportado.
–¿No te protege tu amigo Pazair?
–He sido negligente y soy culpable. Si realizo la tarea que me ha confiado, vencerá a Asher y regresaré.

La besó con pasión.
–Sí has mentido –prometió ella–, te mataré.

Kem investigó en las fábricas de amuletos más prestigiosas con la ayuda de los subordinados directos de Kani. Estas investigaciones fueron estériles. El jefe de policía abandonó Tebas y tomó el barco hacia Menfis, donde prosiguió el mismo tipo de investigaciones, que resultaron igualmente decepcionantes.
El nubio reflexionó. En vista de que los soberbios amuletos, objeto de tráfico ilícito, no procedían de un taller abierto al público, decidió interrogar a numerosos informadores, sensibles a la presencia del babuino. Uno de ellos, un enano de origen sirio, aceptó hablar a condición de recibir tres sacos de cebada y un asno de menos de tres años. Redactar una demanda escrita y seguir el procedimiento reglamentario hubiera supuesto demasiado tiempo. El nubio sacrificó su sueldo y amenazó al enano con romperle las costillas si intentaba engañarlo. Éste habló de la existencia de una oficina clandestina abierta desde hacia dos años, en el barrio norte, junto a unos astilleros.
Transformado en aguador, Kem observó las idas y venidas durante varios días. Tras el cierre del astillero, extraños obreros penetraban en una calleja sin aparente salida, y salían de ella antes del amanecer con unos cestos cerrados que entregaban a un barquero.
La cuarta noche, el nubio penetró en el estrecho pasaje. Al fondo había una especie de murete, compuesto por un panel de juncos cubiertos de barro seco, que Kem derribó de un empujón.
Cuatro hombres estupefactos asistieron a la irrupción del coloso negro seguido por su babuino. Kem se encargó del más delgado, el mono mordió la pantorrilla del segundo, el tercero huyó. Por lo que al último se refiere, el de más edad, no se atrevía ni a respirar. En su mano izquierda sostenía un magnífico nudo de Isis en lapislázuli. Cuando Kem se acercó a él, lo dejó caer al suelo.
–¿Acaso eres tú el patrón?
El hombre inclinó la cabeza. Era pequeño y barrigudo, y estaba muerto de miedo. Kem recogió el nudo de Isis.
–Soberbio trabajo. Diríase que no eres un aprendiz; ¿Dónde aprendiste el oficio?
–En el templo de Ptah –masculló.
–¿Por qué lo abandonaste?
–Me expulsaron.
–¿Motivo?
El artesano inclinó la cabeza.
–Robo.

El taller, de techo bajo, carecía de ventilación. A lo largo de las paredes de barro seco se amontonaban cofres que contenían bloques de lapislázuli procedentes de las lejanas regiones montañosas. En una mesilla baja se situaban los objetos acabados; y en un cesto se depositaban las piezas defectuosas y los desechos.
–¿Quién te contrató?
–No... ya no me acuerdo.

–¡Vamos, amiguito! Mentir es estúpido. Además, a mi mono le horroriza. Y merece su nombre de Matón, debes saberlo. Quiero que me digas cómo se llama el que dirige este tráfico.

–¿Me protegeréis?

–En el penal de los ladrones estarás seguro.

Al hombrecillo le satisfacía abandonar Menfis, aunque fuera para ir al infierno. Olvidó responder.

–Te escucho –insistió Kem.

–El penal... ¿no hay manera de escapar de él?

–Depende de ti. Y, sobre todo, del nombre que me des.

–No ha dejado rastro alguno a sus espaldas, negará y mi testimonio será insuficiente.

–No te preocupes de las consecuencias judiciales.

–Mejor seria que me liberara.

Creyendo en la pasividad del nubio, el artesano dio un paso hacia la calleja. Una enorme mano le rodeó la garganta.

–¡Rápido, ese nombre!

–Chechi. El químico Chechi.

Pazair y Kem caminaban a lo largo del canal, por el que circulaban los barcos de carga. Los marinos se apostrofaban y cantaban, zarpando los unos, de regreso los otros. Egipto era próspero, apacible y feliz. Sin embargo, el decano del porche sufría insomnios y presentía una tragedia, pero no podía identificar las causas del mal. Cada noche hablaba con Neferet y le comunicaba su inquietud. A pesar de su natural optimismo, la joven admitía que la angustia de su marido tenía fundamento.

–Tenéis razón –le dijo al jefe de policía–; el proceso de Chechi llegará a un no ha lugar. Protestará de su inocencia, y la palabra de un ladrón, expulsado de un templo, no tendrá peso alguno.

–Y, sin embargo, no mintió.

–No lo dudo.

–¿De qué sirve la justicia? –gruñó el nubio.

–Dadme tiempo. Conocemos los vínculos de amistad que unen a Denes y Qadash, y a Qadash y Chechi. Esos tres son cómplices. Además, Chechi es probablemente el fiel servidor del general Asher. He aquí a cuatro conjurados, responsables de varios crímenes. Suti debe traernos pruebas de la culpabilidad de Asher; estoy convencido de que robó el hierro celeste y de que organiza el tráfico de metales preciosos, como el lapislázuli y, tal vez, incluso el oro. Su posición de especialista en asuntos asiáticos le da mucha libertad en este terreno.

Denes es un ambicioso, ávido de fortuna y de poder; manipula a Qadash y a Chechi, que aporta a la conjura sus competencias técnicas, y no olvido a la señora Nenofar que, con su habilidad en el manejo de la aguja, atravesó la nuca de mi maestro.

–Cuatro hombres y una mujer... ¿Cómo pueden, por si solos, desestabilizar a Ramsés?

–Esta pregunta me obsesiona, pero soy incapaz de responder a ella. ¿Por qué, si se trata de los mismos, pillaron una tumba real? Quedan

tantas incertidumbres, Kem; nuestro trabajo está muy lejos de haber terminado.

–A pesar de mi título, seguiré investigando solo. Sólo confío en vos.

–Os liberaré de tareas administrativas.

–Si me atreviera...

–Hablad.

–Sed tan prudente como yo.

–Sólo Suti y Neferet reciben mis confidencias.

–Él es vuestro hermano de sangre, ella es vuestra esposa para la eternidad. Si el uno o el otro os traicionaran, quedarán condenados aquí y en el más allá.

–¿Por qué tanta desconfianza?

–Porque olvidáis haceros una pregunta esencial: ¿son cinco o más los conjurados?

En plena noche, con la cabeza cubierta por un chal, se aventuró por el almacén donde, en nombre de sus amigos, había dado cita al devorador de sombras. La suerte la había señalado para encontrarse con él y transmitirle sus consignas.

Por lo general, no procedían así; pero la urgencia de la situación exigía un contacto directo y la certeza de que las órdenes serian perfectamente comprendidas. Exageradamente maquillada, irreconocible, vestida como una vulgar campesina y calzada con unas sandalias de papiro, no corría riesgo alguno de que la identificaran.

A consecuencia de los descubrimientos del juez Pazair, el transportista Denes había reunido urgentemente a sus aliados. Si la confiscación del bloque de hierro celeste representaba sólo una pérdida financiera, el descubrimiento de objetos funerarios pertenecientes a Keops resultaba más molesto.

Ciertamente, Pazair no podía identificar al rey, cuyo nombre había sido cuidadosamente borrado, ni comprender el chantaje del que Ramsés el Grande, obligado al silencio, era objeto. Ni una sola palabra podía salir de la boca del hombre más poderoso del mundo, encerrado en la soledad, incapaz de confesar que ya no poseía los símbolos del gobierno, sin los cuales su legitimidad quedaba aniquilada.

Denes había optado por el inmovilismo; las actuaciones del decano del porche no lo asustaban, pero la mayoría de los conjurados votó contra él. Aunque Pazair no tuviera posibilidad alguna de llegar a la verdad, cada vez era más molesto para sus respectivas actividades. El químico Chechi había sido el más virulento; ¿acaso no acababa de perder las sustanciales ganancias de su tráfico de amuletos clandestinos?

Obstinado, paciente, riguroso, el juez acabaría por organizar un proceso; uno o varios notables se verían acusados, tal vez condenados e, incluso, encarcelados. Por una parte, la conjura quedaría gravemente debilitada; por la otra, las victimas del rencor del magistrado perderían una honorabilidad que les haría mucha falta tras la abdicación de Ramses.

La mujer había dado un respingo cuando le anunciaron su designación, luego se había alegrado. Un delicioso estremecimiento la había recorrido,

idéntico al que había sentido al desnudarse ante el guardián en jefe de la esfinge de Gizeh.

Atrayéndolo hacia sí, le había hecho perder su vigilancia y le había abierto las puertas de la muerte. Sus encantos les habían supuesto la victoria.

No sabía nada del devorador de sombras, salvo que cometía crímenes por encargo, más por el placer de matar que a cambio de fuertes retribuciones. Cuando lo vio, sentado en una caja y pelando una cebolla, quedó fascinada y aterrorizada.

–Llegáis con retraso. La luna ha superado ya la extremidad del puerto.

–Hay que actuar de nuevo.

–¿Quién?

–Vuestra tarea será muy delicada.

–¿Una mujer, un niño?

–Un juez.

–En Egipto no se asesina a los jueces.

–No lo mataréis, lo dejaréis impotente.

–Difícil.

–¿Qué deseáis?

–Oro. Una buena cantidad.

–Lo tendréis.

–¿Cuándo?

–Actuad sólo sobre seguro, que todos queden convencidos de que Pazair ha sido víctima de un accidente.

–¡El decano del porche en persona! Aumentad la cantidad de oro.

–No toleraremos un fracaso.

–Yo tampoco. Pazair está protegido, me es imposible fijar un plazo...

–Lo admitimos. Que sea lo antes posible.

El devorador de sombras se levantó.

–Un detalle aún...

–¿Cuál?

Rápido como una serpiente, le bloqueó el brazo casi hasta romperlo y la obligó a volverse de espaldas.

–Deseo un anticipo.

–No os atreveréis...

–Un anticipo en especies.

Le levantó el vestido. Ella no gritó.

–¡Estáis loco!

–Y tú eres muy imprudente. Tu rostro no me interesa, no quiero saber quién eres. Si cooperas, será mejor para ambos.

Cuando sintió su sexo entre los muslos, dejó de resistirse. Hacer el amor con un asesino la excitaba más que sus habituales justas. Mantendría en secreto aquel episodio. El asalto fue rápido y muy violento.

–Vuestro juez no os molestará más –prometió el devorador de sombras.

CAPÍTULO 20

Palmeras, higos y algarrobos daban sombra. Tras el almuerzo, y antes de reanudar sus consultas, Neferet disfrutaba del silencio de su jardín, turbado en seguida por los saltos, las escaladas y los gritos de la pequeña mona verde, feliz de poder llevar una fruta a su dueña. Traviesa no se tranquilizaba hasta que Neferet se sentaba; entonces, más calmada, se metía bajo la silla y observaba las idas y venidas del perro.

¿No parecía todo Egipto un jardín en el que la bienhechora sombra del faraón permitía que se desarrollasen los árboles, tanto en el gozo de la mañana como en la paz vespertina?

No era raro que el propio Ramsés velara personalmente por la plantación de olivos o perseas. Le gustaba pasear por jardines cubiertos de flores y contemplar los vergeles. Los templos gozaban de la protección de altas frondas en las que nidificaban los pájaros mensajeros de lo sagrado. El ser intranquilo, decían los sabios, es un árbol que se marchita en la sequedad de su corazón; la tranquilidad, por el contrario, da frutos y derrama a su alrededor un dulce frescor.

Neferet plantó un sicómoro en el centro de un pequeño foso; una jarra porosa, que conservaría la humedad, protegía la joven planta. Bajo el empuje de las raíces, el frágil recipiente se rompería; y los fragmentos de alfarería, mezclados con la tierra, reforzarían el humus. Neferet cuidó de consolidar los bordes de barro seco, designados a retener el agua después del riego.

Los ladridos de Bravo anunciaron la próxima llegada de Pazair; un cuarto de hora antes de que cruzara el umbral, y fuera cual fuera el momento del día, el perro presentía la llegada de su dueño. Cuando se ausentaba por largo tiempo, Bravo perdía el apetito y no respondía a las provocaciones de Traviesa. Olvidando la dignidad de su función, el decano del porche corrió junto a su perro, que saltó sobre su paño dejando la huella de dos patas lodosas. El juez se desnudó y se tendió en una estera junto a su esposa.

–Qué suave es hoy el sol.

–Pareces agotado.

–Se ha superado considerablemente la dosis normal de importunos.

–¿Has recordado tu agua cobriza?

–No he tenido tiempo de cuidarme. Mi despacho no se vaciaba; de la viuda de guerra al escriba que necesita un adelanto, en la lista no faltaba nadie.

Ella se tendió a su lado.

–No sois razonable, juez Pazair. Contemplad vuestro jardín.

–Suti tiene razón, he caído en una trampa. Quiero ser de nuevo pequeño juez de pueblo.

–Tu destino no es volver atrás. ¿Se ha marchado Suti a Coptos?

–Esta mañana, con armas y bagajes. Me ha prometido volver con la cabeza de Asher y un montón de oro.

–Rezaremos cada día a Mm, el protector de los exploradores, y a Hator, la soberana de los desiertos. Nuestra amistad cruzará el espacio.

–¿Y tus enfermos?

–Algunos me preocupan. Espero ciertas plantas raras para fabricar mis remedios. Pero la farmacia del hospital central no toma nota de mis encargos.

Pazair cerró los ojos.

–¿Tienes otras preocupaciones, querido?

–¿Cómo ocultártelas? Te conciernen a ti.

–¿He infligido la ley?

–La sucesión al cargo de médico en jefe del reino está abierta. Como decano del porche, debo examinar la validez jurídica de las candidaturas que se transmitan al consejo de especialistas. Me he visto obligado a aceptar la primera.

–¿Quién es?

–El dentista Qadash. Si es elegido, el expediente que Bel-Tran ha abierto en tu favor no servirá para nada.

–¿Tiene posibilidades de éxito?

–Una carta de Nebamon lo presenta como el sucesor que desea.

–¿Una falsificación?

–Dos testigos avalaron el documento y certificaron el buen estado mental de Nebamon: Denes y Chechi. ¡Los muy bandidos ni siquiera se ocultan ya!

–Qué importa mi carrera, soy feliz curando. Mi consulta privada me basta.

–Intentarán cerrarla, e incluso tú misma serás cuestionada.

–¿No me defenderá acaso el mejor de los jueces?

–Qadash... Hace mucho tiempo que me pregunto por su papel exacto; el velo está desgarrándose. ¿Cuáles son las prerrogativas del médico en jefe?

–Cuidar al faraón, nombrar a los cirujanos, los médicos y los farmacéuticos que forman el cuerpo oficial de palacio, recibir y controlar las sustancias tóxicas, los venenos y los medicamentos peligrosos, adoptar directrices sobre la salud pública y hacer que se apliquen tras el acuerdo del visir y del rey.

–Si Qadash tuviera tales poderes... ¡Efectivamente, es el cargo que ambiciona!

–No es fácil influir en el comité que decide.

–Desengáñate. Denes intentará corromper a sus miembros. Qadash es mayor, de respetable apariencia, tiene una larga práctica y... y Ramsés sólo sufre una notable afección, ¡artritis mental! Este nombramiento es una fase de su plan. Debemos impedir que tengan éxito.

–¿De qué modo?

–Todavía lo ignoro.

–¿Temes que Qadash pueda atentar contra la salud del faraón?

–No, demasiado arriesgado.

Traviesa saltó sobre el vientre de Pazair y tiró de un pelo, a la altura del plexo. Sensible, el juez soltó un grito de dolor, pero su mano derecha se cerró en el vacío. La mona verde ya se había refugiado bajo la silla de su dueña.

–Si este maldito animal no hubiera intervenido en nuestro primer encuentro, ya le habría dado una buena zurra.

Para que la perdonaran, Traviesa trepó a una palmera y lanzó un dátil, que Pazair atrapó al vuelo. Bravo acudió y lo devoró.

La tristeza veló el rostro de Neferet.

–¿Qué deploras?

–Había concebido un proyecto insensato.

–¿Qué deseabas?

–He renunciado a ello.

–Confíamelo.

–¿Para qué?

Se acurrucó junto a él.

–Me habría gustado... un hijo.

–Yo también pienso en ello.

–¿Lo deseas?

–Mientras no se haya obtenido la luz, haríamos mal.

–Me rebelé contra esa idea, pero creo que tu pensamiento es acertado.

–O renuncio a la investigación o deberemos tener paciencia.

–Olvidar el asesinato de Branir nos condenaría a ser la más vil de las parejas.

La abrazó.

–¿Te parece necesario seguir vestida cuando el aire vespertino es tan suave?

La tarea del devorador de sombras no seria fácil. En primer lugar, si abandonaba con demasiada frecuencia y durante mucho tiempo su cargo oficial, llamaría la atención; ahora bien, actuaba solo, sin cómplices, siempre dispuestos a denunciar, debía aprender a conocer las costumbres de Pazair, y mostrarse paciente. Además, no le habían ordenado matar al decano del porche, sino que debía inutilizarlo, disfrazando el atentado como un accidente, para que no se abriera investigación alguna.

La ejecución de aquel plan tenía enormes dificultades. El devorador de sombras había exigido tres lingotes de oro, una hermosa fortuna que le permitiría establecerse en el delta, comprar una granja y vivir días felices. Ya sólo mataría por placer, cuando el deseo le fuera irresistible, y se complacería mandando un ejército de servidores, dispuestos a satisfacer sus menores necesidades.

En cuanto hubiera recibido el oro, iniciaría la caza, excitado por la idea de llevar a cabo su obra maestra.

El horno estaba al rojo blanco. Chechi había dispuesto unos moldes en los que vertería el metal líquido para que tomara la forma de un lingote de gran tamaño. En el laboratorio reinaba una temperatura insoportable; sin

embargo, el químico del pequeño bigote negro no transpiraba, mientras que Denes sudaba la gota gorda.

–He conseguido el acuerdo de nuestros amigos –declaró.

–¿No lo lamentan?

–No tenemos elección.

De una bolsa de tela, el transportista sacó la máscara de Keops y el collar, del mismo metal, que había adornado el busto de su momia.

–Obtendremos dos lingotes.

–¿Y el tercero?

–Lo compraremos al general Asher. Sus robos de oro están perfectamente organizados, pero no se me escapa nada.

Chechi contempló el rostro del constructor de la gran pirámide. Los rasgos eran severos y serenos, de extraordinaria belleza. El orfebre había conseguido una sensación de eterna juventud.

–Me da miedo –confesó Chechi.

–Sólo es una máscara funeraria.

–Sus ojos... ¡están vivos!

–No caigas en fantasmagorías. Ese juez nos ha hecho perder una fortuna apoderándose del bloque de hierro celeste que queríamos vender a los hititas, y del escarabajo de oro que me había reservado para mi tumba. Conservar la máscara y el collar resulta demasiado arriesgado; además, lo necesitamos para pagar al devorador de sombras. Apresúrate.

Chechi, como siempre, obedeció a Denes. El sublime rostro y el collar desaparecieron en el horno. Pronto, el oro en fusión fluiría por un canalón y llenaría los moldes.

–¿Y el codo de oro? –interrogó el químico.

El rostro de Denes se iluminó.

–Podrá servir... ¡de tercer lingote! Prescindiremos de los servicios del general.

Chechi pareció vacilar.

–Será mejor que nos libremos de él –afirmó el transportista–, conservaremos sólo lo esencial: el testamento de los dioses. En el lugar donde se encuentra, Pazair no tiene ninguna posibilidad de encontrarlo.

Denes rió sarcástico cuando el codo de Keops desapareció en el horno.

–Mañana, mi buen Chechi, serás uno de los personajes más importantes del reino. Esta noche, el devorador de sombras recibirá la primera parte de su pago.

El policía del desierto medía más de dos metros. En el cinturón de su paño llevaba dos puñales con el mango muy gastado. Nunca calzaba sandalias; había caminado tanto por los canchales que ni siquiera una espina de acacia perforaba la callosidad formada en la planta de sus pies.

–¿Tu nombre?

–Suti.

–¿De dónde vienes?

–De Tebas.

–¿Profesión?

–Aguador, recolector de lino, criador de cerdos, pescador...

Un dogo de ojos vacíos olisqueó al joven. No debía de pesar menos de setenta kilos. Tenía el pelo muy corto y el lomo cubierto de cicatrices. Se notaba que estaba dispuesto a saltar.

–¿Por qué quieres ser minero?

–Me gusta la aventura.

–¿Te gusta también la sed, la canícula, las víboras cornudas, los escorpiones negros, las marchas forzadas, el trabajo agotador en estrechas galerías o la falta de aire?

–Todos los oficios tienen sus inconvenientes.

–Vas por mal camino, muchacho.

Suti sonrió del modo más bobalicón posible. El policía lo dejó pasar.

Suti destacaba entre todos los que formaban la fila de espera, que llegaba a la oficina de contratación. Su aspecto conquistador y su impresionante musculatura contrastaban con el aspecto enflaquecido de varios candidatos, evidentemente inadecuados.

Dos mineros de edad avanzada le hicieron las mismas preguntas que el policía, y les dio las mismas respuestas. Se sentía examinado como una bestia de tiro.

–Está organizándose una expedición. ¿Estás disponible?

–Lo estoy. ¿Cuál es el destino?

–En nuestra corporación se obedece y no se hacen preguntas. La mitad de los novatos caen por el camino y se las arreglan para regresar al valle. No nos ocupamos de las bajas. Saldremos esta noche, a las dos, antes de que amanezca. Este es tu equipo.

Suti recibió un bastón, una estera y una manta enrollada.

Con una cuerda ataría la manta y la estera alrededor del bastón, indispensable en el desierto, ya que golpeando el suelo, el caminante apartaba las serpientes.

–¿Y el agua?

–Te entregarán tu ración. No olvides lo más precioso.

Suti se colgó al cuello la pequeña bolsa de cuero donde el afortunado descubridor introducía el oro, la cornalina, el lapislázuli o cualquier piedra preciosa. El contenido de la bolsa le pertenecía, además de su sueldo.

–No cabe mucho –observó.

–Muchas bolsas se quedan vacías, muchacho.

–Incapaces.

–Tienes la lengua muy larga; el desierto se encargará de que enmudezcas.

A la salida de la ciudad, al borde de la pista, se habían reunido más de doscientos hombres. La mayoría rezaba al dios Mm, formulando tres deseos: regresar sanos y salvos, no morir de sed y llenar de piedras preciosas su bolsa de cuero. De su garganta colgaban amuletos. Los más instruidos habían consultado a un astrólogo, algunos habían renunciado al viaje debido a un augurio desfavorable. Los veteranos transmitían a los incrédulos y descreídos el mensaje de la corporación: "Se va al desierto sin Dios, se regresa con él al valle."

El jefe de la expedición, Efjraim, era un coloso barbudo de interminables brazos. Tenía el cuerpo cubierto de pelo negro e hirsuto, que hacía que se pareciera a un oso asiático. Al verlo, varios candidatos

renunciaron; se decía que Efraim era cruel y brutal. Pasó revista a su tropa, deteniéndose ante cada uno de los voluntarios.

–¿Tú eres Suti?

–Tengo esa suerte.

–Parece que eres ambicioso.

–No vengo a recoger guijarros.

–Pues, mientras, llevarás mi bolsa.

El coloso le soltó un pesado equipaje, que Suti se puso en su hombro izquierdo. Efraim rió sarcásticamente.

–Aprovecha. Pronto no te mostrarás tan orgulloso.

La tropa se puso en marcha antes del amanecer y caminó hasta media mañana, avanzando por un paisaje desnudo y árido. Los campesinos, mal equipados para el terreno, pronto tuvieron los pies ensangrentados; Efraim evitaba la ardiente arena y tomaba caminos sembrados de fragmentos de roca tan cortantes como el metal. Las primeras montañas sorprendieron a Suti; parecían formar una infranqueable barrera, que impedía a los humanos el acceso a un país secreto, donde se formaban los bloques de piedra pura reservados para las moradas de los dioses. Allí se concentraba una formidable energía; la montaña daba nacimiento a la roca, que estaba preñada de minerales preciosos, pero sólo desvelaba sus riquezas a los amantes pacientes y obstinados. Fascinado, dejó su fardo.

Una patada en los riñones lo arrojó sobre la arena.

–No te he permitido descansar –dijo Efraim malhumorado.

Suti se levantó.

–Limpia mi saco. Durante la comida, no lo dejes en el suelo. Como me has desobedecido, te quedarás sin agua.

Suti se preguntó si no lo habrían denunciado; pero otros voluntarios fueron objeto de malos tratos. A Efraim le gustaba poner a prueba al personal hasta sacarlos de sus casillas.

Un nubio, que hizo ademán de levantar el puño, fue derribado rápidamente y abandonado al borde de la pista.

Al caer la tarde, la tropa llegó a una cantera de gres. Talladores de piedra desprendían bloques y los marcaban con una señal característica de su equipo. Se habían excavado cuidadosamente pequeñas trincheras a lo largo de cada veta y, luego, alrededor del bloque deseado; el contramaestre hundía con una maza estacas de madera en las hendiduras alineadas a cordel, para desprenderlo de la roca madre sin que se rompiera.

Efraim lo saludó.

–Llevo a las minas una pandilla de perezosos. Si necesitas que te echemos una mano, no lo dudes.

–No puedo rechazarlo, pero ¿no han caminado todo el día?

–Si quieren comer, que hagan algo útil.

–No es muy regular.

Yo dicto la ley.

–Hay que bajar una decena de bloques de lo alto de la cantera; con una treintena de hombres sería rápido.

Efraim los designó; entre ellos se encontraba Suti, a quien libró de su equipaje.

–Bebe y sube.

El contramaestre había construido una guía, pero se había roto a media ladera. Por lo tanto, era preciso sujetar los bloques con cuerdas, hasta aquel lugar, antes de liberarlos y permitir que prosiguieran su carrera. Un grueso cable, sujetado por cinco hombres en cada uno de sus extremos, estaba tendido horizontalmente para frenar una carrera demasiado rápida. En cuanto la guía se hubiese reparado, la maniobra resultaría inútil. Pero el contramaestre se había retrasado y la propuesta de Efraim le convenía.

El incidente se produjo cuando el sexto bloque llegó al cable con demasiada velocidad. Los hombres, fatigados, no consiguieron detenerlo. El cable recibió un choque tan violento que los obreros fueron lanzados hacia un lado, salvo uno de unos cincuenta años, que cayó de cabeza sobre la guía. Este intentó, en vano, agarrarse al brazo de Suti, del que dos compañeros tiraron con fuerza hacia atrás. El aullido del infeliz se ahogó muy pronto. El bloque lo aplastó, salió de su camino y se quebró con un rugido de trueno.

El contramaestre lloró.

–Al menos hemos hecho la mitad del trabajo –afirmó Efraim.

CAPÍTULO 21

Plantada en una roca elevada, con sus dos largos cuernos arqueados dirigidos hacia el cielo y una corta barba en el mentón, la cabra montesa contemplaba a los mineros que caminaban bajo el sol. El animal, en la lengua jeroglífica, era el símbolo de la serena nobleza, adquirida al término de una existencia conforme a la ley divina.

–¡Allí! –aulló uno de los obreros–. ¡Matémosla!

–Cállate, imbécil –repuso Efraim–. Es la protectora de la mina. Si la tocamos, moriremos todos.

El gran macho trepó por una pendiente muy empinada y, de un prodigioso salto, desapareció al otro lado de la montaña.

Cinco días de marchas forzadas habían agotado al grupo; sólo Efraim parecía tan fresco como al principio. Suti seguía resistiendo; el esplendor inhumano del paisaje le daba fuerzas. Ni la brutalidad del jefe de la expedición ni las terribles condiciones del viaje habían mermado su determinacion.

El coloso barbudo ordenó a los hombres que se reunieran y trepó sobre un bloque. De este modo aplastaba a los desharrapados.

–El desierto es inmenso –declaró con su retumbante voz–, y vosotros sois menos que hormigas. Os quejáis sin descanso de que tenéis sed, como viejas impotentes. No sois dignos de ser mineros y hurgar en las entrañas de la tierra. Sin embargo, os he traído hasta aquí. Los metales son mejores que vosotros. Cuando excavéis la montaña, la haréis sufrir; ella intentará vengarse enterrándoos. ¡Peor para los incapaces! Estableced el campamento, el trabajo comenzará mañana al amanecer.

Los obreros plantaron las tiendas, comenzando por la del jefe de la expedición, tan pesada que había agotado a cinco hombres. Se desenrolló con precaución y se montó ante la vigilante mirada de Efraim, hasta que presidió el centro del campamento. Prepararon la comida, mojaron el suelo para evitar el polvo y calmaron su sed bebiendo el agua que los odres mantenían fresca. No faltaría el precioso líquido, gracias al pozo excavado junto a la mina.

Suti dormitaba cuando una patada le laceró el flanco.

–Levántate –ordenó Efraim.

El joven contuvo su rabia y obedeció.

–Todos los que están aquí tienen algo que reprocharse. ¿Y tú?

–Es mi secreto.

–Habla.

–Déjame tranquilo.

–Odio a los que van con tapujos.

–Abandoné el trabajo obligatorio.

–¿Dónde?

–En mi pueblo, cerca de Tebas. Querían llevarme a Menfis para limpiar canales. Preferí huir y probar suerte como minero.

–No me gusta tu cara. Estoy seguro de que mientes.

–Quiero hacer fortuna. Nadie me lo impedirá, ni siquiera tú.

–Me molestas, pequeño. Te aplastaré. Peleémonos con los puños desnudos.

Efraim designó un árbitro. Su papel consistiría en descalificar al adversario que mordiera; los demás golpes estaban permitidos.

Sin más advertencia, el barbudo se lanzó sobre Suti, lo agarró por el torso, lo levantó del suelo, lo hizo girar por encima de su cabeza y lo lanzó a varios metros.

Lacerado, con un hombro dolorido, el joven se levantó.

Efraim, con las manos en las caderas, lo miraba con desdén. Los mineros reían.

–Ataca si tienes valor.

Desafiado, Efraim no vaciló. Esta vez, sus largos brazos sólo agarraron el vacío. Suti, que lo había esquivado en el último momento, recuperó el aliento. Demasiado seguro de su fuerza, Efraim conocía sólo una llave. Aunque no existieran, Suti agradeció a los dioses haberle proporcionado una infancia belicosa durante la que había aprendido a pelearse. Evitó más de diez veces los desordenados asaltos de su adversario.

Multiplicando su furia, lo fatigaba y le hacia perder la lucidez. El joven no tenía derecho a equivocarse; si llegara a caer prisionero de la tenaza de sus brazos, lo aplastaría. Apostando por la rapidez, desequilibró a su adversario con una zancadilla, se deslizó bajo el coloso que caía y utilizó su propia energía para hacerle una llave de cuello. Efraim cayó pesadamente al suelo. Suti se sentó a horcajadas sobre su nuca y amenazó con romperla; el vencido golpeó la arena con el puño, admitiendo su derrota.

–¡Bien hecho, pequeño!

–Mereces morir.

–Si me matas, no te librarás de la policía del desierto.

–Me importa un pimiento. No serás el primero a quien mande a los infiernos.

Efraim se asustó.

–¿Qué quieres?

–Jura que no seguirás martirizando a los hombres del grupo.

Los mineros ya no reían. Se acercaron, atentos.

–Date prisa o te retuerzo el cuello.

–¡Lo juro por el dios Mm!

–Y por Hator, dueña del Occidente. ¡Repítelo!

–¡Lo juro por Hator, dueña del Occidente!

Suti soltó la presa. Un juramento prestado ante tantos testigos no podía romperse. Si traicionaba su palabra, el nombre de Efraim quedaría destruido para la eternidad y se vería condenado al aniquilamiento.

Los mineros lanzaron gritos de júbilo y llevaron a hombros a Suti. Cuando el júbilo decreció, él les habló con firmeza.

–Aquí, el jefe es Efraim. Sólo él conoce las pistas, los manantiales y las minas. Sin él, no volveremos al valle. Obedezcámosle, que cumpla su palabra, y todo irá bien.

Estupefacto, el barbudo puso su mano en el hombro de Suti.

–Eres fuerte, pequeño, pero también inteligente.

Efraim lo llevó aparte.

–Te juzgué mal.

–Quiero hacer fortuna.

–Podríamos ser amigos.

–Siempre que me sea útil.

–Podría sértelo, pequeño.

Algunas portadoras de ofrendas, vestidas con una túnica blanca sujeta por un tirante que pasaba entre sus pechos descubiertos y un delantal adornado con una redecilla de perlas colocadas en rombo, entraron lentamente en el palacio de la princesa Hattusa. Iban tocadas con una peluca recogida en un moño alto, y eran tan frescas y tan hermosas que Denes sintió que su sangre se caldeaba. En cada uno de sus viajes engañaba a la señora Nenofar con perfecta y obligatoria discreción. El escándalo lo habría desacreditado; no tenía, por lo tanto, ninguna amante oficial y se limitaba a breves encuentros sin futuro.

De vez en cuando hacia el amor a su mujer, pero la declarada frigidez de Nenofar justificaba sus aventuras extraconyugales.

El intendente del harén fue a buscarlo al jardín. Pensó en solicitarle una muchacha, pero renunció a ello; un harén era un centro económico en el que prevalecía el sentido del trabajo, no la chocarrería. Como transportista, Denes había solicitado una audiencia oficial a la esposa hitita de Ramsés.

Ella lo recibió en una sala de cuatro columnas, con las paredes pintadas de amarillo claro. En el suelo había un mosaico de losetas verde y rojo.

Hattusa estaba sentada en un sitial de madera de ébano con los brazos y los pies dorados. Tenía los ojos negros, la piel muy blanca, las manos largas y finas, y parecía poseer el extraño encanto de las asiáticas. Denes se mantuvo en guardia.

–Inesperada visita –dijo ella, ácida.

–Soy transportista, vos dirigís un harén. ¿Quién puede sorprenderse de nuestro encuentro?

–Sin embargo, vos lo considerabais peligroso.

–La situación ha cambiado mucho. Pazair se ha convertido en decano del porche; con este título dificulta mis actividades.

–¿En qué me afecta eso?

–¿Habéis cambiado de opinión?

–Ramsés me ha escarnecido, ¡humilla a mi pueblo! Exijo venganza.

Satisfecho, Denes se mesó los blancos pelos de su fina barba.

–La obtendréis, princesa. Nuestros objetivos siguen siendo los mismos. Este rey es un déspota y un incapaz; está encadenado a caducas tradiciones y no tiene visión alguna de futuro. El tiempo trabaja a nuestro favor, pero algunos de mis amigos se impacientan; por ello hemos decidido aumentar la impopularidad de Ramsés.

–¿Bastará eso para desestabilizarlo?

Denes, nervioso, no debía decir demasiado. La hitita era una aliada momentánea, y deberían apartarla tras la caída del soberano.

–Tened confianza en nosotros: nuestra estrategia es imparable.

–Desconfiad, Denes; Ramsés es un guerrero hábil y valeroso.

–Está atado de pies y manos.

Un brillo de excitación animó la mirada de Hattusa.

–¿No debería saber más?

–Sería inútil e imprudente.

Hattusa hizo una mueca; su callada cólera la hacia más hermosa todavía.

–¿Qué proponéis?

–Desorganizar el tráfico de mercancías. En Menfis lo conseguiré sin dificultades, pero en Tebas necesitaré vuestra ayuda. El pueblo gruñirá, harán responsable al faraón. El debilitamiento de la economía del país hará vacilar su trono.

–¿Cuántas conciencias deben comprarse?

–Pocas, pero caras. Los principales escribas que controlan el tráfico de mercancías deben cometer repetidos errores. Las investigaciones administrativas serán largas y complicadas, se instalará la confusión durante varias semanas.

–Actuarán mis hombres de confianza.

Denes no creía demasiado en la eficacia del plan; sería un nuevo golpe contra el rey que sólo tendría consecuencias limitadas. Pero había adormecido la desconfianza de Hattusa.

–Tengo que haceros otra confidencia –murmuró.

Os escucho.

Se aproximó y habló en voz baja.

–Dentro de unos meses dispondré de una importante cantidad de hierro celeste.

La mirada de la hitita reveló su interés. Utilizado con fines mágicos, el raro metal sería una nueva arma contra Ramsés.

–¿Vuestro precio?

–Tres lingotes de oro al hacer el pedido, tres a la entrega.

–Cuando abandonéis el harén, estarán en vuestro equipaje.

Vender lo que no tenía y realizar un beneficio de aquella magnitud procuraba a Denes una profunda satisfacción. Hacer esperar a la princesa sería fácil. Si demostraba excesiva animosidad, arrojaría la responsabilidad sobre Chechi. El servilismo del químico del pequeño bigote ya le había sido muy útil.

La criada sirvió aceitunas, rábanos y una lechuga. La propia Silkis preparó el aliño.

–Gracias por haber aceptado nuestra invitación –dijo Bel-Tran a Neferet y Pazair–. Teneros a ambos sentados a nuestra mesa es un honor.

–No son necesarios los cumplidos –subrayó el juez.

El cocinero dispuso costillas de cordero asadas, calabacines y guisantes en una bandeja de cobre que había sobre una mesita. Su frescor acarició

el paladar de los invitados. Silkis lucía unos soberbios pendientes en forma de discos, adornados con rosetas y espirales.

–He tenido un sueño sorprendente –confesó–. Bebía varias veces cerveza caliente! Estaba realmente angustiada y he consultado al intérprete. ¡Su diagnóstico me ha asustado! El sueño significa que van a robar mis bienes.

–No os preocupéis demasiado –recomendó Neferet–; los intérpretes de los sueños se equivocan a menudo.

–¡Que los dioses os escuchen!

–Mi esposa es demasiado ansiosa –estimó Bel-Tran–. ¿No podríais darle un remedio?

Al finalizar la comida, mientras Neferet recetaba unas tisanas calmantes a Silkis, Bel-Tran y el juez dieron un paseo por el jardín.

–No me queda mucho tiempo para apreciar la naturaleza –deploró el financiero–; mi trabajo es cada vez más absorbente. Cuando regreso, por la noche, mis hijos ya están acostados. No verlos crecer, no jugar con ellos es un penoso sacrificio. La gestión de los graneros, mi explotación de papiro, mi servicio del Tesoro... ¡Los días son demasiado cortos! ¿No tenéis la misma sensación?

–Sí, con demasiada frecuencia. Ser decano del porche no es una sinecura.

–¿Avanzáis en vuestra investigación sobre el general Asher?

–Poco a poco.

–Me gustaría comunicaros un insólito acontecimiento que me inquieta en sumo grado. Ya sabéis que la princesa Hattusa tiene un temperamento más bien belicoso y no perdona a Ramsés haberla arrancado de su país.

–Una hostilidad casi declarada.

–¿Adónde la conducirá? Oponerse abiertamente al rey, es decir, intentar una conjura sería suicida. Sin embargo, acaba de recibir una extraña visita: la del transportista Denes.

–¿Estáis seguro?

–Uno de mis colaboradores fue a visitar el harén y creyó reconocerlo. Extrañado, se aseguró de que no se equivocaba.

–¿Tan extravagante es la visita de Denes?

–Hattusa posee su propia flota de navíos mercantes. El harén es una institución de Estado donde un transportista privado no puede desempeñar papel alguno. Y si se trata de una visita amistosa, ¿qué significado darle?

Una alianza entre la princesa hitita, esposa secundaria del rey, y uno de los miembros de la conjura... La revelación de Bel-Tran tenía una indiscutible importancia. ¿No sería Hattusa la cabeza pensante y Denes uno de los ejecutores? La conclusión parecía demasiado apresurada. Nadie conocía el contenido de la entrevista, cuya existencia, sin embargo, dejaba entrever una conjunción de intereses, hostiles al bienestar del reino.

–Es una colusión sospechosa, Pazair.

–¿Cómo conocer su magnitud?

–Lo ignoro. ¿No pensáis que se prepara una tentativa de invasión por el norte? Ciertamente, Ramsés yuguló a los hititas, pero ¿renunciarán alguna vez a sus proyectos expansionistas?

–En este caso, el general Asher sería un paso obligado.

Cuanto más se precisaban los contornos del enemigo más difícil se anunciaba el combate y más incierto el porvenir.

Aquella misma noche, un mensajero de palacio llevó a Neferet una carta con el sello de Tuy, la madre de Ramsés el Grande. La gran dama deseaba consultar lo antes posible al médico. Aunque permaneciera enclaustrada, Tuy seguía siendo una de las personalidades más influyentes de su corte. Era altiva, detestaba la mediocridad y la pequeñez, aconsejaba sin ordenar y velaba con cuidadoso celo por la grandeza del país. Ramsés sentía por ella afecto y admiración; desde la desaparición de la mujer amada, Nefertari, había convertido a su madre en su principal confidente. Algunos afirmaban que no tomaba decisión alguna sin haberla consultado.

Tuy reinaba sobre una numerosa casa y disponía de un palacio en cada ciudad importante. El de Menfis se componía de una veintena de estancias y un vasto salón con cuatro pilares en el que recibía a sus huéspedes de alcurnia. Un chambelán condujo a Neferet hasta la alcoba de la reina madre.

A sus sesenta años, Tuy era una mujer delgada, de ojos penetrantes, nariz recta y fina, mejillas ajadas y mentón pequeño, casi cuadrado. Llevaba la peluca ritual que correspondía a su función, que imitaba los despojos de un buitre cuyas alas enmarcaban su rostro.

–Vuestra reputación ha llegado hasta mí. El visir Bagey, poco dado a los cumplidos, habla de vuestros milagros.

–Podría hacer una larga lista con mis fracasos, majestad. Un médico que presumiera de sus éxitos tendría que cambiar de oficio.

–Me encuentro mal y necesito vuestros conocimientos. Los ayudantes de Nebamon son unos ignorantes.

–¿Qué os ocurre, majestad?

–Los ojos. Además, tengo violentos dolores en el vientre, oigo mal y mi nuca está rígida.

Neferet diagnosticó sin dificultades unas anormales secreciones del útero. Recetó unas fumigaciones con resma de terebinto, mezclada con aceite de calidad superior.

El examen de los ojos la preocupó más: conjuntivitis granulosa, tracoma con complicaciones parpebrales, riesgo de glaucoma.

La reina madre percibió la turbación de la médica.

–Sed franca.

–Se trata de una enfermedad que conozco y que curaré. Pero el tratamiento será largo y exigirá de vos mucha atención. Al levantarse, la reina madre tendría que lavarse los ojos con una solución a base de cáñamo, muy eficaz contra el glaucoma. El mismo producto, en forma de ungüento con miel y aplicado localmente, calmaría los dolores del útero. Otro remedio, cuyo principal agente era el sílex negro, haría desaparecer la infección del lagrimal, al igual que los humores malignos. Para suprimir el tracoma, la enferma se aplicaría en los párpados una pomada compuesta por láudano, galena, bilis de tortuga, ocre amarillo y tierra de Nubia. Finalmente, con la ayuda de una pluma de buitre vaciada, instilaría

en sus ojos un colirio. Aloes, crisocola, harina de coloquíntida, hojas de acacia, corteza de ébano y agua fría se mezclarían, se convertirían en pasta, se dejaría secar y luego se machacaría con agua. El producto obtenido tenía que pasar una noche al aire libre, recibir el rocío y ser filtrado. Además de la instilación, la reina madre lo utilizaría en compresas, aplicadas en el ojo cuatro veces al día.

–Estoy muy vieja y débil –aseguró–; me disgusta ocuparme así de mi misma.

–Estáis enferma, majestad; tomaos tiempo para cuidaros y os curaréis.

–Creo que debo obedeceros, aunque me cueste. Aceptad esto.

Tuy ofreció a la médica un admirable collar de siete vueltas de cuentas de cornalina y oro de Nubia; los dos motivos del cierre eran flores de loto.

Neferet vaciló.

–Aguardad al menos a los resultados del tratamiento.

–Ya me siento mejor.

La reina madre le puso personalmente el collar y comprobó su efecto.

–Sois muy bella, Neferet.

La muchacha se ruborizó.

–Además, sois feliz. Mis familiares afirman que vuestro marido es un juez excepcional.

–Servir a Maat da sentido a su vida.

–Egipto necesita seres como él y como vos.

Tuy llamó a su copero. Sirvió cerveza dulce y fruta. Las dos mujeres se sentaron en unas sillas bajas provistas de confortables almohadones.

–He seguido la carrera y la investigación del juez Pazair. Divertida primero, intrigada más tarde y, por fin, indignada. ¡Su deportación fue un acto inicuo e inadmisible! Afortunadamente, ya ha obtenido una primera victoria; su cargo de decano del porche le permite proseguir la lucha con mayores medios, nombrar a Kem jefe de policía fue una excelente iniciativa; el visir Bagey hizo bien aprobándola.

Aquellas pocas frases no eran pronunciadas al azar. Cuando Neferet se las comunicara a Pazair, se sentiría loco de júbilo; la voz de Tuy era el entorno más intimo del faraón, y significaba que aprobaba su acción.

–Desde la muerte de mi marido y el acceso al trono de mi hijo, velo por la felicidad de nuestro país. Ramsés es un gran rey; ha alejado el espectro de la guerra, ha enriquecido los templos, ha alimentado a su pueblo. Egipto sigue siendo la tierra amada por los dioses. Pero me siento turbada, Neferet; ¿aceptáis ser mi confidente?

–Si me consideráis digna, majestad.

–Ramsés está cada vez más preocupado, ausente a veces, como si hubiera envejecido bruscamente. Su carácter ha cambiado; ¿renuncia acaso a combatir, a resolver dificultad tras dificultad, a prescindir de los obstáculos?

–Tal vez esté enfermo.

–A excepción de su debilidad dental, sigue siendo el más vigoroso e infatigable de los hombres. Por primera vez desconfía de mí. Ya no percibo sus intenciones ocultas. El hecho no me sorprendería si, de acuerdo con su costumbre, me hubiera anunciado cara a cara su decisión. Pero me rehuye, ignoro por qué. Hablad de ello con el juez Pazair. Temo por Egipto, Neferet. Tantos asesinatos estos últimos meses, tantos enigmas sin

resolver, y el rey que se aleja de mí, su reciente afición por la soledad... Que Pazair prosiga sus investigaciones.

–¿Os parece que el faraón está amenazado?

–Es amado y respetado.

–¿No murmura el pueblo que su suerte está abandonándolo?

–En cuanto un reinado se prolonga, sucede así. Ramsés conoce la solución: celebrar una fiesta de regeneración, reformar su pacto con las divinidades e insuflar de nuevo la alegría en el ánimo de sus súbditos. Los rumores no me preocupan demasiado; pero ¿por qué ha promulgado el rey unos decretos reafirmando su autoridad, que nadie discute?

–¿Teméis algún mal solapado que pueda debilitar su espíritu?

–La corte descubriría pronto sus efectos. No, sus facultades están intactas; y, sin embargo, ya no es el mismo.

La cerveza era muy dulce, la compota de frutas suculenta. Neferet sintió que no debía seguir preguntando. A Pazair le correspondía apreciar aquellas excepcionales confidencias y saber utilizarlas.

–Me gustó mucho vuestra dignidad cuando Nebamon murió –prosiguió Tuy–; aquel hombre no valía nada, pero había sabido imponerse. Fue extraordinariamente injusto con vos; por lo tanto, he decidido repararlo. Él y yo éramos los responsables del hospital principal de Menfis. Él ha muerto y yo no soy médico. Mañana se publicará el decreto que os otorgará la dirección de este hospital.

CAPÍTULO 22

Dos servidores vertieron jarras de agua tibia sobre Pazair, que se frotó la piel con un pan de natrón. Después de la ducha se limpió los dientes con una caña olorosa y se enjuagó con una mezcla de alumbre y eneldo. Para afeitarse utilizó su navaja favorita, en forma de cincel de carpintero, y se untó el cuello con aceite de menta silvestre para apartar moscas, mosquitos y pulgas. Se frotó el resto del cuerpo con un ungüento a base de natrón y miel. Si era necesario utilizaría, mediado el día, un desodorante de algarrobo e incienso.

Terminadas sus abluciones, aconteció lo irremediable. Estornudó dos, cinco, diez veces. El resfriado, el obstinado resfriado, acompañado de accesos de tos y zumbido de oídos.

Ciertamente, la culpa era suya: fatiga, tratamiento mal seguido, falta de sueño. Pero, desde luego, necesitaba un nuevo remedio.

¿Cómo consultar a Neferet si la muchacha se levantaba a las seis y partía, poco después, hacia el hospital central, del que ella misma se encargaba? Hacia una semana que no la veía. Deseosa de tener éxito en sus nuevas funciones, trabajaba sin mesura como responsable del mayor centro de tratamiento de todo Egipto. El decreto de la reina madre, aprobado en seguida por el visir, había recibido el asentimiento del conjunto de los médicos, cirujanos y farmacéuticos que trabajaban en el hospital. El administrador provisional, que bloqueaba la entrega de medicamentos a la muchacha, se había convertido en enfermero y se encargaba de los encamados.

Neferet había advertido a los escribas, preocupados por la gestión, que su vocación era cuidar y no dirigir un cuerpo de funcionarios; les rogó que respetaran las órdenes del despacho del visir, que ella no quería discutir. Aquella puntualización hizo muchos partidarios de la causa de la nueva directora, que trabajó en estrecha colaboración con los distintos especialistas. Acudían al hospital enfermos graves que los médicos de las ciudades y los médicos rurales habían sido incapaces de curar, y gente acomodada que deseaba beneficiarse de una cura preventiva para evitar la aparición o el agravamiento de ciertos males. Neferet prestaba mucha atención al laboratorio, encargado de preparar remedios y manipular sustancias tóxicas.

Como su sinusitis evolucionaba desfavorablemente y se hallaba abandonado a sí mismo, Pazair decidió dirigirse al único lugar donde le prestarían cierta atención: el hospital principal de Menfis.

Atravesar los jardines que rodeaban el edificio era una delicia. Nada anunciaba la presencia, tan próxima, del sufrimiento.

Una amable enfermera recibió al visitante.

–¿Qué puedo hacer por vos?
–Es una urgencia. Deseo consultar con la directora del hospital, Neferet.
–Hoy es imposible.
–¿Incluso para su marido?
–¿Sois el decano del porche?
–Eso me temo.
–Seguidme, os lo ruego.
La enfermera le hizo atravesar una verdadera instalación balnearia, que incluía numerosas habitaciones con tres tinas de piedra, la primera para la inmersión total, la segunda para los baños de asientos y la tercera para las piernas y los pies.
Otros locales estaban reservados a curas de sueño. Pequeñas habitaciones muy bien ventiladas albergaban a los enfermos que los médicos debían vigilar permanentemente.
Neferet estaba verificando una preparación magistral, y anotaba los tiempos de coagulación de una sustancia consultando con una clepsidra. Dos experimentados farmacéuticos la ayudaban. Pazair aguardó a que el experimento finalizara antes de manifestarse.
–¿Puede beneficiarse un paciente de tus cuidados?
–¿Tienes mucha prisa?
–Es una urgencia.
Manteniendo a duras penas su seriedad, lo llevó a una sala de consultas. El juez estornudó ruidosamente más de diez veces.
–Hum... No lo has inventado. ¿Dificultades respiratorias?
–Un silbido en el pecho, desde que ya no te ocupas de mí.
–¿Los oídos?
–Tengo tapado el izquierdo.
–¿Fiebre?
–Un poco.
–Tiéndete en la banqueta de piedra. Debo escuchar tu corazón.
–Ya conoces su voz.
–Estamos en un lugar respetable, juez Pazair. Os ruego que os comportéis con la mayor seriedad.
Durante la auscultación, el decano del porche se mantuvo tranquilo.
–Tienes razón al quejarte. Es indispensable un nuevo tratamiento.
En el laboratorio, Neferet utilizó una varilla de zahorí para elegir el remedio adecuado. Buscó por encima de una planta robusta, de largas hojas de un verde pálido, con cinco lóbulos, y bayas rojas.
–La brionia –indicó–. Un temible veneno. Utilizado en disolución, eliminará la congestión que sufres y despejará tus bronquios.
–¿Estás segura?
–Asumo mi responsabilidad.
–Cúrame en seguida. Los escribas deben de estar maldiciendo mi retraso.

Una desacostumbrada agitación reinaba en los despachos del juez. Los funcionarios, gente moderada por lo general y acostumbrada a hablar en voz baja y sin gesticulaciones, se interpelaban, dudando sobre la conducta a seguir. Unos optaban por la espera, en ausencia de su patrón; otros por la firmeza, a condición de no ejercerla personalmente; otros, por fin,

exigían la intervención de la policía. En el suelo había tablillas rotas y papiros destrozados.

La llegada de Pazair impuso silencio.

–¿Habéis sido atacados?

–En cierto modo –repuso un anciano aterrado–. No hemos podido sujetar a esa fiera. Se ha instalado en vuestro despacho.

Intrigado, Pazair atravesó la vasta sala donde trabajaban los escribas y entró en su propio despacho.

De rodillas en una estera, Pantera buscaba en los archivos.

–Pero ¿qué os ocurre?

–Quiero saber dónde habéis ocultado a Suti.

–Levantaos y salid de aquí.

–¡Antes quiero saberlo!

–No ejerceré sobre vos la menor violencia, pero apelaré a Kem.

La amenaza tuvo efecto. La rubia libia obedeció.

–Discutamos fuera.

La muchacha lo precedió, ante la intrigada mirada de los escribas.

–Poned orden y volved al trabajo –ordenó Pazair.

El juez y Pantera caminaron de prisa por una atestada calleja. Era día de mercado y los compradores se apretujaban alrededor de los campesinos que vendían frutas y legumbres, en un gran concierto de negociaciones. Pazair y la libia escaparon de la multitud y se refugiaron en una calleja desierta y silenciosa.

–Quiero saber dónde se oculta Suti –insistió ella, al borde de las lágrimas–. Desde que se marchó sólo pienso en él. Olvido perfumarme y maquillarme, pierdo la noción del tiempo, vagabundeo por las calles.

–No se oculta, sino que está cumpliendo una misión delicada y peligrosa.

–¿Con otra mujer?

–Sólo y sin ayuda.

–¡Y, sin embargo, está casado!

–La unión le pareció necesaria en el marco de su investigación.

–Lo amo, juez Pazair, lo amo hasta la muerte. ¿Podéis comprenderme?

Pazair sonrió.

–Mejor de lo que suponéis.

–¿Dónde está?

–Es una misión secreta, Pantera. Si hablo, lo pondré en peligro.

–¡Os juro que no! Mis labios no se abrirán.

Conmovido, convencido de la sinceridad de aquella inflamada amante, el juez no resistió.

–Se ha enrolado en un equipo de mineros que salió de Coptos.

Pantera, ebria de felicidad, lo besó en la mejilla derecha.

–Jamás olvidaré vuestra ayuda. Si me veo obligada a matarlo, seréis el primero en saberlo.

El rumor corrió por todas las provincias, de norte a sur.

En API-Ramsés, la gran residencia real del delta, en Menfis y en Tebas llegó, muy pronto, a las distintas administraciones y sembró la turbación en el ánimo de los responsables encargados de aplicar las directrices del visir.

El decano del porche, tras haber resuelto un problema inmobiliario que enfrentaba a dos primos que habían comprado el mismo terreno a un vendedor poco escrupuloso, condenado a pagar el doble de los bienes percibidos, leyó a su vez el informe del general Asher sobre el estado del ejército egipcio, origen de las más enloquecidas inquietudes.

El oficial consideraba inestable la situación en Asia, debido a la constante disminución de los efectivos egipcios encargados de vigilar los pequeños principados, dispuestos a federarse bajo la égida de Adafi, el inaprensible libio. La calidad del armamento era insuficiente. Desde la victoria sobre los hititas, nadie se preocupaba de ello. Por lo que se refería al estado de los cuarteles en el propio interior del país, no era mucho más satisfactorio. Caballos mal cuidados, carros estropeados y sin reparar, falta de disciplina, oficiales mal formados. Si se producía una tentativa de invasión, ¿seria Egipto capaz de resistir?

El impacto de aquel texto seria profundo y duradero.

¿Qué objetivo perseguía Asher? Si el porvenir le daba la razón, el general aparecería como un profeta lúcido y ocuparía una posición muy fuerte, la de un posible salvador. Si Ramsés le hacia caso, Asher impondría sus exigencias y reforzaría su influencia.

Pazair pensó en Suti. ¿En qué árida pista estaría caminando a esas horas en busca de una prueba imposible contra aquel asesino que quería imponer al país su estrategia militar?

El juez convocó a Kem.

–¿Podéis llevar a cabo una investigación rápida en el cuartel principal de Menfis?

–¿Con qué objeto?

–Moral de las tropas, estado del material, salud de los hombres y los caballos.

–Si tengo una orden, no hay ningún problema.

El juez indicó un motivo plausible: buscar un carro que había atropellado a varias personas y que debía mostrar señales del choque.

–Actuad con rapidez.

Pazair corrió a casa de Bel-Tran, que se las veía con el inventario de las cosechas de trigo. Ambos hombres subieron a la terraza del inmueble administrativo, al abrigo de oídos indiscretos.

–¿Habéis leído el informe de Asher?

–Pavoroso panorama.

–Siempre que sea exacto.

–¿Opináis lo contrario?

–Sospecho que ensombrece la situación para obtener ventajas.

–¿Indicios?

–Reunámoslos lo antes posible.

–Asher será censurado.

–No es seguro. Si Ramsés admite su punto de vista, el general tendrá las manos libres. ¿Y quién se atreverá a atacar al salvador de la patria?

Bellran asintió con la cabeza.

–Deseabais ayudarme, ha llegado el momento.

–¿Qué esperáis de mí?

–Informaciones sobre nuestros contingentes destacados en el extranjero y sobre las inversiones en material militar durante los últimos años.

–No será fácil, pero lo intentaré.

De regreso a su despacho, Pazair escribió una larga carta a Kani, el sumo sacerdote de Karnak, pidiéndole informaciones sobre la calidad de las tropas acuarteladas en la región tebana y el valor de su equipamiento. La misiva fue redactada en código, basándose en el término "planta medicinal", especialidad de Kani, y entregada a un hombre digno de confianza.

–Sin novedad –declaró Kem.

–Sed más preciso –exigió Pazair.

–El cuartel está tranquilo, los locales en buen estado, el material también. He examinado cincuenta carros, que los oficiales mantienen con tanto cuidado como a los caballos.

–¿Qué piensan del informe de Asher?

–Se lo toman en serio, pero están convencidos de que se refiere a los demás cuarteles. Para asegurarme, he inspeccionado el que se encuentra más al sur de la aglomeración.

–¿Resultados?

–Los mismos: sin novedad. También allí creen que la crítica tiene base... para los demás.

Pazair y Bellran se encontraron en el atrio del templo de Ptah, donde charlaban numerosos ociosos, indiferentes a las idas y venidas de los sacerdotes.

–En el primer punto sólo he obtenido indicaciones contradictorias, en la medida en que el general bloquea la información sobre el ejército de Asia. Oficialmente, nuestros contingentes han disminuido y aumenta la agitación; pero un escriba de los reclutas me ha asegurado que la lista de efectivos permanece estable. En el segundo fue fácil descubrir la verdad porque el presupuesto del ejército está depositado en el Tesoro. Las inversiones no varían desde hace varios años, no se ha señalado falta de material alguno.

–Así pues, Asher ha mentido.

–Su informe es sutil. Presenta los hechos de un modo alarmista, sin afirmar demasiado. Muchos oficiales superiores le apoyan, muchos cortesanos temen los manejos hititas. Asher es un héroe... ¿No estará provocando un saludable sobresalto?

Bravo dormía, hecho una bola, en las rodillas de su dueño, que estaba sentado junto al estanque donde florecían los lotos. La brisa levantaba suavemente los pelos del perro y los cabellos del juez. Neferet consultaba un papiro médico que Traviesa se obstinaba en enrollar, a pesar de las advertencias de la joven. Las últimas luces del día teñían de naranja el jardín de la mansión; paros, petirrojos y golondrinas cantaban sus melodías vespertinas.

–El estado de nuestro ejército es excelente. El informe de Asher es un tejido de aberraciones cuyo objetivo es asustar a las autoridades civiles y debilitar la moral de las tropas para apoderarse mejor de ellas.

–¿Por qué no lo censura Ramsés? –preguntó Neferet.
–Confía en él debido a sus pasadas hazañas.
–¿Cómo actuar?
–Entregando las conclusiones de mi investigación al visir Bagey, que las transmitirá al faraón. Serán consignadas por Kem y por Kani, cuyas respuestas acabo de recibir. Tanto en Tebas como en Menfis nuestro potencial militar está intacto. El visir extenderá las verificaciones a todo el país y actuará contra Asher.
–¿Es el fin del general?
–No nos precipitemos, es evidente que protestará, clamará su buena fe y su amor por el país, acusará a sus subordinados de haberle facilitado falsas informaciones. Pero detendremos su impulso. Y pienso aumentar mi ventaja.
–¿De qué modo?
–Enfrentándome con él.

El general Asher vigilaba un ejercicio de carros en el desierto. Los ocupaban dos hombres; el oficial tiraba con el arco sobre un blanco móvil, su ayudante manejaba las riendas y lanzaba el vehículo a toda velocidad. El que se mostraba torpe era excluido del cuerpo de élite. Dos infantes rogaron al decano del porche que esperara y no penetrara en el terreno de maniobras. Una flecha perdida podía alcanzar a un caminante imprudente.
Asher, polvoriento, dio por fin la señal del descanso. Sin precipitarse; se dirigió hacia el juez.
–No es éste vuestro lugar.
–No hay parte alguna del territorio que me esté prohibida.
El rostro del roedor se crispó. Bajo, ancho de pecho y con las piernas cortas, Asher, irritado, se rascó la cicatriz que le cruzaba el pecho, del hombro hasta el ombligo.
–Voy a lavarme y cambiarme. Acompañadme.
Asher y Pazair entraron en el bloque sanitario reservado a los oficiales superiores. Mientras un hombre de la tropa duchaba al general, el juez atacó.
–Niego vuestro informe.
–¿Con qué motivo?
–Informes inexactos.
–No sois soldado. Vuestras apreciaciones carecen de valor.
–No se trata de apreciaciones, sino de hechos.
–Los refuto.
–¿Sin conocerlos?
–Son fáciles de adivinar. Os habéis paseado por dos o tres cuarteles, os han mostrado unos cuantos carros nuevos y relucientes y unos pocos soldados encantados con su condición. Ingenuo e incompetente, os engañaron.
–¿Calificaríais así al jefe de policía y al sumo sacerdote de Karnak?
La pregunta turbó al general. Despidió al soldado y se secó personalmente.
–Son hombres nuevos, con tan poca experiencia como vos.
–Pobre argumento.
–¿Qué queréis ahora, juez Pazair?

–Siempre el mismo tesoro: la verdad. Vuestro informe miente. Por ello he enviado al visir mis observaciones y mis objeciones.
–¿Os habéis atrevido?...
–No es una audacia, sino un deber.
Asher pataleó.
–¡Es una gestión estúpida! Acabaréis mordiéndoos los puños.
–El visir Bagey juzgará.
–¡El experto soy yo!
–Nuestro potencial militar no se degrada, y vos lo sabéis muy bien.
El general se puso un corto paño. Sus bruscos gestos revelaban el nerviosismo.
–Escuchadme, Pazair: los detalles no importan, lo que cuenta es el espíritu de mi texto.
–Aclarádmelo.
–Un buen general debe prever el porvenir para asegurar la defensa del país.
–¿Justifica eso las declaraciones infundadas y alarmistas?
–No podéis comprenderlo.
–¿Existe un vinculo con las actividades de Chechi?
–Dejadle en paz.
–Me gustaría interrogarlo.
–Imposible. Está incomunicado.
–¿Por orden vuestra?
–Por orden mía.
–Lamento tener que insistir.
La voz de Asher se hizo untuosa.
–Si he querido llamar la atención del rey, del visir y de la corte insistiendo en nuestras debilidades militares, lo he hecho con la intención de que desaparezcan y obtener así un acuerdo definitivo para la fabricación de una nueva arma que nos hará invencibles.
–Vuestra ingenuidad me sorprende, general.
Los ojos de Asher se empequeñecieron como los de un gato.
–¿Qué insinuáis?
–Vuestra famosa arma es, sin duda, una espada irrompible fabricada con hierro celeste.
–Espada, lanza, puñal... Chechi está trabajando en ello sin descanso. Exigiré que le devuelvan el bloque que se conserva en el templo de Ptah.
–Así pues, le pertenecía.
–Lo esencial es que lo utilice.
–Algunas creencias engañan a las almas más desconfiadas.
–¿Qué queréis decir con eso?
–Que el hierro celeste no es irrompible.
–¡Divagáis!
–Chechi os miente o se equivoca. Los especialistas de Karnak os confirmarán mis palabras. El uso ritual de ese metal tan escaso os ha hecho soñar sin motivo. Deseabais obtener un instrumento de poder con el obligado acuerdo de la autoridad suprema, y habéis fracasado.
El rostro de roedor era presa de la mayor perplejidad. ¿No tomaba Asher conciencia de haber sido engañado por su propio cómplice?

En cuanto el juez hubo salido del bloque sanitario, el general tomó un recipiente de terracota lleno de agua tibia y lo estrelló contra un muro.

CAPÍTULO 23

Suti desató la correa y desplegó su estera en una piedra plana. Extenuado, se tendió de espaldas y contempló las estrellas. El desierto, las montañas, la roca, la mina, las caldeadas galerías por las que era preciso reptar arañándose la piel... La mayoría se quejaba y lamentaba ya una aventura más agotadora que lucrativa. Pero Suti se sentía colmado. A veces olvidaba al general Asher, absorbido por el paisaje. Él, que amaba los placeres de la ciudad, no tenía problema alguno en confraternizar con las regiones hostiles, como si hubiera vivido siempre en ellas.

A la izquierda, en la arena, se oía un siseo característico. Una víbora cornuda pasó junto a la estera dejando sus ondulaciones impresas en el suelo. La primera noche había contemplado los manejos del reptil. La costumbre había sustituido al espanto. Sabía, por instinto, que no iba a picarle; los escorpiones y las serpientes no lo asustaban. Huésped admitido en su territorio, respetaba sus costumbres y los temía menos que a la garrapata de la arena, ávida de sangre, que concentraba sus ataques sobre ciertos mineros. La picadura era dolorosa, la carne se inflaba y se infectaba. Afortunadamente, a Suti no le interesaba ese piojo contra el que Efraim luchaba rociándose con una loción a base de caléndula.

Pese a una agotadora jornada, el joven no conseguía dormirse. Se levantó y caminó lentamente hacia un ued bañado por la luz lunar. Moverse solo, de noche y por el desierto, era insensato, ya que temibles divinidades y animales fantásticos merodeaban por allí para devorar a los imprudentes, cuyos cadáveres no se encontraban. Si alguien deseaba librarse de él, el momento y el lugar eran perfectos. Un ruido alertó a Suti. En el fondo de la depresión, donde el agua hervía durante las tempestuosas lluvias, había un antílope con los cuernos en forma de lira que rascaba con obstinación, buscando una fuente. Se le unió otro antílope de larguisimos cuernos, apenas curvados, y de pelaje blanco; ambos cuadrúpedos eran la encarnación del dios Seth, cuyo inagotable dinamismo poseían. No se habían engañado; su lengua lamió pronto el precioso líquido, que manaba entre dos piedras redondas.

Les sucedieron una liebre y un avestruz. Fascinado, Suti se sentó. La nobleza de los animales, su felicidad eran un espectáculo secreto que guardaría en su interior como un recuerdo de eternidad.

La mano de Efraim se posó en su hombro.

–Te gusta el desierto, pequeño. Es un vicio. Si continúas alimentándolo, acabarás viendo al monstruo de cuerpo de león y cabeza de halcón, que ningún cazador podrá atravesar con sus flechas ni atrapar con su lazo. Para ti, será demasiado tarde. El monstruo te asirá con sus garras y te llevará a las tinieblas.

–¿Por qué detestas a los egipcios?

–Soy de origen hitita. Nunca soportaré la victoria de Egipto. Aquí, en estas pistas, el dueño soy yo.

–¿Cuánto tiempo hace que diriges equipos de mineros?

–Cinco años.

–¿Y no has hecho fortuna?

–Eres demasiado curioso.

–Si tú has fracasado, a mí me costará conseguirlo.

–¿Quién te ha dicho que he fracasado?

–Me tranquilizas.

–Te alegras demasiado pronto.

–Si eres rico, ¿por qué sudar y sufrir?

–Detesto el valle, los campos y el río. Aunque estuviera forrado de oro, no abandonaría las minas.

–¿Forrado de oro...? La expresión me gusta. Hasta ahora sólo hemos explorado minas estériles.

–Eres observador, pequeño. ¿Hay mejor entrenamiento?

Cuando comience el trabajo serio, los más robustos estarán dispuestos a hurgar en las entrañas de la montaña.

–Cuanto antes mejor.

–¿Qué prisa tienes?

–¿Por qué esperar?

–Muchos insensatos han seguido la pista del oro, casi todos han fracasado.

–¿No están descubiertos los filones?

–Los mapas pertenecen a los templos y no salen de allí. Quien intenta robar oro es detenido inmediatamente por la policía del desierto.

–¿Es imposible escapar?

–Sus perros están en todas partes.

–Pero tú tienes los mapas en la cabeza.

El barbudo se sentó junto a Suti.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Nadie, quédate tranquilo. No eres hombre que conserve documentos en otra parte.

Efraim recogió un guijarro, cerró sus dedos y lo trituró.

–Si intentas engañarme, te destruiré.

–¿Cuántas veces tendré que repetirte que sólo busco la riqueza? Quiero una enorme propiedad, caballos, carros, servidores, un bosque de pinos...

–¿Un bosque de pinos? ¡No los hay en Egipto!

–¿Y quién te habla de Egipto? No puedo quedarme más en este maldito país. Deseo instalarme en Asia, en un principado donde el ejército del faraón no penetre.

–Comienzas a interesarme, muchacho. Eres un criminal, ¿no es cierto?

Suti no se inmutó.

–La policía te busca y esperas poder escapar de ella ocultándote entre los mineros. Son sabuesos muy testarudos. Harán cualquier cosa para echarte mano.

–Esta vez no me cogerán vivo.

–¿Has estado en la cárcel?

–Nunca más estaré encerrado.

–¿Qué juez te persiguió?
–Pazair, el decano del porche.
Efraim soltó un silbido de admiración.
–¡Eres una buena pieza! A la muerte de este juez, muchos como tú celebrarán un buen banquete.
–Es tozudo.
–Tal vez el destino le sea contrario.
–Mi bolsa está vacía, tengo prisa.
–Me gustas, pequeño, pero no correré ningún riesgo. Mañana excavaremos de verdad. Ya veremos de qué eres capaz.
Efraim había dividido a los hombres en dos equipos. El primero, el más numeroso, recogía cobre, indispensable para la fabricación de los instrumentos, sobre todo de los cinceles para tallar la piedra; una vez martilleado y lavado, el metal era fundido en el propio lugar de extracción por medio de rudimentarios hornos y vertido luego en moldes. El Sinaí y los desiertos proporcionaban importantes cantidades de cobre que, sin embargo, era necesario importar de Siria y del Asia occidental, pues las comunidades de constructores necesitaban mucho. También el ejército lo consumía, en aleación con el estaño, para obtener sólidas hojas.
El segundo equipo, en el que figuraba Suti, tenía sólo unos diez hombres decididos. Todos sabían que las verdaderas dificultades iban a comenzar. Ante ellos se encontraba la entrada de una galería, boca del infierno abierta ante unas profundidades que, tal vez, contuvieran un tesoro. Los mineros llevaban colgada del cuello una bolsa de cuero que, en caso de éxito, se llenaría a rebosar. Únicamente vestían un paño de cuero y se habían cubierto el cuerpo de arena.
¿Quién entraría primero? Era el mejor puesto, y el más peligroso. Empujaron a Suti. Éste se dio la vuelta y golpeó. Siguió una pelea generalizada. Efraim la interrumpió, levantando por los cabellos a un pequeño luchador que aulló de dolor.
Se organizó la fila. El pasadizo era estrecho, y los mineros se inclinaron buscando apoyo. La mirada resbalaba por las paredes intentando localizar la aparición de un metal precioso, cuya naturaleza Efraim no había precisado. El cabecilla, demasiado rápido, levantaba polvo; el segundo, asfixiado, le dio un empujón en la espalda. Sorprendido, perdió el equilibrio y bajó por la pendiente hasta un rellano donde los exploradores se pusieron de pie.
–Se ha desmayado –advirtió uno de sus compañeros.
–Mejor así –repuso otro.
Tras haber recuperado el aliento, en una atmósfera asfixiante, avanzaron hacia el vientre de la mina.
–¡Allí, oro!
El descubridor fue recibido en seguida por dos envidiosos que lo abrumaron: "¡Qué imbécil! Sólo era una roca brillante."
Suri se sentía amenazado a cada paso. Sus seguidores sólo pensaban en librarse de él. Con el instinto de una fiera, se inclinó justo cuando lo atacaban, intentando hundirle el cráneo con una gran piedra. El primer agresor cayó patas arriba y Suti le quebró las costillas a patadas.

–Aplastaré al próximo –anunció–. ¿Os habéis vuelto locos? Si seguimos así, nadie volverá a subir. O nos matamos inmediatamente o nos dividimos.

Los hombres válidos eligieron la segunda solución. Reptaron por un nuevo pasadizo. Dos que estaban casi enfermos renunciaron. La antorcha, fabricada con tejidos empapados de aceite de sésamo, fue confiada a Suti, que no vaciló en tomar la cabeza. Más abajo todavía, en la oscuridad, se vio un centelleo.

Al muchacho se le hizo la boca agua, aceleró el paso y llegó por fin al tesoro. Ahogó un grito de rabia.

–¡Cobre, sólo es cobre!

Suti estaba decidido a que Efraim hablara de una vez. Al salir de la galería se sorprendió en seguida ante el anormal silencio que reinaba en la obra. Los mineros habían sido reunidos en dos hileras, bajo la vigilancia de una decena de policías del desierto y sus dogos. Su jefe no era otro que el gigante que había interrogado a Suti antes de su contrato.

–Ahí están los demás –anunció Efraim.

Suti y sus compañeros fueron obligados a ponerse en la fila, incluidos los heridos. Los perros aullaban dispuestos a morder. Los policías llevaban en la mano una anilla provista de nueve tiras de cuero que les permitía dar violentos y decisivos golpes.

–Estamos buscando a un desertor –reveló el gigante–. Abandonó el trabajo obligatorio y han presentado una denuncia contra él. Estoy convencido de que se oculta entre vosotros. La regla del juego es sencilla. Si se rinde o lo denunciáis, el caso quedará resuelto en seguida; si os encerráis en el silencio, procederemos a interrogaros con la anilla de tiras. Nadie va a librarse. Volveremos a empezar tantas veces como sea necesario.

Las miradas de Suri y Efraim se encontraron. El hitita no se echaría a la espalda la policía del desierto; traicionar a Suti consolidaría su reputación ante las fuerzas del orden.

–Un poco de valor –exigió el barbudo–. El fugitivo ha jugado y ha perdido. Los mineros no son un montón de canallas.

Nadie salió de la fila.

Efraim se acercó a sus obreros. Suti no tenía oportunidad alguna de escapar. Los propios mineros se volverían contra él.

Los perros ladraron y tiraron de sus correas. Tranquilos, los policías esperaban su presa.

Efraim agarró de nuevo del cabello al fornido luchador y lo arrojó a los pies del jefe del destacamento.

–El desertor es vuestro.

Suti sintió clavada en él la mirada del gigante. Creyó, por unos momentos, que cuestionaría la denuncia de Efraim.

Pero el sospechoso, ante la amenaza de los perros, ya estaba confesando.

–Sigues gustándome, pequeño.

–Me has engañado, Efraim.

–Te he puesto a prueba. El que salga de esta mina abandonada sabrá arreglárselas en cualquier abismo.

–Tendrías que haberme avisado.

–La experiencia no habría sido concluyente. Ahora conozco tus capacidades.

–La policía volverá pronto a por mí.

–Ya lo sé, por eso no nos demoraremos más. En cuanto haya obtenido la cantidad de cobre exigida por el maestro de obra de Coptos, ordenaré a las tres cuartas partes de la tropa que transporte el metal al valle.

–¿Y luego?

–Luego, con los hombres que haya elegido, efectuaremos una expedición que no ha sido ordenada por el templo.

–Si no vuelves a la cabeza de tus mineros, la policía intervendrá.

–Si lo consigo, será demasiado tarde. Ésta habrá sido mi última exploración.

–¿No somos demasiados?

–En la pista del oro se necesitan porteadores durante parte del viaje. Por lo general, pequeño, vuelvo solo.

El visir Bagey recibió a Pazair antes de regresar a su casa para el almuerzo. Despidió a su secretario y zambulló sus pies hinchados en un recipiente de piedra lleno de agua tibia y salada. Aunque la terapéutica de Neferet lo había puesto a cubierto de una nueva enfermedad, el visir no renunciaba a la cocina, excesivamente grasa, de su esposa, con lo cual seguía castigando su hígado.

Pazair se acostumbraba a la frialdad de Bagey. Curvado, con el rostro desagradable, alargado y severo, y la mirada inquisidora, no se preocupaba por despertar simpatía alguna.

En las paredes de su despacho tenía colgados los planos de las provincias, algunos de los cuales habían sido trazados por su propia mano, cuando era experto geómetra.

–No sois cómodo, juez Pazair. Por lo general, un decano del porche se limita a cumplir sus múltiples funciones sin investigar sobre el terreno.

–La gravedad del caso lo exigía.

–¿Puedo añadir que el campo militar no os corresponde?

–El proceso no dejó al general Asher libre de sospecha; me encargo de proseguir la instrucción. Me interesa su persona.

–¿Por qué demorarse en su informe referente al estado de nuestras tropas?

–Porque es falso, como demuestran los irrefutables testimonios del jefe de policía y del sumo sacerdote de Karnak. Cuando abra un nuevo proceso, este texto completará el expediente. El general no deja de disfrazar la verdad.

–Abrir un nuevo proceso... ¿es ésa vuestra intención?

–Asher es un asesino. Suti no mintió.

–Vuestro amigo está en dificultades.

Pazair temía aquella crítica. Bagey no había levantado la voz, pero parecía irritado.

–Asher ha presentado una demanda contra él. El motivo es serio: deserción.

–Demanda inadmisible –objetó el juez–. Suti se enroló en la policía antes de recibir el documento. Los registros de Kem son indiscutibles. Por consiguiente, el antiguo soldado Suti pertenece a un cuerpo de Estado, sin que se haya producido interrupción de carrera ni deserción.

Bagey tomaba notas en una tablilla.

–Supongo que la instrucción será irreprochable.

–Lo es.

–¿Qué pensáis realmente del informe de Asher?

–Que siembra la confusión para que el general aparezca como un salvador.

–¿Y si fuera cierto?

–Mis primeras investigaciones demuestran lo contrario. Son limitadas, ciertamente; vos, en cambio, tenéis posibilidad de reducir a la nada los argumentos del general.

El visir reflexionó.

De pronto, una horrible duda dominó a Pazair. ¿Sería Bagey cómplice del general? ¿La imagen del visir intransigente, honesto, incorruptible era sólo un espejismo? En ese caso, la carrera del decano del porche no tardaría en concluir, con un pretexto administrativo cualquiera.

Al menos, Pazair no tendría que esperar demasiado. Según la respuesta de Bagey, sabría a qué atenerse.

–Excelente trabajo –consideró el visir–. Justificáis cada día vuestro nombramiento y me sorprendéis. Cometía un error dando preferencia a la edad en la designación de altos magistrados; me consuelo suponiendo que sois una excepción. Vuestro análisis del informe de Asher es muy turbador. La ayuda de un jefe de policía y un sumo sacerdote de Karnak, aunque recientemente nombrados, le dan un gran peso. Además, resistís bien frente a mis dudas. En consecuencia, niego la validez del texto y ordeno un inventario completo del armamento de que disponemos.

Pazair esperó a estar en brazos de Neferet para llorar de alegría.

El general Asher se sentó en la lanza de un carro. El cuartel dormía, los centinelas dormitaban. ¿Qué temía un país tan poderoso como Egipto, unido en torno a su rey, sólidamente construido sobre valores ancestrales que no habían sido afectados por los más violentos huracanes?

Asher había mentido, traicionado y asesinado para convertirse en un hombre poderoso y respetado. Quería hacer una alianza con los hititas y los países de Asia, crear un imperio en el que ni el propio Ramsés se habría atrevido a soñar. La ilusión se rompía a causa de una infeliz iniciativa. Lo manipulaban desde hacía meses. Chechi, el químico de escasas palabras, lo había utilizado.

¡Asher el grande! Un fantoche que pronto carecería de poder, que no resistiría los repetidos asaltos del juez Pazair. Ni siquiera había tenido el placer de mandar a Suti a un campo disciplinario, porque el amigo del decano del porche se había enrolado en la policía. Demanda rechazada e informe desmentido por el visir. Un nuevo examen conduciría a la censura. Asher sería condenado por atentar contra la moral de las tropas. Cuando Bagey se encargaba de un asunto, se hacia tan feroz y obstinado como un dogo que apretara un hueso entre sus colmillos.

–¿Por qué lo había alentado Chechi a redactar aquel texto?

Ante la idea de convertirse en un salvador, de adquirir estatura de estadista, de obtener la adhesión del pueblo, Asher había perdido el sentido de la realidad. A fuerza de engañar a los demás, había acabado engañándose a sí mismo. Como el pequeño químico, creía en la extinción del reino de Ramsés, en la mezcla de razas, en un cambio de las tradiciones heredadas de la edad de las pirámides. Pero había olvidado la existencia de hombres arcaicos como el visir Bagey y el juez Pazair, servidores de la diosa Maat, enamorados de la verdad.

Asher había pasado a ser considerado como un soldado sin envergadura, de porvenir ya trazado, desprovisto de ambición. Los instructores se habían equivocado con él. Clasificado en una categoría de la que nunca saldría, el general ya no soportaba el ejército. O lo controlaría o lo aniquilaría. El descubrimiento de Asia, de sus príncipes acostumbrados a la astucia y la mentira, de sus clanes en incesante movimiento lo habían incitado a conspirar y a establecer vínculos con Adafi, el jefe de la rebelión.

Un juguete en manos de un tramposo: su futura gloria caía en lo ridículo. Pero sus falsos amigos ignoraban que una bestia herida despliega insospechados recursos. Ridiculizado ante sus mismos ojos, Asher se rehabilitaría arrastrando a sus aliados en la caída.

¿Por qué se había apoderado de él el mal? Habría podido limitarse a servir al faraón, a amar a su país, e imitar a los generales que se limitaban a cumplir con su deber. Pero la afición a la intriga se había insinuado en él como una enfermedad, acompañada por el deseo de acaparar lo que pertenecía a otros.

Asher no soportaba a los seres que se salían de las normas, como Suti o Pazair. Lo empequeñecían y le impedían desarrollarse. Unos construían, los otros destruían; ¿no eran responsables los dioses de que él perteneciera a esta última categoría? Nadie modificaba su voluntad.

Se nacía como se moría.

CAPÍTULO 24

Con los ojos entornados, temblorosas las minúsculas orejas y las fosas nasales a ras de agua, el hipopótamo bostezó. Cuando el otro macho lo empujó, gruñó. Los dos monstruos, que pesaban más de doscientas toneladas, encabezaban las principales manadas que, matando cocodrilos, se repartían el Nilo al sur de Menfis. Hendiendo el río con su masa, les gustaba nadar en aguas profundas, donde perdían su aspecto torpe y se volvían casi gráciles. No soportaban que su siesta fuera turbada, so pena de abrir sus mandíbulas a ciento cincuenta grados y atravesar al intruso con unos caninos de sesenta centímetros de longitud. Coléricos, bostezaban para asustar al adversario. Por lo general, por la noche escalaban la orilla y se alimentaban de hierba fresca; necesitaban una jornada entera de digestión, disfrutaban del sol en una playa de arena, lejos de las viviendas; su piel frágil los obligaba a sumergirse con frecuencia.

Los dos machos, cubiertos de cicatrices, se desafiaron enseñándose los dientes. Abandonando sus veleidades de combate, nadaron uno junto a otro hacia la ribera. Enloquecidos, asolaron los campos, devastaron los huertos, rompieron árboles y sembraron el pánico entre los campesinos. Un niño que no tuvo tiempo de huir fue pisoteado.

Dos, tres veces, los hipopótamos macho repitieron su manejo, mientras las hembras protegían a sus pequeños de los ataques de los cocodrilos. Varios alcaldes de pueblo apelaron a la policía. Kem acudió y organizó la caza. Los dos machos fueron abatidos, pero otras calamidades cayeron sobre los campos: bandadas de gorriones, proliferación de ratones y de ratas campestres, muerte prematura de bovinos, colonias de gusanos en la reserva de grano, por no mencionar una multiplicación de escribas de los campos, empeñados en comprobar la declaración de beneficios. Para conjurar la mala suerte, muchos agricultores llevaron como collar un fragmento de cornalina; la llama que contenía apagaba la agresividad de las fuerzas nocivas. Sin embargo, proliferaban los rumores.

El hipopótamo rojo se volvía destructor porque la magia protectora del faraón se debilitaba. ¿No anunciaba, acaso, una débil crecida, prueba de que el poder del soberano sobre la naturaleza se había agotado y debía reanudar su alianza con los dioses celebrando una fiesta de regeneración?

El proceso ordenado por el visir Bagey proseguía su curso. Sin embargo, Pazair seguía estando preocupado; a pesar de que no tenía noticias de Suti, había redactado un mensaje en código anunciándole que la situación del general Asher se degradaba y era inútil correr riesgos

desmesurados. Dentro de unos días, la misión de Suti tal vez carecería de objeto.

Otro acontecimiento era portador de malas noticias; de acuerdo con un informe de Kem, Pantera había desaparecido. Se había marchado por la noche, sin mencionar a sus vecinos adónde pensaba dirigirse. Ningún informador la había visto en Menfis. Decepcionada, herida, ¿no habría regresado a Libia?

La fiesta de Inhotep, modelo de sabios y patrón de los escribas, ofreció al juez una jornada de descanso que consagró a cuidar su resfriado y su tos, tomando soluciones de brionia.

Sentado en un taburete plegable, admiró el gran ramo de flores que había creado Neferet, uniendo entre sí fibras de hoja de palma, hojas de persea y muchos pétalos de loto. El manejo de la cuerda, cuidadosamente oculta, exigía una innegable destreza. Sin duda, aquella pequeña obra maestra gustaba mucho a Bravo; el perro se erguía, colocaba las patas anteriores en la mesilla e intentaba comerse las flores de loto.

Pazair lo había llamado ya más de diez veces, antes de ofrecerle un hueso más atractivo.

Amenazaba tormenta. Pesadas nubes oscuras, procedentes del norte, pronto oscurecerían el cielo. Animales y bestias estaban nerviosos, los insectos agresivos; la mujer de la limpieza corría en todas direcciones, la cocinera había roto una jarra. Todos aguardaban y temían la lluvia torrencial, que dañaría las casas más modestas y, en las zonas cercanas al desierto, formaría torrentes de barro y guijarros.

Pese a sus ocupaciones en el hospital, Neferet dirigía su casa con una sonrisa y sin levantar la voz. Los criados la adoraban, mientras que temían a Pazair, cuyo aspecto severo ocultaba su timidez. Ciertamente, el juez consideraba al jardinero algo perezoso, a la mujer de la limpieza demasiado lenta y a la cocinera golosa; pero a todos les complacía su trabajo. De modo que callaban.

Con un ligero cepillo, Pazair limpió personalmente al asno, molesto por el asfixiante calor; agua fresca y forraje alegraron a Viento del Norte, que se había tendido a la sombra de un sicomoro. Pazair, bañado en sudor, decidió darse una ducha. Cruzó el jardín donde maduraban los dátiles, flanqueó el muro que los separaba de la calle, pasó ante el corral donde graznaban las ocas y entró en la vasta morada, a la que ya comenzaba a acostumbrarse. Los ecos de una conversación indicaban que el cuarto de baño estaba ocupado. Una joven sirvienta, de pie en un murete, derramaba el contenido de una jarra sobre el dorado cuerpo de Neferet. El agua tibia resbalaba por la piel sedosa y, luego, era evacuada por una canalización abierta en las losas de calcáreo que cubrían el suelo.

El juez despidió a la sirvienta y ocupó su lugar.

–¡Cuánto honor! El decano del porche en persona... ¿Querrá darme un masaje?

–Es vuestro más devoto servidor.

Pasaron a la sala de unciones.

La estrecha cintura de Neferet, su sensualidad solar, sus pechos firmes y erguidos, sus caderas de dulce modelado, la finura de sus manos y de

sus pies fascinaban a Pazair. Cada día más enamorado, vacilaba entre admirarla sin tocarla o arrastrarla a un torbellino de caricias.

La muchacha se tendió en una banqueta de piedra cubierta de una estera mientras Pazair, tras haberse desnudado, elegía redomas y recipientes con ungüentos, unos de cristal multicolor y otros de alabastro. Extendió el oloroso producto sobre la espalda de su compañera y, suavemente, ascendió de los riñones hacia la nuca. Neferet consideraba que un masaje cotidiano era un acto terapéutico de primera importancia. Aliviar las tensiones, suprimir las contracciones, apaciguar los nervios, favorecer la circulación de la energía por los órganos, unidos todos al árbol de la vida, donde se formaba la médula espinal, mantenían el equilibrio y la salud.

De un estuche en forma de nadadora desnuda que empujaba ante sí un pato, cuyo cuerpo, de alas articuladas, servía de recipiente, Pazair tomó otro ungüento perfumado con jazmín y ungió el cuello de la muchacha.

El estremecimiento que provocó aquel contacto no se le escapó. Los labios sustituyeron a sus dedos; Neferet se dio la vuelta y recibió a su amante.

La tormenta no estallaba.

Pazair y Neferet almorzaron en el jardín, con gran satisfacción de Bravo, que merodeaba alrededor de las mesitas rectangulares de junco y tallo de papiro, en las que una sirvienta colocaba copas, platos y jarras. El juez había intentado, en vano, educar a su perro prohibiéndole que, mientras sus dueños comían, pidiera su parte. Bravo había descubierto en Neferet a una aliada. ¿Cómo podía su olfato resistir tan suculentos bocados?

–Tengo esperanzas, Neferet.

–Pocas veces eres optimista.

–Asher ya no puede escapar. Asesino y traidor... ¿Cómo puede un hombre mancillarse así? No creí tener que luchar contra el mal absoluto.

–Tal vez encuentres algo peor todavía.

–Tú eres la pesimista.

–Me gusta la felicidad, pero me siento amenazada.

–¿Por los progresos de la investigación?

–Cada vez estás más expuesto. ¿Permitirá el general Asher que lo derriben sin reaccionar?

–Estoy convencido de que sólo es un comparsa, no la cabeza de la maquinación. Se hacia ilusiones sobre la calidad del hierro celeste. Por lo tanto, sus cómplices lo engañaron.

–¿No estaría haciendo comedia?

–De ningún modo.

Neferet puso su mano derecha en la de su esposo. Comulgaron en aquel simple contacto. Ni la mona verde ni el perro los importunaron, sino que respetaron la belleza de un instante en el que dos seres se realizaban en una unidad que los trascendía.

La cocinera puso fin a aquel paraíso.

–Otra vez –se lamentó–. ¡La camarera ha robado el medallón de pescado que decoraba mi plato!

Neferet se levantó obligada a intervenir. La culpable, que privaba al juez de su golosina favorita, se había ocultado, consciente de su falta. La cocinera la llamó en vano y, luego, registró la mansión.

Su grito aterrorizó al perro, que se ocultó bajo una mesa.

Acudió Pazair. La cocinera lloraba inclinada sobre la camarera, que estaba tendida como una muñeca desarticulada en el suelo de la sala de recepción. Neferet ya estaba examinándola:

–Está paralizada –dijo.

Cuando el devorador de sombras vio que el juez Pazair salía de su casa, maldijo su mala suerte. ¿No había preparado minuciosamente su atentado? Gracias a una sirvienta parlanchina, había obtenido muchas informaciones sobre los gustos de Pazair. Haciéndose pasar por un pescadero, había vendido a la cocinera un magnífico mújol y un pequeño medallón de carne rosada y apetitosa.

Para fabricarlo, el devorador de sombras había utilizado el hígado de un tetraodon, el pez que se hinchaba con aire cuando lo amenazaba un depredador. Al igual que los huesos y la cabeza, el órgano contenía un veneno mortal, en una cantidad de cuatro miligramos por kilo. El devorador de sombras había reducido la dosis a un solo miligramo, para provocar una parálisis incurable.

Una estúpida golosa lo privaba de un éxito seguro. Volvería a empezar hasta conseguir el triunfo.

–La cuidaremos en el hospital –indicó Neferet–, pero no hay esperanza de que su estado mejore.

–¿Has identificado la sustancia que ha provocado la parálisis? –preguntó Pazair trastornado.

–Apuesto por el veneno.

–¿Por qué?

–Porque nuestra cocinera compró un mújol a un vendedor ambulante que ofrecía pescado fresco y pescado ya preparado. El medallón debía de estar compuesto de otra carne; algunos peces llevan sustancias tóxicas.

–Un crimen premeditado...

–La dosis fue calculada para dejar inválido, no para matar. Y tú eras la víctima. No se asesina a un juez, ¿verdad? Pero se puede impedir que piense y actúe.

Temblorosa, Neferet se refugió en los brazos de Pazair. Lo imaginaba impotente, con los ojos fijos, espuma en las comisuras de los labios y los miembros inertes. Incluso así, lo amaría hasta la muerte.

–Volverá a intentarlo –afirmó Pazair–. ¿Ha dado su descripción la cocinera?

–Vagamente... Un hombre de mediana edad, de los que no llaman la atención.

–Ni Denes, ni Qadash. Tal vez Chechi, o un asesino a sueldo. Ha cometido una falta: revelarnos su existencia. Pondré a Kem tras sus huellas.

El comité de médicos, cirujanos y farmacéuticos encargados de designar el nuevo médico en jefe del reino recibió a los primeros

postulantes, cuya candidatura había sido declarada aceptable por la justicia. Se presentaron un oftalmólogo, un médico de Elefantina, la mano derecha del difunto Nebamon y el dentista Qadash.

Este último, como sus colegas, respondió a preguntas técnicas, presentó los descubrimientos efectuados durante su carrera, habló de sus fracasos y de sus causas. Le hicieron muchas preguntas sobre sus proyectos.

Los votos se dispersaron, ningún candidato obtenía la mayoría requerida. Un ardiente partidario de Qadash indispuso al comité, que lo puso en guardia contra un reciente pasado; nadie aceptaría los trucos que Nebamon alentaba. El defensor arrió bandera.

Un segundo escrutinio dio resultados idénticos. Era forzoso admitir que el reino seguía sin médico en jefe.

–¿Asher aquí?

El intendente de Denes confirmó la presencia del general a las puertas de la mansión.

–Decidle que... No, dejadlo entrar. Aquí no, en los establos

El transportista tomó tiempo para peinarse y perfumarse. Cortó dos pelos blancos, demasiado largos, que turbaban el orden de su fina barba. Hablar con aquel obtuso soldado le disgustaba en sumo grado; pero todavía podía serle útil, especialmente como chivo expiatorio.

El general admiraba un soberbio caballo gris.

–Hermoso animal. ¿Está en venta?

–Todo está en venta, general; es la ley de la vida. El mundo se divide en dos categorías: los que pueden comprar, y los demás.

–Ahorradme vuestra filosofía de pacotilla. ¿Dónde está vuestro amigo Chechi?

–¿Cómo puedo saberlo?

–Es vuestro más fiel aliado.

–Los tengo a decenas.

–Trabajaba a mis órdenes en la fabricación de nuevas armas. Hace tres días que no ha pasado por el laboratorio.

–Lo siento mucho por vos, pero vuestras desventuras no me interesan en absoluto.

El hombre con rostro de roedor cerró el paso a Denes.

–Me habéis tomado por un imbécil fácil de manejar, y vuestro amigo Chechi me ha hecho caer en una trampa. ¿Por qué?

–Vuestra imaginación se extravía.

–Vendedme a Chechi. Vuestro precio es el mío.

Denes vaciló. Un día u otro, Chechi le cansaría a fuerza de ser servil. Pero el momento no era propicio. Había previsto un papel distinto para su mejor apoyo.

–Sois muy exigente, Asher.

–¿Os negáis?

–Rindo culto a la amistad.

–He sido estúpido, pero ignoráis mis posibilidades reales. Hacéis mal burlándoos de mí.

Qadash gesticuló. Con los cabellos blancos en desorden, un echarpe envolviéndole el cuerpo y cubriendo su corpiño de piel de felino, y la nariz llena de venitas a punto de estallar, invocó a las divinidades celestiales, de la tierra y del mundo intermedio, tomándolas como testigos de su infortunio.

–Tranquilízate –exigió Denes molesto–. Toma ejemplo de Chechi.

El químico del pequeño bigote negro estaba sentado en la posición del escriba, en el ángulo más oscuro del comedor, donde los tres hombres habían almorzado, en una atmósfera siniestra. La señora Nenofar seguía intrigando, en palacio, contra Bel-Tran. Sus escasos progresos la hacían cada vez más irritable.

–¿Tranquilizarme? ¿Cómo explicar que hayan rechazado mi candidatura para el puesto de médico en jefe?

–Fracaso provisional.

–Y, sin embargo, habíamos comprado a los mismos facultativos que Nebamon.

–Un mero contratiempo; cuenta conmigo para recordarles nuestro contrato. En la próxima votación no habrá sorpresas desagradables.

–Seré médico en jefe, me lo prometiste! Cuando ocupe el cargo, dispondremos de todas las drogas y venenos. Reinar sobre la salud pública es esencial.

–Caerá en nuestras manos, como los demás órganos del poder.

–¿Por qué no actúa el devorador de sombras?

–Pide tiempo.

–¡Tiempo, siempre tiempo! Soy un hombre de edad y quiero aprovecharme de mis nuevas ventajas.

–Tu impaciencia no nos ayudará.

El dentista de cabellos blancos se dirigió a Chechi.

–¡Habla! ¿No debemos apresurarnos?

–Chechi se ve obligado a ocultarse –explicó Denes.

Qadash se indignó.

–¡Creí que sujetábamos las riendas!

–Las sujetamos, pero la posición del general se debilita. El juez Pazair puso objeciones a su informe, y el visir aceptó sus conclusiones.

–¡Otra vez Pazair! Pero ¿cuándo nos libraremos de él?

–El devorador de sombras se ocupa de ello. ¿Por qué precipitarnos cuando el pueblo gruñe cada día más contra Ramsés?

Chechi trasegó una bebida azucarada.

–Estoy cansado –confesó Qadash–. Tú y yo somos ricos. ¿Para qué queremos más?

Los labios de Denes se fruncieron.

–No te comprendo.

–¿Y si renunciáramos?

–Demasiado tarde.

–Denes tiene razón –comentó el químico.

Qadash se dirigió a Chechi.

–¿Has pensado, una sola vez, en ser tú mismo?

–Denes manda, yo obedezco.

–¿Y si te lleva a la perdición?

–Creo en un país nuevo, que sólo nosotros somos capaces de construir.

–Son palabras de Denes, no tuyas.

–¿No estás de acuerdo con nosotros?

–¡Bah!

Qadash, malhumorado, se apartó.

–Estoy de acuerdo con vosotros en que es irritante tener el poder supremo al alcance de la mano y verse obligado a esperar pacientemente –prosiguió Denes–. Pero admitid que no corremos riesgo alguno y que la tela tejida es indestructible.

–¿Me perseguirá Asher durante mucho tiempo todavía? –se inquietó Chechi.

–No puede alcanzarte, está en las últimas.

–Es tozudo y retorcido –objetó Qadash–; ¿acaso no fue a importunarte, a amenazarte incluso? Asher no se hundirá solo. Nos arrastrará en su caída.

–Sin duda, ésa es su intención –admitió Chechi–; pero de nuevo está haciéndose ilusiones. ¿Olvidas que el general no posee clave alguna? Al tomarse por un salvador, se condenó a sí mismo.

–¿Y no lo alentaste tú?

–Comenzaba a resultar molesto.

–Al menos, con él, el juez Pazair tiene un hueso que roer –precisó Denes divertido–. Alentemos un duelo a muerte entre ambos. Cuanto más se acentúe, más ciego estará el juez.

–¿Y si el general intentara un golpe de fuerza contra ti? Sospecha que ocultas a Chechi.

–¿Lo imaginas asaltando mi mansión a la cabeza de un ejército?

Enfadado, Qadash puso mala cara.

–Somos como dioses –aseguró Denes–. Hemos creado un río cuyo curso no podrá interrumpir presa alguna.

Neferet cepillaba al perro. Pazair leía un informe de escriba lleno de faltas. De pronto, su mirada se vio atraída por un extraño espectáculo.

A unos diez metros de él, en el brocal del estanque de los lotos, una urraca se encarnizaba con su presa a picotazos.

El juez dejó el papiro, se levantó y espantó la urraca. Horrorizado, descubrió una golondrina con las alas plegadas y la cabeza ensangrentada. La urraca le había reventado un ojo y desgarrado la frente. El infeliz pájaro, una de las formas que el alma del faraón tomaba para ascender al cielo, estaba todavía recorrido por convulsiones.

–¡Neferet, ven en seguida!

La muchacha acudió. Como Pazair, sentía veneración hacia aquel hermoso pájaro que llevaba dos nombres, "grandeza" y "estabilidad". Sus alegres danzas, en los tintes de oro y naranja del poniente, dilataban el corazón.

Neferet se arrodilló y tomó el ave herida entre sus manos.

El cuerpecito, cálido y suave, se abandonó feliz de encontrar refugio.

–No la salvaremos –deploró.

–No habría debido intervenir.

Pazair se reprochó su ligereza. El hombre no debía interferir en el cruel juego de la naturaleza ni interponerse entre la vida y la muerte.

Las garras del pájaro se hundieron en la carne de Neferet.

Se agarraba a ella como a la rama de un árbol. Pese al dolor, no la abandonó.

Pazair había cometido una falta contra el espíritu, y se sentía desamparado. ¿Era digno de juzgar si infligía inútiles sufrimientos a una golondrina, arrancándola de su destino?

Vanidoso, estúpido, sometía a la tortura al ser que había intentado salvar.

–¿No sería mejor que la matásemos? Si es necesario, yo...

–Eres incapaz de hacerlo.

–Soy responsable de su agonía. ¿Quién podrá concederme aún su confianza?

CAPÍTULO 25

La princesa Hattusa soñaba en otro mundo. Ella, esposa diplomática de Ramsés, ofrecida a Egipto para sellar la paz, era sólo una mujer abandonada.

La riqueza de su harén no la consolaba. Había esperado el amor, la intimidad del faraón, y sufría una soledad más espantosa que la de una reclusa. Cuanto más se diluía su existencia en el agua del Nilo, más odiaba Egipto.

¿Cuándo vería de nuevo la capital del reino hitita, erigida en una altiplanicie, a la salida de un inhóspito paisaje compuesto de barrancos, gargantas y abruptas colinas que sucedían a las áridas estepas? Las montañas ponían la ciudad al abrigo de una invasión. Fortaleza construida por enormes bloques en la cima de una eminencia, dominaba oteros y encajonados valles, símbolo del orgullo y el salvajismo de los primeros hititas, guerreros y conquistadores. Adaptándose al relieve, adhiriéndose a los picos y espolones rocosos, las murallas de la capital, por su mero aspecto, rechazaban al invasor. Hattusa, en su infancia, corría por las empinadas callejas, robaba copas llenas de miel depositadas en las rocas para apaciguar a los demonios, jugaba a la pelota con los muchachos que rivalizaban en fuerza y habilidad.

Allí no contaban las horas.

Ninguna princesa extranjera que hubiera residido en la corte de Egipto, como prenda de alianza y respeto a un tratado, había regresado a su país. Sólo el ejército hitita podía liberarla de aquella prisión con aspecto de paraíso. Ni su padre, ni su familia habían renunciado a apoderarse del delta y del valle del Nilo; los convertirían en una colonia de esclavos y un gigantesco granero. Tenía que socavar sus fundamentos, demoler el edificio desde el interior, debilitar a Ramsés e imponerse como regente. Muchas mujeres habían reinado, en el pasado y eran ellas las que habían inspirado la guerra de liberación contra los nómadas asiáticos, instalados en el norte del país. Hattusa no tenía otra elección; al liberarse a sí misma, concedería a su pueblo la más hermosa de las victorias.

Al ofrecerle el hierro celeste, Denes no había sido consciente de que estaba reforzando su convicción y sus poderes.

Entre los hititas, quien poseía aquel metal, obtenía el favor de los dioses. ¿Había mejor soporte, para comunicarse con ellos, que aquel tesoro brotado de las profundidades del espacio? En cuanto estuviera en posesión del bloque, Hattusa ordenaría hacer con él amuletos, collares, brazaletes y anillos. Se vestiría con el hierro celeste, se mostraría como la hija de las piedras de fuego que desgarran las nubes.

Denes era un imbécil pretencioso, pero le sería de utilidad. Desorganizar el comercio de géneros alimenticios daría un severo golpe al prestigio de Ramsés; pero otra estrategia sería más eficaz aún para abrir el camino de la conquista.

Hattusa se disponía a librar la batalla decisiva. Tenía que convencer a un hombre, uno sólo, para dividir Egipto y abrir una brecha por la que penetrarían los hititas.

A mediodía, el templo de Karnak dormitaba. De los tres rituales de ofrenda que el sumo sacerdote celebraba en nombre del rey, el de la mitad de la jornada era el más breve. Se limitaba a venerar el naos cerrado donde reposaba la estatua divina, reavivada en un largo ceremonial del alba, y se aseguraba de que lo invisible fecundara el inmenso bajel de piedra, garante de la armonía del mundo.

El jardinero Kani, convertido en pontífice del templo de Amón y tercer personaje oficial del país después del faraón y el visir, no había perdido en absoluto sus maneras campesinas. Atezado, con la piel arrugada y las manos callosas, ignoraba la altiva untuosidad de los escribas, educados en las mejores escuelas de la capital, y gobernaba a los hombres de la misma manera que hacia crecer las plantas. Pese a la carga de sus tareas materiales, no dejaba que nadie se ocupase del huerto, donde cultivaba plantas medicinales.

Ante la sorpresa general, Kani recibía la adhesión de la jerarquía religiosa, difícil de seducir sin embargo. El antiguo jardinero, burlándose de los privilegios adquiridos, pretendía que los dominios del templo fueran prósperos y el servicio divino se llevara a cabo respetando la Regla. Al no haber descubierto otro método que el trabajo y el amor por la obra bien hecha, seguía aplicándolo. El carácter de sus palabras, a menudo demasiado directas, sorprendía a los administradores, acostumbrados a una mayor delicadeza. Pero el sumo sacerdote daba la cara y sabía imponerse. No se manifestaba resistencia alguna de consideración; pese a las pesimistas predicciones, Karnak obedecía a Kani. Los egipcios no dejaron de saludar lo acertado de la elección de Ramsés el Grande.

Tonterías, al modo de ver de Hattusa.

El rey, supremo táctico, había evitado una fuerte personalidad que pudiera hacerle sombra. Desde el reinado de Akenaton, las relaciones entre el faraón y el sumo sacerdote de Amón se habían hecho tensas. Karnak era demasiado rico, demasiado poderoso, demasiado grande; allí reinaba el dios de las victorias. Ciertamente, el rey nombraba al pontífice, pero una vez instalado, este último intentaba aumentar sus prerrogativas. El día en que se produjera una escisión entre un sumo sacerdote, dueño del sur, y un rey reducido a reinar sobre el norte, Egipto estaría condenado.

El nombramiento de Kani era la ocasión de lograrlo. Un hombre del pueblo, un campesino, se dejaría embriagar por el fasto y la riqueza: convertido en rey de un templo, aspiraría a gobernar las provincias meridionales y, luego, el país entero. Él no lo sabia todavía, pero Hattusa estaba segura de ello. A ella le tocaba conseguir que Kani se descubriera a sí mismo, hacer que naciera en él una ambición devoradora, establecer

una alianza contra Ramsés. Ninguna palanca sería más eficaz que el sumo sacerdote de Amón.

Hattusa se había vestido con sencillez, sin collar ni adornos; la austeridad se adecuaba a la inmensa sala de columnas donde el sumo sacerdote había aceptado recibirla. Nadie habría podido distinguir a Kani de los demás sacerdotes si no hubiera llevado el anillo de oro, emblema de su función. Con el cráneo afeitado y el torso poderoso, carecía de elegancia.

La princesa se felicitó por su aspecto; el antiguo jardinero debía aborrecer la coquetería.

–Caminemos –propuso.

–Este lugar es grandioso.

–Nos aplasta o nos eleva.

–Los arquitectos de Ramsés son verdaderos genios.

–Expresan la voluntad del faraón, como yo, como vos.

–Yo sólo soy su esposa secundaria, un aspecto de su diplomacia.

–Encarnáis la paz con los hititas.

–Ser un símbolo no me satisface.

–¿Deseáis retiraros al templo? Las cantantes de Amón os recibirían de buen grado. Desde la muerte de Nefertari, la gran esposa real, se sienten huérfanas.

–Tengo otros proyectos, más ambiciosos.

–¿Me conciernen?

–En sumo grado.

–Pues me sorprende mucho.

–Cuando el destino del país está en juego, ¿cómo puede permanecer indiferente el sumo sacerdote de Karnak?

–Ese destino está en manos de Ramsés.

–¿Aunque os desprecie?

–No tengo esa impresión.

–Porque no lo conocéis. Su doblez engaña a más de uno. La función del sumo sacerdote de Amón le molesta; a corto plazo, no ve otra solución que suprimirla y ocuparla personalmente.

–¿No creéis que actualmente ya se da ese caso? El faraón es el único intermediario entre lo sagrado y su pueblo.

–No me preocupa la teología; Ramsés es un déspota. Vuestros poderes le molestan.

–¿Qué proponéis?

–Que Tebas y su sumo sacerdote rechacen esta dictadura.

–Oponerse al faraón es negar la vida.

–Procedéis de un medio modesto, Kani. Yo soy una princesa. Seamos aliados; tendremos el oído del pueblo y el de los cortesanos. Crearemos otro Egipto.

–Enfrentar el sur y el norte sería quebrar la columna vertebral del país y hacerlo inválido. Si el faraón no une las dos tierras, la miseria, la pobreza y la invasión serán nuestro patrimonio.

–Ramsés está conduciéndonos a este desastre; sólo nosotros podemos evitarlo. Si me secundáis, seréis rico.

–Levantad la cabeza, princesa. ¿Existe mayor riqueza que la de contemplar las divinidades inmortalizadas en la piedra?

–Sois el último recurso, Kani. Si no intervenís, Ramsés conducirá a Egipto a su ruina.

–Sois una mujer decepcionada, ávida de venganza. La desgracia os oprime, deseáis arruinar vuestra tierra de adopción. Dividir Egipto, quebrarle el espinazo, convertirlo en una provincia hitita... ¿Son ésas vuestras intenciones secretas?

–¿Y si fuera así?

–Alta traición, princesa. Los jueces pedirán la pena de muerte.

–Dejáis escapar vuestra suerte.

–En el corazón de este templo no hay ni buena ni mala suerte, sólo servicio a lo sagrado.

–Os equivocáis.

–Si el error es ser fiel al faraón, este mundo ya no merece existir.

Hattusa había fracasado. Sus labios temblaron.

–¿Me denunciaréis?

–Al templo le gusta el silencio. Haced que calle en vuestro interior la voz de la destrucción y conoceréis la serenidad.

La golondrina se obstinaba en vivir. Neferet la había instalado en un cesto con paja, al abrigo de gatos y demás depredadores. Humedecía su pico herido. Incapaz de alimentarse, con las alas plegadas, el pájaro se acostumbraba a la presencia de la muchacha.

Pazair seguía reprochándose su estúpida intervención.

–¿Por qué no interrogas más a la señora Nenofar? –preguntó Neferet–. Existen graves sospechas contra ella.

–Intendente de las telas, excelente en el manejo de la aguja, ya lo sé. Pero no la veo asesinando a Branir a sangre fría. Exaltada, chillona, segura de sí misma, imbuida de su propia importancia...

–¿O tal vez gran simuladora?

–Tiene fuerza física, lo admito.

–¿El asesino no atacó a Branir por la espalda?

–En efecto.

–La precisión era más importante que la fuerza. Añadamos un buen conocimiento de la anatomía para herir en el lugar adecuado.

–Nebamon sigue siendo el mejor sospechoso.

–Antes de morir fue sincero. No es culpable.

–Si hago comparecer a la señora Nenofar ante un tribunal, negará y será absuelta. Sólo tengo indicios turbadores, pero ninguna prueba. Nuevos interrogatorios serían estériles. Clamaría su inocencia, apelaría a sus relaciones, presentaría una demanda por acoso. Necesito algún elemento nuevo.

–¿Has informado a Kem de la tentativa de envenenamiento?

–Me vigila día y noche. Él y su babuino duermen por turnos.

–¿No podría enviar algunos policías?

–Ya se lo dije, pero no confía en ellos.

–No rechaces su protección.

–A veces me molesta.

–Decano del porche, vuestros deberes prevalecen sobre vuestros gustos.

–¿Me consideras, acaso, un viejo funcionario?

Ella pareció reflexionar, casi ansiosa.

–La pregunta merece un examen. Esta noche veremos si...

La tomó en sus brazos, la levantó y cruzó el umbral de la casa.

–El anciano te desposará tantas veces como sea necesario. ¿Por qué esperar a que llegue la noche?

El sello del decano del porche permaneció suspendido sobre el papiro. Desde primeras horas de la mañana, ratificaba gran cantidad de documentos relativos al buen funcionamiento del trabajo agrícola, al control de las rentas agrarias y a la entrega de géneros alimenticios. Pazair leía de prisa y captaba en pocos segundos el tenor de un informe. Este lo sorprendió.

–¿Cinco días de retraso para una entrega de fruta fresca?

–Eso es –confirmó el escriba.

–Inaceptable. Me niego a avalarlo. ¿Habéis exigido explicaciones?

–Envié el formulario a mi colega de Tebas.

–¿Y la respuesta?

–No ha llegado.

–¿Por qué?

–Están desbordados por retrasos del mismo estilo.

–Hace más de una semana que reina este desorden, y nadie me lo ha dicho.

El escriba tartamudeó unas excusas.

–Investigaciones más importantes...

–¿Más importantes? ¡Decenas de pueblos pueden quedarse sin avituallamiento! ¡El incidente os parece secundario por la grasa de vuestro vientre!

Cada vez más turbado, el escriba depositó un montón de papiros en la estera del juez.

Nos advierten de otros retrasos en otros géneros. Según una nota alarmista, las legumbres procedentes del Medio Egipto no llegarán a los cuarteles de Menfis antes de diez días.

Pazair palideció.

–¿Imagináis la reacción de los soldados? ¡Vayamos a los muelles, pronto!

El propio Kem conducía el carro que flanqueó el canal paralelo al Nilo, los almacenes, los graneros, y se inmovilizó ante los muelles de llegada. Pazair corrió hacia el despacho de registro de géneros frescos, donde un muchachito abanicaba a dos funcionarios adormecidos.

–¿Reservas de frutas y legumbres? –preguntó Pazair.

–¿Quién sois?

–El decano del porche.

Ambos hombres se levantaron asustados. Se inclinaron ante el alto magistrado.

–Perdonadme. Desde hace unos días no tenemos trabajo, las entregas han cesado.

–¿Dónde están bloqueados los navíos?

–En ninguna parte. Llegan a Menfis, pero no con el cargamento adecuado. Hoy, el mayor carguero de frutas ha transportado piedras. ¿Qué podemos hacer?

–¿Está todavía en el muelle?

–Pronto zarpará hacia Tebas.

Pazair y Kem, acompañados por el babuino policía, atravesaron un astillero y llegaron al puerto, del que salía un barco marino con destino a Chipre. El carguero de frutas estaba izando las velas. El juez subió por la pasarela.

–Un momento –exigió Kem sujetándolo por el brazo.

–Tenemos prisa.

–Tengo un mal presentimiento.

El babuino, erguido, fruncía su hocico.

–Pasaré primero.

El nubio comprendió la causa de la agitación de su mono. Entre las cajas amontonadas en cubierta había una jaula. Detrás de los barrotes de madera iba y venía una pantera.

–Queremos ver al capitán –exigió Pazair.

Un hombre de unos cincuenta años, de estrecha frente y robustas formas abandonó la caña del timón y salió al encuentro del juez.

–Estoy a punto de zarpar, bajad de mi barco.

–Policía –declaró Kem–. Intervengo a las órdenes del decano del porche, aquí presente.

El capitán bajó el tono.

–Estoy en regla, aunque los muelles no aceptan mi cargamento de gres.

–¿No esperaban legumbres?

–Sí, pero he sido requisado.

–¿Requisado? –se extrañó Pazair–. ¿Por qué organismo de Estado?

–Yo obedezco a los escribas. No quiero problemas.

–Mostradme en seguida el diario de navegación.

Mientras Pazair examinaba el documento, Kem hizo abrir una caja. Contenía, efectivamente, gres destinado a los escultores de los templos.

El diario de navegación mencionaba un enorme cargamento de fruta fresca, embarcado en la orilla este de Tebas, requisado en medio del río por escribas de la marina y desembarcado en Tebas oeste. El carguero había puesto rumbo al norte, hasta las canteras de Gebel Silsileh, donde los canteros lo habían cargado con cajas de gres solicitado por... ¡Karnak! De acuerdo con sus primeras instrucciones, el barco se había dirigido a Menfis. El inspector de los muelles había rechazado una mercancía no conforme.

Suspicaz, Kem examinó el contenido de otras cajas, pero todas estaban llenas de bloques de gres.

El devorador de sombras seguía a Pazair desde la mañana. La presencia de Kem y el babuino complicaba una tarea bastante ardua de

por sí. Tendría que concebir un nuevo plan y acechar el momento en que la vigilancia se debilitara.

Se presentó una oportunidad. Se unió a un grupo de marinos que subía a bordo, llevando raciones para la tripulación, y se ocultó tras el mástil principal. Pazair discutía de firme con el capitán, mientras Kem y el babuino inspeccionaban la caja. Arrastrándose, el devorador de sombras se aproximó a la jaula.

Una a una, quitó cuatro de las cinco barras que cerraban la jaula de la fiera. Como si hubiera descubierto su intención, la pantera se inmovilizó dispuesta a saltar hacia la libertad.

Pazair se indignaba.

–¿Dónde está el sello de la policía fluvial? –preguntó al capitán por tercera vez.

–Han olvidado ponerlo, es...

–No salgáis de Menfis.

–¡Imposible! Debo entregar este gres.

–Me llevo vuestro diario de navegación para examinarlo detalladamente.

El juez se dirigió hacia la pasarela. Cuando pasó ante la jaula, el devorador de sombras quitó la quinta barra y se tendió en cubierta.

El rápido paso de Pazair llamó la atención de la fiera, que salió de su jaula y se inmovilizó, rugiendo, a la entrada de la pasarela. El animal, capturado en el desierto de Nubia, era espléndido.

Fascinado, embargado por el miedo, el juez clavó su mirada en la del felino. No vio en ella odio alguno. Iba a arrojarse sobre él porque era un obstáculo en su camino, sencillamente.

Un aullido hizo estremecer a toda la tripulación. El babuino salió de la caja y se interpuso entre la pantera y el juez.

Con las fauces abiertas, los ojos enrojecidos, el pelo erizado y los brazos oscilando como los de un luchador, desafiaba a su adversario.

En la sabana, la pantera, aun estando hambrienta, abandonaba su presa cuando un grupo de grandes monos la amenazaba. Valerosa, mostró los colmillos y sacó sus garras. El babuino, excitado, daba saltos sin desplazarse.

Kem, con el puñal en la mano, se colocó a su derecha. No dejaría que su mejor amigo policía combatiera solo.

La pantera retrocedió y regresó a la jaula. Kem avanzó y, sin dejar de mirarla, colocó una a una las barras.

–¡Por allí, un hombre huye!

El devorador de sombras había abandonado el barco deslizándose por un cabo y desaparecía por la esquina de un muelle.

–¿Podéis darme su descripción? –preguntó Pazair al marino.

–¡Lamentablemente, no! Una vaga silueta de fugitivo.

El juez dio las gracias al babuino colocando su mano en la pata poderosa y velluda. El mono se había tranquilizado; había orgullo en su mirada.

–Han intentado mataros –advirtió Kem.

–Más bien herirme cruelmente; vos me habríais arrancado de las garras de la pantera, pero ¿en qué estado?

–Como jefe de policía, tengo ganas de encerraros en vuestra casa.

–Como decano del porche, me liberaría de un arresto arbitrario. Que nuestros adversarios actúen así demuestra que estamos avanzando en la dirección correcta.

–Temo por vos.

–¿Tengo otra elección? Tenemos que avanzar.

–Este objeto os ayudará a ello.

Kem abrió la mano y le mostró un tapón de jarra.

–Hay diez del mismo tipo en la bodega: reserva de vino del capitán. Las instrucciones permiten identificar al propietario del carguero.

La grafía era rápida pero legible. En el tapón podía leerse: "Harén de la princesa Hattusa."

CAPÍTULO 26

El capitán del carguero había confesado, sin hacerse de rogar, que trabajaba, efectivamente, para la princesa Hattusa.

Pazair continuó con la investigación, pues ni el indicio material ni la declaración lo satisfacían.

Kem convocó a los directores regionales de la policía fluvial. Resultó que ninguno había dado la orden de apoderarse del carguero de frutas y legumbres a la altura de Tebas; por ello no figuraba el sello oficial en el diario de navegación del capitán.

Pazair lo convocó de nuevo.

–Me mentisteis.

–Tuve miedo.

–¿De quién?

–De la justicia, de vos, sobre todo de ella...

–¿De la princesa Hattusa?

–Hace dos años que estoy a su servicio. Es generosa, pero muy exigente. Fue ella la que me ordenó actuar de ese modo.

–¿Sois consciente de que estáis desorganizando el transporte de alimentos frescos?

–U obedecía o me despedía. Y no soy el único... Otros colegas me imitaron.

Dos escribanos tomaban nota de las declaraciones del capitán. Pazair leyó ambos textos, asegurándose de que fueran idénticos. El capitán aprobó sus declaraciones.

Crispado, ansioso, el juez hizo que llevaran un mensaje a Bel-Tran.

Los dos hombres se encontraron en el barrio de los alfareros, donde artesanos de manos delicadas y ágiles pies daban forma a mil y un recipientes, desde la pequeña redoma para ungüento hasta la gran jarra destinada a conservar carne fresca. Numerosos discípulos colaboraban en el trabajo de un maestro antes de ejercitarse personalmente en el torno.

–Os necesito.

–Mi posición no es muy cómoda –confesó Bel-Tran–. La señora Nenofar me libra una auténtica guerra. Intenta formar un clan de cortesanos que exija mi destitución. Y el visir escucha a algunos de ellos.

–Bagey juzgará por las pruebas.

–Por eso me paso las noches verificando los documentos contables. Nadie podrá descubrir la menor irregularidad en mi gestión.

–¿De qué armas dispone Nenofar?

–Perfidia e insinuaciones. No subestimo su impacto, pero mi única respuesta es el trabajo.

–Acabo de advertir unos hechos que podrían serviros.
–¿Cuáles?
–Un intento de desorganizar el comercio de productos frescos.
–¿Simple error administrativo?
–No, voluntad deliberada.
–¡Corremos graves riesgos, tal vez revueltas!
–Tranquilizaos, he identificado a la culpable.
–¿Una mujer?
–La princesa Hattusa.
Bel-Tran se ajustó el paño.
–¿Estáis seguro?
–Mi expediente contiene pruebas y testimonios.
–¡Esta vez ha ido demasiado lejos! Pero atacarla a ella supone poner en cuestión al rey.
–¿Acaso Ramsés hambrearía a su pueblo?
–La pregunta no tiene sentido; pero ¿dejará que condenen a su esposa, símbolo de la paz con los hititas?
Ha cometido una falta grave. ¿Qué será del país si los grandes escapan de la justicia? Se convertirá en tierra de compromisos, de privilegios y de mentira.
–No ahogaré el asunto pero, sin una denuncia oficial del Tesoro, Hattusa bloqueará el procedimiento.
Bel-Tran no vaciló mucho tiempo.
–Mi carrera está en juego, pero tendréis vuestra denuncia.

Diez veces había humedecido Neferet el pico de la golondrina a lo largo del día. El pájaro había vuelto la cabeza hacia la luz; la médica la acariciaba y le hablaba, perdiendo la esperanza de arrancarla a una segura muerte.
Pazair regresó tarde, extenuado.
–¿Todavía vive?
–Parece que sufre menos.
–¿Alguna esperanza?
–Sinceramente, no. Su pico sigue cerrado. Se extingue dulcemente, nos hemos hecho amigas. ¿Por qué te atormentas tanto?
–La princesa Hattusa intenta hambrear Menfis y los pueblos de la región.
–¡Absurdo! ¿Cómo puede conseguirlo?
–Con la corrupción, contando con la inercia de la administración. Pero es absurdo, en efecto. Existen demasiados niveles de control. Se ha vuelto loca. El Tesoro, por medio de Bel-Tran, presenta denuncia, y yo me voy a Tebas para inculpar a la princesa.
–¿No estarás alejándote de Branir, del general Asher y de los conspiradores?
–Tal vez no, si Hattusa es la aliada de Denes.
–El proceso del general más famoso y, luego, el de una esposa real... ¡No sois un magistrado ordinario, juez Pazair!
–Tú no eres una mujer ordinaria. ¿Me apruebas?
–¿Qué precauciones vas a tomar?

–Ninguna. Debo interrogarla y presentarle las bases de la acusación. Luego trasladaré el asunto al visir; Bagey rechazaría una instrucción ya cerrada.

–Te quiero, Pazair.

Se besaron.

–Veneno, una pantera... ¿Qué estará preparando el hombre que intenta lisiarte?

–Lo ignoro, pero no temas; Kem y yo viajaremos en un barco de la policía fluvial.

Antes de cenar visitó a la golondrina. Con gran sorpresa por su parte, levantó la cabeza. El ojo reventado había cicatrizado y el cuerpecito se estremecía con mayor energía.

Atónito, Pazair no se atrevía a moverse. Neferet reunió unas briznas de paja y las colocó en las patas del pájaro para que le sirvieran de percha. La golondrina se agarró a ellas.

De pronto, con pasmosa vivacidad, aleteó y emprendió el vuelo. Inmediatamente, una decena de sus semejantes, que aparecieron de todos los puntos del cielo, la rodearon; una de ellas la besó como una madre que recuperara a su hijo. Luego otra, y otra y toda la bandada, loca de júbilo. La comunidad de golondrinas revoloteó por encima de Neferet y Pazair, incapaces de contener sus lágrimas.

–¡Qué unidas están!

–No te equivocaste arrancándola de la muerte. Ahora, vive entre los suyos. Qué le importa el mañana.

El cielo era luminoso, el sol soberano.

Pazair admiraba su país desde la proa del barco. Agradecía a los dioses haberle hecho nacer en aquel suelo mágico, en aquella tierra de contrastes entre campos cultivados y desierto. Bajo las copas de las palmeras circulaba el agua bienhechora de los canales de riego y se albergaban las blancas casas de apacibles aldeas. El oro de las espigas brillaba, el verde de los palmerales encantaba la vista. El trigo, el lino, los huertos nacían de la tierra negra, cultivada por generaciones de campesinos. Acacias y sicomoros rivalizaban en belleza con los tamariscos y las perseas; a orillas del Nilo, lejos de los embarcaderos, crecían papiros y cañas. En la arena del desierto, las plantas brotaban a la menor lluvia y las profundidades conservaban durante semanas el líquido celeste en los manantiales, que detectaba la varilla de los zahoríes. El delta y sus fértiles extensiones, el valle con el divino río abriéndose camino entre montañas áridas y estériles mesetas seducían el alma y situaban al hombre en su justo lugar en la creación, tras los animales, los minerales y los vegetales, de acuerdo con las enseñanzas de los sabios. Sólo la especie humana, en su vanidad y su locura, intentaba a veces desnaturalizar la vida; por eso la diosa Maat le había ofrecido la justicia, para enderezar la rama torcida.

–Me opongo a esta gestión –precisó Kem.

–¿Creéis acaso en la inocencia de la princesa?

–Vais a quemaros las alas.

–Mi instrucción es sólida.

–¿Qué valor tendrá frente a las negativas de una esposa real? Me pregunto si no estáis fortaleciendo a los canallas que os quiebran el

espinazo. ¿Imagináis la cólera de Hattusa? Ni siquiera el visir Bagey podrá protegeros.

–No está por encima de las leyes.

–¡Hermoso pensamiento, en verdad! Hermoso e irrisorio.

–Ya veremos.

–¿De dónde sacáis esa confianza?

–De la mirada de mi esposa y, desde hace poco, del vuelo de una golondrina.

Se levantó un violento viento que formó imprevisibles torbellinos en el Nilo. A proa, el hombre encargado de sondear el río con un largo bastón fue incapaz de cumplir su oficio.

Sorprendidos por la súbita tormenta, los marineros no maniobraron con suficiente rapidez; las vergas se quebraron, el mástil principal se torció, el gobernalle ya no respondía. Errabundo, el barco chocó con un banco de arena. Echaron el anda, bloque de piedra de unos once kilos de peso, a popa para estabilizar la embarcación en mitad de la corriente. En cubierta, la gente se agitaba; Kem restableció la calma con su poderosa voz. En compañía del capitán, hizo el inventario de los daños y dio orden de proceder a las reparaciones.

Sacudido, empapado, Pazair se sentía inútil. Kem lo hizo entrar en la cabina mientras dos aguerridos marinos se sumergían para comprobar el estado del casco. Afortunadamente, no había sufrido demasiado; en cuanto la cólera del Nilo se apaciguara, la navegación proseguiría.

–La tripulación está inquieta –reveló el nubio–. Antes de zarpar, el capitán se ha olvidado de repintar los ojos mágicos que figuran a ambos lados de la proa. Esta negligencia podría haber cegado el navío y provocar un naufragio.

El juez sacó de su bolsa de viaje material de escriba. Preparó una tinta muy negra, casi indeleble y, con mano segura, restauró personalmente los ojos protectores.

Avisados por el capitán del carguero de frutas y legumbres de la princesa Hattusa, cinco guardias de su harén, apostados a unos cincuenta kilómetros al norte de Tebas, aguardaban el paso del barco de la policía que transportaba al juez Pazair. Su misión era sencilla: detenerlo a toda costa.

A cambio de su fidelidad habían recibido un pedazo de tierra, dos vacas, un asno, diez sacos de trigo y cinco jarras de vino.

El mal tiempo los llenó de satisfacción; ¿qué circunstancias serían más propicias para un naufragio y algunos ahogados? Ser devorado por el Nilo resultaría un hermoso fin para un juez; ¿no afirmaban las leyendas que los ahogados conseguían acceso directo al paraíso si eran hombres santos?

A bordo de un rápido esquife, provisto de remos, los cinco agresores aprovecharon la tempestuosa noche, con el cielo lleno de negras nubes, para acercarse a su presa, que seguía inmovilizada junto al banco de arena. Se detuvieron a unos veinte metros, se zambulleron y nadaron hasta la popa, que escalaron sin ningún trabajo. Provisto de un mazo, el

jefe derribó al policía de guardia. Sus colegas dormían tendidos en esteras y envueltos en mantas. Ya sólo tenían que forzar la puerta de la cabina, apoderarse del juez y ahogarlo. Ellos serían inocentes; el Nilo lo habría matado. Iban descalzos y se movían sin hacer ruido. Cuando llegaron a la puerta, que estaba cerrada, se inmovilizaron: dos vigilarían a los marineros, tres se encargarían de Pazair.

De lo alto de la cabina brotó una masa negra y cayó sobre los hombros del jefe, que lanzó un grito de dolor cuando los colmillos del babuino se hundieron en su carne. Kem derribó la puerta de frágil madera y se abalanzó contra los intrusos con un puñal en cada mano. Hirió mortalmente a dos. Los dos últimos, aterrorizados, intentaron en vano huir; brutalmente arrancados del sueño, los marineros los tendieron en cubierta.

El babuino sólo soltó la presa por orden de Kem. Ensangrentado, el jefe del comando no tardaría en desvanecerse.

–¿Quién te ha enviado?

El herido se resistió.

–Si te niegas a hablar, te interrogará mi mono.

–La princesa Hattusa –confesó en un susurro.

El harén deslumbró de nuevo al juez Pazair. Unos canales, perfectamente cuidados, irrigaban los vastos jardines por donde les gustaba pasear a las grandes señoras de Tebas, que acudían a tomar el fresco y mostrar su último vestido a la sombra protectora del follaje. Abundaba el agua, los floridos arriates lucían sus vivos colores, unas orquestas femeninas ensayaban los fragmentos que tocarían durante los próximos banquetes.

En los talleres de tejido y alfarería se trabajaba duro, pero en un marco suntuoso y relajante a la vez; los especialistas en esmalte y maderas preciosas moldeaban sus obras maestras desde el amanecer, mientras los porteadores cargaban a bordo de un navío mercante jarras llenas de aceites olorosos.

El harén de la princesa Hattusa, de acuerdo con la tradición, era una pequeña ciudad donde artesanos de excepcional talento se tomaban el tiempo necesario para vivir la belleza en sus corazones y sus manos con el fin de transmitirla a objetos o productos sin defecto.

Si no hubiera solicitado audiencia como decano del porche, Pazair habría deambulado horas y horas por aquel mundo ordenado, donde el trabajo parecía ligero, habría vagabundeado por las arenosas avenidas, dialogado con los jardineros que arrancaban hierbas inoportunas, degustado los frutos mientras charlaba con proyectas viudas que habían decidido vivir allí.

El chambelán lo introdujo en la sala de recepción presidida por la princesa Hattusa, que se encontraba acompañada por dos escribas.

Pazair se inclinó.

–Estoy muy ocupada, os ruego que seáis breve.

–Deseo hablar a solas con vos.

–El carácter oficial de vuestra visita nos lo impide.

–Creo más bien que nos lo impone.

Pazair desenrolló un papiro.
–¿Deseáis que los escribanos tomen nota de las acusaciones?
Con un gesto enojado, la princesa despidió a los escribas.
–¿Sois consciente de las palabras que utilizáis?
–Princesa Hattusa, os acuso de apropiación de géneros alimenticios y tentativa de asesinato en mi persona.
Los hermosos ojos negros llamearon.
–¡Cómo os atrevéis!
–Dispongo de pruebas, testimonios y declaraciones escritas. Os considero pues inculpada; antes de organizar un proceso, os conmino a explicar vuestras acciones.
–Nadie me ha hablado nunca en ese tono.
–Ninguna esposa real cometió tales delitos.
–¡Ramsés os destrozará!
–El faraón es el hijo y el servidor de Maat. Puesto que la verdad anima mis palabras, no intentará acallarías. Vuestra sangre no puede ocultar vuestras fechorías.
Hattusa se levantó y se alejó de su trono.
–¡Me odiáis porque soy hitita!
–Sabéis muy bien que no es cierto. Ningún resentimiento guía mis pasos, aunque hayáis ordenado mi desaparición.
–¡Detener vuestro barco, impedir que llegara a Tebas, eso es todo lo que exigí!
–Vuestros esbirros lo habrán comprendido mal.
–¿Quién podría arriesgarse a suprimir a un juez de Egipto? El tribunal rechazará vuestra tesis y tratará de mentirosos a vuestros testigos.
–Vuestra defensa es hábil, pero ¿cómo justificar la apropiación de géneros frescos?
–Si vuestras falsas pruebas son tan convincentes como vuestras alegaciones, mi buena fe resultará evidente.
–Consultad este documento.
Hattusa leyó el papiro.
Su fino rostro se frunció, sus largas manos se anudaron.
–Negaré.
–Los testimonios son precisos, los hechos abrumadores.
Ella lo desafió, soberbia.
–Soy la esposa del faraón.
–Vuestra palabra no tiene más valor que la del más humilde campesino. Vuestra posición hace más imperdonables aún esos actos.
–Os impediré celebrar un proceso.
–Lo presidirá el visir Bagey.
Ella se sentó en un peldaño, hundida.
–¿Por qué buscáis mi ruina?
–¿Qué ambición perseguís, princesa?
–¿Realmente queréis saberlo, juez de Egipto?
Tenso, Pazair sostuvo una mirada de extremada violencia.
–Odio vuestro país, odio a su rey, su gloria y su poder. Mi mayor felicidad sería ver cómo los egipcios mueren de hambre, sus hijos gimen, los animales revientan. Manteniéndome prisionera en este falso paraíso, Ramsés creyó que mi furia desaparecería. ¡Y no ha dejado de crecer! Soy

yo quien sufre la injusticia, y ya no la soporto. ¡Que desaparezca Egipto, que sea invadido por los míos o por cualquier tribu bárbara! Seré el mejor sostén para los enemigos del faraón. Creedme, juez Pazair, son cada vez más numerosos.

–¿El transportista Denes, por ejemplo?

La exaltación de la princesa desapareció.

–No soy vuestra confidente.

–¿No habréis caído en una trampa?

–Os he dicho la verdad, esa famosa verdad que tanto gusta a Egipto.

CAPÍTULO 27

Como de costumbre, la recepción había sido muy brillante. La señora Nenofar se había exhibido con unos suntuosos atavíos, aceptando con delectación los solícitos cumplidos de sus huéspedes. Denes había cerrado algunos ventajosos contratos, satisfecho con el continuo crecimiento de una empresa de transportes que despertaba la admiración de todos los que eran algo en Egipto. Nadie sabía que tenía en sus manos el poder supremo. Sin impaciencia alguna, aunque nervioso, experimentaba sensaciones cada vez más excitantes; mañana, quien lo hubiese criticado caería más bajo que el propio suelo, y quien lo hubiera apoyado sería gratificado. El tiempo jugaba a su favor.

Fatigada, Nenofar se había retirado a sus aposentos. Cuando los últimos invitados se hubieron marchado, Denes paseó por su vergel para asegurarse de que no habían robado fruto alguno.

Una mujer brotó de la oscuridad.

–¡Princesa Hattusa! ¿Qué estáis haciendo en Menfis?

–No pronunciéis mi nombre. Espero vuestra entrega.

–No comprendo.

–El hierro celeste.

–Sed paciente.

–Imposible. Lo necesito, y en seguida.

–¿Por qué tanta prisa?

–Me arrastrasteis a una locura.

–Nadie podrá llegar hasta vos.

–El juez Pazair lo ha conseguido.

–Tentativa de intimidación.

–Me ha inculpado y piensa hacerme comparecer, como acusada, ante un tribunal.

–¡Bravuconadas!

–Lo conocéis mal.

–Su expediente está vacío.

–Lleno de pruebas, testimonios y declaraciones.

–Ramsés intervendrá.

–Pazair confía el caso al juez Bagey; el rey tendrá que someterse a la ley. Seré condenada, Denes, privada de mis tierras y, en el mejor de los casos, recluida en un palacio provincial. Y tal vez la pena sea más grave.

–Enojoso.

–Quiero el hierro celeste.

–No lo tengo todavía.

–Mañana como muy tarde. De lo contrario...

–¿De lo contrario?

–Os denunciaré al juez Pazair. Sospecha de vos, pero ignora que sois el instigador de la apropiación de alimento fresco. Los jueces me escucharán, sabré ser convincente.

–Concededme un plazo más largo.

–Dentro de dos días habrá luna llena; gracias al hierro celeste, mi magia será eficaz. Mañana por la noche, Denes, o vos caeréis conmigo.

Ante la pasmada mirada de Traviesa, la mona verde de Neferet, Bravo tomó un baño. Con pata prudente, el perro se aventuró por el estanque de los lotos y el agua le pareció a su gusto. Era el día de descanso de las sirvientas y Neferet sacó personalmente la jarra del pozo. Su boca parecía un capullo de loto, sus pechos amorosas manzanas; Pazair la veía ir y venir, colocar flores en un altar a la memoria de Branir, alimentar a los animales, levantar la mirada hacia las golondrinas que, cada anochecer, revoloteaban por encima de su mansión, entre ellas, la superviviente, que mantenía sus alas abiertas.

Neferet vigiló los frutos del sicómoro, ahora de un hermoso color amarillo, pero se volverían rojos al madurar. En mayo, los abriría en el mismo árbol para que se vaciaran de los insectos que habían establecido en ellos su domicilio.

Dulces y carnosos, los higos serían entonces comestibles.

–He leído el expediente de Hattusa, mis escribanos han comprobado la forma. Puedo transmitirlo al visir con mis conclusiones.

–¿Lo sospecha la princesa?

–Conoce mi decisión.

–¿Cómo va a interponerse?

–No importa. Bagey debe dirigir el proceso; ninguna intervención me impedirá actuar.

–¿Ni siquiera si el faraón te pide que renuncies?

–Me destituirá, pero no renunciaré. De lo contrario, mi corazón quedaría mancillado para siempre; ni siquiera tú podrías lavarlo.

–Kem me ha dicho que han perpetrado contra ti una tercera tentativa de asesinato.

–Los esbirros de Hattusa querían ahogarme; antes era un solo hombre el que intentaba dejarme tullido.

–¿Lo ha identificado el jefe de policía?

–Todavía no. El tipo parece especialmente astuto y hábil. Los informadores de Kem permanecen mudos. ¿Qué ha decidido el consejo médico?

–Han aplazado la elección. Nuevos postulantes han sido invitados a presentarse; Qadash mantiene su candidatura y hace visita tras visita a los miembros del comité.

Ella posó la cabeza en sus rodillas.

–Suceda lo que suceda, habremos vivido felices.

Pazair puso su sello en la sentencia de un tribunal de provincias que condenaba a un alcalde de pueblo a veinte bastonazos y a una pesada multa por denuncia calumniosa. Probablemente, el edil apelaría; si la sentencia se confirmaba, se le doblaría la pena.

Poco antes de mediodía, el juez recibió a la señora Tapeni. Pequeña, menuda, con los cabellos muy negros, sabía utilizar su encanto y había convencido a unos huraños escribas para que le abrieran la puerta del decano del porche.

–¿Qué puedo hacer por vos?

–Lo sabéis muy bien.

–Aclarádmelo.

–Deseo conocer el lugar donde se oculta vuestro amigo Suti, que es también mi marido.

Pazair esperaba el asalto. Después de Pantera, a Tapeni tampoco le era indiferente la suerte del aventurero.

–Ha salido de Menfis.

–¿Por qué razón?

–Misión oficial.

–Naturalmente, no me revelaréis su naturaleza.

–De ningún modo.

–¿Corre peligro?

–Cree en su suerte.

–Suti volverá. No soy mujer a la que se olvide y abandone.

La voz contenía más amenazas que ternura. Pazair intentó una experiencia.

–¿Os ha molestado, en estos últimos tiempos, alguna gran dama?

–Dada mi posición, de buena gana solicitan los mejores tejidos.

–¿Nada más grave?

–No comprendo.

–¿La señora Nenofar, por ejemplo, os ha exigido silencio?

Tapeni pareció turbada.

–Hablé de ella a Suti porque maneja admirablemente la aguja.

–No es la única en Menfis. ¿Por qué arrojasteis su nombre a las fieras?

–Vuestras preguntas me molestan.

–Sin embargo, son indispensables.

–¿Con qué fin?

–Investigo un delito grave.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Tapeni.

–¿Está complicada Nenofar?

–¿Qué sabéis exactamente?

–No tenéis derecho a retenerme aquí.

Rápidamente se dirigió hacia la puerta.

–Tal vez sepa muchas cosas, juez Pazair, pero ¿por qué voy a confiaros mis secretos?

¿Es posible sentirse satisfecho por la buena marcha de un hospital? En cuanto un enfermo curaba, otros lo sustituían, y el combate empezaba de nuevo. Neferet no se cansaba de curar; vencer el sufrimiento le producía un goce inagotable. El personal la ayudaba con abnegación, los escribas

de la administración se encargaban de una gestión sana; así podía consagrarse a su arte, perfeccionar los remedios conocidos, intentar descubrir otros nuevos. Día tras día operaba tumores, reparaba miembros quebrados, reconfortaba a los pacientes incurables. A su alrededor tenía un equipo de médicos, experimentados unos, principiantes otros, que, sin necesidad de levantar la voz, la obedecían sin preocupaciones.

La jornada había sido dura. Neferet había salvado a un hombre de cuarenta años, víctima de una oclusión intestinal. Cansada, bebía agua fresca cuando Qadash irrumpió en la sala donde los facultativos se lavaban y cambiaban. El dentista de blancos cabellos apostrofó a Neferet con voz pedregosa.

–Quiero consultar la lista de las drogas que posee el hospital.

–¿Con qué derecho?

–Soy candidato al puesto de médico en jefe, y necesito esta lista.

–¿Qué pensáis hacer con ella?

–Debo completar mis conocimientos.

–Como dentista, sólo utilizáis algunos productos específicos.

–¡La lista, rápido!

–Vuestras exigencias no tienen fundamento. No pertenecéis al personal especializado del hospital.

–Juzgáis mal la situación, Neferet. Debo probar mis competencias. Sin una enumeración de las drogas, mi candidatura seguirá incompleta.

–Sólo el médico en jefe del reino podría obligarme a obedeceros.

–¡Soy el futuro médico en jefe!

–Que yo sepa, Nebamon todavía no ha sido sustituido.

–Cumplid mis órdenes, no lo lamentaréis.

–No pienso hacerlo.

–Si es necesario, forzaré la puerta de vuestro laboratorio.

–Seríais gravemente castigado.

–No sigáis resistiéndoos. Mañana seré vuestro superior. Si os negáis a cooperar, os expulsaré de vuestro puesto.

Avisados por el altercado, varios facultativos rodearon a Neferet.

–Vuestra jauría no me impresiona.

–Salid de aquí –ordenó un joven médico.

–Hacéis mal hablándome en este tono.

–¿Es vuestro comportamiento digno de un terapeuta?

–Caso de urgencia –estimó Qadash.

–Sólo desde vuestro punto de vista –rectificó Neferet.

–El cargo de médico en jefe debe ser atribuido a un hombre de experiencia. Aquí me apreciáis todos. ¿Por qué enfrentarnos de ese modo? Actuamos con el mismo deseo de servir a los demás.

Qadash defendió su causa con emoción y convicción; evocó su larga carrera, su abnegación con los enfermos, su voluntad de ser útil al país sin verse trabado por una ridiculez administrativa.

Pero Neferet siguió mostrándose inflexible. Si Qadash quería obtener la lista de los venenos y las drogas, debía justificar su uso; mientras no se designara al sucesor de Nebamon, ella sería su vigilante custodio.

El jefe del estado mayor del general Asher deploró la ausencia de su superior. El juez Pazair insistió.
–No se trata de una visita de cortesía. Tengo que interrogarlo.
–El general abandonó el cuartel.
–¿Cuándo?
–Ayer por la noche.
–¿Con qué destino?
–Lo ignoro.
–¿No le obliga el reglamento a informaros de sus desplazamientos?
–Sí.
–¿Y por qué no lo hizo?
–¿Cómo puedo saberlo?
–No puedo contentarme con vagas explicaciones.
–Registrad el cuartel si lo deseáis.
Pazair interrogó a otros dos oficiales, sin obtener mayores aclaraciones. Según varios testigos, el general se había marchado hacia el sur en carro.
Sin excluir una artimaña, el juez se dirigió a la oficina de países extranjeros. No se había iniciado ninguna expedición oficial a Asia.
Pazair pidió a Kem que encontrara lo antes posible al general. El jefe de policía no tardó en confirmar su partida hacia las provincias meridionales, sin poder ser más preciso; Asher se había encargado de enmarañar las pistas.

El visir estaba irritado.
–¿No son excesivas vuestras afirmaciones, juez Pazair?
–Hace una semana que investigo.
–¿Qué os han dicho en los cuarteles?
–No hay rastro de Asher.
–¿Y la oficina de países extranjeros?
–No le confió misión alguna, a menos que sea secreta.
–En ese caso, me habrían informado, pero no ha sido así.
–Se impone una conclusión: el general ha desaparecido.
–Inadmisible. ¡ Sus cargos le impiden semejante deserción!
–Ha intentado escapar de la red que iba a caer sobre él.
–¿Le habrán hecho mella vuestros constantes asaltos?
–A mi modo de ver, ha tenido miedo de vuestra intervención.
–Eso significa que la justicia lo habría condenado.
–Sin duda, sus amigos lo han abandonado.
–¿Por qué motivo?
–Asher ha tomado conciencia de que ha sido manipulado.
–Pero, para un soldado, la huida...
–Es un cobarde y un asesino.
–Si vuestras acusaciones son ciertas, ¿por qué no ha tomado la dirección de Asia para unirse con sus verdaderos aliados?
–Tal vez su marcha hacia el sur sea sólo un ardid.
–Daré órdenes de que cierren las fronteras. Asher no saldrá de Egipto.
Si no tenía cómplices, Asher no escaparía de aquella ratonera. ¿Quién se atrevería a apoyar a un general caído desdeñando una orden del visir?
Pazair hubiera debido alegrarse de tan formidable victoria. El general no podría justificar su deserción; engañado por los traidores, se tomaría la

revancha en el segundo proceso que se abriría contra él. Sin duda, había intentado vengarse de Denes y Chechi, ante su fracaso, había decidido desaparecer.

–Haré llegar a los gobernadores provinciales un decreto ordenando el inmediato arresto de Asher. Que Kem lo transmita a los servicios de policía.

Gracias al correo urgente, en menos de cuatro días el general sería buscado por todas partes.

–Vuestra tarea no ha terminado –prosiguió el visir–. Si el general es sólo un brazo ejecutor, llegad a la cabeza.

–Ésa es mi intención –afirmó Pazair, cuyos pensamientos volaban hacia Suti.

Denes condujo a la princesa a la forja clandestina donde trabajaba Chechi. Situada en un barrio popular, se ocultaba tras una cocina al aire libre atendida por empleados del transportista. El químico experimentaba allí con aleaciones y probaba el efecto de ácidos vegetales sobre el cobre y el hierro.

El calor era asfixiante. Hattusa se quitó el manto y la capucha.

–Una visita real –anunció Denes satisfecho.

Chechi no levantó los ojos. Estaba concentrado en una delicada operación, una soldadura en la que se mezclaban oro, plata y cobre.

–El pomo de una daga –explicó–. Será la del futuro rey, cuando el tirano haya desaparecido.

Con el pie derecho, Chechi manejaba a intervalos regulares un fuelle para atizar el fuego; manipulaba los fragmentos de metal con unas pinzas de bronce y tenía que ir de prisa, pues éste se fundía a la misma temperatura que el oro.

Hattusa se sentía incómoda.

–Vuestros experimentos no me interesan. Quiero el hierro celeste que he comprado.

–Sólo pagasteis una parte –precisó Denes.

–Entregádmelo y tendréis el resto.

–Siempre tan impaciente.

–¡No me gusta vuestra insolencia! Mostradme lo que me debéis.

–Tendréis que esperar.

–¡Ya basta, Denes! ¿Me habéis mentido?

–No del todo.

–¿No os pertenece, acaso, el metal?

–Lo recuperaré.

–¡Os habéis burlado de mí!

–No os equivoquéis, princesa; simple anticipación. Actuamos juntos para acabar con Ramsés, ¿no es esto lo esencial?

–Sois sólo un ladrón.

–Inútil cólera. Estamos condenados a permanecer unidos.

Una mirada de desprecio envolvió al transportista.

–Os engañáis, Denes. Prescindiré de vuestra ayuda.

–Romper nuestro contrato sería una estupidez.

–Abrid esta puerta y dejadme partir.

–¿Callaréis?

–Haré lo que me convenga.

–Necesito vuestra palabra.

–Apartaos.

Denes permaneció inmóvil y Hattusa lo empujó. Furioso, el transportista la rechazó y, retrocediendo, la princesa chocó contra las ardientes tenazas que Chechi había puesto sobre una piedra. Soltó un aullido, tropezó y cayó en el horno.

Sus ropas se inflamaron en seguida.

Denes no hizo nada, y Chechi se quedó esperando las instrucciones del primero. Cuando el transportista abrió la puerta y huyó, el químico lo siguió. La forja ardía.

CAPÍTULO 28

Antes de presidir la sesión ordinaria del tribunal, ante el porche del templo de Ptah, Pazair había redactado, en código, un mensaje para Suti: "Asher está perdido. No corras riesgo alguno. Regresa inmediatamente."

El juez confió el documento a un correo de la policía, debidamente acreditado por Kem; en cuanto llegara a Coptos, lo entregaría a la policía del desierto, encargada de transmitir las misivas a los mineros.

El tribunal juzgaba una serie de delitos menores, que iban desde la falta del pago de una deuda hasta una ausencia justificada en el lugar de trabajo. Los culpables reconocieron sus faltas, y los jurados, entre ellos, Denes, fueron indulgentes. Al finalizar la audiencia, el transportista abordó al juez.

–No soy vuestro enemigo, Pazair.

–Yo no soy vuestro amigo.

–Precisamente, deberíais desconfiar de quienes se presentan como amigos vuestros.

–¿Qué insinuáis?

–A veces otorgáis mal vuestra confianza. Suti, por ejemplo, no la merece en absoluto. Me vendía informaciones sobre vos y vuestra investigación, a cambio de una seguridad material que perseguía en vano.

–Mi función me impide golpearos, pero podría perder la razón.

–Algún día me lo agradeceréis.

En cuanto llegó al hospital, Neferet fue solicitada por varios médicos que, desde mediada la pasada noche, intentaban arrancar de la muerte a una mujer gravemente quemada.

El incendio había estallado en un barrio popular, donde se había incendiado una forja clandestina. La infeliz víctima había debido de cometer una imprudencia; sus posibilidades de, vida eran inexistentes.

En las martirizadas carnes, el facultativo de guardia había aplicado barro negro y excrementos de pequeños animales domésticos, cocidos y machacados en cerveza fermentada. Neferet pulverizó cebada tostada y coloquíntida, que mezcló con resma de acacia seca, y humedeció los ingredientes con aceite; confeccionó luego un apósito graso para aplicarlo en las quemaduras. Trató las heridas menos profundas con ocre amarillo machacado en zumo de sicómoro, coloquíntida y miel.

–Sufrirá menos –afirmo.

–¿Cómo la alimentaremos? –preguntó el enfermero.

–De momento es imposible.

–Tenemos que hidrataría.

–Introducid una caña entre sus labios y dadle, gota a gota, agua cobriza. Vigiladla permanentemente. Al menor incidente, avisadme.

–¿Y el apósito graso?

–Cambiadlo cada tres horas. Mañana utilizaremos una mezcla de cera, grasa de buey cocida, papiro y algarrobas. Poned en su habitación gran cantidad de vendas muy finas.

–¿Tenéis alguna esperanza?

–Francamente, no. ¿Sabemos quién es? Debemos avisar a sus parientes.

El intendente del hospital temía la pregunta de Neferet.

La llevó aparte.

Temo complicaciones. Nuestra enferma no es una persona ordinaria.

–¿Su nombre?

El intendente mostró un magnifico brazalete de plata. En su interior estaba grabado el nombre de la propietaria, que las llamas no habían conseguido borrar: "Hattusa, esposa de Ramsés."

Un cálido viento de Nubia ponía a prueba los nervios. Levantaba la arena del desierto, cubría con ella las casas. Todos procuraban tapar las aberturas, pero un fino polvo amarillo penetraba por todas partes y obligaba a las amas de casa a limpiar sin cesar. Numerosas personas se quejaban de dificultades respiratorias, obligando a los médicos a frecuentes intervenciones. Pazair no se había librado. Un colirio calmaba sus ojos irritados, pero luchaba contra una progresiva fatiga. Kem, en cambio, parecía tan inaccesible a las condiciones climáticas como su babuino.

Los dos hombres y el simio tomaban el fresco a la sombra de un sicómoro, junto al estanque de los lotos; Bravo, vacilante primero, había acabado saltando a las rodillas de su dueño, pero no apartaba la mirada del babuino.

–No hay noticias de Asher.

–Le será imposible salir del país –dijo el juez.

–Puede ocultarse durante semanas, pero sus partidarios disminuirán y lo denunciarán. Las órdenes del visir son muy claras. ¿Por qué ha actuado así el general?

–Porque sabía que, esta vez, iba a perder el proceso.

–¿Lo han abandonado, pues, sus aliados?

–Ya no lo necesitaban.

–¿Qué conclusión sacáis de ello?

–Que no existe conjura militar, ni tentativa de invasión.

–Sin embargo, la presencia de la princesa Hattusa en Menfis...

–¡Eliminada también! Los conjurados no necesitan su ayuda. ¿Y los resultados de vuestra investigación?

–La forja clandestina no pertenece a nadie. En la cocina al aire libre trabajaban empleados de Denes. ¿Podíamos esperar algo mejor?

–Nada lo acusa de un modo formal.

–¡Damos continuamente con él! ¿No habrá sido el incendio un acto criminal?

–Se vio huir a alguien, pero los testigos se contradicen sobre el número y sólo he podido recoger descripciones fantasiosas.

–Una forja... Chechi trabajaba allí.
–¿Habrán atraído a Hattusa a una trampa?
–No puedo creer que quemaran viva a una mujer. ¿Estaremos enfrentándonos con unos monstruos?
–Si ésta es la verdad, preparémonos para duras pruebas.
–Supongo que es inútil pediros que levantéis las medidas de protección que me rodean.
–Aunque no fuera el jefe de policía, aunque me ordenarais lo contrario, mantendría mi vigilancia.
Pazair nunca lograría aclarar el misterio de Kem. Frío, distante, seguro siempre de sí mismo, desaprobaba la acción del juez, pero lo ayudaba sin segundas intenciones. El nubio no tenía otro confidente que su babuino; herido en su cuerpo, lo estaba todavía más en su espíritu. ¿La justicia? Una añagaza. Pero Pazair creía en ella y Kem confiaba en Pazair.
–¿Habéis avisado al visir?
–Le he mandado un detallado informe. Hattusa no había avisado a nadie de su viaje a Menfis, al menos, eso parece. Neferet vela día y noche por ella.

El quinto día amasó ocre amarillo y migajas de cobre en una untuosa pasta coloquíntida. La aplicó sobre las quemaduras y las vendó con infinita delicadeza. A pesar del sufrimiento, Hattusa resistía.
Al sexto día, su mirada cambió. Parecía salir de un largo sueño.
–Resistid. Estáis en el hospital principal de Menfis. Las horas más difíciles ya han pasado. Ahora, cada momento que pasa os acerca a la curación.
La hermosa hitita estaba desfigurada. Pese a las pomadas y los ungüentos, su soberbia piel ya sólo sería un conjunto de regueros rosáceos. Neferet temía el momento en el que la princesa pediría un espejo.
La mano diestra de Hattusa se levantó y agarró la muñeca de Neferet.
–Se trata de una enfermedad que conozco y que curaré –prometió ésta.

Pazair contempló el sueño de su esposa. Por fin había aceptado descansar un poco. Neferet se había empeñado en salvar a Hattusa, preparando personalmente las vendas y los remedios que, poco a poco, curaban las atroces heridas.
Su amor por ella crecía y florecía como la corona de una palmera. Cada despertar le proporcionaba un nuevo color, inesperado y sublime; Neferet poseía el don de hacer sonreír a la vida y de iluminar la noche más oscura. Pazair luchaba con intacto entusiasmo sólo para seguir seduciéndola y demostrarle que, casándose con él, no había cometido un error. Más allá de sus debilidades, ardía la certidumbre de una unión que ni el tiempo ni la costumbre ni las pruebas podrían desgastar.
Un rayo de sol iluminó la alcoba y bañó el rostro de Neferet. La joven despertó dulcemente.
–Hattusa se ha salvado –murmuró.
–¿Me olvidas por tu paciente?

Ella se acurrucó contra su pecho.

–¿Cómo aceptará una princesa tan joven y hermosa la desgracia que ha caído sobre ella?

–¿Ha intervenido Ramsés?

–Por voz del chambelán de palacio. En cuanto pueda ser transportada, Hattusa será recibida allí.

–A menos que sus revelaciones no le nieguen tan privilegiada posición.

Preocupada, Neferet se sentó en el borde de la cama.

–¿No ha sido ya suficientemente castigada?

–Perdóname, pero debo interrogarla.

–Todavía no ha dicho una palabra.

–En cuanto se halle en condiciones de hablar, avísame.

Hattusa absorbió la papilla de cebada y bebió zumo de algarrobo. Su vitalidad renacía, pero su mirada permanecía ausente, perdida en una pesadilla.

–¿Cómo sucedió? –preguntó Neferet.

–Me empujó. Yo quería salir de la forja y me lo impidió.

Las palabras brotaban lentas y doloridas. Conmovida, Neferet no se atrevió a seguir haciendo preguntas.

–Las tenazas de bronce... incendiaron mis ropas, brotó una llama, choqué con la forja, el fuego se apoderó de mí.

La voz se hizo estridente.

–¡Huyeron, me abandonaron!

Huraña, Hattusa intentaba recuperar el pasado y abolir el drama que había aniquilado su belleza y su juventud. Se encerró en sí misma, agotada y vencida.

De pronto, se incorporó y aulló su dolor.

–¡Los muy malditos, Denes y Chechi, huyeron!

Neferet administró a Hattusa un calmante y permaneció a su lado hasta que se durmió.

Al salir del hospital, la superiora de la casa de la reina madre la abordó.

–Su majestad desea veros inmediatamente.

Neferet fue invitada a instalarse en una silla de manos. Los hombres se apresuraron.

Tuy recibió a la médico sin ceremonia alguna.

–¿Y vuestra salud, majestad?

–Gracias a vuestro tratamiento, es excelente. ¿Conocéis la decisión que ha tomado el consejo de los médicos?

–No.

–La situación está haciéndose intolerable y, por lo tanto, el médico en jefe del reino será nombrado la próxima semana. De las deliberaciones debe salir un médico.

–¿No es una necesidad?

–Al dentista Qadash sólo se le oponen algunos fantoches. Ha sabido desalentar a sus adversarios. Los antiguos amigos de Nebamon, los débiles y los indecisos votarán por él.

La cólera de la reina madre acentuaba su natural solemnidad.

–¡Rechazo esa eventualidad, Neferet! Qadash es un incapaz, indigno de cumplir una función de tanta importancia. La salud pública me preocupa desde siempre; es preciso tomar medidas para contribuir al bienestar de la población, velar por la higiene para permanecer al margen de epidemias. ¡Y a ese Qadash le importa un bledo! Quiere el poder y la fama, nada más. Es peor que Nebamon. Debéis ayudarme.

–¿De qué modo?

–Presentándoos contra él.

Neferet autorizó a Pazair a entrar en la habitación donde descansaba la princesa Hattusa. Su rostro y sus miembros estaban vendados. Para evitar la gangrena y la infección, la médica había curado las llagas con una pomada que se reservaba para los casos graves. Migajas de cobre, crisocola, resma de terebinto fresca, comino, natrón, asa fétida, cera, cinamomo, brionia, aceite y miel finamente molidos y convertidos en una pasta untuosa.

–¿Puedo hablar con vos, princesa?

–¿Quién sois?

Un fino vendaje cubría sus párpados.

–El juez Pazair.

–¿Quién os ha permitido?...

–Neferet, mi esposa.

–Ella también es mi enemiga.

–Mi demanda era oficial. Investigo el incendio.

–El incendio...

–Quiero identificar a los culpables.

–¿Qué culpables?

–¿No mencionasteis los nombres de Denes y Chechi?

–Os equivocáis.

–¿Por qué fuisteis a aquella forja clandestina?

–¿Realmente queréis saberlo?

–Si lo consentís.

–Fui a buscar hierro celeste para practicar magia contra Ramsés.

–Deberíais haber desconfiado de Chechi.

–Estaba sola.

–¿Cómo explicáis?...

–Un accidente, juez Pazair, un simple accidente.

–¿Por qué mentir?

–Odio a Egipto, su civilización y sus valores.

–¿Hasta el punto de no testimoniar contra vuestros verdugos?

–Quien intente destruir a Ramsés tendrá toda mi simpatía. Vuestro país rechaza la única verdad: ¡la guerra! Sólo la guerra exalta las pasiones y revela la naturaleza humana. Mi pueblo se equivocó firmando la paz con vosotros; y yo soy el rehén de este error. Quería despertar a los hititas, mostrarles el buen camino... Ahora permaneceré enclaustrada en uno de esos palacios que tanto aborrezco. Pero otros lo conseguirán, estoy convencida. Y ni siquiera tendréis el placer de llevarme ante un tribunal. No sois lo bastante cruel como para seguir torturando a una inválida.

–Denes y Chechi son unos criminales. No les importa vuestro ideal.

–He tomado una decisión. De mi boca no saldrá ni una palabra más.

Como decano del porche, Pazair ratificó la candidatura de Neferet al puesto de médico en jefe del reino de Egipto. La joven disponía de los títulos y la experiencia requeridos; su posición como directora del hospital principal de Menfis, el apoyo oficioso de la reina madre y el caluroso aliento de muchos de sus colegas daban un indiscutible peso a la candidatura de la joven.

Sin embargo, temía una prueba que no había deseado. Qadash utilizaría los métodos más viles para desalentarla; ahora bien, su única ambición era curar, no deseaba honores o responsabilidades. Pazair no conseguía tranquilizarla; él mismo se sentía turbado por la locura de Hattusa, condenada a la más desesperada de las soledades. Su testimonio habría provocado la caída de Denes y Chechi que, una vez más escapaban al castigo.

¿No estaría el juez golpeando una muralla indestructible?

Un genio malo protegía a los conjurados y les garantizaba la impunidad. Saber que el general Asher estaba perdido, lo que garantizaba que ninguna conjura militar amenazaba Egipto, hubiera debido alentarlo; pero una sorda angustia subsistía.

No comprendía el motivo de tantos crímenes ni la desdeñosa seguridad de un Denes, a quien no parecía afectarle ningún golpe. ¿Tendrían el transportista y sus acólitos algún arma secreta, fuera del alcance del juez?

Percibiendo su mutuo desconcierto, Pazair y Neferet pensaron en el otro antes de interesarse en sí mismos. Haciéndose el amor, vieron nacer una nueva alborada.

CAPÍTULO 29

Los policías y sus perros, al regresar de los parajes peligrosos del desierto del este, se concedían un día de descanso antes de lanzarse a las pistas para cumplir sus misiones de vigilancia. Llegaba la hora de curar las heridas, de recibir un masaje y frecuentar la casa de cerveza, donde acogedoras y dóciles mozas les venderían su cuerpo durante una noche.

"Los de la vista penetrante" intercambiaban las informaciones obtenidas durante sus expediciones y llevaban a la cárcel a los beduinos y merodeadores capturados en situación irregular.

El gigante encargado de vigilar el reclutamiento de mineros cuidó a sus lebreles y, luego, se dirigió a casa del escriba del correo.

–¿Algún mensaje?

–Una decena.

El policía leyó el nombre de los destinatarios.

–Caramba, Suti... Extraño tipo. No parece un minero.

–No es cosa mía –replicó el escriba–. Llenad el recibo.

El gigante distribuyó personalmente el correo. De paso, interrogaba a los destinatarios sobre sus corresponsales. Faltaban tres; dos veteranos que trabajaban en una mina de cobre y Suti. Tras haberlo verificado, supo que la expedición que había dirigido Efraim había regresado a Coptos la víspera. El policía se dirigió pues a la casa de cerveza, visitó los albergues, inspeccionó los campamentos de tiendas. En vano; la inspección central le comunicó que Efraim, Suti y cinco hombres más no se habían presentado al escriba encargado de anotar las idas y venidas.

Intrigado, puso en marcha el procedimiento de búsqueda.

Los siete obreros habían desaparecido. Otros habían intentado, antes que ellos, huir con piedras preciosas. Todos habían sido detenidos y severamente castigados. ¿Por que un hombre experimentado, como Efraim, se había lanzado a tan insensata aventura? "Los de la vista penetrante" se movilizaron en seguida. Olvidando placer y reposo, nada como una presa de calidad para alegrar sus almas de cazadores.

El gigante dirigiría la persecución. Con el asentimiento del escriba del correo, y por causas de fuerza mayor, abrió la carta destinada al fugitivo. Los jeroglíficos, individualmente legibles, formaban un conjunto incomprensible. ¡Un código!

El policía no se había equivocado. Aquel Suti no era un minero como los demás. Pero ¿a qué dueño servía?

Los siete hombres habían tomado una pista difícil, que se dirigía al sudeste. Tan robustos los unos como los otros, caminaban a un ritmo regular, comían poco y hacían largas paradas en los manantiales, cuyo

emplazamiento sólo Efraim conocía. El jefe de equipo había exigido una obediencia absoluta y no toleraba ninguna pregunta sobre su destino.

Al final del viaje encontrarían la fortuna.

–¡Allí, un policía!

El minero señaló con el brazo una forma extraña que permanecía inmóvil.

–¡Sigue caminando, imbécil! –ordenó Efraim–. Sólo es un árbol de lana.

De tres metros de altura, el sorprendente vegetal tenía una corteza azulosa y agrietada; sus amplias hojas ovales, verdes y rosadas evocaban el tejido con el que se fabricaban los mantos de invierno. Los fugitivos utilizaron la madera para encender fuego y cocinar la gacela que habían matado por la mañana. Efraim se había asegurado de que el árbol de lana no producía un látex que provocaba parada cardiaca.

Recogió las hojas, las machacó, las convirtió en polvo y las distribuyó entre sus compañeros.

–Es un excelente purgante –comentó–, y un remedio eficaz contra las enfermedades venéreas. Cuando seáis ricos, podréis tener hembras magníficas.

–Pero no en Egipto –se lamentó un minero.

–Las asiáticas son calientes y vigorosas, os harán olvidar las mozas de vuestras provincias.

Con el vientre lleno y fresca la garganta, el grupito se puso de nuevo en marcha.

Mordido en el tobillo por una víbora del desierto, el minero murió entre atroces convulsiones.

–El muy imbécil –murmuró Efraim–. El desierto no perdona los descuidos.

El mejor amigo de la víctima se rebeló.

–¡Nos llevas a la muerte! ¿Quién podrá escapar al veneno de esas criaturas?

–Yo, y quienes sigan mis pasos.

–Quiero saber adónde vamos.

–Un charlatán como tú hablaría a troche y moche y nos traicionaría.

–Responde.

–¿Quieres que te rompa la cabeza?

El minero miró a su alrededor. La inmensidad estaba llena de celadas. Sometido, recogió su equipo.

–Si otras tentativas como la nuestra fracasaron –reveló Efraim–, la responsabilidad no fue del azar. En el grupo siempre había un chivato, capaz de informar a la policía sobre sus desplazamientos. Esta vez he tomado mis precauciones. Aunque no excluyo la presencia de un mercenario.

–¿De quién sospechas?

–De ti y de todos los demás. Cualquiera puede haber sido comprado. Si el chivato existe, se descubrirá antes o después. Para mí, será un regalo.

"Los de la vista penetrante" registraron el desierto a partir de la última posición conocida de Efraim y su grupo, y calcularon sus posibilidades de desplazamiento pensando en un ritmo rápido. Algunos correos advertían a

sus colegas, tanto los del norte como los del sur, de la fuga de peligrosos delincuentes que buscaban minerales raros. Como de costumbre, la caza del hombre terminaría en un éxito absoluto.

La presencia de Suti preocupaba al gigante. Aliado con Efraim, que conocía pistas, manantiales y minas tan bien como la policía, ¿no contrarrestaría la estrategia de las fuerzas del orden? Modificó los planes clásicos y confió en su instinto.

Si él fuera Efraim, intentaría llegar a la región de las minas abandonadas. Ningún manantial, un calor asfixiante, profusión de serpientes, y ni el menor tesoro... ¿Quién iba a aventurarse por aquel infierno? Admirable escondrijo, en verdad, y más todavía, tal vez, suponiendo que los filones no se hubieran agotado por completo. Como exigía el reglamento, el gigante llevó consigo dos expertos policías y cuatro perros. Cortando las pistas habituales, interceptaría a los fugitivos en una zona de colinas, donde crecían algunos árboles de lana.

Kem estaba atado de pies y manos. ¡Cómo le habría gustado lanzarse tras las huellas del general Asher, invisible aún!

Pero la protección del juez Pazair exigía su presencia en Menfis. Ninguno de sus subordinados permanecería lo bastante atento.

Por el nerviosismo de su mono, el nubio sabia que rondaba el peligro. Ciertamente, tras sus dos fracasos, el agresor debía tomar más precauciones para que no lo descubrieran.

Eliminado el efecto sorpresa, organizar un accidente le resultaría cada vez más difícil; pero ¿no optaría aquel hombre por una acción más violenta y definitiva?

Salvar a Pazair era el objetivo esencial del jefe de policía.

A su modo de ver, el juez encarnaba una forma de vida imposible que era necesario preservar a toda costa. Durante los largos años en los que había sufrido más de lo deseable, Kem no había conocido a ningún ser de aquella clase. Jamás le confesaría a Pazair la admiración que sentía por él por miedo a alimentar una bestia rastrera y viscosa, aquella vanidad tan dispuesta a pudrir los corazones.

El babuino despertó. El nubio le dio carne seca y cerveza dulce, luego se apoyó en el murete de la terraza desde la que vigilaba la mansión del juez. Le tocaba dormir mientras el simio montaba guardia.

El devorador de sombras maldecía la mala suerte. Se había equivocado aceptando esa misión, que no correspondía a su especialidad, matar de prisa y sin rastro. Por un instante había sentido deseos de renunciar, pero sus comanditarios lo habrían denunciado, y su palabra no habría tenido peso alguno frente a la de ellos. Además, se lanzaba a sí mismo un desafío. Hasta entonces, ningún fracaso había salpicado su carrera; que un juez fuera su más hermosa víctima lo excitaba en sumo grado.

Lamentablemente, el hombre gozaba de una celosa y eficaz protección. Kem y su mono eran temibles adversarios, cuya vigilancia parecía imposible de burlar. Desde la fracasada agresión de la pantera, el jefe de policía seguía los pasos del juez y hacía que su propia vigilancia fuera completada por varios policías de élite.

La paciencia del devorador de sombras era infinita. Sabría esperar el menor fallo, la menor falta de atención. Paseando por el mercado de Menfis, donde los vendedores exponían productos exóticos procedentes de Nubia, se le ocurrió una idea, que podía suprimir la principal línea de defensa del adversario.

–Es tarde, querido.

Ante Pazair, sentado en la posición del escriba, había una decena de papiros desenrollados, iluminados por dos altas lámparas.

–Estos documentos me quitan las ganas de dormir.

–¿De qué se trata?

–De las cuentas de Denes.

–¿De dónde las has sacado?

–Proceden del Tesoro.

–¿No las habrás robado? –preguntó la muchacha sonriendo.

–He dirigido una demanda oficial a Bel-Tran. Ha respondido en seguida procurándome los documentos.

–¿Qué has descubierto?

–Irregularidades. Denes se ha olvidado de pagar algunas casas y parece haber hecho trampa con los impuestos.

–¿Y se arriesga a algo más que una multa?

–Bel-Tran, apoyándose en mis observaciones, sabrá turbar la serenidad financiera de Denes.

–Siempre la misma obsesión.

–¿Por qué está el transportista tan seguro de sí mismo? Tengo que penetrar su caparazón sea como sea.

–¿Noticias de Suti?

–Ninguna. Tendría que haberme enviado un mensaje a través de la policía del desierto.

–Algo se lo habrá impedido..

–No cabe duda.

La vacilación de Pazair sorprendió a Neferet.

–¿Qué sospechas?

–Nada.

–¡Quiero la verdad, juez Pazair!

–En la última sesión del tribunal, Denes habló de una posible traición de Suti.

–¿Y tú has caído en esa trampa?

–Que Suti me perdone.

–Dos en la galería de la derecha, los demás en la de la izquierda –ordenó Efraim–. Suti y yo nos encargaremos de la del centro.

Los mineros hicieron una mueca.

–Están en muy mal estado. Las vigas están medio podridas; si se derrumban, no saldremos vivos.

–Os he traído a este infierno porque la policía del desierto lo cree estéril. No hay agua y las minas están agotadas, ¡eso es lo que se afirma en Coptos! Os he descubierto el antiguo pozo; vosotros tenéis que descubrir el tesoro de estas galerías.

–Demasiado peligroso –decidió uno de los mineros–. Yo no entro.

Efraim se acercó al miedoso.
–Nosotros dentro y tú solo fuera... Eso no me gusta.
–Peor para ti.
El puño de Efraim cayó con inaudita violencia sobre el cráneo del recalcitrante. Su víctima se derrumbó. Uno de sus colegas, con ojos despavoridos, se inclinó sobre él.
–¿Lo has matado?
–Un sospechoso menos. Entremos en la galería.
Suti precedió a Efraim.
–Avanza poco a poco, pequeño... Tantea las vigas sobre tu cabeza.
Suti se arrastró por una tierra roja y pedregosa. La pendiente era suave, pero el techo muy bajo. Efraim llevaba la antorcha.
Brotando de las tinieblas, Suti descubrió un brillo blanco.
Tendió la mano; el metal era suave y fresco.
–¡Plata... plata aurífera!
Efraim le pasó las herramientas.
–Todo un filón, pequeño. Despréndelo sin estropearlo.
Bajo el blanco de la plata brillaba el oro; el soberbio metal servía para revestir el enlosado de algunas salas de los templos y objetos sagrados en contacto con el suelo, con el fin de preservar su pureza. ¿No se componía el alba de piedras de plata que transmitían la luz de los orígenes?
–¿Hay oro más abajo?
–Aquí no, pequeño. Esta mina es sólo una primera etapa.

El gigante acarició los perros mientras sus colegas excavaban las fosas para los cadáveres. La primera parte de la expedición era un éxito; habían exterminado a la mayoría de los fugitivos y recuperado una buena cantidad de plata. Tres ladrones seguían huidos.
Los policías se pusieron de acuerdo. El gigante decidió proseguir solo, con el perro más fuerte, agua y víveres; sus dos colegas llevarían el precioso metal a Coptos. Los fugitivos no tenían posibilidad alguna de sobrevivir; sabiéndose perseguidos, bajo la amenaza de las flechas y un dogo, tendrían que apresurar el paso. No había agua en tres días de camino, por lo menos. Dirigiéndose hacia el sur, darían forzosamente con una patrulla de vigilancia.
El gigante y su perro no correrían riesgo alguno y se limitarían a levantar la pieza, cortándole cualquier posibilidad de retirada. Una vez más, "los de la vista penetrante" habrían vencido al hampa.
En la mañana del segundo día, los tres fugitivos lamieron el rocío que cubría las piedras de la pista. El minero escapado llevaba al cuello la bolsa de cuero donde había metido fragmentos de plata. Con las manos crispadas sobre su tesoro, fue el primero en ceder. Sus piernas se doblaron, cayó de rodillas en el pedregal.
–No me abandonéis –suplicó.
Suti volvió hacia atrás.
–Si intentas ayudarlo –avisó Efraim–, moriréis los dos. Sígueme, pequeño.
Llevando el minero a hombros, Suti quedaría pronto atrás. Se perderían en aquel tórrido desierto donde sólo Efraim era capaz de encontrar el camino.

Con el pecho ardiente y los labios agrietados, el joven siguió a Efraim.

La cola del dogo se movía cadenciosamente. El policía se felicitó por su descubrimiento: el cadáver de un minero, al que el gigante dio la vuelta con el pie. No hacía mucho tiempo que el fugitivo había muerto. Sus manos apretaban con tanta fuerza la bolsa de cuero que el gigante se vio obligado a cortarlas para recuperar los fragmentos de plata.

Se sentó, apreció el valor del botín, alimentó a su perro, le dio de beber y bebió y comió él también. Acostumbrados a interminables marchas, ni el uno ni el otro sentían los mordiscos del sol. Respetaban los tiempos de descanso necesarios y no malgastaban ni una pizca de energía.

Ahora eran dos contra dos, y la distancia entre policías y ladrones no dejaba de disminuir.

El gigante se volvió. Había tenido varias veces la sensación de que lo seguían; el perro, orientado hacia la presa, no señalaba nada.

Limpió su puñal en la arena, se humedeció los labios y reanudó la persecución.

–Un esfuerzo más, pequeño. Junto a la mina de oro hay un pozo.

–¿Con agua?

Efraim no respondió. Tantos sufrimientos no podían ser en vano.

Un círculo de piedras señalaba la presencia del manantial. Efraim excavó con las manos, ayudado pronto por Suti. Primero, arena y guijarros; luego una tierra más blanda, casi húmeda; por fin, una especie de barro que les mojó los dedos, y el agua, que ascendía del Nilo subterráneo.

El policía y su perro asistieron al espectáculo. Hacía una hora que habían alcanzado a los fugitivos y se mantenían a distancia. Los oyeron cantar, los vieron beber a pequeños tragos, alegrarse y, luego, dirigirse a la mina de oro abandonada que no figuraba en ningún mapa.

Efraim había jugado bien sus cartas. No había confiado en nadie, guardando para sí el secreto que había arrancado a un viejo minero.

El policía verificó su arco y sus flechas, bebió un trago de agua fresca y se preparó para su última intervención.

–El oro está aquí, pequeño. El último filón de una galería olvidada. El oro suficiente para permitir que dos buenos amigos vivan días felices en Asia.

–¿Hay otros lugares como éste?

–Algunos.

–¿Por qué no explotarlos?

–Ha pasado el tiempo. Debemos huir, nosotros y nuestro patrón.

–¿Quién es?

–El hombre que nos espera en la mina. Los tres sacaremos el oro y lo transportaremos en narrias hasta el mar. Un barco nos llevará a la zona desierta, donde se ocultan unos carros.

–¿Has robado mucho oro para tu patrón?

–No le gustarían tus preguntas. Mira, ahí viene.

Un personaje de corta talla, gruesos muslos y cara de comadreja avanzó hacia los dos supervivientes. Pese al ardiente sol, la sangre de Suti se heló.

–Tenemos a la policía pisándonos los talones –declaró Efraim–. Saquemos el oro y marchémonos.

–Extraño compañero me traes –se asombró el general Asher.

Apelando a sus últimos recursos, Suti huyó hacia el desierto. No tenía posibilidad alguna de vencer a Efraim y Asher, armado con una espada. Primero, escapar; luego, reflexionar.

Un policía y su perro le cerraron el camino. Suti reconoció al gigante que vigilaba la contratación de los mineros.

Tensó el arco; el perro sólo esperaba una palabra para saltar.

–No sigas, muchacho.

–¡Sois mi salvador!

–Invoca a los dioses antes de morir.

–No os equivoquéis de blanco. Cumplo una misión.

–¿Por orden de quién?

–Del juez Pazair. Debo demostrar la participación del general Asher en un tráfico de metales preciosos... ¡Y ya tengo la prueba! Siendo dos, podremos detenerlo.

–No te falta valor, muchacho, pero la suerte te ha abandonado. Trabajo para el general Asher.

CAPÍTULO 30

Neferet levantó la doble tapa de su cofre de tocador, subdividido en compartimentos decorados con flores rojas. Contenía redomas de ungüentos, cosméticos, maquillaje para los ojos, piedra pómez y perfume. Mientras los demás seguían durmiendo, incluida la mona verde y el perro, le gustaba acicalarse y, luego, caminar con los pies desnudos entre el rocío, escuchando el primer canto de los paros y las abubillas. El alba era su hora, vida renaciente, despertar de una naturaleza cuyos sonidos transmitían la palabra divina. El sol acababa de vencer a las tinieblas, tras un largo y peligroso combate; su triunfo alimentaba la creación, su luz se transformaba en júbilo, animaba a los pájaros en el cielo y a los peces en el río.

Neferet saboreaba el gozo que los dioses le habían ofrecido y que ella debía ofrecerles en correspondencia. No le pertenecía, pero pasaba a través de ella como un flujo de energía que brotaba de la fuente para regresar de nuevo a ella. Quien intentara apropiarse de los presentes del más allá se condenaba a la sequedad de la rama muerta.

Arrodillada ante el altar erigido junto al lago, la joven depositó en él una flor de loto. En ella se encarnaba el nuevo día, en el que la eternidad se cumpliría en el instante. Todo el jardín se recogió, las hojas de los árboles se inclinaron bajo la brisa matinal.

Cuando la lengua de Bravo le lamió la mano, Neferet supo que el rito había concluido. El perro tenía hambre.

–Gracias por recibirme antes de marcharos al hospital –dijo Silkis–. El dolor es intolerable. Esta noche me ha impedido dormir.

–Echad la cabeza hacia atrás –pidió Neferet, que examinó el ojo izquierdo de la esposa de Bel-Tran.

Silkis, ansiosa, no podía dominarse.

–Se trata de una enfermedad que conozco y que curaré. Vuestras pestañas se inclinan de modo anormal, tocan el ojo y lo irritan.

–¿Es grave?

–Molesto, a lo sumo. ¿Deseáis que me encargue ahora mismo?

–Si no es muy doloroso…

–La operación es benigna.

–Nebamon me hizo sufrir mucho al modificar mi cuerpo.

–Mi intervención será mucho más leve.

–Confío en vos.

–Permaneced sentada y relajaos.

Las enfermedades oculares eran tan frecuentes que Neferet disponía permanentemente en su farmacia privada de muchos productos, aunque

fueran raros, como la sangre de murciélago, que mezcló con olíbano para obtener una pomada viscosa que extendió sobre las molestas pestañas, tras haberlas estirado. Mientras se secaban, las mantuvo rígidas y extirpó sin dificultad los bulbos de los pelos. Para impedir que crecieran de nuevo, aplicó una segunda pomada compuesta de crisocola y galena.

–Ya estáis salvada, Silkis.

La esposa de Bel-Tran sonrió aliviada.

–Tenéis unas manos maravillosas... ¡No he notado nada!

–Lo celebro.

–¿Es indispensable un tratamiento complementario?

–No, os habéis librado de esa pequeña anomalía.

–¡Me gustaría tanto que cuidarais a mi marido! Su enfermedad de la piel me preocupa mucho. Tiene tanto trabajo que no piensa en su bienestar... Casi no lo veo. Se va muy pronto por la mañana y vuelve tarde al anochecer, cargado de papiros que examina por la noche.

–Tal vez el exceso de trabajo sólo dure algún tiempo.

–Mucho me temo que no. En palacio aprecian su competencia, y en el Tesoro no pueden prescindir de él.

–Eso son buenas noticias.

–Aparentemente, sí; pero para la familia, que tanto nos importa a él y a mí... El porvenir me da miedo. ¡Se habla de Bel-Tran como futuro director de la Doble Casa blanca! ¡Las finanzas de Egipto en sus manos, qué abrumadora responsabilidad!

–¿No os sentís orgullosa?

–Bel-Tran se alejará más de mí. Pero ¿qué puedo hacer? ¡Lo admiro tanto!

Los pescadores extendieron sus capturas ante Mentmosé, el antiguo jefe de policía revocado por el visir y relegado al rango de superintendente de pesca del delta en una pequeña ciudad de la costa. Gordo, pesado, lento, Mentmosé seguía engordando en un tedio cada vez mayor. Detestaba su miserable casa oficial, no soportaba el contacto con los pescadores y pescaderos, y montaba en violentas cóleras ante el más anodino detalle. ¿Cómo salir de aquel agujero perdido? Ya no trataba con ningún cortesano.

Cuando vio aparecer a Denes por un extremo del muelle, se creyó víctima de una alucinación. Olvidando a sus interlocutores, clavó los ojos en la maciza silueta del transportista, su rostro cuadrado, su fina barba blanca. Efectivamente, era él, uno de los hombres más ricos e influyentes de Menfis.

–Largaos –ordenó Mentmosé a un patrón pesquero que solicitaba una autorización.

Denes observaba la escena con aire socarrón.

–Estáis muy lejos de las operaciones de policía, querido amigo.

–¿Ironizáis sobre mi desgracia?

–Me gustaría aliviar vuestra carga.

Mentmosé, durante su carrera, había mentido mucho. Se consideraba un experto en materia de astucia, disimulo y añagazas, pero admitía de buena gana que Denes era un serio competidor.

–¿Quién os envía?

–Iniciativa personal. ¿Deseáis vengaros?
–Vengarme...
La voz de Mentmosé se hizo gangosa.
–¿No tenemos un enemigo común?
–Pazair, el juez Pazair...
–Molesto personaje –juzgó Denes–. Su posición de decano del porche no ha apagado sus ardores.
Rabioso, el antiguo jefe de policía apretó los puños.
–¡Me sustituyó por ese mediocre nubio, más salvaje que su mono!
–Es injusto y estúpido, ciertamente. Reparemos ese error, ¿os parece?
–¿Cuáles son vuestros proyectos?
–Manchar la reputación del juez Pazair.
–¿No es irreprochable?
–¡Sólo en apariencia, querido amigo! Todo hombre tiene sus debilidades. Y, si no, inventémoslas. ¿Conocéis esto?
Denes abrió su mano derecha, contenía un anillo con sello.
–Le sirve para sellar sus actas.
–¿Se lo habéis robado?
–Lo he reproducido a partir del modelo que me ha proporcionado uno de los escribas de su administración. Lo pondremos en algún documento comprometedor para poner fin a la carrera del juez Pazair y rehabilitaros.
El aire marino, aunque cargado de fuertes olores, pareció muy suave al olfato de Mentmosé.

Pazair puso la caja de madera de ébano entre él y Neferet. Abrió el cajón deslizante, sacó unos peones de terracota barnizada y los colocó en las treinta casillas de hueso. Neferet fue la primera en jugar; la regla consistía en hacer avanzar un peón de las tinieblas hacia la luz, evitando que cayera en una de las trampas dispuestas a su paso y cruzando numerosas puertas.
Pazair cometió un error en su tercera jugada.
–No prestas atención.
–No tengo noticias de Suti.
–¿Realmente es anormal?
–Eso me temo.
–¿Cómo podría comunicarse contigo en pleno desierto?
El juez seguía frunciendo el ceño.
–¿Piensas acaso en una traición?
–Al menos, debería darme señales de vida.
–¿No estarás pensando en lo peor?
Pazair se levantó olvidándose del juego.
–Haces mal –afirmó la joven–. Suti está vivo.

El rumor estalló como un trueno: Bel-Tran, tras haber sido tesorero principal y superintendente de los graneros, acababa de ser nombrado director de la Doble Casa blanca, responsable, por lo tanto, de la economía egipcia a las órdenes del visir.
Él debía recibir y hacer inventario de los minerales y materiales preciosos, de las herramientas destinadas a las canteras de los templos y

a las corporaciones artesanas, de los sarcófagos, los ungüentos, los tejidos, los amuletos y objetos litúrgicos.

Pagaría sus cosechas a los campesinos y fijaría los impuestos, ayudado por un personal numeroso y especializado.

Pasada la sorpresa, nadie discutió aquel nombramiento.

Muchos funcionarios de la corte habían intervenido, a título individual, ante el visir para recomendarle a Bel-Tran; aunque su ascenso fuera muy rápido para el gusto de algunos, ¿no había demostrado, acaso, notables cualidades de gestor? En su favor podían citarse la reorganización de los servicios, la mejora de los resultados, y un mayor control de gastos, pese a su carácter difícil y a una clara tendencia al autoritarismo. A su lado, el antiguo superintendente no daba la talla; blando, lento, había embarrancado en la rutina, con una culpable obstinación que había desalentado a sus últimos partidarios. Llevado a su pesar hacia un cargo muy deseado, recompensado por su tenaz trabajo, Bel-Tan no ocultaba su intención de abandonar los senderos trillados y dar a la Doble Casa blanca un prestigio y una autoridad crecientes. Insensible por lo general al concierto de las alabanzas, el visir Bagey había quedado impresionado por la abundancia de opiniones favorables.

Las oficinas de Bel-Tran ocupaban un considerable espacio en el corazón de Menfis; a la entrada, dos guardias filtraban a los visitantes. Neferet reveló su identidad y esperó a que su cita se viera confirmada. Pasó ante un cercado para el ganado y un corral donde los escribas contables recibían los impuestos en especies. Una escalera llevaba a los graneros, que se llenaban y vaciaban a merced de las contribuciones.

Un ejército de escribas, sentados bajo un dosel, ocupaba un piso del edificio. El recaudador en jefe vigilaba permanentemente la entrada de los almacenes, donde los campesinos depositaban frutos y legumbres.

La médica fue invitada a entrar en otro edificio; Neferet cruzó un vestíbulo de tres tramos, dividido por cuatro pilares, donde unos altos funcionarios redactaban las actas. Un secretario la introdujo en una vasta sala de seis pilares, donde Bel-Tran recibía a los huéspedes de alto rango. El nuevo director de la Doble Casa blanca impartía sus directrices a tres colaboradores; hablaba de prisa, saltaba de una idea a otra, trataba varios expedientes al mismo tiempo.

–¡Neferet! Gracias por haber venido.

–Vuestra salud se ha convertido en asunto de Estado.

–No debe dificultar mis actividades.

Bel-Tran despidió a sus subordinados y mostró a la médica su pierna izquierda. Una ancha placa roja, bordeada de granitos blancos, ocupaba varios centímetros.

–Vuestro hígado está saturado y vuestros riñones funcionan mal. Os pondréis en la piel una pomada compuesta de flores de acacia y clara de huevo. Beberéis varias veces al día diez gotas de zumo de áloe, sin descuidar vuestros remedios habituales. Sed paciente y cuidaos de modo habitual.

–Os confieso que a menudo soy negligente.

–La afección podría agravarse si no le prestáis atención.

–¿Cómo ocuparse de todo? Me gustaría ver más a mi hijo, hacerle comprender que será mi heredero, darle el sentido de sus futuras responsabilidades.

–Silkis se queja de vuestras ausencias.

–¡Mi querida y dulce Silkis! Percibe la importancia de mis esfuerzos. ¿Cómo está Pazair?

–El visir acaba de convocarlo, sin duda para hablarle del arresto del general Asher.

–Admiro a vuestro marido. A mi modo de ver, es un predestinado; se inscribe en él una voluntad que ningún percance podrá desviar de su ruta.

Bagey estaba inclinado sobre un texto legislativo referente a la gratuidad de los transbordadores fluviales para las personas de pocas rentas. Cuando Pazair se presentó ante él, no levantó la cabeza.

–Os esperaba antes.

El tono, cortante, sorprendió al juez.

–Sentaos. Debo concluir este trabajo.

Los hombros caídos, la espalda curvada y el alargado e ingrato rostro del visir revelaban el peso de los años.

Pazair, que creía haber conquistado la amistad de Bagey, era de pronto objeto de una fría cólera, sin conocer la causa.

–El decano del porche debe mostrarse irreprochable –declaró el visir con voz ronca.

–Yo mismo he combatido para que ninguna irregularidad volviera a mancillar la función.

–Hoy la ocupáis vos.

–¿Estáis haciéndome un reproche?

–Peor que eso. ¿Cómo justificáis vuestra conducta?

–¿De qué se me acusa?

–Me habría gustado una mayor sinceridad.

–¿Voy a ser condenado de nuevo sin motivo?

Enojado, el visir se levantó.

–¿Habéis olvidado con quién estáis hablando?

–Rechazo la injusticia, venga de donde venga.

Bagey tomó una tablilla de madera cubierta de jeroglíficos y la puso ante los ojos de Pazair.

–¿Reconocéis vuestro sello al pie de este texto?

–En efecto.

–Leed.

–Se trata de una entrega de pescado selecto a un almacén de Menfis.

–Entrega que ordenasteis vos. Pues bien, el almacén no existe. Desviasteis esa mercancía de lujo de su verdadero destino, el mercado de la ciudad. Las cajas han sido halladas en las dependencias de vuestra mansión.

–¡La investigación se ha llevado a cabo perfectamente!

–Fuisteis denunciado.

–¿Por quién?

–Una carta anónima, pero cuyos detalles eran exactos. En ausencia del jefe de policía, uno de sus subordinados se encargó de las comprobaciones.

–Un antiguo colaborador de Mentmosé, supongo.

Bagey pareció molesto.

–Exacto.

–¿Y no habéis pensado en una manipulación?

–Naturalmente. Los indicios parecen indicarlo: Mentmosé es responsable de la pesca, interviene uno de sus fieles, su deseo de venganza..., pero vuestro sello está en el documento comprometedor.

La mirada del visir había cambiado. Pazair leyó en ella la esperanza de descubrir una verdad distinta.

–Tengo la prueba formal de mi inocencia.

–Nada me alegraría más.

–Una simple precaución –explicó Pazair–. A medida que iba siendo puesto a prueba, mi necedad se atenuaba. ¿No deben tomar precauciones los titulares de un sello? Sospeché que, un día u otro, mis enemigos lo utilizarían. En todos los documentos oficiales pongo un puntito rojo tras la novena y vigésimo primera palabras. En mi sello dibujo una pequeña estrella de cinco puntas, casi cubierta por la tinta, pero visible de cerca. Examinad, por favor, la tablilla y comprobaréis la ausencia de esos signos distintivos.

El visir se levantó y se acercó a una ventana; un rayo de luz iluminó el documento.

–No están –advirtió.

Bagey no dejó nada por hacer. Examinó personalmente muchas actas firmadas por Pazair; en ninguna faltaban los puntos rojos ni la pequeña estrella. Más que compartir su secreto, aconsejó al decano del porche que modificara su marca y no hablara de ello con nadie.

Por orden del visir, Kem interrogó al policía que había recibido la denuncia y no se la había comunicado. El hombre se derrumbó y confesó haber cedido a la corrupción porque Mentmosé le había asegurado que el juez Pazair seria condenado. El nubio, irritado, envió al delta una escuadra de cinco infantes que regresaron a Menfis con el antiguo jefe de policía, que no cesaba de protestar de su inocencia.

–Os recibo en privado –indicó Pazair–, para evitaros un proceso.

–¡Me han calumniado!

El calvo cráneo de Mentmosé enrojeció. Víctima de un furioso picor, se contuvo. Él, que había tenido en sus manos tantos destinos, no disponía de influencia alguna sobre el magistrado. Se mostró pues untuoso.

–Me abruma el peso de la desgracia, me agreden las malas lenguas. ¿Cómo defenderme?

–Renunciad y admitid vuestra culpabilidad.

Mentmosé respiró con dificultades.

–¿Qué suerte me reserváis?

–No sois digno de mandar. La hiel que corre por vuestras venas pudre todo lo que tocáis. Os enviaré a Biblos, en el Líbano, lejos de Egipto. Perteneceréis a un equipo de mantenimiento de nuestros navíos.

–¿Trabajar con las manos?

–¿Hay mayor placer?

La voz gangosa de Mentmosé se llenó de cólera.

–No soy el único responsable. Denes inspiró mi gesto.

–¿Cómo creeros? La mentira fue vuestra actividad favorita.

–Os habría avisado.

–Súbita y extraña bondad.

Mentmosé rió sarcástico.

–¿Bondad? ¡Claro que no, juez Pazair! ¡Nada me causaría mayor placer que veros abatido por el rayo, ahogado por las olas, enterrado bajo un diluvio de piedras! La suerte os abandonará, vuestros enemigos se multiplicarán.

–No os retraséis; vuestro barco zarpa dentro de una hora.

CAPÍTULO 31

–Levántate –ordenó Efraim.

Desnudo, con un grillete de madera alrededor del cuello, los brazos atados a la espalda, a la altura del codo, Suti consiguió incorporarse. Efraim tiró de una cuerda atada a su cintura.

–¡Un chivato, un sucio chivato! Me había equivocado contigo, pequeño.

–¿Por qué te enrolaste en un equipo de mineros? –preguntó suavemente el general Asher.

Con los labios secos, el cuerpo dolorido por los puñetazos y los puntapiés, y los cabellos manchados de sangre y arena, Suti desafió a su enemigo. Una intensa llama brillaba todavía en su mirada.

–Dejad que lo castigue –pidió el policía del desierto, a sueldo del general.

–Más tarde. Su altanería me divierte. ¿Esperabas atraparme, demostrar que dirigía un tráfico de oro? Buena intuición, Suti. El sueldo de oficial superior no me bastaba. Y puesto que no es posible cambiar el gobierno de este país, es mejor que me aproveche de mi fortuna.

–¿Nos dirigimos hacia el norte? –preguntó Efraim.

–De ningún modo. El ejército nos espera en la frontera del delta. Vayamos al sur, pasemos por detrás de Elefantina y dirijámonos al desierto del oeste, donde nos uniremos con Adafi. Con carros, víveres y agua, lo conseguiría.

–Tengo el mapa de los pozos –añadió Asher–. ¿Habéis cargado el oro?

Efraim sonrió.

–Esta vez, la mina está realmente agotada. ¿No debemos librarnos de este espía?

–Hagamos una experiencia interesante: ¿cuánto tiempo sobrevivirá, caminando todo el día y bebiendo dos tragos de agua? Suti es muy robusto. El resultado nos servirá cuando entrenemos a las tropas libias.

–De todos modos, me gustaría seguir interrogándolo –insistió el gigante.

–Un poco de paciencia. Al terminar la etapa será menos tozudo.

La rabia, una rabia clavada en su cuerpo, impresa en cada músculo, en cada paso, ayudaría a Suti a luchar hasta que su corazón se negara a hablar en sus miembros. Prisionero de los tres verdugos, no tenía posibilidad alguna de escapar.

Precisamente cuando Asher había caído ya en sus manos, su victoria se había transformado en derrota. Era imposible comunicarse con Pazair, decirle lo que había descubierto. Su hazaña sería inútil. Desaparecería lejos de su amigo, de Menfis, del Nilo, de los jardines y de las mujeres.

Morir era estúpido. Suti no deseaba penetrar bajo tierra, dialogar con Anubis, el de la cabeza de chacal, enfrentarse con Osiris y la balanza del juicio; quería enamorarse, batirse con sus enemigos, galopar al viento del desierto, ser más rico que el más afortunado de los nobles, simplemente por el placer de reír.

Pero el grillete cada vez le resultaba más pesado.

Avanzaba, tirado por la cuerda que le desgarraba la piel de las caderas, de los lomos y el vientre; atada a la parte trasera de un carro cargado de oro, se tensaba en cuanto tropezaba o se detenía. Las ruedas giraban lentamente, pues el vehículo no debía salir de la estrecha pista, a riesgo de embarrancar en la arena; para Suti, su infernal movimiento se aceleraba metro tras metro, obligándolo a agotar sus últimas fuerzas. Cuando estaba a punto de renunciar, una nueva energía lo animaba. Un paso más, y otro, y otro, y el día pasó por su cuerpo dolorido.

El carro se detuvo. Suti permaneció de pie un largo minuto, inmóvil, como si ya no supiera sentarse. Luego, sus rodillas se doblaron y se derrumbó, con las nalgas en los talones.

–¿Tienes sed, pequeño?

Efraim, burlón, agitó un odre ante sus narices.

–Eres tan fuerte como una bestia salvaje, pero no resistirás más de tres días. He apostado con el policía y detesto perder.

Efraim hizo beber al prisionero. El líquido fresco impregnó sus labios y se derramó por todo su ser. El policía, de una patada, lo derribó en la arena.

–Mis amigos van a descansar; montaré guardia y te interrogaré.

El minero se interpuso.

–Hemos hecho una apuesta; no tienes derecho a estropearla.

Suti permaneció tendido de espaldas, con los ojos cerrados. Efraim se alejó, y el policía giró en torno al muchacho.

–Mañana morirás. Pero antes hablarás, he doblegado a mineros más tenaces que tú.

Suti apenas oyó el ruido de los pasos que martilleaban el suelo.

–Tal vez lo hayas dicho todo sobre tu misión, pero quiero asegurarme. ¿Cómo mantenías contacto con el juez Pazair?

Suti esbozó una doliente sonrisa.

–Vendrá a buscarme. Los tres seréis condenados.

El policía se sentó junto a la cabeza de Suti.

–Estás solo, no has conseguido comunicarte con el juez. Nadie te procurará la menor ayuda.

–Será tu último error.

–El sol te ha vuelto loco.

–A fuerza de traicionar, has perdido el sentido de la realidad.

El policía abofeteó a Suti.

–No me irrites más; de lo contrario, serás el juguete de mi perro.

Caía la noche.

–No esperes dormir; mientras no hables, mi puñal te hará cosquillas en la garganta.

Ya lo he dicho todo.

–Estoy seguro de que no. De lo contrario, ¿por qué habrías caído de cabeza en una emboscada?

–Porque soy un imbécil.

El policía clavó su puñal junto a la cabeza del prisionero.

–Duerme, pequeño; mañana será tu último día.

Pese al agotamiento, Suti ni siquiera conseguía adormecerse. Con el rabillo del ojo vio al policía pasar el índice por la punta de su daga y, luego, por el filo. Fatigado, la depositó a su lado. Suti sabía que la utilizaría antes del alba. En cuanto notara que cedía, le cortaría la garganta, contento de poder librarse de un peso inútil. Le sería fácil justificarse ante el general Asher.

Suti luchó. No aceptaría morir por sorpresa. Cuando aquel animal lo agrediera, le escupiría a la cara.

La luna, soberana guerrera, asomaba su curvo cuchillo en lo alto del cielo. Suti le suplicó que se dirigiera hacia él y lo atravesara, para abreviar sus sufrimientos. ¿No podían los dioses concederle ese pequeño favor a cambio de su impiedad?

Seguía vivo gracias al desierto. En simpatía con el poder de la desolación, de la aridez y de la soledad, respiraba a su ritmo. El océano de arena y piedra se convertía en su aliado.

En vez de agotarlo, le devolvía las fuerzas. Aquel sudario, abrasado por el sol y batido por el viento, le gustaba más que la tumba de un noble.

El policía permanecía sentado, acechando el desfallecimiento del prisionero. En cuanto cerrara los ojos, se deslizaría en su sueño, como la rapaz muerte, y le robaría el alma.

Alimentado por el suelo, abrevado por la luna, Suti resistía.

El verdugo lanzó un grito ronco. Agitó los brazos como un pájaro herido, intentó levantarse y cayó hacia atrás. Brotando de la noche apareció la diosa de la muerte. Lúcido por unos instantes, Suti comprendió que deliraba. ¿No estaría atravesando el temible espacio entre los mundos, donde monstruosas criaturas atacaban al difunto?

–Ayúdame –exigió la diosa–. Démosle la vuelta al cadáver.

Suti se puso de lado.

–¡Pantera! Pero ¿cómo?...

–Más tarde. Apresurémonos, debo recuperar el puñal que le he clavado en la nuca.

La rubia libia sostuvo a su amante, que consiguió ponerse de pie. Ella empujó el cuerpo con sus manos, él con sus pies. Pantera arrancó el arma, cortó las ligaduras de Suti, le quitó el grillete y le abrazó.

–Qué agradable es sentirte... Pazair te ha salvado. Me reveló que habías salido de Coptos como minero. Supe que habías desaparecido y seguí al grupo de policías que presumía de poder encontrarte. Pronto quedó reducido al traidor que acabo de matar. Nosotros, los libios, sabemos sobrevivir fácilmente en este infierno. Ven, bebe algunos tragos.

Lo llevó tras una colina desde la que había observado el campamento y los carros sin ser vista. Con increíble energía, Pantera había cargado con dos odres que llenaba en cada manantial, un saco de carne seca, un arco y algunas flechas.

–¿Dónde están Asher y Efraim?
–Duermen en los carros, en compañía de un enorme perro. Es imposible atacarlos.
Suti se desvanecía; Pantera lo cubrió de besos.
–¡No, ahora no!
Lo ayudó a tenderse, le acarició y se tendió sobre él. Pese a la extremada debilidad de su amante, saboreó el despertar de su virilidad.
–Te amo, Suti, y te salvaré.

Un grito de espanto arrancó a Neferet del sueño. Pazair se movió, pero no se despertó. La muchacha se puso un vestido y salió al jardín.
Una sirvienta, que llevaba leche fresca, estaba llorando.
Había dejado sus recipientes, cuyo contenido se derramaba por el suelo.
–Allí –gimió señalando con el indice el umbral de piedra.
Neferet se agachó.
Algunos fragmentos de jarros rojos, rotos, mostraban inscrito con pincel y tinta negra el nombre del juez Pazair, seguido de incomprensibles fórmulas mágicas.
–¡Mal de ojo! –exclamó la sirvienta–. Debemos abandonar en seguida la casa.
–¿No es el poder de Maat más fuerte que el de las tinieblas? –preguntó Neferet tomando del hombro a la sirvienta.
–¡La existencia del juez se quebrará como estas jarras!
–¿Crees que no voy a defenderlo? Vigila estos fragmentos. Voy al taller.
Neferet regresó con una cola que se utilizaba para reparar las jarras. En compañía de la sirvienta, extendió los elementos del rompecabezas y, sin precipitarse, fue uniéndolos. Antes de reconstruir los objetos, Neferet borró las inscripciones.
–Le darás esos recipientes al lavandero. A fuerza de contener el agua que limpia la suciedad, quedarán purificados.
La sirvienta besó las manos de Neferet.
–El juez Pazair tiene mucha suerte. La diosa Maat lo protege.
–¿Nos traerás leche fresca?
–Voy a ordeñar mi mejor vaca.
Y se marchó corriendo.
El campesino hundió en la tierra blanda un palo dos veces más alto que él y fijó en lo alto una larga pértiga flexible. En el extremo más grueso ató un contrapeso de adobe, y en el más delgado una cuerda que sostenía un recipiente de barro. Centenares de veces cada día tiraría lentamente de la cuerda, hundiría el recipiente en el agua del canal, y aflojaría la presión para que el contrapeso levantara el recipiente hasta la altura de la pértiga y vertiera su contenido en la tierra del jardín. De este modo, en una hora, levantaría tres mil cuatrocientos litros y regaría sus cultivos. Gracias a este sistema, el agua se transportaba hasta las tierras altas, que no eran cubiertas por la inundación.
Apenas iniciada la primera maniobra, el campesino escuchó un ruido sordo, absolutamente insólito. Con las manos aferradas a la cuerda, aguzó el oído. El rugido creció. Inquieto, se alejó de su máquina de regar, trepó por la pendiente y se plantó en lo alto de la colina.

Helado de espanto, vio correr hacia él una furiosa ola que lo barría todo a su paso. Aguas arriba, el dique se había roto; hombres y animales se ahogaban, luchando en vano contra el lodoso torrente.

Pazair fue el primer oficial que llegó al lugar de los hechos. Diez muertos, la mitad de un rebaño de bueyes diezmada, quince máquinas de regar destruidas... El balance del accidente era grave. Los obreros ya estaban reconstruyendo el dique, con la ayuda de dos soldados de ingeniería, pero se había perdido la reserva de agua. El Estado, con la presencia del decano del porche, que reunió a la población en la plaza del pueblo más cercana, se comprometió a indemnizarla y a alimentarla. Pero todos querían conocer al responsable del drama; así que Pazair interrogó a los dos funcionarios que se encargaban del mantenimiento de los canales, depósitos y diques en aquella zona. No se había cometido falta alguna; las giras de inspección, efectuadas según las reglas, no habían revelado nada anormal. El juez absolvió a los técnicos en una audiencia pública. Todos mencionaron al único culpable posible: el mal de ojo. Una maldición había caído sobre el dique antes de llegar al pueblo, luego a la provincia y por fin al país entero.

El faraón ya no ejercía su papel protector. ¿Qué sería de Egipto si no celebraba aquel mismo año la fiesta de regeneración? El pueblo seguía confiando. Su voz y sus exigencias llegarían a los alcaldes de los pueblos, los jefes de provincia, los dignatarios de la corte y al propio Ramsés. Todos sabían que el rey viajaba mucho y no ignoraba las aspiraciones de aquellos a quienes gobernaba. Enfrentado a la dificultad, perdido a veces en la tormenta, siempre había encontrado el camino adecuado.

El devorador de sombras abandonaba por fin el callejón sin salida. Para acercarse al juez Pazair y hacerlo víctima de un accidente tenía que eliminar primero a sus protectores. El más peligroso no era Kem, sino el babuino policía, cuyos colmillos eran más largos que los de una pantera y capaces de vencer a cualquier fiera. Sin embargo, el devorador de sombras había encontrado, por un alto precio, al adversario adecuado.

El babuino de Kem no podría resistirse a otro macho, más grande y más fornido. El devorador de sombras lo había encadenado, le había puesto un bozal y no lo alimentaba desde hacia dos días, aguardando la ocasión propicia. Se presentó en pleno mediodía, cuando Kem daba de comer a su mono. Este se apoderó de un pedazo de buey y comenzó a roerlo a un extremo de la terraza, desde la que el nubio observaba la mansión de Pazair, que estaba comiendo a solas con su esposa.

El devorador de sombras soltó al babuino y le quitó prudentemente la mordaza. Atraído por el olor de la carne, trepó sin hacer ruido por la blanca fachada y se irguió frente a su congénere.

Con las orejas rojas de cólera, los ojos inyectados de sangre y las nalgas violáceas, el agresor enseñó los colmillos dispuesto a morder. El babuino abandonó su comida y replicó del mismo modo. La maniobra de intimidación fracasó; uno y otro vieron en sus miradas el mismo deseo de combatir. No habían proferido sonido alguno.

Cuando el instinto de Kem lo impulsó a volverse, era demasiado tarde. Ambos simios aullaron al mismo tiempo y se lanzaron al ataque.

Imposible separarlos o abatir al enemigo; los babuinos formaban una masa que no cesaba de moverse, rodando a derecha e izquierda. Con increíble ferocidad se desgarraban lanzando estridentes gritos.

El combate fue de corta duración. La informe masa se inmovilizó.

Kem no se atrevió a acercarse.

Muy lentamente emergió un brazo y apartó el cadáver del vencido.

–¡Matón!

El nubio corrió hacia su simio y lo sostuvo cuando se derrumbaba, cubierto de sangre. Había conseguido degollar al agresor, a costa de profundas heridas.

El devorador de sombras escupió su rabia y se alejó.

El babuino miró fijamente a Neferet mientras desinfectaba sus heridas, antes de cubrirlas con barro del Nilo.

–¿Sufre mucho? –preguntó Kem nervioso.

–Pocos humanos serían tan valerosos.

–¿Lo salvaréis?

–Sin duda alguna. Su corazón es fuerte como una roca, pero tendrá que aguantar los apósitos y una relativa inmovilidad durante algunos días.

–Me obedecerá.

–No lo alimentéis demasiado durante una semana. A la menor recaída, avisadme.

La pata de Matón se posó en la mano de la médica. En los ojos del mono había un agradecimiento sin límites.

El consejo de los médicos se reunió por décima vez. Qadash tenía a su favor la edad, la notoriedad, la experiencia y su calidad de dentista, que el faraón apreciaría mucho; Neferet, por su parte, contaba con sus cualidades de extraordinaria curandera, sus competencias demostradas día tras día en el hospital, la opinión favorable de muchos facultativos y el apoyo de la reina madre.

–Queridos colegas –dijo el decano–, la situación comienza a ser escandalosa.

–¡Pues bien, elijamos a Qadash! –intervino el que había sido la mano derecha de Nebamon–. Con él, no corremos ningún riesgo.

–¿Qué le reprocháis a Neferet?

–Es demasiado joven.

–Si no dirigiera con tanto acierto el hospital –consideró un cirujano–, compartiría vuestra opinión.

–La función de un médico en jefe exige un hombre representativo y ponderado, no una muchacha, por muy dotada que esté.

–¡Muy al contrario! Tiene una energía que no habita ya en Qadash.

–Hablar en estos términos de nuestro estimado colega es insultante.

–Estimado... ¡No por todos! ¿No estuvo mezclado en ciertos tráficos comerciales y fue perseguido por el juez Pazair?

–Que es el marido de Neferet, todo hay que decirlo.

La controversia se envenenaba, el tono subió.

–¡Un poco de dignidad, queridos colegas!

–Acabemos de una vez y proclamemos la elección de Qadash.

–¡Ni hablar! Neferet y nadie más.

A pesar de las promesas, la sesión concluyó como había empezado. Tomaron una firme decisión: en la próxima reunión del comité se designaría al nuevo médico en jefe del reino.

Bel-Tran hizo visitar a su hijo sus dominios. El niño jugó con los papiros, saltó sobre los taburetes plegables, rompió un pincel de escriba.

–Ya basta –ordenó su padre–. Respeta el material del alto funcionario en quien vas a convertirte.

–Yo no quiero trabajar, quiero mandar a los demás, igual que tú.

–Sin esfuerzo, ni siquiera serás escriba de los campos.

–Prefiero ser rico y tener tierras.

La llegada de Pazair interrumpió el diálogo. Bel-Tran entregó su hijo a un servidor, que lo llevaría al picadero, donde aprendía a montar a caballo.

–Parecéis preocupado, Pazair.

–No tengo información alguna sobre la suerte de Suti.

–¿Asher?

–Ni la menor huella. Los correos fronterizos no han informado de nada.

–Enojoso.

–¿Qué pensáis de las cuentas de Denes?

–Irregularidades, sin duda, errores voluntarios y malversaciones.

–¿Es suficiente para inculparlo?

–Estáis consiguiéndolo, Pazair.

La noche era suave. Bravo, tras una loca carrera alrededor del estanque de los lotos, dormía a los pies de su dueño. Agotada tras una larga jornada en el hospital, Neferet se había adormecido. El juez, a la luz de dos lámparas, preparaba el acta de acusación.

Asher se había condenado con su misma huida, justificando las acusaciones del proceso anterior. Denes había defraudado al fisco, se había apoderado de mercancías y había corrompido conciencias. Chechi dirigía comercios clandestinos. Qadash, cómplice, no podía ignorar aquellos turbios manejos. Muchos puntos precisos y abrumadores testimonios, escritos y orales, serían presentados a los jurados.

La reputación de los cuatro hombres no sobreviviría a la audiencia, se les infligirían penas más o menos graves. Tal vez el juez hubiera desmontado la conjura, pero aún tenía que encontrar a Suti y proseguir su camino hacia la verdad, el camino que llevaba al asesino de su maestro Branir.

CAPÍTULO 32

Al percibir el peligro, el avestruz se inmovilizó. Inquieto, aleteó, incapaz de emprender el vuelo, hizo una pirueta para saludar el sol naciente y se lanzó a una fulgurante carrera hacia una duna. Suti había intentado en vano tensar su arco. Sus músculos estaban doloridos, casi paralizados. Pantera le dio un masaje y le frotó con un ungüento que llevaba en un frasco colgado de su cinturón.

–¿Cuántas veces me has engañado?

Suti soltó un suspiro de exasperación.

–Si te niegas a contestarme, te abandonaré. No olvides que tengo un odre de agua y carne seca.

–¿Tantos esfuerzos para terminar así?

–Cuando se desea la verdad, ninguna prueba es insoportable. El juez Pazair me ha convencido.

Suti experimentó un inmediato bienestar. Efraim y Asher descubrirían muy pronto la muerte del policía y se lanzarían en busca del prisionero.

–Alejémonos de aquí lo más de prisa posible.

–Primero respóndeme.

El puñal amenazó el vientre de Suti.

–¡Si me has engañado, te convierto en un eunuco!

–No ignoras mi boda con la señora Tapeni.

–La estrangularé con mis propias manos. ¿Hay alguna más?

–Claro que no.

–En Coptos, en esa ciudad de lujuria...

–Me enrolé como minero. Y luego vino el desierto.

–En Coptos nadie permanece casto.

–Yo sí.

–Debí matarte en cuanto te encontré.

¡Mira!

Efraim acababa de descubrir el cadáver. Inmediatamente soltó al perro, que olisqueó el aire, pero no consintió en separarse de su dueño. El minero habló con Asher, y reemprendieron el camino. Huir de Egipto y salvar el oro les parecía más importante que perseguir a un adversario disminuido. Con la eliminación del policía, sólo eran dos a repartir.

–Se van –suspiró Pantera.

–Sigámoslos.

–¿Has perdido la cabeza?

–Asher no escapará.

–¿Olvidas tu estado?

–Gracias a ti, mejora rápidamente. Caminar me restablecerá.

–Estoy enamorada de un loco.

Sentado en la terraza de su mansión, Pazair contemplaba el oriente. No conseguía dormir, y había abandonado su alcoba para confiarse a la noche estrellada. El cielo era tan claro que distinguía la forma de las pirámides de Gizeh, envueltas en un profundo azul donde nacía la primera sangre del alba. Anclado en una paz milenaria, construido de piedra, de amor y de verdad, Egipto se desplegaba en el misterio del día que iba a nacer. Pazair ya no era decano del porche, ni siquiera juez; absorbido por la inmensidad donde se celebraban las imposibles bodas entre lo invisible y lo visible, en comunión con el espíritu de los antepasados, cuya presencia seguía siendo tangible en cada murmullo de su tierra, intentó olvidarse de sí mismo.

Descalza, silenciosa, Neferet apareció a su lado.

–Es temprano... Deberías dormir.

–Es mi hora preferida. Dentro de unos instantes, el oro iluminará la silueta de las montañas y el Nilo resucitará. ¿Por qué estás tan inquieto?

¿Cómo confesarle que él, el magistrado seguro de sus verdades, era presa de la duda? Lo creían impasible, insensible a los acontecimientos, pero a veces, el menor de todos ellos lo marcaba como una herida. Pazair no admitía la existencia del mal y no se acostumbraba al crimen. El tiempo no borraba la muerte de Branir, y era incapaz de vengarla.

–Tengo ganas de renunciar, Neferet.

–Estás agotado.

–Comparto la opinión de Kem. La justicia, si existe, no es aplicable.

–¿Temes acaso un fracaso?

–Mis expedientes son sólidos, mis acusaciones fundadas, mis argumentos decisivos... Pero Denes o uno de sus acólitos todavía puede utilizar un arma jurídica y echar por tierra todo mi trabajo. ¿Crees que vale la pena proseguir?

–Es sólo un momento de cansancio.

–El ideal de Egipto es sublime, pero no impide la existencia de un general Asher.

–¿No has logrado frenar sus manejos?

–Tras él vendrá otro, y luego otro...

–Tras un enfermo, viene otro, y luego otro. ¿Tendría que dejar de curar?

Tomó sus manos con ternura.

–Soy indigno de mi función.

–Las palabras inútiles insultan a Maat.

–¿Dudaría un verdadero juez de la justicia?

–Te cuestionas a ti mismo.

Un rayo de sol, acerado y acariciador al mismo tiempo, los envolvió.

–Estamos jugándonos la vida, Neferet.

–No luchamos por nosotros mismos, sino para aumentar la luz que nos une. Desviarnos del camino sería criminal.

–Eres más fuerte que yo.

Ella sonrió divertida.

–Mañana me sostendrás tú.

Unidos, vivieron el nacimiento del día.

Antes de dirigirse al despacho del visir, Pazair estornudó una decena de veces y se quejó de un violento dolor en la nuca. Neferet no pareció preocupada; le hizo beber una cocción de hoja y corteza de sauce[3], remedio que utilizaba con frecuencia para suprimir la fiebre y los más diversos males.

El alivio fue rápido. Pazair respiró mejor y se presentó animado ante un Bagey cada vez más encorvado.

–He aquí el expediente completo del general Asher, el transportista Denes, el químico Chechi y el dentista Qadash. Como decano del porche solicito de vos que se celebre un proceso público por las acusaciones de alta traición, atentado a la seguridad del reino, tentativa deliberada de suprimir la vida, prevaricaciones y malversaciones. Algunos puntos han sido bien etablecidos, otros permanecen oscuros. Sin embargo, ante semejantes cargos, me ha parecido inútil esperar más.

–El asunto es de excepcional gravedad.

–Soy consciente de ello.

–Los acusados son personalidades notables.

–Más condenables son por ello sus faltas.

–Tenéis razón, Pazair. Iniciaré el proceso tras la fiesta de la diosa Opet, aunque no hayamos encontrado a Asher.

–Ni tampoco a Suti.

–Comparto vuestra inquietud. He ordenado a una división de infantería que, con la ayuda de policías especializados, rastree el desierto en los alrededores de Coptos. ¿Identificáis en vuestras conclusiones al asesino de Branir?

–He fracasado. No estoy seguro de nada.

–Quiero su nombre.

–Nunca abandonaré la investigación.

–La candidatura de Neferet al cargo de médico en jefe es molesta. Algunos, llenos de buenas intenciones, subrayarán que la acusación a Qadash deja libre el camino a vuestra esposa, e intentarán desacreditarla.

–He pensado en ello.

–¿Qué opina Neferet?

–Si Qadash es cómplice, debe ser condenado.

–No tenéis derecho a fracasar. Ni Denes ni Chechi serán presas fáciles. Además temo uno de esos cambios de situación que suele conseguir Asher. Los traidores tienen un don particular para justificar su felonía.

–Pongo mi esperanza en vuestro tribunal. La mentira naufraga en él.

Bagey posó su mano en el corazón de cobre que llevaba al cuello. Con ese gesto colocaba ante todo la conciencia de su deber.

Los conjurados se habían reunido en la granja abandonada donde solían hablar en caso de urgencia. Denes, por lo general triunfante y seguro de sí mismo, parecía preocupado.

–Tenemos que actuar muy de prisa. Pazair ha presentado su instrucción a Bagey.

---

[3] El sauce contiene la sustancia que forma el componente esencial de la aspirina que, por lo tanto, fue inventada y utilizada más de dos mil años antes dc J. C.

–¿Se trata de un rumor o de una noticia cierta?

–El caso está inscrito en el tribunal del visir y se verá después de la fiesta de Opet. Es satisfactorio que Asher esté implicado, pero no quiero que mi reputación quede comprometida.

–¿No debía el devorador de sombras dejar al juez Pazair incapacitado para la acción?

–La mala suerte se lo ha impedido, pero no abandonará su presa.

–Hermosa promesa que no os impide ser acusado.

–Nosotros dirigimos el juego, no lo olvidéis. Bastará con que utilicemos parte de nuestro poder.

–¿Sin desenmascararnos?

–No será necesario. Bastará con una simple carta.

El plan de Denes fue aceptado.

–Para no vivir de nuevo semejantes angustias –añadió–, os propongo que adelantemos una de las fases de nuestro plan: la sustitución del visir. De ese modo, las futuras gestiones del juez Pazair no tendrán efecto.

–¿No es demasiado pronto?

–Comprobadlo vos mismo: es el momento oportuno.

Ante los asombrados ojos de Asher y Efraim, el dogo saltó del carro y se lanzó hacia un montículo pedregoso.

–Desde la desaparición de su dueño –dijo Efraim–, está como loco.

–No lo necesitamos –consideró el general–. Ahora tengo la seguridad de que hemos escapado a las patrullas. El camino está libre.

El dogo, con los belfos espumeantes, daba unos saltos increíbles. Pareció volar de roca en roca, insensible al cortante sílex. Suti obligó a Pantera a tenderse en la arena y tensó su arco. A tiro de flecha, el perro se inmovilizó.

Hombre y animal se desafiaron. Consciente de que no debía fallar el blanco, Suti aguardó el ataque. Le disgustaba tener que matar al perro. De pronto, el animal lanzó un grito desesperado y se agachó como una esfinge. Suti dejó su arco y se acercó. El perro, sometido, se dejó acariciar. Sus ojos reflejaban cansancio y angustia. Ahora que se había liberado de un dueño implacable, ¿volvería a ser aceptado?

–Ven.

El perro agitó la cola alegremente. Suti tenía un nuevo aliado.

Qadash, ebrio, entró titubeando en la casa de cerveza. El proceso en el que, por fuerza, estaba mezclado lo asustaba. Pese a la seguridad de Denes y a la perfecta concepción de la conjura, el dentista estaba cada vez más ansioso. No se veía capaz de resistir al juez Pazair y temía, a causa de su inculpación, perder para siempre el cargo de médico en jefe. Sentía pues una irrefrenable necesidad de aturdirse, y como el vino no le procuraba suficiente alivio, pensaba liberarse de sus nervios en el regazo de una prostituta.

Sababu se había puesto, de nuevo, al frente del mayor establecimiento de Menfis, cuya buena reputación mantenía.

Sus mozas recitaban poemas, danzaban y tocaban música antes de ofrecer su ciencia erótica a una clientela elegante y acomodada.

Qadash empujó al portero, apartó a una flautista y se lanzó sobre una jovencísima sirvienta nubia que llevaba una bandeja llena de pasteles. La derribó en unos almohadones multicolores e intentó violarla. Los aullidos de la niña alertaron a Sababu, que apartó al dentista con mano vigorosa.

–La quiero.

–La pequeña es sólo una sirvienta.

–¡De todos modos, la quiero!

–Salid inmediatamente de esta casa.

La niña se refugió en brazos de Sababu.

–Pagaré lo que sea.

–Guardaos vuestro dinero y largaos.

–¡Será mía, os juro que será mía!

Qadash no se alejó de la casa de cerveza. Agazapado en las tinieblas, esperó la salida de las empleadas. Poco después del alba, la nubia y otras jóvenes sirvientas regresaron a su casa.

Qadash siguió a su presa. En cuanto pasó por una calleja desierta, la asió por el talle y le puso una mano en la boca. La chiquilla se debatió, pero el dentista estaba tan fuera de sí que no pudo resistir demasiado. Qadash le arrancó el vestido, se tendió sobre ella y la violó.

–Queridos colegas –anunció el decano del comité de médicos–, no podemos diferir por más tiempo el nombramiento del médico en jefe del reino. Puesto que no se han presentado más candidatos, debemos elegir entre Neferet y Qadash. Mientras no hayamos tomado la decisión, proseguiremos las deliberaciones.

Esta línea de conducta recibió la aprobación general. Intervinieron todos los facultativos, unas veces con tranquilidad, otras con vehemencia. Los partidarios de Qadash se mostraron virulentos con Neferet. ¿No se aprovechaba de la posición de su marido para acusar al dentista y apartarlo así de su camino? Calumniar a un facultativo de tanta reputación y ensuciar su nombre eran métodos escandalosos que descalificaban a la joven.

Un cirujano retirado añadió que Ramsés el Grande sufría cada vez más a causa de su dentadura y que le gustaría tener a su lado un técnico especializado. ¿No debían pensar primero en la persona del faraón, de quien dependía la prosperidad del país? Nadie discutió el argumento.

Tras cuatro horas de enfrentamiento se pasó a la votación.

–Qadash será el próximo médico en jefe del reino –concluyó el decano.

Dos avispas revolotearon alrededor de Suti y atacaron al mastín, que masticaba un pedazo de carne seca. El muchacho estuvo observándolas hasta que descubrió el avispero, que se hallaba hundido en la tierra.

–Vuelve la suerte. Desnúdate.

Pantera apreció la invitación. Desnuda, se acurrucó contra Suti.

–Ya haremos el amor más tarde.

–Entonces, ¿por qué?...

–Cada pulgada de mi cuerpo debe estar cubierta. Voy a desenterrar una parte del nido y a ponerlo en un odre.

–¡Si te pican, morirás! Estas avispas son terribles.
–Tengo la intención de vivir muchos años.
–¿Para acostarte con otras mujeres?
–Envuélveme.
Tras haber descubierto el emplazamiento, Suti cayó. Pantera guiaba sus gestos. El aguijón de las avispas no atravesó el tejido, a pesar de sus furiosos asaltos. Suti metió en el odre buena parte del zumbador enjambre.
–¿Qué piensas hacer?
–Secreto militar.
–Deja ya de burlarte.
–Confía en mi.
Ella le puso la mano en el pecho.
–Asher no debe escapar.
–Confía en mi, conozco bien el desierto.
–Si perdiéramos su rastro...
Ella se arrodilló y le acarició los muslos con una lentitud tan diabólica que Suti fue incapaz de resistírsele. Entre un nido de avispas furiosas y un mastín adormecido, gozaron de su juventud con insatisfecha pasión.

Neferet estaba conmovida.
Desde el momento que la habían hospitalizado, la joven nubia no había cesado de llorar. Herida en su carne y en su espíritu, se agarraba como un náufrago a la muñeca de la médica. El salvaje que la había violado, desgarrando su virginidad, había huido; pero varias personas habían dado una descripción bastante precisa de él. Sin embargo, sólo el testimonio directo de la víctima acarrearía una acusación formal.
Neferet curó la vagina martirizada y administró calmantes a la niña. Los temblores nerviosos se atenuaron y aceptó beber.
–¿Deseas hablar?
La perdida mirada de la hermosa negra se clavó en su protectora.
–¿Me curaré?
–Te lo prometo.
–Hay buitres en mi cabeza, devoran mi vientre... ¡No quiero un hijo de ese monstruo!
–No lo tendrás.
–¿Y si estoy preñada?
–Yo misma practicaré el aborto.
La nubia rompió de nuevo a llorar.
–Era viejo –reveló entre dos sollozos–, y olía a vino. Cuando me agredió, en la casa de cerveza, me fijé en sus manos rojas, sus pómulos salientes y las venitas violetas en su prominente nariz. ¡Un demonio, un verdadero demonio de cabellos blancos!
–¿Sabes su nombre?
–Mi patrona lo sabe.

Era la primera vez que Neferet entraba en aquel lugar de placer, cuya decoración y perfumes incitaban al abandono de los sentidos. Para lograrlo, Sababu había desplegado un gusto recargado, pero eficaz. Las

cortesanas tenían que seducir fácilmente a los visitantes sedientos de amor.

La propietaria no hizo aguardar a la médica que la había cuidado en Tebas.

–Me siento feliz de recibiros. ¿No teméis por vuestra reputación?

–Me es indiferente.

–Vos me curasteis, Neferet. Desde que sigo al pie de la letra vuestro tratamiento, mis reumatismos casi han desaparecido. Parecéis tan tensa, tan preocupada... ¿Os ofusca este lugar?

–Una de vuestras sirvientas ha sido violada del modo más innoble.

–Creí que ese crimen ya no existía en Egipto.

–Una niña nubia, a la que he curado en el hospital. El cuerpo se restablecerá, pero tal vez no lo olvide nunca. Me ha hecho una descripción del agresor y afirma que vos conocéis su nombre.

–¿Si os lo doy, tendré que comparecer en el proceso?

–Sin duda.

–La discreción es mi única religión.

–Como queráis, Sababu.

La médica se alejó.

–¡Tenéis que comprenderme, Neferet! Si comparezco, descubrirán que estoy en situación ilegal.

–Sólo me importa la mirada de esa niña.

Sababu se mordió los labios.

–¿Me ayudará vuestro marido a conservar esta casa?

–¿Cómo puedo prometéroslo?

–El criminal se llama Qadash. Se arrojó sobre la pequeña aquí mismo. Estaba borracho y violento.

Sombrío y huraño, Pazair caminaba de un lado a otro.

–No sé cómo darte la mala noticia, Neferet.

–¿Tan grave es?

–¡Una injusticia, una monstruosidad!

–Precisamente debo hablarte de un monstruo. Tienes que detenerlo inmediatamente.

Pazair se aproximó y tomó entre sus manos el rostro de Neferet.

–Has llorado.

–Es muy serio, Pazair. He investigado, y tú debes decidir.

–Qadash ha sido elegido médico en jefe del reino. Acaban de entregarme el acta oficial.

–Qadash es un asesino de la peor especie: ha violado a una niña virgen.

CAPÍTULO 33

Efraim y Asher descansaron antes de cruzar la frontera del sur rodeando Elefantina. Eligieron una gruta, donde pasaron una noche tranquila tras haber puesto el carro a cubierto. El general conocía el emplazamiento de las guarniciones y sabría deslizarse entre las mallas de la red. Luego disfrutaría de su fortuna en Libia, con su amigo Adafi, y entrenaría a los beduinos, que sembrarían la inseguridad en Egipto. Si el porvenir se anunciaba risueño, ¿por qué no estudiar una invasión del delta y la conquista de las mejores tierras del noroeste?

Asher sólo vivía para perjudicar a su país de origen. Obligándolo a huir, el juez Pazair había creado un enemigo cuya astucia y obstinación serían más destructoras que todo un ejército. El general se durmió mientras su cómplice montaba la guardia.

Con el odre en la mano derecha, Suti se arrastraba sobre la roca que dominaba la entrada de la gruta. Arañándose el pecho, avanzaba trabajosamente, cuidando de no hacer rodar un guijarro que descubriera su presencia. Pantera lo observaba angustiada. ¿Sería lo bastante rápido como para sacar el nido sin que le picaran, bastante hábil para arrojarlo al interior de la caverna? Suti no tendría una segunda oportunidad.

Llegado al extremo de la roca, se concentró. Boca abajo, recuperó el aliento y aguzó el oído. No se oía nada. Arriba, en el cielo, un halcón volaba en círculos. Suti sacó el tapón, movió el brazo como un balancín y soltó el nido hacia la guarida de sus enemigos.

Un zumbido infernal quebró la calma del desierto. Efraim salió de la gruta. El barbudo estaba rodeado de furiosas avispas. Torpe, titubeante, intentaba en vano apartarías. Víctima de un centenar de picaduras, cayó, se llevó las manos a la garganta y murió ahogado.

Asher había tenido el reflejo de esconderse debajo del carro y no moverse. Cuando las avispas hubieron desaparecido, salió de la gruta espada en mano. Frente a él se encontraban Suti, Pantera y el mastín.

–Tres contra uno... ¿Os falta valor?

–¿Cómo se atreve un cobarde a hablar de valor?

–Tengo mucho oro. ¿No os interesa la fortuna a ti y a tu amante?

–Voy a matarte, Asher, y me apoderaré de tu oro.

–Estás soñando. Tu perro ha perdido su agresividad, y tú no vas armado.

–Un nuevo error, general.

Pantera recogió el arco y las flechas y los entregó a Suti.

Asher retrocedió; su rostro de roedor se contrajo.

–Si me matas, te perderás en el desierto.

–Pantera es una guía excelente. Y también yo me acostumbro al lugar. Sobreviviremos, no te quepa duda.

–Un ser humano no tiene derecho a levantar la mano contra otro ser humano. No te atreverás a matarme.

–¿Puede alguien creer que aún eres un ser humano?

–La venganza envilece. Haciéndote culpable de un crimen serás condenado por los dioses.

–Crees en ellos tanto como yo. Si existen, me estarán agradecidos por haber eliminado a la más venenosa de las víboras.

–El cargamento del carro es sólo una parte de mi tesoro. Ven conmigo y serás más rico que un noble tebano.

–¿Para ir dónde?

–A Libia, con Adafi.

–Me empalaría.

–Te presentaré como a mi amigo más fiel.

Pantera estaba detrás de Suti. El muchacho la sintió acercarse. ¡Libia, su país! ¿No la seduciría la proposición del general Asher? Regresar con Suti a su casa, tenerlo para ella sola, vivir en la abundancia... ¿Cómo resistir tantas tentaciones? Sin embargo, no se volvió. ¿No prefieren los traidores herir por la espalda?

Pantera tendió una flecha a Suti.

–Te equivocas –prosiguió Asher con voz sibilante–. Hemos nacido para entendernos. Eres un aventurero, como yo; Egipto nos asfixia, necesitamos horizontes más amplios.

–Te vi torturar a un egipcio, un hombre indefenso que estaba muerto de miedo, y no manifestaste la menor piedad.

–Quería obtener su confesión. Amenazaba con denunciarme. Tú te habrías comportado como yo.

Suti tensó su arco y disparó. La flecha se clavó entre ambos ojos.

Pantera se colgó del cuello de su amante.

–¡Te amo y somos ricos!

Kem había detenido a Qadash en su propia casa, a la hora del almuerzo. Leyó el acta de acusación y le ató las manos. El dentista, con la cabeza pesada y la mirada perdida, protestó débilmente. Fue llevado en seguida ante el juez Pazair.

–¿Reconocéis vuestra fechoría?

–¡Claro que no!

–Los testigos os han identificado.

–Entré en la casa de cerveza de Sababu, empujé a unas mozas desagradables y me marché casi en seguida. Ninguna me gustaba.

–La declaración de Sababu es muy distinta.

–¿Quién puede creer a esa vieja prostituta?

–Violasteis a una niña nubia que servía en casa de Sababu.

–¡No es cierto! Que esa mentirosa se atreva a afirmarlo ante mí.

–Vuestros jueces decidirán.

–No tendréis la intención de...

–El proceso se celebrará mañana.

–Quiero regresar a casa.

–Os niego la libertad provisional. Podríais agredir a otra niña. Kem se encargará de vuestra seguridad en el puesto de policía.
–¿Mi... seguridad?
–Todo el barrio desea acabar con vos.
Qadash se agarró al juez.
–¡Tenéis el deber de protegerme!
–Lamentablemente, es cierto.

La señora Nenofar fue al taller de tejido con la firme intención de obtener, como de costumbre, las mejores telas y hacer palidecer así de rabia a sus rivales. ¡Cuántas horas exaltantes la esperaban confeccionando personalmente los suntuosos vestidos que llevaría con incomparable elegancia!
Con sus ojos pícaros y sus aires de superioridad, Tapeni la irritaba; pero conocía a la perfección su oficio y le procuraba tejidos sin defecto alguno. Gracias a ella, Nenofar marcaba la moda.
Tapeni lucía una curiosa sonrisa.
–Necesito lino de primera calidad –exigió Nenofar.
–Será difícil.
–¿Perdón?
–A decir verdad, imposible.
–¿Qué mosca os ha picado, Tapeni?
–Sois muy rica, yo no.
–¿No os he pagado siempre?
–Ahora exijo más.
–Un aumento durante el año... no es muy correcto, pero lo acepto.
–Lo que quiero venderos no es una tela.
–¿Qué es?
–Vuestro marido es un hombre conocido, muy conocido.
–¿Denes?
–Tiene que mostrarse irreprochable.
–¿Qué insinuáis?
–La alta sociedad es cruel. Si uno de sus miembros es considerado culpable de inmoralidad, pierde en seguida su influencia e, incluso, su fortuna.
–¡Explicaos!
–No os pongáis nerviosa, Nenofar; si sois razonable y generosa, vuestra posición no se verá amenazada. Os basta con comprar mi silencio.
–¿Qué sabéis que sea tan comprometedor?
–Denes no es un marido fiel.
Nenofar creyó que el techo del taller caía sobre su cabeza. Si Tapeni tenía la menor prueba de lo que estaba diciendo, si lo hacía correr entre la nobleza tebana, la esposa del transportista caería en el ridículo y ya nunca se atrevería a mostrarse en la corte o en una recepción cualquiera.
–¡Estáis inventándolo!
–No os arriesguéis, lo sé todo.
Nenofar no titubeó. La honorabilidad era su bien más precioso.
–¿Qué exigís a cambio de vuestro silencio?
–Los beneficios de una de vuestras propiedades agrícolas y, en cuanto sea posible, una hermosa mansión en Menfis.

–¡Es exorbitante!

–¿Podéis imaginaros como una mujer burlada, queréis que el nombre de la amante de Denes esté en todos los labios?

Aterrorizada, la señora Nenofar cerró los ojos. Tapeni sentía un gozo salvaje. Haber compartido una sola vez el lecho de Denes, amante mediocre y despectivo, le abría el camino de la fortuna. Mañana sería una gran dama.

Qadash estaba fuera de sí. Exigía su liberación inmediata, seguro de que Denes había despejado ya todos los obstáculos. Pasada la borrachera, el dentista alegaba sus nuevas funciones para salir de la celda.

–Tranquilizaos –exigió Kem.

–¡Deferencia, amigo mío! ¿Sabéis con quién estáis hablando?

–Con un violador.

–Es inútil utilizar grandes palabras.

–La simple y horrible verdad, Qadash.

–Si no me soltáis, tendréis graves problemas.

–Voy a abriros esta puerta.

–Por fin... No sois tan estúpido, Kem. Sabré mostrarme agradecido.

Cuando el dentista respiraba ya el aire de la calle, el nubio le asió por el hombro.

–Buenas noticias, Qadash: el juez Pazair ha reunido al jurado antes de lo previsto. Os llevo al tribunal.

Cuando Qadash descubrió a Denes entre los miembros del jurado, supo que estaba salvado. Reinaba una atmósfera grave y tensa bajo el porche, ante el templo de Ptah, donde Pazair había convocado el tribunal. Una numerosa multitud, alertada por los rumores, deseaba asistir al proceso. La policía la mantuvo en el exterior del edificio de madera, formado por un techo y delgadas columnas; en su interior se encontraban los testigos y los jurados, seis hombres y seis mujeres de edad y condición diferentes. Pazair, vestido con un paño a la antigua y una corta peluca, parecía presa de viva emoción.

Tras haber colocado el debate bajo la protección de la diosa Maat, leyó el acta de acusación.

–El dentista Qadash, médico en jefe del reino, residente en Menfis, es acusado de haber violado, ayer de madrugada, a una niña que trabaja como sirvienta en casa de Sababu. La víctima, actualmente hospitalizada, no desea comparecer y será representada por la doctora Neferet.

Qadash se sintió aliviado. No podía esperar una eventualidad mejor. ¡Él se enfrentaba con los jueces, la empleada de la cortesana los rehuía! Además de a Denes, el dentista conocía a otros tres miembros del jurado, personalidades influyentes que hablarían en su favor. No sólo saldría absuelto del tribunal, sino que atacaría a Sababu y obtendría una indemnización.

–¿Reconocéis los hechos? –preguntó Pazair.

–Los niego.

–Que testimonie Sababu.

Las miradas se dirigieron a la célebre dueña de la casa de cerveza más afamada de Egipto. Unos la creían muerta, otros en la cárcel. Demasiado maquillada, pero soberbia y con la frente alta, avanzó con seguridad.

–Os recuerdo que el falso testimonio es castigado con graves penas.

–El dentista Qadash estaba borracho. Forzó mi puerta y se lanzó sobre la más joven de mis sirvientas nubias, cuyo único papel es ofrecer a los clientes pasteles y bebida. Si yo no hubiera intervenido para echarle fuera, habría violentado a la pequeña.

–¿Estáis segura?

–¿Os parece suficiente prueba un sexo en erección?

La concurrencia murmuró. La brutalidad del lenguaje escandalizó al jurado.

Qadash pidió la palabra.

–Esta persona está en situación irregular. Mancilla cada día el nombre de Menfis. ¿Por qué la policía y la justicia no se encargan de esta prostituta?

–No estamos procesando a Sababu, sino a vos. Además, vuestra moralidad no os impidió acudir a su casa y agredir a una niña.

–¿Quién no ha tenido un momento de extravío?

–¿La sirvienta nubia fue violada en vuestro establecimiento? –preguntó Pazair a Sababu.

–No.

–¿Qué ocurrió después de la agresión?

–Tranquilicé a la pequeña, que reanudó su trabajo y se marchó a su casa al amanecer.

Después de Sababu intervino Neferet, quien describió el estado físico de la niña después del drama. No le ahorró detalle alguno a la concurrencia, horrorizada ante tanto salvajismo.

Qadash intervino de nuevo.

–No pongo en duda las afirmaciones de mi excelente colega, y deploro la desgracia de esa pequeña, pero ¿qué tienen que ver conmigo?

–Recuerdo que el único castigo aplicable a una violación es la pena de muerte –declaró Pazair con gravedad–. Doctora Neferet, ¿tenéis pruebas formales de que Qadash es culpable?

–La descripción dada por la víctima corresponde.

–Recuerdo a mi vez –intervino Qadash–, que la doctora Neferet intentó obtener el cargo de médico en jefe. Fracasó y, sin duda, siente por ello cierto despecho. Además, no le corresponde a ella realizar una investigación. ¿Tomó el juez Pazair declaración a la niña?

La argumentación de Qadash hizo mella. El decano del porche llamó a los ribereños que habían visto huir al dentista después de su fechoría. Todos lo reconocieron.

–Estaba borracho –protestó–. Sin duda me dormí en aquel lugar. ¿Basta eso para acusarme de un crimen tan odioso, al que, si yo mismo fuera jurado, aplicaría sin vacilar la ley?

La defensa de Qadash causó una impresión excelente. La niña había sido violada, el dentista se hallaba en los alrededores y había intentado agredirla: la suma de los indicios parecía designarlo como el violador, pero el juez Pazair, respetando la regla de Maat, sólo podía tener una fuerte

presunción. Sus vínculos con Neferet debilitaban un testimonio fundamental, sobre el que Qadash había logrado lanzar la sospecha.

El decano del porche, sin embargo, rogó a la médica que hablara de nuevo en nombre de la niña antes de exponer sus conclusiones y presidir las deliberaciones del jurado.

Una mano temblorosa tomó la de Neferet.

–Acompáñeme –suplicó la nubia, que se había deslizado junto a la médica–. Hablaré, pero no sola.

Vacilante, tropezando en cada palabra, evocó las violencias sufridas, el atroz dolor, la desesperación.

Cuando su declaración hubo terminado, un espeso silencio envolvió el porche. Con la garganta seca, el juez le hizo la pregunta decisiva.

–¿Reconocéis al hombre que os violó?

La niña señaló a Qadash.

–Fue él.

Las deliberaciones fueron de corta duración. Los jurados aplicaron la antigua ley, tan disuasoria que hacia muchos años que no se había cometido ninguna violación en Egipto. A causa de su eminente posición de terapeuta y médico en jefe, Qadash no se benefició de circunstancia atenuante alguna. Por unanimidad del jurado fue condenado a muerte.

CAPÍTULO 34

–Apelo –declaró Qadash.
–He iniciado el procedimiento –indicó Pazair–. Más allá del porche sólo queda el tribunal del visir.
–¡Revocará esta decisión inicua!
–No os hagáis ilusiones. Bagey avalará la condena si vuestra víctima confirma sus acusaciones, debidamente registradas.
–¡No se atreverá!
–Desengañaos.
El dentista no pareció afectado.
–¿Creéis realmente que seré castigado? ¡Pobre juez! ¡Qué desilusión!
Qadash soltó una sombría carcajada. Despechado, Pazair salió de la celda.

A finales de septiembre, segundo mes de una mediocre inundación, Egipto vivía con fervor la festividad de la misteriosa diosa Opet, símbolo de la abundancia y de la generosidad. Durante unos veinte días, mientras el Nilo se retiraba abandonando tras de sí un limo fertilizante, la población frecuentaría las riberas donde vendedores ambulantes ofrecían sandías, melones, uva, granadas, pasteles, aves asadas y cerveza. Cocinas al aire libre servían copiosas comidas a buen precio mientras músicos y bailarinas profesionales alegraban la vista y el oído. Todo el mundo sabía que los templos celebraban el renacimiento de la energía creadora, agotada al finalizar un largo año, durante el cual, las divinidades habían fecundado la tierra. Para que no se apartaran del mundo de los hombres era necesario ofrecerles el júbilo y el agradecimiento de todo un pueblo, en el que nadie moría de hambre y de sed. El Nilo mantendría así su poder original, obtenido en el océano de energía que bañaba el universo.
En el momento álgido de la fiesta, Kani, sumo sacerdote de Amón, abrió el naos donde residía la estatua del dios, cuya verdadera forma era inaccesible para siempre. Cubierta por un velo, fue depositada en una barca de madera dorada sostenida por veinticuatro sacerdotes con el cráneo afeitado y vestidos con largas túnicas de lino. Amón salió de su templo acompañado por su esposa, Mut, la madre divina, y de su hijo Jonsu, el que atravesaba los espacios celestes en forma de luna. Se organizaron dos procesiones hacia el templo de Luxor, una por el río, otra por vía terrestre.
Decenas de embarcaciones escoltaron el enorme barco de la divinidad trinitaria, cubierto de oro, mientras tocadoras de tamboril, sistros y flautas saludaban su marcha hacia el santuario del sur. Pazair, decano del porche

de Menfis, había sido invitado a la ceremonia, que se desarrollaba en el gran patio del templo de Luxor. En el exterior había un gran alborozo, mientras que tras los altos muros del santuario reinaban el silencio y el recogimiento.

Kani ofreció flores a la divinidad trinitaria y derramó una libación en su honor. Luego, las hileras de cortesanos se apartaron para dejar paso al faraón de Egipto, y se inclinaron al unísono. La innata nobleza y la gravedad del monarca impresionaron a Pazair. El faraón era de estatura media, muy robusto, con la nariz aguileña y la frente ancha, y llevaba una corona azul que ocultaba sus rojos cabellos. Mientras avanzaba no dirigía la mirada a nadie, sino que mantenía sus ojos clavados en la estatua de Amón, imagen del misterio de la creación, del que el faraón era el depositario.

Kani leyó un texto que cantaba las múltiples formas del dios, que se encarnaba en el viento, la piedra o el carnero de cuernos en espiral, sin reducirse a una u otra de esas apariencias. Luego, el sumo sacerdote dejó paso al soberano, que franqueó el umbral del templo cubierto completamente solo.

Quince mil panes, dos mil pasteles, cien cestos de carne seca, doscientos de legumbres frescas, setenta jarras de vino y quinientas cervezas, y una gran profusión de frutos figuraban en el banquete ofrecido por el faraón para celebrar el final de la fiesta de Opet. Más de un centenar de ramos de flores adornaban las mesas, donde los comensales alabaron los méritos del gobierno de Ramsés y de la paz egipcia.

Pazair y Neferet recibieron los más cálidos elogios por parte de los cortesanos, el juez a causa de su valor en el asunto Qadash, Neferet porque, tras la destitución del criminal, había sido nombrada médico en jefe del reino por unanimidad del comité de médicos. Se quería olvidar la fuga del general Asher, que seguía siendo buscado, y el asesinato de Branir, no aclarado todavía, al igual que la enigmática desaparición de los veteranos que formaban la guardia de honor de la esfinge. El juez se mostró insensible a aquellas demostraciones de amistad; Neferet, cuyo encanto y belleza hechizaban a los más hostiles, no les dio mayor importancia. No podía olvidar el rostro aterrorizado de una niña con heridas incurables.

El jefe de policía, Kem, se encargaba de la seguridad de la recepción. Acompañado por su babuino, observaba a todas las personalidades que se acercaban al juez, decidido a intervenir brutalmente si Matón o él mismo advertían el menor peligro.

–Sois la pareja del año –declaró Denes–. Lograr que se condene a un notable como Qadash es una verdadera hazaña que honra nuestra justicia; ver a una mujer tan notable como Neferet a la cabeza de nuestro cuerpo médico demuestra su excelencia.

–No exageréis en vuestros cumplidos.

–Tanto el uno como la otra estáis dotados para superar las pruebas.

–No he visto a la señora Nenofar –se extrañó Neferet.

–Se encuentra mal.

–Permitid que le desee un rápido restablecimiento.

–Nenofar será sensible a vuestra delicada atención. ¿Puedo privaros por unos instantes de vuestro marido?

Denes llevó a Pazair al abrigo de un pabellón donde servían uva y cerveza fresca.

–Mi amigo Qadash es un buen hombre. Ser médico en jefe se le subió a la cabeza, se embriagó y se comportó de un modo deplorable.

–Ni un solo jurado pidió indulgencia; vos mismo permanecisteis mudo y votasteis la muerte.

–La ley es explícita, pero tiene en cuenta los remordimientos.

–Qadash no los tiene.

–¿No está desesperado?

–Muy al contrario, fanfarronea y amenaza.

–Realmente ha perdido la cabeza.

–Está convencido de que escapará al castigo supremo.

–¿Se ha fijado la fecha de la ejecución?

–El tribunal del visir ha rechazado la apelación y confirmado la condena. Dentro de tres días, el jefe de policía entregará el veneno al condenado.

–¿Habéis empleado la palabra "amenaza"?

–Si se viera obligado al suicidio, Qadash no se hundiría solo en la nada. Me ha prometido una confesión antes de tomar el fatal brebaje.

–¡Pobre Qadash! Haber subido tan arriba y haber caído tan bajo... ¿Cómo no sentir tristeza y pesadumbre ante esa decadencia? Suavizad sus últimos instantes, os lo ruego.

–Kem no es un verdugo. Qadash recibe un trato correcto.

–Sólo un milagro puede salvarlo.

–¿Quién podría perdonar semejante crimen?

–Hasta pronto, juez Pazair.

El comité de médicos recibió a Neferet. Sus adversarios le hicieron mil preguntas técnicas referentes a los más variados campos. Visto el escaso porcentaje de errores, la elección fue confirmada.

Desde la muerte de Nebamon, gran cantidad de expedientes relativos a la salud pública permanecían en suspenso. Neferet, sin embargo, pidió que se respetara un período transitorio durante el que formaría a su sucesor en el hospital. Sus nuevas funciones le parecieron tan abrumadoras que sintió deseos de huir, refugiarse en un puesto de médico rural, permanecer junto a los enfermos para comprobar, minuto a minuto, su curación. Nada la preparaba para presidir un areópago de experimentados facultativos y de cortesanos influyentes, un ejército de escribas que velaban por la fabricación y distribución de los remedios, para tomar decisiones que aseguraran el bienestar y la higiene de la población. Antaño se había encargado de una aldea; ahora, de un reino tan poderoso que levantaba la admiración de sus aliados y de sus enemigos. Neferet soñaba en marcharse con Pazair, ocultarse en una casita del Alto Egipto, junto a los cultivos, frente a la cima tebana, para saborear la sabiduría de las mañanas y los anocheceres.

Le hubiera gustado confiarse a Pazair, pero éste mostraba un rostro descompuesto cuando regresó de su oficina.

–Lee este decreto –le dijo tendiéndole un papiro de admirable calidad marcado con el sello del faraón–. Lee en voz alta, te lo ruego.

–"Yo, Ramsés, deseo que cielo y tierra estén gozosos. Que quienes se ocultan salgan, que nadie sufra por sus pasadas faltas, que los prisioneros sean liberados, que los turbulentos se apacigüen, que se cante y baile por las calles." ¿Una amnistía?

–Amnistía general.

–¿No es excepcional?

–No conozco otro ejemplo.

–¿Por qué habrá tomado el faraón semejante decisión?

–Lo ignoro.

–¿Implica la liberación de Qadash?

–Amnistía general –repitió Pazair turbado–. El crimen de Qadash queda borrado, ya no se busca al general Asher, se olvidan los asesinatos, se abandona el proceso contra Denes.

–¿No estarás siendo demasiado pesimista?

–Es el fracaso, Neferet, el fracaso total y definitivo.

–¿No recurrirás al visir?

Kem abrió la puerta de la celda. Qadash no parecía preocupado.

–¿Me liberas?

–¿Cómo lo sabes?

–Era inevitable, un hombre de bien siempre acaba triunfando.

–Te has beneficiado de una amnistía general.

Qadash retrocedió. El furor brillaba en la mirada del nubio.

–No me pongas la mano encima, Kem. Contigo no tendrían indulgencia alguna.

–Cuando comparezcas ante Osiris, te cerrará la boca. Genios armados con cuchillos te lacerarán las carnes para siempre.

–¡Guárdate esos cuentos infantiles! Me has tratado con desdén. Tus insultos me disgustan. Lástima... Has dejado pasar tu oportunidad, igual que tu amigo Pazair. Aprovecha tu posición; no serás por mucho tiempo jefe de policía.

El visir Bagey se había retrasado. Tenía las piernas y los pies hinchados, y la espalda curvada. A causa de su estado de fatiga, había aceptado que lo llevaran al despacho en silla de manos. Numerosos altos funcionarios, como cada mañana, deseaban hablar con él, someterle las dificultades con las que chocaban y obtener su opinión. Aunque Pazair no tuviera una cita, fue el primero en ser recibido.

–Esta amnistía es inaceptable.

–Tened cuidado con vuestras palabras, decano del porche, el decreto emana del propio faraón.

–No puedo creerlo.

–Y, sin embargo, es la verdad.

–¿Habéis visto al rey?

–Él mismo me dictó el texto.

–¿Y no reaccionasteis?

–Le comuniqué mi asombro y mi impresión.

–¿Y no pudisteis convencerlo?

–Ramsés no aceptó discusión alguna.

–Es imposible que un monstruo como Qadash escape del castigo.

–La amnistía es general, juez Pazair.

–Me niego a aplicarla.
–Tenéis que obedecer, como yo.
–¿Cómo aprobar semejante injusticia?
–Soy viejo, vos sois joven. Mi carrera llega a su fin, la vuestra comienza. Sea cual sea mi opinión, estoy obligado a callar. No cometáis una locura.
–He tomado una decisión, no me importan sus consecuencias.
–Qadash ha sido liberado, se ha anulado el proceso previsto.
–¿Se reintegrará a Asher en su puesto?
–Su falta ha sido olvidada. Si puede explicarse, conservará su título.
–Sólo el asesino de Branir escapa al perdón, pues no ha sido identificado.
–Estoy tan amargado como vos, pero, sin duda, Ramsés no ha actuado a la ligera.
–No me importan sus motivos.
–Quien se rebela contra el faraón, se rebela contra la vida.
–Tenéis razón, visir Bagey. Por eso me siento incapaz de seguir asumiendo mi tarea. Hoy mismo recibiréis mi dimisión. Considerad que, desde este mismo instante, ya no soy decano del porche.
–Pensadlo, Pazair.
–¿Habríais adoptado, en mi lugar, otra actitud?
Bagey no respondió.
–Tengo que pediros un favor.
–Mientras sea visir, mis puertas permanecerán abiertas para vos.
–Un atropello sería contrario a la justicia que vos y yo amamos con todo nuestro ser. Os ruego que mantengáis a Kem a la cabeza de la policía.
–Ésa era mi intención.
–¿Qué será de Neferet?
–Qadash alegará que su elección es anterior e iniciará un proceso para recuperar el titulo de médico en jefe.
–Puede ahorrarse el trabajo; Neferet no tiene intención de luchar. Ella y yo abandonaremos Menfis.
–¡Es horrible!

Pazair imaginó a Denes frotándose las manos. El sorprendente decreto del faraón le devolvía la más inesperada de las virginidades. Le bastaría con no dar otro paso en falso para seguir siendo un ciudadano respetable y poder proseguir con una conjura cuya naturaleza era misteriosa aún y, para Pazair, inaccesible para siempre. El general Asher no tardaría en reaparecer y, sin duda alguna, sabría justificar su ausencia. Pero ¿qué papel había desempeñado Suti y dónde estaba, con la condición de que todavía estuviera vivo? Roto, asqueado, el juez fue repentinamente sobrevolado por una bandada de golondrinas. Al primer grupo se añadieron un segundo, luego un tercero y, más tarde, varios más. Un centenar de pájaros lo rozaron lanzando gritos de júbilo a lo largo de su camino. ¿Le agradecían que hubiera salvado a uno de los suyos? Los curiosos se conmovieron ante aquel insólito espectáculo; pensaron en el proverbio: "Quien goza del favor de la golondrina, tiene el favor del rey." Rápidas, graciosas, juguetonas, las alas azuladas de suaves movimientos acompañaron a Pazair hasta las puertas de su mansión.

Neferet estaba sentada junto al estanque de los lotos, donde retozaban algunos paros. Vestía sólo una corta túnica transparente que dejaba los pechos desnudos. Al acercarse, suaves perfumes rodearon a Pazair.

–Acabamos de recibir productos frescos –explicó la muchacha–, y estoy preparando ungüentos y aceites perfumados para los próximos meses. Si por la mañana te faltaran, temería tus reproches.

La voz era divertida. Pazair besó a su esposa en el cuello, se quitó el paño y se sentó en la hierba. A los pies de Neferet había unos recipientes de piedra que contenían olíbano, resma morena y translúcida, que procedían de los árboles de incienso; mirra aglomerada en pequeñas masas rojas, recogida en el país de Punt; gomorresina verde de gálbano, importada de Persia; oscura resma de láudano, comprada en Grecia y en Creta.

Unas redomas contenían varias esencias de flores. La médica utilizaría aceite de oliva, miel y vino para formar sutiles mezclas.

–He dimitido, Neferet. Al menos, ya no tengo nada que temer porque no dispongo de poder alguno.

–¿Cuál es la opinión del visir?

–La única válida: un decreto real no se discute.

–En cuanto Qadash reclame su puesto de médico en jefe, abandonaremos Menfis. ¿El derecho está de su parte, no es cierto?

–Desgraciadamente es verdad.

–No estés triste, amor mío. Nuestro destino está en manos de Dios, no en las nuestras. Se cumple su voluntad, no nuestros deseos. Podemos construir nuestra felicidad. Me siento aliviada; vivir contigo, a la sombra de una palmera centenaria, cuidar a los humildes, tener tiempo para amarnos, ¿no es acaso el mejor de los destinos?

–¿Cómo olvidar a Branir? Y Suti... No dejo de pensar en él. Mi corazón arde y resoplo como un asno.

–Sobre todo, no cambies.

–Ya no podré ofrecerte una gran mansión y tan hermosos vestidos.

–Prescindiré de ellos. Será mejor que me quite éste en seguida.

Neferet hizo resbalar los tirantes por sus hombros. Desnuda, se tendió sobre Pazair. Sus cuerpos se adaptaron a la perfección, sus labios se unieron en un impulso tan apasionado que se estremecieron, a pesar de la suavidad del poniente. La piel satinada de Neferet era un paraíso donde sólo el placer tenía fuerza de ley. Pazair, ebrio, se perdió en ella, comulgando con la ola que los arrastraba.

–¡Más vino! –gritó Qadash.

El criado se apresuró a obedecer. Desde que su dueño había regresado, estaba festejándolo con dos jóvenes sirios. El dentista no volvería a tocar a una mujer. Tras su desventura, sólo sentía una moderada afición por la especie; en adelante, se limitaría a apuestos muchachos extranjeros que, una vez harto, denunciaría a la policía.

Por la noche acudiría a la reunión de los conjurados organizada por Denes. Su carta anónima dirigida a Ramsés había tenido las consecuencias previstas. Cogido en la red, el rey se había visto obligado a ceder a sus exigencias y proclamar una amnistía general en la que, entre

muchos otros, el caso del transportista desaparecía. Sin embargo, había un solo punto negro: el eventual regreso del general Asher, que ya no les era de utilidad alguna. Denes sabría librarse de él.

El devorador de sombras penetró en la propiedad de Qadash por el jardín. Caminó sobre los bordes de piedra para no dejar huella alguna de su paso en la enarenada avenida, y se deslizó hacia la cocina. Agachado bajo la ventana, escuchó la conversación de los dos criados.

–Voy a llevarles una tercera jarra de vino.

–¿Debo preparar la cuarta?

–Sin duda alguna. El viejo y los dos muchachos beben más que un regimiento sediento. Voy en seguida, o se pondrá furioso.

El sumiller abrió una jarra procedente de la ciudad de Imau, en el delta, que llevaba la etiqueta "Alio cinco de Ramsés “. Un vino tinto embriagador, de duradero paladar, que liberaba los instintos. Concluido su trabajo, el hombre salió de la cocina y se alivió contra uno de los muros.

El devorador de sombras lo aprovechó para cumplir su misión. Derramó en la jarra un veneno de extractos vegetales y ponzoña de víbora. Qadash se asfixiaría, su cuerpo se retorcería en convulsiones y moriría acompañado por sus dos amantes extranjeros, que serían probablemente acusados del crimen. Nadie tendría deseo alguno de airear aquel sórdido asunto de costumbres licenciosas.

Mientras el dentista, tras una dolorosa agonía de varios minutos, entregaba el alma al dios de los infiernos, Denes disfrutaba con las caricias de una hermosa nubia de prominentes nalgas y pesados pechos. No volvería a verla, pero se habría aprovechado de ella con su habitual brutalidad. ¿No eran las mujeres animales creados para la satisfacción de los machos?

El transportista echaría en falta a su amigo Qadash. Con él se había comportado de modo irreprochable; ¿no le había proporcionado el puesto de médico en jefe, prometido desde el comienzo de la conjura? Lamentablemente, el dentista había envejecido mucho. Casi senil, cometiendo falta tras falta, se había vuelto peligroso. Y al amenazar con hacer revelaciones al juez Pazair se había condenado a sí mismo. A propuesta de Denes, los conjurados habían solicitado la intervención del devorador de sombras. Ciertamente, deploraban la pérdida del puesto del médico en jefe, pero la dimisión del juez Pazair, que se había propagado rápidamente, colmaba todos sus deseos. Nadie se opondría ya a su éxito.

Se aproximaban las últimas etapas: en primer lugar, apoderarse del puesto de visir; luego, del poder supremo.

CAPÍTULO 35

Un viento violento barría la necrópolis de Menfis, donde Pazair y Neferet caminaban en dirección a la morada de eternidad de Branir. Antes de abandonar la gran ciudad y partir hacia el sur, querían rendir homenaje a su maestro desaparecido en abominables circunstancias y asegurarle que, pese a sus escasos medios, intentarían hasta el último aliento identificar al asesino.

Neferet se había puesto al talle el cinturón de cuentas de amatista que Pazair le había regalado. Friolero, el ex decano del porche se protegía con un echarpe y un manto de lana.

Se cruzaron con el sacerdote encargado del mantenimiento de la tumba y su jardín; anciano y cauto, recibía un tratamiento correcto del consistorio de Menfis para que velara por el perfecto estado de la sepultura y renovara las ofrendas.

A la sombra de una palmera, el alma del muerto, en forma de pájaro, bebía en el estanque de agua fresca tras haber obtenido de la luz la energía de la resurrección. Paseaba cada día por los alrededores de la capilla para respirar el perfume de las flores.

Pazair y Neferet compartieron el pan y el vino a la memoria de su maestro, que se asociaba a su comida, cuyos ecos repercutían en lo invisible.

–Sed pacientes –recomendó Bel-Tran–. Veros abandonar Menfis es desolador.

–Neferet y yo aspiramos a una vida sencilla y tranquila.

–Ni el uno ni el otro habéis dado todo lo que se esperaba de vosotros –insistió Silkis.

–Oponerse al destino es sólo vanidad.

Para su última velada en Menfis, el juez y la médica habían aceptado la invitación del director de la Doble Casa blanca y de su esposa. Bel-Tran, presa de una crisis de urticaria, se había dejado convencer por Neferet de que cuidara su hígado obstruido y adoptara una mejor higiene de vida. Su herida de la pierna supuraba cada vez con más frecuencia.

–Bebed más agua –recomendó la médica–, y decidle a vuestro futuro terapeuta que os prescriba diuréticos. Vuestros riñones son frágiles.

–Tal vez algún día tenga tiempo para ocuparme de mí mismo. El Tesoro me abruma con reivindicaciones que hay que tratar inmediatamente, sin perder de vista el interés general.

El hijo de Bel-Tran lo interrumpió. Acusó a su hermana de haberle robado el pincel con el que aprendía a trazar hermosos jeroglíficos para llegar a ser tan rico como su padre.

La pelirroja, furiosa al verse acusada, aunque fuera con razón, no había vacilado en abofetearle y provocar una crisis de lágrimas. Silkis, atenta, se llevó a los niños e intentó poner fin al conflicto.

–¡Ya veis, Pazair, necesitamos un juez!

–La investigación sería demasiado difícil

–Parecéis relajado, casi satisfecho –se sorprendió Bel-Tran.

–Es sólo una apariencia; sin Neferet, habría sucumbido a la desesperación. Esta amnistía ha arruinado todas mis esperanzas de ver triunfar la justicia.

–Encontrarme frente a Denes no me divierte en absoluto. Sin vos como decano del porche, temo conflictos.

–Confiad en el visir Bagey; no designará a un incapaz.

–Se murmura que está dispuesto a abandonar su cargo para gozar de un bien merecido retiro.

–La decisión del rey le ha dolido tanto como a mí, y su salud no es muy floreciente. ¿Por qué habrá actuado así Ramsés?

–Cree, sin duda, en las virtudes de la clemencia.

–Su popularidad no ha salido reforzada –estimó Pazair–. El pueblo teme que su poder mágico se debilite y pierda poco a poco el contacto con el cielo. Devolver la libertad a criminales no es digno de un rey.

–Sin embargo, su reinado es ejemplar.

–El faraón ve más lejos que nosotros.

–Eso creía yo, antes de la amnistía.

–Reponeos, Pazair; el Estado os necesita, y también a vuestra esposa.

–Temo ser tan obstinada como mi marido –deploró Neferet.

–¿Qué argumentos utilizar para convenceros?

–El restablecimiento de la justicia.

Bel-Tran llenó personalmente las copas de vino fresco.

–Tras mi partida –rogó Pazair–, ¿tendréis la bondad de prolongar la búsqueda por lo que se refiere a Suti? Kem os ayudará.

–Intervendré ante las autoridades judiciales. ¿No sería más eficaz quedarse en Menfis y trabajar conmigo? La reputación de Neferet es tan grande que su consulta médica nunca estaría vacía.

–Mis capacidades financieras son muy limitadas –confesó Pazair–; pronto me consideraríais molesto e incompetente.

–¿Cuáles son vuestros proyectos?

–Instalarnos en una aldea de la orilla oeste de Tebas.

Silkis, que había acostado a los dos niños, oyó la respuesta de Neferet.

–Renunciad a esa idea, os lo suplico. ¿Vais a abandonar a vuestros enfermos?

–Menfis está llena de excelentes médicos.

–Pero vos sois el mío y no deseo cambiar.

–Entre nosotros no debe existir ninguna dificultad de orden material –dijo Bel-Tran–. Sean cuales sean vuestras necesidades, Silkis y yo nos comprometemos a satisfacerlas.

–Tenéis todo nuestro agradecimiento, pero ya no estoy en condiciones de ocupar un lugar elevado en la jerarquía. Mi ideal se ha derrumbado; mi único deseo es entrar en el silencio. La tierra y los animales no mienten; gracias al amor de Neferet, espero que las tinieblas sean menos espesas.

La solemnidad de estas palabras puso fin a la discusión.

Ambas parejas evocaron la belleza del jardín, la delicadeza de los floridos amates y la calidad de los alimentos, olvidando el peso del porvenir.

¿Cómo te encuentras, querida? –preguntó Denes a su esposa, tendida en unos almohadones.

–Muy bien.

–¿Qué ha encontrado el médico?

–Nada, porque no estoy enferma.

–No comprendo...

–¿Conoces la fábula del león y la rata? La fiera había atrapado al roedor y se disponía a devorarlo. Su presa le suplicó que lo respetara; ¿cómo podía satisfacerle siendo tan pequeño? Tal vez cierto día pudiera ayudarle a salir de un mal paso. El león se mostró clemente. Algunas semanas más tarde, los cazadores capturaron al gran felino y lo encerraron en una red. La rata royó la malla, liberó al león y se alojó en su melena.

–Todos los escolares conocen esta historia.

–Habrías debido recordarla cuando te acostaste con Tapeni.

El rostro cuadrado del transportista se contrajo.

–¿Qué estás imaginando?

La señora Nenofar, altiva, se incorporó. La dominaba una fría cólera.

–Tras haber sido tu amante, esa zorra se comporta como la rata de la fábula. ¡Pero es también el cazador! Sólo ella puede librarte de la red donde te ha encerrado. ¡Un chantaje! ¡Somos victimas de un chantaje por culpa de tu infidelidad!

–Exageras.

–No, mi buen marido. La respetabilidad es un bien precioso; tu amante tiene una lengua tan larga que arruinará fácilmente nuestra reputación.

–Haré que se calle.

–La subestimas. Será mejor que le demos lo que desea, sino, ambos quedaremos en ridículo.

Denes paseaba nervioso por la habitación.

–Pareces olvidar, querido, que el adulterio es una falta grave, un verdadero vicio que la ley castiga.

–No fue más que un pequeño descarrío.

–¿Cuántas veces lo has repetido?

–Divagas.

–Una noble señora de tu brazo en las recepciones y jovencitas en la cama. Es demasiado, Denes. Quiero divorciarme.

–¡Estás loca!

–Muy al contrario, absolutamente cuerda. Conservaré el domicilio conyugal, mi fortuna personal, el patrimonio que aporté y mis tierras. A causa de tu mala conducta, el tribunal te condenará a pasarme una pensión alimenticia, completada con una multa.

El transportista apretó los dientes.

–Tus bromas no me divierten.

–Te espera un porvenir difícil, querido.

–No tienes derecho a destruir nuestra existencia; ¿acaso no hemos vivido juntos nuestros más hermosos años?

–Pero ¿tienes algún sentimiento?

–Somos cómplices desde hace mucho tiempo.
–Tú has quebrado nuestra alianza. El divorcio es la única solución.
–¿Imaginas el escándalo?
–Lo prefiero al ridículo. Te perjudicará a ti, a mí no; yo apareceré, con razón, como una victima.
–Es una actitud insensata. Acepta mis excusas y sigamos poniendo buena cara.
–Me has ultrajado, Denes.
–No era mi intención, ya lo sabes. Somos socios, querida; si me arruinas, corres hacia tu perdición. Nuestros asuntos están tan mezclados que es imposible una ruptura brutal.
–Los conozco mejor que tú. Tú pasas el tiempo presumiendo, yo trabajando.
–No olvides que me esperan altos destinos. ¿No deseas compartirlos?
–Sé más claro.
–Esto sólo es una tormenta, querida; ¿qué pareja no las vive?
–Me creí al abrigo de ese tipo de intemperies.
–Hagamos una tregua para evitar cualquier precipitación. Nos perjudicaría. Un roedor como la tal Tapeni se sentiría muy feliz socavando un edificio pacientemente construido.
–Trata tú con ella.
–Iba a pedírtelo.

Viento del Norte había subido ya a bordo del barco que zarpaba hacia Tebas; el asno se complacía con forraje fresco mientras contemplaba el río. Traviesa, la mona verde de Neferet, había escapado a su dueña para trepar a lo alto del mástil. Bravo, más reservado y bastante inquieto ante la idea de una larga travesía, se mantenía entre las piernas de Pazair.
Al perro no le gustaban la agitación y el bamboleo, aunque seguiría a su dueño por un mar tempestuoso.
El traslado había sido rápido; el ex decano del porche abandonaba la mansión y su mobiliario a un eventual sucesor que Bagey no quería designar, prefiriendo mantener la función en su seno, ante la ausencia de candidatos de consideración. Antes de retirarse, el viejo visir rendía así homenaje a Pazair que, a su modo de ver, seguía mereciéndolo.
El juez llevaba la estera de sus comienzos, Neferet su estuche médico. A su alrededor había cajas llenas de jarras y botes. Viajarían con mercaderes que alababan a gritos, a modo de ensayo, la calidad de los productos, que más tarde venderían en el gran mercado de Tebas.
Pazair sentía sólo una decepción: la ausencia de Kem. Sin duda, el nubio no aprobaba su actitud.
–¡Neferet, Neferet! ¡No os vayáis!
La médica se dio la vuelta. Silkis, jadeante, la agarró del brazo.
–¡Qadash... ha muerto!
–¿Qué ha sucedido?
–Un horror... Apartémonos un poco.
Pazair hizo bajar a Viento del Norte y llamó a Traviesa. Cuando vio que su dueña se alejaba, la mona verde saltó al muelle. Bravo dio media vuelta con satisfacción.

–Qadash y sus dos jóvenes amantes extranjeros se han envenenado –confesó Silkis en un soplo–. Un sirviente ha avisado a Kem, que se ha quedado en el lugar de la tragedia. Uno de sus hombres acaba de avisar a Bel-Tran... ¡Y aquí estoy! Todo cambia, Neferet. La votación que os designó como médico en jefe vuelve a tener fuerza de ley... ¡Y seguiréis cuidándome!

–Estáis segura de que...

–Bel-Tran afirma que vuestro nombramiento no puede ser discutido. ¡Os quedáis en Menfis!

–Ya no tenemos casa, nosotros...

–Mi marido ya os ha encontrado una.

Neferet, indecisa, tomó a Pazair de la mano.

–No tienes elección –dijo él.

Bravo ladró de un modo insólito, sin furor, más bien con pasmada alegría. Así recibía la llegada de un bajel de dos mástiles procedente de Elefantina.

A proa iban un joven de largos cabellos y una mujer rubia de soberbias formas.

–¡Suti! –aulló Pazair.

El banquete fue improvisado, pero abundante. Bel-Tran y Silkis celebraron a la vez la redención de Neferet y el regreso de Suti. El héroe ocupó el proscenio narrando hazañas cuyos detalles todos querían conocer. El aventurero relató cómo se había enrolado con los mineros, el descubrimiento de aquel ardiente infierno, la traición del policía del desierto, el encuentro con el general Asher, la partida de este último hacia un destino desconocido y su propia y milagrosa fuga gracias a la intervención de Pantera. La libia se embriagó riendo, sin apartar los ojos de su amante.

Como había prometido, Bel-Tran ofreció a Pazair el disfrute de una casita en el barrio norte de la ciudad, hasta que atribuyeran una mansión oficial a Neferet. La pareja albergó de buena gana a Suti y Pantera. La libia se tendió en la cama y se durmió en seguida. Neferet se retiró a su alcoba. Ambos amigos subieron a la terraza.

–El viento no es cálido; algunas noches, en el desierto, hacia mucho frío.

–Esperé tu mensaje.

–Imposible hacértelo llegar; si me enviaste uno, no lo recibí. ¿He oído mal durante la cena: realmente Neferet es la médico en jefe del reino y tú has dimitido de tu cargo de decano del porche?

–Tu oído sigue siendo muy bueno.

–¿Te han destituido?

–Sinceramente, no. Lo dejé por propia voluntad.

–¿Desesperas de este mundo?

–Ramsés decretó una amnistía general.

–Todos los asesinos perdonados...

–Es el mejor modo de decirlo.

–Tu hermosa justicia se ha hecho pedazos.

–Nadie comprende la decisión del rey.

–El resultado es lo único que cuenta.

–Tengo que hacerte una confesión.
–¿Grave?
–He dudado de ti. Creí que me habías traicionado.
Suti se agazapó, dispuesto a saltar.
–Voy a romperte la cabeza, Pazair.
–Un justo castigo, pero también tú lo mereces.
–¿Por qué?
–Porque me has mentido.
–Es nuestra primera entrevista tranquila. A fin de cuentas, no podía decirle la verdad a ese burgués de Bel-Tran y a su melindrosa. A ti no tenía esperanza alguna de engañarte.
–¿Cómo podía admitir que habías abandonado la pista del general Asher? Tu relato es correcto hasta llegar a vuestro encuentro. Luego ya no lo creo.
–Asher y sus esbirros me torturaron con la intención de matarme a fuego lento. Pero el desierto se convirtió en mi aliado, y Pantera fue mi hada buena. Nuestra amistad me salvó cuando había perdido el valor.
–Una vez liberado, seguiste la pista del general. ¿Cuál era su plan?
–Llegar a Libia pasando por el sur.
–Astuto. ¿Tenía cómplices?
–Un policía felón y un experto minero.
–¿Muertos?
–El desierto es cruel.
–¿Qué buscaba Asher en aquellas soledades?
–Oro. Pensaba gozar de la fortuna acumulada en casa de su amigo Adafi.
–Lo mataste, ¿no es cierto?
–Su cobardía y su bajeza no tenían limites.
–¿Fue testigo Pantera?
–Más aún. Lo condenó tendiéndome la flecha que disparé.
–¿Lo enterraste?
–La arena será su sudario.
–Le negaste cualquier posibilidad de vida.
–¿Merecía una?
–Así pues, el glorioso general no gozará de la amnistía...
–Asher fue juzgado, ejecuté la sentencia que habría debido pronunciarse según la ley del desierto.
–Tus atajos son brutales.
–Me siento bastante bien. En mis sueños, el rostro del hombre que Asher torturó y asesinó aparece apaciguado por fin.
–¿Y el oro?
–Botín de guerra.
–¿No temes una investigación?
–No la realizarás tú.
–El jefe de policía te interrogará. Kem es un ser íntegro y poco manejable. Además, perdió la nariz a causa de un robo de oro del que fue injustamente acusado.
–¿No es tu protegido?
–Yo ya no soy nada, Suti.
–¡Yo soy rico! Sería estúpido dejar pasar semejante oportunidad.

–El oro está reservado a los dioses.
–¿No lo poseen en abundancia?
–Te metes en una aventura muy peligrosa.
–Lo más difícil ya ha pasado.
–¿Abandonarás Egipto?
–No pienso hacerlo, deseo ayudarte.
–Ahora sólo soy un pequeño juez campesino, sin poder alguno, como antaño.
–No abandonarás.
–No tengo medios para proseguir.
–¿Pisotearás tu ideal, olvidarás el cadáver de Branir?
–Iba a iniciarse el proceso de Denes; era un paso decisivo hacia la verdad.
–Las acusaciones incluidas en tu instrucción han sido anuladas, pero ¿y las demás?
–¿Qué quieres decir?
–Mi amiga Sababu redactó un diario intimo. Estoy convencido de que contiene apasionantes detalles; tal vez descubras allí algo que te interese.
–Antes de que Neferet quede atrapada en una red de obligaciones, haz que te examine. Tu aventura ha tenido que dejar huella.
–Pensaba suplicarle que me pusiera de nuevo en pie.
–¿Y Pantera?
–La libia es hija del desierto, tiene una salud de escorpión. Quiera el cielo que me abandone en seguida.
–El amor...
–Se desgasta antes que el cobre, y yo prefiero el oro.
–Si lo entregaras al templo de Coptos, obtendrías una recompensa.
–No bromees. ¡Una miseria comparado con lo que mi carro contiene! Pantera quiere ser muy rica. Haber seguido la pista del oro y regresar vencedor... ¿Hay algún milagro más suntuoso? Puesto que dudaste de mí, exijo un severo castigo.
–Estoy dispuesto a pagar por ello.
–Desapareceremos durante dos días. Iremos a pescar en el delta. Tengo ganas de ver agua, de bañarme, de revolcarme en fértiles praderas y en la hierba verde, de circular en barca por las marismas.
–La entronización de Neferet...
–Conozco a tu esposa: a ella no le importará.
–¿Y Pantera?
–Si estás conmigo, tendrá confianza. Ayudará a Neferet a prepararse; la libia es experta en el arte de peinar y trenzar una peluca. ¡Y regresaremos con pescados enormes!

CAPÍTULO 36

Médicos generales, cirujanos, oculistas, dentistas y demás especialistas se habían reunido para asistir a la investidura de Neferet. Los facultativos fueron admitidos en el gran patio al aire libre del templo de la diosa Sekhmet, que propagaba las enfermedades y desvelaba los remedios capaces de curarlas.

El visir Bagey, cuyo profundo cansancio fue advertido por todos, presidió la ceremonia. Ver a una mujer accediendo a lo más alto de la jerarquía médica no sorprendía a ningún egipcio, aunque sus colegas masculinos no se privaban de ciertas críticas, referentes a su menor resistencia y a su falta de autoridad.

Pantera había actuado con talento. No sólo había peinado a Neferet, sino que se había perocupado también de vestirla; la joven apareció con una larga túnica de lino de resplandeciente blancura. Un ancho collar de cornalina al cuello, brazaletes de lapislázuli en las muñecas y los tobillos, y una peluca estriada le daban un porte real que impresionó mucho a la concurrencia, pese a la dulzura del rostro y a la ternura de su ligero cuerpo.

El decano de edad de la corporación de médicos revistió a Neferet con una piel de pantera para indicar que, como el sacerdote encargado de dar vida a la momia real durante los ritos de resurrección, tenía el deber de insuflar una constante energía en el inmenso cuerpo que formaba Egipto. Luego le entregó el sello del médico en jefe, que le concedía autoridad sobre todos los facultativos del reino, y el escritorio en el que redactaría los decretos concernientes a la salud pública, antes de someterlos al visir.

El discurso oficial fue de corta duración; precisó los cargos de Neferet y le conminó a respetar la voluntad de los dioses para preservar la felicidad de los humanos. Cuando su esposa prestó juramento, el juez Pazair se ocultó para llorar.

Pese a unos dolores cuya intensidad sólo Kem percibía, el babuino había recuperado su vigor. Gracias a los cuidados de Neferet, al gran mono no le quedaría secuela alguna de sus graves heridas. Se alimentaba de nuevo con su habitual apetito y reanudó sus rondas de vigilancia.

Pazair y Matón se dieron un abrazo.

–Nunca olvidaré que le debo la vida.

–No lo miméis demasiado, perdería su ferocidad y se pondría en peligro. ¿No se ha producido ningún incidente?

–Desde mi dimisión, ya no corro riesgo alguno.

–¿Cómo contempláis el porvenir?

–Un nombramiento en un barrio y servir del mejor modo a los humildes. Si se presenta un caso difícil, os avisaré.

–¿Creéis todavía en la justicia?

–Daros la razón me destroza el corazón.

–Yo también tengo ganas de dimitir.

–Conservad el puesto, os lo suplico. Al menos, detendréis a los delincuentes y garantizaréis la seguridad.

–Hasta la próxima amnistía... A mí ya no me sorprende nada, pero sufro por vos.

–Estemos donde estemos, aunque el campo de acción sea irrisorio, comportémonos con rectitud. Mi mayor temor, Kem, era no obtener vuestro consentimiento.

–Maldecía por verme obligado a permanecer en casa de Qadash, en vez de despediros en el muelle.

–¿Cuáles son vuestras conclusiones?

–Triple envenenamiento. Pero ¿quién lo concibió? Los dos muchachos eran hijos de un actor de paso. Los funerales se celebraron del modo más discreto, sin ninguna concurrencia. Sólo participaron en él los sacerdotes especializados. Es el asunto más sórdido del que he tenido que ocuparme. Los cuerpos no descansarán en Egipto; fueron entregados a los libios dados los orígenes de Qadash.

–¿No habrá cometido un asesinato otra persona?

–¿Pensáis en el hombre que os perseguía?

–Durante la festividad de Opet, Denes me interrogó para conocer el comportamiento de su amigo Qadash. No le oculté que el dentista me había prometido una confesión antes de beber el veneno.

–Denes puede haber suprimido a un testigo molesto...

–¿Por qué tanta violencia?

–Deben de estar en juego enormes intereses. Naturalmente, Denes utilizó los servicios de una criatura de las sombras. No renuncio a identificarlo. Puesto que Matón ya está bien, reanudaremos las investigaciones.

–Me obsesiona un detalle: Qadash parecía estar seguro de escapar al supremo castigo.

–Creía que Denes obtendría su liberación.

–Sin duda, pero se comportaba con tanta arrogancia... como si previera la futura amnistía.

–¿Una indiscreción?

–Yo lo hubiera sabido.

–Desengañaos; por el contrario fuisteis vos el último informado. La corte conoce vuestra intransigencia y sabía que el proceso de Denes habría tenido enorme resonancia.

Pazair rechazaba la horrenda suposición que le torturaba el espíritu: una colusión entre Ramsés el Grande y Denes, la corrupción en la cima del Estado, la tierra amada por los dioses entregada a sórdidos apetitos.

Kem percibió la turbación del juez.

–Sólo los hechos lo aclararán. Por eso pienso seguir una pista que nos lleve a vuestro agresor. Sus confidencias tendrán mucho interés.

–Ahora os toca a vos ser prudente, Kem.

El cojo era uno de los mejores vendedores del mercado oculto de Menfis, que se celebraba en un muelle abandonado cuando llegaban barcos mercantes cargados con los más diversos productos. La policía vigilaba aquellas prácticas; los escribas de los impuestos cobraban tasas sin miramientos. El cojo, que tendría unos sesenta años, habría podido retirarse mucho tiempo antes en su mansión a orillas del río, pero le complacía entregarse a interminables regateos y engañar a los aficionados crédulos. Su última presa había sido un escriba del Tesoro, experto en madera de ébano. Halagando su vanidad, el cojo le había vendido un mobiliario fabricado con madera vulgar, al precio de madera preciosa, imitada a la perfección.

Se anunciaba otro buen negocio: un nuevo rico deseaba adquirir una colección de escudos nubios pertenecientes a una de las tribus más guerreras. Sentir el peligro, perfectamente protegido en una casa ciudadana, era una sensación deliciosa que bien merecía una considerable inversión. Conchabado con excelentes artesanos, el cojo había encargado escudos falsos, mucho más impresionantes que las armas auténticas. Él mismo los abollaría para que mostraran las huellas de furiosos combates.

Su almacén estaba lleno de parecidas maravillas, que iba sacando poco a poco con inimitable arte. Sólo le interesaban las mayores presas, fascinantes por su tontería y suficiencia.

Cuando corrió el cerrojo, se rió pensando en el día siguiente. Una piel de animal, negra y cubierta de pelo, le cayó en los hombros cuando empujó la puerta. Envuelto en el abominable despojo, el cojo aulló, cayó y pidió socorro.

–No grites tanto –exigió Kem, permitiéndole respirar un poco.

–Ah, eres tú... pero ¿qué te pasa?

–¿Reconoces esta piel?

–No.

–No mientas.

–Soy la franqueza en persona.

–Eres uno de mis mejores informadores –reconoció el nubio–, pero estoy interrogando al mercader. ¿A quién vendiste un babuino macho de gran tamaño?

–El comercio de animales no es mi especialidad.

–Un espécimen de estas cualidades habría debido pertenecer a la policía. Sólo un cretino de tu especie pudo negociar un transporte ilegal.

–Me atribuyes muy negros designios.

–Conozco tu avidez.

–¡No he sido yo!

–Matón está enfadándose.

–No sé nada.

–Matón será más convincente que yo.

El cojo no tenía escapatoria.

–Había oído hablar de ese enorme babuino, capturado en la región de Elefantina. Un buen negocio en perspectiva, pero no para mí. En cambio, podía encargarme del transporte.

–Con un buen beneficio, supongo.

–Sobre todo problemas y gastos.

–No me obligues a compadecerte. Sólo me interesa una información: ¿a quién le entregaste el babuino?
–Es muy delicado...
Sin dejar de mirarlo, el mono policía rascó el suelo con impaciencia.
–¿Me prometes discreción?
–¿Acaso es charlatán Matón?
–Nadie debe saber que te he informado. Pregúntaselo a Patascortas.

El personaje merecía su apodo. Gran cabeza, pecho velludo y piernas demasiado cortas, aunque gruesas y sólidas. Desde su infancia, había transportado gran cantidad de cajas y jaulas; convertido en su propio patrón, reinaba sobre un centenar de pequeños productores, cuyas frutas y legumbres comercializaba. Junto a esas actividades oficiales, Patascortas estaba metido en tráficos más o menos lucrativos.
Ver aparecer a Kem y su mono no le gustó en absoluto.
–Estoy en regla.
–La policía no te busca.
–Y todavía menos desde que tú la diriges.
–¿Te atormenta la conciencia?
–Hazme tus preguntas.
–¿Tanta prisa tienes por hablar?
–Tu babuino me obligará a hacerlo. Es mejor que terminemos cuanto antes.
–Quiero hablarte, precisamente, de un babuino.
–Me horrorizan esos monstruos.
–Y, sin embargo, le compraste uno al cojo.
Patascortas, molesto, fingió ordenar unos bultos.
–Un encargo.
–¿Para quién?
–Un tipo extraño.
–¿Su nombre?
–Lo ignoro.
–Descríbemelo.
–No puedo hacerlo.
–Sorprendente.
–Por lo general, soy bastante buen observador. El hombre que me encargó un babuino macho muy robusto era una especie de sombra, sin consistencia y sin rasgos particulares. Llevaba una peluca que le devoraba la frente, casi le cubría los ojos, y una túnica que ocultaba su cuerpo. Sería incapaz de reconocerlo, y menos aún puesto que la transacción fue de muy corta duración. Ni siquiera discutió el precio.
–¿Su voz?
–Extraña. Estoy convencido de que la deformaba. Sin duda, algún hueso de fruta colocado entre la mejilla y los maxilares.
–¿Has vuelto a verlo?
–No.
Allí terminaba la pista. La misión del asesino había terminado, sin duda, con la caída de Pazair y la muerte de Qadash.

Divertida, Sababu colocó unos alfileres en su moño.

–Qué inesperada visita, juez Pazair; aguardad a que acabe de peinarrne. ¿Tenéis acaso necesidad de mis servicios a horas tan tempranas?
–De vuestros servicios, no; de hablaros, sí.
El lugar, de ostentosos lujos, estaba empapado en embriagadores perfumes que mareaban. Pazair buscó en vano una ventana.
–¿Sabe vuestra esposa dónde estáis ahora?
–No le oculto nada.
–Mejor así. Es un ser excepcional y un excelente médico.
–Me he enterado de que conserváis por escrito vuestros recuerdos.
–¿Con qué derecho me interrogáis? Ya no sois decano del porche.
–Un pequeño juez sin destino. Sois libre de no responder.
–¿Quién os habló de mi manía?
–Suti. Está convencido de que tenéis elementos que pueden poner a Denes en dificultades.
–Suti, un muchacho maravilloso y un amante extraordinario. Por él, acepto tener un detalle.
Voluptuosa, Sababu se levantó y desapareció por unos instantes tras unos cortinajes. Reapareció con un papiro.
–He aquí el documento donde anoto los vicios de mis mejores clientes, sus perversiones y sus inconfesables deseos. Volver a leerlo es muy decepcionante. En conjunto, la nobleza de este país es sana. Hace el amor con naturalidad, sin desviaciones físicas o mentales. No puedo deciros nada. Este pasado sólo merece el olvido.
Rompió el papiro en mil pedazos.
–No habéis intentado impedírmelo. ¿Y si hubiera mentido?
–Confío en vos.
Sababo miró al juez con ojos golosos.
–No puedo ayudaros, ni amaros, y lo deploro. Haced feliz a Neferet, pensad sólo en su dicha y viviréis la más hermosa de las vidas.

Pantera ascendió a lo largo del cuerpo desnudo de Suti, más ágil que un tallo de papiro danzando bajo el viento. Se detenía, lo besaba y reanudaba su inexorable progreso hacia los labios de su amante. Cansado de su pasividad, quebró aquella tierna exploración y la tumbó de lado. Sus piernas se anudaron, se abrazaron con la violencia de un joven Nilo y se lanzaron a un ardiente placer, en el mismo momento. Uno y otro sabían que aquella perfección del deseo y de su consumación los unía, pero ni uno ni otra querían confesárselo.
Pantera era tan ardiente que un solo asalto no le bastaba; no le costó reavivar el ardor de Suti, gracias a intimas caricias.
El joven la trató de "gata libia", evocando así a la diosa del amor, que había penetrado en el desierto del oeste en forma de leona y que había regresado, dulce y seductora, bajo las apariencias del felino doméstico, nunca definitivamente domesticado. El menor gesto de Pantera despertaba la pasión, multicolor y dolorosa; tocaba a Suti como si fuera una lira, haciéndole resonar en armonía con su propia sensualidad.
–Vamos a comer fuera. Un griego acaba de abrir una taberna donde sirve hojas de parra rellenas con carne y un vino blanco de su país.
–¿Cuándo iremos a recuperar el oro?

–En cuanto esté en condiciones de emprender la expedición.
–Me pareces restablecido por completo, o casi...
–Hacer el amor es más fácil, aunque no menos agotador, que caminar varios días por el desierto; todavía debo recuperar fuerzas.
–Estaré a tu lado; sin mí, fracasarías.
–¿A quién venderemos el metal sin que nos denuncie?
–Los libios lo aceptarán.
–Nunca. Intentemos encontrar una solución en Menfis; si no, permaneceremos en Tebas hasta descubrir un modo. La operación es peligrosa.
–¡Y muy excitante! La fortuna se merece.
–Dime, Pantera... ¿qué sentiste al matar al policía felón?
–La angustia de fallar.
–¿Habías suprimido ya a un ser humano?
–Quería salvarte y lo logré. A ti te mataré si intentas abandonarme de nuevo.

Suti gozó, asombrado, con la atmósfera de Menfis. Le desconcertó, le pareció casi extraña tras su larga marcha por el desierto. En pleno barrio del Sicómoro, una abigarrada multitud se apretujaba en las cercanías del templo de la diosa Hator para escuchar a un heraldo que anunciaba las fechas de la próxima fiesta. Unos reclutas se dirigían hacia la zona militar para recibir sus equipos. Algunos comerciantes llevaban asnos y carros hacia los almacenes donde obtendrían sus lotes de cereales y productos frescos. En el puerto del "Buen viaje" maniobraban los barcos. Los marinos dispuestos a desembarcar entonaban los cantos tradicionales de la llegada.
El griego había abierto su taberna en una calleja de la parte sur, no lejos de la primera oficina del juez Pazair. Cuando Pantera y Suti penetraron en ella, les sorprendieron unos gritos de espanto.
Un carro tirado por un caballo desbocado bajaba a toda velocidad por la minúscula arteria. Aterrorizada, una mujer acababa de soltar las riendas. La rueda izquierda chocó con la fachada de una casa, la caja volcó y la pasajera se vio proyectada al suelo. Algunos viandantes detuvieron al corcel.
Suti acudió y se inclinó hacia la víctima. Con la cabeza ensangrentada, la señora Nenofar ya no respiraba.
Le prodigaron los primeros cuidados en el mismo lugar del accidente, luego, la esposa de Denes fue llevada al hospital. Sufría múltiples contusiones, una triple fractura de la pierna izquierda, un hundimiento de la caja torácica y una herida en la nuca. Era milagroso que siguiera viva. Neferet y dos cirujanos la operaron en seguida. Gracias a su robusta constitución, Nenofar escaparía de la muerte, pero se vería obligada a moverse con muletas.
Rápidamente estuvo en condiciones de hablar, y Kem recibió la autorización de interrogarla, en compañía de Pazair.
–El juez me acompaña como testigo –precisó el jefe de policía–. Prefiero que un magistrado asista a nuestra entrevista.
–¿Por qué tantas precauciones?
–Porque no acabo de percibir las causas del accidente.

–Un caballo que se desbocó... No logré controlarlo.
–¿Soléis conducir sola un vehículo como aquél? –preguntó Pazair.
–Claro que no.
–¿Y qué ocurrió en ese caso?
–Subí en primer lugar, un criado tenía que ocuparse de las riendas. De pronto, una piedra dio a la yegua, que relinchó, se encabritó y salió a todo galope.
–¿No estáis describiendo un atentado?
Nenofar, cuya cabeza estaba vendada, dejó vagar su mirada.
–Inverosímil.
–Sospecho de vuestro marido.
–¡Es odioso!
–¿Me equivoco? Detrás de su aparente honorabilidad se oculta un ser vanidoso y vil que sólo piensa en su interés.
Nenofar parecía afectada. Pazair amplió la brecha.
–Otras sospechas pesan sobre vos.
–¿Sobre mí?
–El asesino de Branir utilizó una aguja de nácar. Vos misma manejáis el instrumento con notable destreza.
Nenofar se incorporó huraña.
–Es horrible... ¿Cómo os atrevéis a proferir semejante acusación?
–Durante el proceso, que la amnistía impidió, habríais sido acusada de tráfico de telas, vestidos y sábanas. ¿Una fechoría no produce otra?
–¿Por qué os encarnizáis así?
–Porque vuestro marido es el cabecilla de una conjura criminal. ¿No sois vos acaso su mejor cómplice?
Una triste mueca crispó los labios de Nenofar.
–Estáis mal informado, juez Pazair. Antes de este accidente, tenía la intención de divorciarme.
–¿Habéis cambiado de idea?
–A través de mí, apuntaban a Denes. No lo abandonaré en plena tormenta.
–Perdonad mi brutalidad. Os deseo un rápido restablecimiento.

Ambos hombres se sentaron en un banco de piedra. La tranquilidad del babuino demostraba que nadie los observaba.
–¿Vuestra opinión, Kem?
–Caso flagrante de estupidez crónica e incurable. Es incapaz de comprender que su marido ha intentado librarse de ella, porque al separarse de él lo habría hundido en la miseria. La fortuna es de Nenofar. Denes ignoraba que hacía una jugada ganadora, fuera cual fuese el resultado de su empresa; o Nenofar moría en el accidente o volvía a ser su aliada. Es difícil encontrar una burguesa más idiota.
–Abrupta sentencia –estimó Pazair–, pero convincente. Hay algo que me parece demostrado: ella no es la asesina de Branir.

CAPÍTULO 37

En mitad de un invierno más frío que de costumbre, Ramsés el Grande celebró las fiestas de la resurrección de Osiris. Tras la fertilidad del Nilo, visible para todos, venía la fecundidad del espíritu vencedor del óbito; en cada santuario se encendieron lámparas para que brillara la eterna luz de la resurrección.

El rey acudió a Saqqara. Se recogió una jornada entera ante la pirámide escalonada y, luego, ante la estatua de su ilustre predecesor, el faraón Zóser.

La única puerta abierta en el recinto sólo la cruzaban el alma del faraón difunto o el rey reinante, durante su fiesta de regeneración, ante las divinidades del cielo y de la tierra.

Ramsés imploró a sus antepasados, convertidos en estrellas en el firmamento, que le inspiraran la conducta que debía seguir para librarse del oscuro barranco al que sus enemigos invisibles le habían lanzado. La majestad del lugar, consagrado al silencio luminoso de la boda transfigurada, lo serenó; se llenó la mirada con los juegos de claridad que animaban la gigantesca escalera con peldaños de piedra, centro de la inmensa necrópolis.

Al ocaso, la respuesta nació en su corazón.

Kem no era hombre de despacho, de modo que interrogó a Suti caminando a lo largo del Nilo.

–Extraña aventura la vuestra. Salir vivo del desierto no es una hazaña desdeñable.

–La suerte me protege mejor que cualquier divinidad.

–Es una amiga veleidosa a la que no hay que tentar demasiado.

–La prudencia me aburre.

–Efraim era un pillo redomado. Su desaparición no debió de entristeceros mucho.

–Huyó en compañía del general Asher.

–Pese al despliegue de fuerzas de seguridad, siguen sin encontrarlos.

–Comprobé su habilidad para desplazarse cuando evitaron a la policía del desierto.

–Sois un mago, Suti.

–¿Cumplido o reproche?

–Escapar de las garras de Asher es una hazaña sobrenatural. ¿Por qué os soltó?

–No me lo explico.

–Habría debido mataros, reconocedlo. Hay otro punto extraño: ¿qué objetivo perseguía el general al refugiarse en una misión minera?

–Cuando lo detengáis, os lo revelará.

–El oro es la riqueza suprema, el sueño inaccesible. Como a vos, a Asher los dioses le importaban un pimiento; Efraim conocía filones olvidados cuyo emplazamiento le comunicó. Acumulando oro, el general no temía el porvenir.

–Asher no me hizo confidencia alguna.

–¿Y no sentisteis deseos de seguirlo?

–Estaba herido, sin fuerzas.

–Estoy convencido de que acabasteis con el general. Lo odiabais hasta el punto de correr considerables peligros.

–Era un adversario demasiado duro, en mi estado.

–He conocido esta situación. La voluntad puede dictar su ley al cuerpo más agotado.

–Cuando Asher vuelva, se beneficiará de la amnistía.

–Nunca volverá. Los buitres y los roedores han devorado sus carnes, el viento dispersará sus huesos. ¿Dónde habéis ocultado el oro?

–Sólo tengo mi suerte.

–Robar este metal es una falta imperdonable. Nadie ha conseguido conservar el oro arrebatado al vientre de las montañas. Restituidlo antes de que la suerte os abandone.

–Os habéis convertido en un verdadero policía.

–Me gusta el orden. Un país es feliz y próspero cuando los seres y las cosas están en su lugar. El del oro se halla en el interior del templo. Traed vuestro botín de Coptos y mi boca permanecerá cerrada. De lo contrario, consideradme un enemigo.

Neferet se negó a vivir en la mansión de Nebamon, el ex médico en jefe del reino; demasiadas ondas nocivas impregnaban el lugar. Prefirió aguardar a que la administración le otorgara otra morada y se conformó con la modesta vivienda, donde pasaba sólo sus cortas noches.

Al día siguiente de su entronización, los distintos cuerpos sanitarios habían solicitado audiencia, por miedo a sufrir algún disfavor. Neferet calmó las inquietudes y puso freno a las impaciencias; antes de preocuparse por eventuales ascensos, tenía que estudiar las necesidades de la población. Convocó pues a los encargados de la distribución de las aguas, para que ningún pueblo se viera privado del precioso liquido; luego examinó la lista de los hospitales y los dispensarios, advirtiendo que algunas provincias carecían de lo más necesario.

El reparto de los especialistas y los médicos generalistas entre el sur y el norte no era satisfactorio. Finalmente, entre las primeras urgencias, era preciso responder a los países extranjeros que reclamaban médicos egipcios para cuidar a ilustres pacientes.

La joven comenzó a evaluar la magnitud de su tarea. Se añadió a ella la cortés hostilidad de facultativos que, desde la muerte de Nebamon, se encargaban de velar por la salud de Ramsés; el médico general, el cirujano y el dentista alabaron sus cualidades y afirmaron que el monarca estaba satisfecho con sus cuidados.

Caminar por las calles era un descanso. Tan poca gente conocía su rostro, sobre todo en los barrios cercanos a palacio, que podía pasear a su

guisa, tras una jornada de agotadoras entrevistas en las que cada interlocutor la ponía a prueba.

Cuando Suti llegó a su altura, ella se extrañó.

–Tengo que hablarte a solas.

–¿Excluyes a Pazair?

–De momento, sí.

–¿Qué temes?

–Mis sospechas son demasiado vagas y horribles... Actuaría precipitadamente y sería un error. Prefiero hablar contigo primero; tú juzgarás.

–¿Pantera?

–¿Cómo lo has adivinado?

–Ocupa un lugar indiscutible en tu vida... y pareces muy enamorado.

–Desengáñate, nuestra unión es sólo sensual. Pero Pantera...

Suti vacilaba. Neferet, que disfrutaba caminando rápidamente, redujo la marcha.

–Recuerda las circunstancias del asesinato de Branir –exigió Suti.

–Le clavaron una aguja de nácar en la nuca, con tanta precisión que la muerte fue instantánea.

–Pantera mató del mismo modo al policía felón, utilizando un puñal. Y, sin embargo, el hombre era un verdadero gigante.

–Simple coincidencia.

–Eso espero, Neferet, lo espero de todo corazón.

–No te atormentes más. El alma de Branir me es tan cercana, está tan viva, que tu acusación habría provocado en mí una inmediata certidumbre. Pantera es inocente.

Neferet y Pazair no se ocultaban nada. Desde que el amor los había unido, reinaba entre ellos una complicidad que ni la cotidianidad ni los conflictos hacían desaparecer. Cuando el juez se acostó, avanzada ya la noche, ella se despertó y quiso comunicarle las inquietudes de Suti.

–Se sentía culpable ante la idea de vivir con la mujer que habría asesinado a Branir.

–¿Desde cuándo lo obsesiona esa locura?

–Una pesadilla imprimió el recuerdo en su memoria.

–Grotesco. Pantera ni siquiera conocía a Branir.

–Alguien pudo utilizar sus siniestras dotes.

–Mató al policía por amor; tranquiliza a Suti.

–Pareces muy seguro de ti mismo.

–Estoy seguro de ella y de él.

–Yo también.

La visita de la reina madre trastornó el orden de las audiencias. Algunos jefes de provincia, llegados para solicitar equipamientos sanitarios, se inclinaron al paso de Tuy.

La madre de Ramsés besó a Neferet.

–Ahora estáis en vuestro auténtico puesto.

–Añoro mi aldea del Alto Egipto.

–Ni añoranzas, ni remordimientos: son futilidades. Sólo cuenta vuestra misión al servicio del país.
–¿Y vuestra salud?
–Excelente.
–Haremos un examen rutinario.
–Sólo para tranquilizaros.
Pese a la edad y sus precedentes afecciones, la vista de la reina madre era satisfactoria. Neferet le rogó, sin embargo, que siguiera con rigor el tratamiento.
–Vuestra tarea no será fácil, Neferet. Nebamon poseía el arte de diferir las urgencias y enterrar los expedientes; se rodeaba de leales carentes de personalidad. Esa casta blanda, estrecha de espíritu, conservadora, se opondrá a vuestras iniciativas. La inercia es un arma terrible; no os desalentéis.
–¿Cómo está el faraón?
–Reside en el norte e inspecciona algunas guarniciones. Tengo la sensación de que le preocupa la desaparición del general Asher.
–¿Y compartís vos, de nuevo, sus pensamientos?
–¡Lamentablemente, no! De lo contrario, le habría preguntado las razones de esa despreciable amnistía que nuestro pueblo desaprueba. Ramsés está cansado, su poder se desgasta. Los sumos sacerdotes de Heliópolis, Menfis y Tebas no tardarán demasiado en organizar la fiesta de regeneración que todos, con razón, consideran necesaria.
–El país estará en fiestas.
–Ramsés estará otra vez lleno de ese ardor que le permitió vencer a sus enemigos más temibles. No vaciléis en pedirme ayuda; ahora, nuestras relaciones tienen un carácter oficial.
Verse animada de ese modo multiplicó la energía de Neferet.

Tras la marcha de las obreras, la señora Tapeni inspeccionó el taller. Su adiestrada mirada descubría el menor robo; ni un instrumento ni un pedazo de paño tenían que desaparecer de su dominio, so pena de inmediatas sanciones.
Sólo el rigor aseguraba una constante calidad en el trabajo.
Entró un hombre.
–Denes... ¿qué quieres?
El transportista cerró la puerta. Macizo, con el rostro huraño, avanzó lentamente.
–Dijiste que no debíamos vemos de nuevo.
–Eso es.
–Cometiste un error. No soy mujer a la que se abandone tras haberla utilizado.
–Tú has cometido otro. No soy un notable al que se pueda extorsionar.
–O te inclinas, o arruinaré tu reputación.
–Mi mujer acaba de sufrir un accidente; sin la clemencia de los dioses, habría muerto.
–El incidente en nada cambia los acuerdos que hice con ella.
–No hay acuerdo alguno.
Con una mano, Denes agarró a Tapeni por la garganta y la pegó a la pared.

–Si sigues molestándome, tú también sufrirás un accidente. Detesto tus métodos; conmigo, están condenados al fracaso. No intentes oponerte a mi esposa y olvida nuestro encuentro. Limítate a hacer tu oficio si deseas llegar a vieja. Adiós.

Liberada, Tapeni respiró ávidamente.

Suti se aseguró de que no lo seguían. Tras el interrogatorio a que Kem le había sometido, temía que lo vigilaran. La advertencia del nubio no debía ser tomada a la ligera; ni siquiera Pazair podría proteger a su amigo si el jefe de policía demostraba su culpabilidad.

Por fortuna, las sospechas que pesaban sobre su amante libia se habían disipado; pero Suti y Pantera tenían que salir de Menfis sin llamar la atención del nubio. Utilizar del mejor modo su fabulosa fortuna sería un delicado empeño que exigía complicidades; de modo que el joven se puso en contacto con algunos personajes dudosos, encubridores declarados, de mayor o menor envergadura, sin desvelar su secreto. Habló de una transacción importante que exigiría un largo transporte.

Patascortas le pareció un compañero válido. El comerciante no hizo preguntas y aceptó proporcionar a Suti unos robustos asnos, carne seca y odres de agua en el lugar que quisiera. Llevar el oro de la gruta hasta la gran ciudad, ocultarlo y negociarlo para adquirir una suntuosa mansión y darse la gran vida era muy arriesgado; pero a Suti le producía un intenso placer jugar con la suerte. En el umbral de la fortuna, no lo abandonaría.

Dentro de tres días, Pantera y él embarcarían hacia Elefantina. Provistos de la tablilla de madera donde Patascortas había inscrito sus instrucciones, obtendrían los animales y el material en un pueblo donde nadie los conocía. Luego sacarían del escondrijo una parte del oro y regresarían a Menfis con la esperanza de cambiarlo en un mercado paralelo que griegos, libios y demás sirios intentaban animar. El valor comercial del metal amarillo era tan considerable, debido a su escasa circulación, que Suti encontraría, sin duda, un comprador.

Se arriesgaba a la cárcel, si no a la muerte. Pero cuando poseyera la más hermosa propiedad de Egipto, organizaría magníficas recepciones cuyos invitados de honor serían Pazair y Neferet. Quemaría sus riquezas como si fueran paja para que una alegre hoguera se elevara hacia el cielo, donde ausentes dioses se reirían con él.

La voz del visir era ronca, sus rasgos descompuestos.

–Juez Pazair, os he convocado para hablar de vuestra conducta.

–¿He cometido alguna falta?

–¿No es manifiesta vuestra oposición a la amnistía? No perdéis ocasión para demostrarlo.

–Callar sería una impostura.

–¿Sois consciente de vuestra imprudencia?

–¿No habéis mostrado vos vuestra hostilidad al rey?

–Yo soy un viejo visir, vos un joven magistrado.

–¿Cómo puede ofender a su majestad la opinión de un pequeño juez de barrio?

–Fuisteis decano del porche. Guardaos vuestros pensamientos.

–¿Depende de ese silencio mi próximo nombramiento?

–Sois lo bastante inteligente para responder vos mismo a esa pregunta. ¿Es digno de ejercer un juez que discute la ley?
–Si es así, renuncio a esta función.
–Es la razón de vuestra vida.
–La herida será incurable, lo admito, pero es preferible a la hipocresía.
–¿No sois demasiado riguroso?
–Viniendo de vos, esta observación es un cumplido.
–Detesto la grandilocuencia, pero creo que el país os necesita.
–Permaneciendo fiel a mi ideal, espero estar en armonía con el Egipto de las pirámides, de la cima tebana y de los imperecederos soles. Éste ignora la amnistía. Si me equivoco, la justicia seguirá sin mí su camino.

–Buenos días, Suti.
El joven dejó la copa llena de cerveza fresca.
–¡Tapeni!
–Me ha costado mucho tiempo encontrarte. Esta taberna es bastante sórdida, pero parece gustarte.
–¿Cómo estás?
–Bastante mal desde que te fuiste.
–Una hermosa mujer nunca sufre la soledad.
–¿Has perdido la memoria? Eres mi marido.
–Cuando abandoné tu casa, se consumó nuestro divorcio.
–Te equivocas, querido. Considero tu fuga como una simple ausencia.
–Nuestra boda se celebró en el marco de una investigación; la amnistía la ha disuelto.
–Me tomo en serio nuestra unión.
–Deja de bromear, Tapeni.
–Tú eres el esposo en quien siempre he soñado.
–Te lo ruego...
–Te conmino a que repudies a tu puta libia y regreses al domicilio conyugal.
–¡Es insensato!
–No quiero perderlo todo. Obedece o lo lamentarás.
Suti se encogió de hombros y bebió un largo trago.

Bravo correteaba ante Pazair y Neferet. El perro contemplaba las aguas del canal, pero evitaba acercarse a ellas. La pequeña mona verde se agarraba al hombro de su dueña.
–Mi decisión ha dejado consternado a Bagey, pero la mantendré.
–¿Ejercerás en provincias?
–En ninguna parte. Ya no soy juez, Neferet, porque me opongo a una decisión inicua.
–Deberíamos habernos marchado a Tebas.
–Tus colegas te habrían traído de nuevo aquí.
–Mi posición es más inestable de lo que parece. Que una mujer sea médico en jefe del reino molesta a ciertos cortesanos influyentes. A la menor falta, exigirán mi renuncia.
–Voy a realizar un viejo sueño: ser jardinero. En nuestra futura casa, mi trabajo no será desdeñable.
–Pazair...

–Vivir juntos es una felicidad inigualable. Trabaja por la salud de Egipto, yo cuidaré flores y árboles.

Los ojos de Pazair no le engañaban. Se trataba, efectivamente, de una convocatoria del juez principal de Heliópolis, la ciudad santa situada al norte de Menfis. La población, desprovista de importancia económica, sólo comprendía templos, construidos alrededor de un inmenso obelisco, rayo de sol petrificado.

–Me ofrecen un puesto de magistrado encargado de los asuntos religiosos –supuso–. Como en Heliópolis nunca ocurre nada, no tendré demasiado trabajo. Por lo general, el visir nombra magistrados ancianos o enfermos.

–Bagey ha hablado en tu favor –consideró Neferet–. Al menos, conservarás tu título.

–Apartarme de los asuntos civiles... Es muy astuto.

–No rechaces esta convocatoria.

–Si me imponen la menor servidumbre, si intentan hacerme admitir la amnistía, mi visita será de corta duración.

En Heliópolis residían los redactores de los textos sagrados, de los ritos y de los relatos mitológicos destinados a transmitir la sabiduría de los antiguos. En el interior de los santuarios, rodeados de altos muros, un restringido número de oficiantes celebraba el culto a la energía en su forma luminosa.

Pazair descubrió una ciudad silenciosa, sin mercaderes ni tiendas; en las pequeñas casas blancas vivian sacerdotes y artesanos encargados de crear o reparar los objetos rituales.

Los ruidos del mundo no llegaban a ellos.

El magistrado se presentó en el despacho del juez principal, donde un escriba canoso, visiblemente importunado, lo recibió mascullando. Tras haber examinado la convocatoria, se ausentó.

El lugar era tranquilo, casi adormecido, tan alejado de la agitación de Menfis que a Pazair le costó creer que allí trabajaban hombres.

Aparecieron dos policías armados con garrotes.

–¿Juez Pazair?

–¿Qué queréis?

–Seguidnos.

–¿Por qué motivo?

–Orden superior.

–Me niego.

–Toda resistencia es inútil. No nos obliguéis a utilizar la fuerza.

Pazair había caído en una emboscada. Quien desafiaba a Ramsés pagaba por ello; no iba a obtener un puesto de juez, sino un lugar en el cementerio del olvido.

CAPÍTULO 38

Flanqueado por los dos policías, Pazair fue llevado hasta la entrada de un edificio oblongo, contiguo al templo de Ra.

La puerta se abrió ante un sacerdote anciano, de cráneo afeitado, piel arrugada y ojos negros, que vestía una piel de pantera.

–¿Juez Pazair?

–Esta detención es ilegal.

–En vez de decir estupideces, entrad, lavaos las manos y los pies y recogeos.

Intrigado, Pazair obedeció. Los dos policías se quedaron fuera, la puerta se cerró.

–¿Dónde estoy?

–En la Casa de la Vida de Heliópolis.

El juez quedó pasmado. Aquí, en ese lugar inaccesible para los profanos, los sabios de tiempos pasados habían compuesto los Textos de las pirámides, desvelando las mutaciones del alma y el proceso de resurrección. El pueblo sabía que los más ilustres magos habían sido formados en esta escuela misteriosa a la que eran llamados algunos seres sin conocer el día ni la hora.

–Purifícate.

El juez obedeció temblando.

–Me llaman el Calvo –reveló el sacerdote–. Vigilo esa puerta y no dejo entrar ningún elemento nocivo.

–Mi convocatoria...

–No me importunes con palabras inútiles.

Del Calvo emanaba un magnetismo que mantenía las protestas en la garganta.

–Quítate el paño y ponte esta vestidura blanca.

Pazair se sintió llevado a otro mundo, desprovisto de puntos de orientación. La luz sólo penetraba en la Casa de la Vida por unos estrechos tragaluces, practicados en lo alto de los muros de piedra, desprovistos de inscripciones.

–También me llaman el matarife –reveló el Calvo–, porque decapito a los enemigos de Osiris. Aquí se conservan los anales de los dioses, los libros de las ciencias, y los rituales de los misterios. Que tu boca permanezca cerrada sobre lo que veas y oigas. El destino derriba a los charlatanes.

El Calvo precedió a Pazair por un largo corredor que daba a un patio arenoso. En el centro había un túmulo que albergaba una momia de Osiris, receptáculo de la vida en su aspecto más secreto. Llamada "piedra divina", estaba untada con ungüentos y cubierta con una piel de carnero.

–En ella muere y renace la energía que crea Egipto –indicó el Calvo.

Alrededor del patio había bibliotecas y talleres reservados a los adeptos que trabajaban en aquel recinto.

–¿Qué ves, Pazair?

–Un montículo de arena.

–Así se encarna la vida. La energía brota del océano que contiene los mundos en estado de germen, y se materializa en forma de una eminencia. Busca más arriba, lo más esencial, y te acercarás al origen. Entra en esta sala y comparece ante tu juez.

El hombre, que estaba sentado en un trono de madera dorada, se tocaba con una peluca de rizos que ocultaba sus oídos e iba vestido con una larga túnica. En su pecho tenía un ancho lazo; en su mano diestra, un cetro de mando; en la izquierda, un largo bastón. Tras él había una balanza de oro.

Encargado de los secretos de la Casa de la Vida, responsable de la distribución de las ofrendas, custodio de la piedra primordial, el temible personaje interpeló al intruso.

–Tienes la pretensión de ser un juez honesto.

–Procuro serlo.

–¿Por qué te niegas a aplicar la amnistía decretada por el faraón?

–Porque es inicua.

–En este lugar cerrado, ante esta balanza, lejos de las miradas profanas, ¿te atreves a mantener esta opinión?

–La mantengo.

–Nada puedo hacer por ti.

El Calvo agarró por el hombro a Pazair y lo obligó a retirarse. Aquellas hermosas palabras formaban, pues, parte de la emboscada. El único objetivo de aquellos sacerdotes era quebrar la resistencia del juez. Puesto que la persuasión había fracasado, utilizarían la violencia.

–Entra.

El Calvo cerró la puerta de bronce.

Una sola lámpara iluminaba la pequeña estancia, desprovista de aberturas. Dos canales excavados en la piedra procuraban el aire indispensable.

Un hombre miró a Pazair. Un hombre de cabellos rojos, amplia frente y nariz aguileña. En sus muñecas llevaba brazaletes de oro y lapislázuli, con la parte superior adornada con cabezas de pato salvaje. La joya preferida de Ramsés el Grande.

–Sois...

Pazair no se atrevió a pronunciar la palabra "faraón" que le abrasaba los labios.

–Tú eres Pazair, el magistrado que abandonó su puesto de decano del porche y criticó mi decreto de amnistía.

El tono era violento, cargado de reproches. El corazón del juez palpitaba enloquecido; frente al soberano más poderoso de la tierra, perdía su serenidad.

–¡Bueno, contesta! ¿Me han mentido sobre ti?

–No, majestad.

El juez, consciente de que había olvidado inclinarse, dobló el espinazo y puso ambas rodillas en tierra.

–Levántate. Puesto que te opones al rey, compórtate como un guerrero.
Ofendido, Pazair se irguió.
–No retrocederé.
–¿Qué le reprochas a mi decisión?
–Perdonar a los culpables y liberar a los criminales son injurias a los dioses y muestras de desprecio por el sufrimiento humano. Mañana, si seguís por esa peligrosa pendiente, acusaréis a las victimas.
–¿Eres acaso infalible?
–He cometido muchos errores, pero no a costa de un inocente.
–¿Incorruptible?
–Mi alma no está en venta.
–¿Sabes lo que es un crimen de lesa majestad?
–Respeto la regla de la diosa Maat.
–¿La conoces, acaso, mejor que yo, que soy su hijo?
–La amnistía es una grave injusticia, compromete el equilibrio del país.
–¿Crees que sobrevivirás a estas palabras?
–Habré tenido el gozo de ofreceros mi verdadero pensamiento.
Ramsés cambió de tono. Palabras graves y lentas sucedieron a la agresividad.
–Te observo desde que llegaste a Menfis. Branir era un sabio, no actuaba a la ligera. Te había elegido por tu probidad; su otro discípulo era Neferet, hoy médico en jefe del reino.
–Ella lo logró, yo he fracasado.
–También tú lo has logrado, porque eres el único juez de Egipto que actúa rectamente.
Pazair quedó estupefacto.
–Pese a múltiples intervenciones, entre ellas la mía, tu opinión no ha variado. Has plantado cara al rey de Egipto, en nombre de la justicia. Eres mi última esperanza. Yo, el faraón, estoy solo, he caído en una abominable trampa. ¿Estás dispuesto a ayudarme o prefieres tu tranquilidad?
Pazair se inclinó.
–Soy vuestro servidor.
–¿Palabras de cortesano o sincero compromiso?
–Mis actos responden por mí.
–Por eso pongo en tus manos el porvenir de Egipto.
–No... no comprendo.
–Aquí estamos en un lugar seguro; nadie oirá lo que voy a revelarte. Piénsalo bien, Pazair; todavia puedes retirarte. Cuando haya hablado, te encargarás de la misión más difícil que jamás haya sido confiada a un juez.
–La vocación que Branir despertó en mí no admite evasiones.
–Juez Pazair, te nombro visir de Egipto.
–Pero el visir Bagey...
–Bagey es viejo y está cansado. En estos últimos meses me ha pedido varias veces que lo sustituyera. Tu rechazo de la amnistía me ha permitido descubrir a su sucesor, pese a los consejos de mis íntimos, que insinuaban otros nombres.
–¿Por qué no asume Bagey la tarea que deseáis confiarme?
–Por una parte, ya no tiene el dinamismo necesario para llevar a cabo la investigación; por otro, temo las habladurías entre los miembros de su

administración, que ocupan su cargo desde hace demasiado tiempo. Si se produjera la menor indiscreción, el país caería en manos de los demonios surgidos de las tinieblas. Mañana serás el primer personaje del reino después del faraón; pero estarás solo, sin amigos ni sostén. No confíes en nadie, trastorna la jerarquía, rodéate de hombres nuevos, pero no les concedas confianza alguna.

–Hablabais de investigación...

–He aquí la verdad, Pazair: en la gran pirámide se guardaban las sagradas insignias de la realeza, que legitiman el reino de cada faraón. La pirámide fue asesinada y violada, y el tesoro robado. Sin él, no puedo celebrar la fiesta de regeneración que exigen, con razón, los sumos sacerdotes de los principales templos y el alma de nuestro pueblo. En menos de un año, cuando renazca la crecida del Nilo, me veré obligado a abdicar en beneficio de un ladrón y un criminal que permanece agazapado en la sombra.

–Por lo tanto, el decreto de amnistía os fue dictado.

–Por primera vez me vi obligado a actuar contra la justicia. Me han amenazado con revelar que la pirámide ha sido desvalijada, precipitando así mi caída.

–¿Por qué vuestro enemigo no tomó la iniciativa hace ya mucho tiempo?

–Porque no está listo; apoderarse del trono excluye la improvisación. El momento de mi abdicación será el más favorable y el usurpador recibirá el poder con toda tranquilidad. Acepté suscribir las exigencias del mensaje anónimo para ver, sobre todo, quién se atrevería a levantarse contra la amnistía. Salvo Bagey y tú, nadie discutió su fundamento. El viejo visir tiene derecho al descanso; tú descubrirás a los criminales o nos perderemos juntos.

Pazair recordó las principales fases de sus investigaciones, desde el instante crucial en que había sido un grano de arena en un mecanismo infernal, negándose a avalar la mutación administrativa de un veterano, miembro de la guardia de honor de la esfinge.

–Jamás cayó sobre el país una ola de asesinatos como ésta. Estoy convencido de que están vinculados a la monstruosa conjura. ¿Por qué mataron a los cinco veteranos?

–Porque la esfinge de Gizeh está cerca de la gran pirámide. Los soldados molestaban a los conjurados. Tuvieron que librarse de ellos para penetrar sin ser vistos en el edificio.

–¿Por qué camino?

–Un pasaje subterráneo que yo creía cerrado y que tendrás que inspeccionar. Tal vez queden indicios. Durante mucho tiempo pensé que el general Asher era el alma de la conjura...

–No, majestad. Fue un espejismo.

–No podemos encontrarlo porque está federando contra Egipto las tribus libias.

–Asher ha muerto.

–¿Tienes pruebas de ello?

–El relato de mi amigo Suti.

–¿Lo mató él?

Pazair vaciló antes de responder.

–Eres mi visir. Entre tú y yo no puede subsistir sombra alguna; la verdad será nuestro vínculo.
–Suti acabó con el hombre que odiaba. Fue testigo de las torturas que el general infligió a un soldado egipcio.
–Durante mucho tiempo creí en la buena fe de Asher, y me equivoqué.
–Si se hubiera celebrado el proceso de Denes, su culpabilidad habría quedado en evidencia.
–¡Pretencioso transportista!
–Denes, Qadash y Chechi formaban un temible trío. El dentista quería ser médico en jefe, el segundo afirmaba trabajar en la fabricación de armas irrompibles. Chechi y Denes son, probablemente, responsables del accidente que sufrió la princesa Hattusa.
–¿Se limita la conjura a esos tres personajes?
–Lo ignoro.
–Descubridlo.
–Divagué, majestad; ahora debo saberlo todo. ¿Cuáles son los objetos sagrados robados en la gran pirámide?
–Una azuela de hierro celeste, utilizada para abrir la boca de la momia durante el ritual de resurrección.
–¡Está en manos del sumo sacerdote del templo de Ptah, en Menfis!
–Algunos amuletos de lapislázuli.
–Chechi traficaba con ellos; ésos están seguros en Karnak, en manos del sumo sacerdote Kani.
–Un escarabajo de oro.
Pazair sintió una loca esperanza.
–¡También lo tiene Kani!
Por un instante, el nuevo visir creyó que había salvado, sin saberlo, los tesoros de la pirámide.
–Los ladrones –prosiguió Ramsés–, arrancaron la máscara de oro de Keops y su collar.
El juez quedó mudo. La decepción le frunció el rostro.
–Si se comportaron como profanadores del pasado, nunca encontraremos estas preciosas reliquias, como no encontraremos el codo de oro dedicado a la diosa Maat. Los habrán fundido y transformado en lingotes para venderlos en el extranjero.
Pazair estaba conmovido hasta las lágrimas. ¿Cómo podía haber seres tan viles como para destruir la belleza?
–Puesto que se ha salvado una parte de los objetos y la otra ha sido destruida, ¿qué posee nuestro adversario?
–Lo esencial –repuso Ramsés–. El testamento de los dioses. Mis orfebres pueden fabricar un nuevo codo, pero el testamento es una pieza única que se transmite de faraón a faraón. Durante la fiesta de regeneración, tendría que mostrarlo a las divinidades, a los sumos sacerdotes, a mis únicos amigos y al pueblo de Egipto. Así lo exige la regla de los reyes, así fue antaño, así será mañana, y me someteré a ella. Durante los meses que nos separan del plazo, nuestros enemigos no permanecerán inactivos; intentarán debilitarme, corromperme y corroerme. Tú tendrás que inventar protecciones y desbaratar sus planes; temo que, en caso de fracaso, la civilización de nuestros padres desaparezca. Si unos asesinos han tenido la audacia de profanar nuestro

más venerable santuario, es que desprecian los valores fundamentales por los que vivimos. Frente a ese envite, mi persona ya no cuenta; mi trono, en cambio, es el símbolo de una dinastía milenaria y de una tradición sobre las que se construyó este país. Amo Egipto como lo amas tú, más allá de nuestras existencias, más allá del tiempo. Es una luz que quieren apagar. Actúa y presérvala, visir Pazair.

CAPÍTULO 39

Pazair meditó toda una noche sentado en la posición del escriba ante la estatua del dios Thot, con su forma de babuino coronado por el disco solar. El templo estaba silencioso; en el techo, los astrólogos observaban las estrellas. Todavía bajo los efectos de su entrevista con el faraón, el juez saboreaba las últimas horas de paz antes de su entronización, antes de cruzar el umbral de una nueva existencia que no había deseado. Pensaba en aquel delicioso instante en el que Neferet, Bravo, Viento del Norte, Traviesa y él se disponían a embarcar hacia Tebas, en los tranquilos días de una aldea del Alto Egipto, en la dulzura de su esposa, en el regular fluir de las estaciones, lejos de los asuntos de Estado y de las ambiciones humanas. Pero aquello no era más que un sueño deshilachado e inaccesible.

Dos ritualistas llevaron a Pazair a la Casa de la Vida, donde lo recibió el Calvo. El futuro visir se arrodilló en una estera, el Calvo puso una regla de madera sobre su cabeza y, luego, le ofreció agua y pan.

–Come y bebe –le ordenó–. Permanece vigilante en cualquier circunstancia, de lo contrario, estos alimentos se te harán amargos. Que por tu acción la pena se transforme en alegría.

Lavado, depilado, perfumado, Pazair se vistió con un paño a la antigua, una toga de lino y una peluca corta. Los ritualistas lo condujeron hacia el palacio real, a cuyo alrededor se apretujaba una multitud curiosa. La víspera, los heraldos habían anunciado el nombramiento de un nuevo visir.

Recogido e indiferente a los clamores, Pazair penetró en la gran sala de audiencia presidida por el faraón, que llevaba la corona roja y la corona blanca, cuyo encaje simbolizaba la unión del Alto y el Bajo Egipto. A un lado y otro del rey se hallaban sus únicos amigos, entre ellos Bagey, el antiguo visir, y Bel-Tran, el nuevo director de la Doble Casa blanca, numerosos cortesanos y dignatarios se hallaban situados entre las columnas; entre ellos, Pazair distinguió en seguida a la médico en jefe del reino. Grave y sonriente, Neferet no apartaba sus ojos de él. Pazair permaneció de pie ante el rey. El portador de la Regla desenrolló ante él el papiro donde estaba inscrito el espíritu de las leyes.

–Yo, Ramsés, faraón de Egipto, nombro a Pazair visir, servidor de la justicia y sostén del país. En verdad, no es un favor lo que te concedo, pues tu función no es dulce ni agradable, sino amarga como la bilis. Actúa de acuerdo con la Regla, sea cual sea el asunto que trates; imparte justicia a todo el mundo, sea cual sea su condición. Obra de modo que te respeten por tu prudencia y tus serenas palabras. Cuando mandes, preocúpate de orientar, no ofendas a nadie y rechaza la violencia. No te refugies en el

mutismo, afronta las dificultades y no inclines la cabeza ante los altos funcionarios.

Que tu modo de juzgar sea transparente, sin disimulos, y que todos perciban su razón. El agua y el viento llevarán tus palabras y tus actos al pueblo. Que ningún ser te acuse de haber sido injusto con él y de no haberle escuchado. No actúes nunca según tus preferencias; juzga tanto al que conoces como al que no conoces. No te preocupes de complacer o disgustar, no favorezcas a nadie, pero no cometas excesos de rigor o de intransigencia. Castiga al rebelde, al arrogante y al charlatán, pues siembran la confusión y destruyen. Tú único refugio es la regla de la diosa Maat, que no ha variado desde el tiempo de los dioses y perdurará cuando la humanidad haya dejado de existir. Tu único modo de vivir es la rectitud.

Bagey se inclinó ante el faraón, y se llevó la mano al corazón de cobre que llevaba al cuello, se lo quitó y se lo entregó al monarca.

–Conserva este símbolo –decretó Ramsés–; te has mostrado digno de él durante tantos años que adquieres el derecho de llevártelo contigo al más allá. Ahora vive una apacible y feliz vejez, sin olvidar aconsejar a tu sucesor.

El antiguo y el nuevo visir se dieron un abrazo, luego Ramsés condecoró a Pazair con un resplandeciente corazón de cobre, creado por los talleres reales.

–Eres el dueño de la justicia –precisó el faraón–, vela por la felicidad de Egipto y la de sus habitantes. Eres el cobre que protege el oro, el visir que protege al faraón; actúa de acuerdo con lo que te ordeno, pero no seas abúlico ni servil, y sabe prolongar mi pensamiento. Me darás cuenta, cada día, de tu trabajo.

Los cortesanos saludaron con deferencia al nuevo visir.

Los jefes de las provincias, los gobernadores de los dominios, los escribas, los jueces, los artesanos, y los hombres y las mujeres de Egipto cantaron las alabanzas del nuevo visir.

Por todas partes se organizaron banquetes en su honor, en los que se comieron los mejores manjares y se bebieron, a cargo del Estado, las más refinadas cervezas.

¿Había suerte más envidiable que la del visir?... Los servidores se apresuraban a satisfacer sus menores deseos: navegaba en un barco de cedro, los manjares de su mesa eran suculentos, degustaba raros caldos mientras los músicos tocaban encantadoras melodías, su viñatero le proporcionaba las moradas uvas, su intendente aves asadas y perfumadas con hierbas, y pescados de exquisita carne. El visir se sentaba en sillas de ébano y dormía en una cama de madera dorada, de confortable colchón; en la sala de las unciones, un masajista le libraba de su fatiga.

Pero todo aquello era sólo lenificante apariencia. "Más amarga que la bilis" sería su tarea, como afirmaba el ritual de entronización.

Neferet, médico en jefe del reino, Kani, sumo sacerdote de Karnak, Kem, jefe de policía... ¿No habían elegido los dioses favorecer a los seres justos permitiéndoles ofrecer su vida a Egipto? El cielo hubiera debido estar límpido y el corazón alegre, pero Pazair permanecía sombrío y atormentado.

¿No estaría la tierra amada por los dioses cubierta de tinieblas en menos de un año?

Neferet posó su brazo en el hombro de Pazair y lo estrechó contra sí. El visir no le había ocultado nada de su entrevista con Ramsés; unidos en el secreto, compartían su carga. Su mirada se perdió en el cielo de lapislázuli, donde brillaban las estrellas y el alma de su maestro Branir.

Pazair había aceptado la mansión, el jardín y las tierras que el faraón ofrecía a su visir. Policías elegidos por Kem fueron situados a la entrada de la vasta propiedad, rodeada de muros, y otros la vigilaban permanentemente desde las casas vecinas. Nadie se acercaba a la mansión sin mostrar un salvoconducto o una convocatoria con todas las de la ley. Situada no lejos del palacio real, la residencia formaba un islote de verdor donde crecían quinientos árboles, entre ellos setenta sicomoros, treinta perseas, ciento setenta palmas datileras, cien palmeras, diez higueras, nueve sauces y diez tamariscos.

Algunas especies raras, importadas de Nubia y Asia, sólo figuraban en un ejemplar. Una tornasolada viña proporcionaba un caldo reservado al visir.

La mona verde de Neferet, maravillada, imaginaba mil y una escaladas y otros tantos festines. Unos veinte jardineros se ocupaban de la propiedad; la parte cultivada se dividía en cuadrados, separados por canales de riego. Una procesión de aguadores regaba las lechugas, puerros, cebollas y pepinos que crecían en terrazas.

En el centro del huerto había un pozo de cinco metros de profundidad. Al abrigo del viento, un quiosco, al que se accedía por una rampa de suave pendiente, permitía disfrutar del sol de invierno; al otro lado, a la sombra de los árboles más grandes y en el camino de la brisa del norte, otro quiosco servía de refugio en los períodos cálidos junto a un estanque rectangular propicio al baño.

Pazair no se había separado de su estera de juez de provincias; sin embargo, el abundante mobiliario colmaba los más exigentes deseos. La calidad de la mosquitera le satisfizo, mientras que la de los innumerables cepillos y escobas tranquilizó a su esposa, deseosa de mantener limpia la gran mansión.

–El cuarto de baño es una maravilla.

–El barbero te espera; estará a tu servicio todas las mañanas.

–Al igual que la peluquera al tuyo.

–¿Conseguiremos escapar alguna vez?

Él la tomó en sus brazos.

–Menos de un año, Neferet. Nos queda menos de un año para salvar a Ramsés.

Denes estaba fuera de sí. Ciertamente, gozaba otra vez del apoyo incondicional de su esposa, que guardaría cama largo tiempo y quedaría tullida para toda la vida. Había evitado el divorcio, conservaba su fortuna y había terminado con las amenazas de la señora Tapeni. Pero el horizonte se había oscurecido bruscamente con el inesperado nombramiento de Pazair. El plan de los conjurados se dislocaba; su triunfo, sin embargo, seguía siendo seguro, puesto que poseían el testamento de los dioses.

El químico Chechi, nervioso, predicaba la mayor prudencia; tras haber perdido el puesto de médico en jefe y fracasado en la conquista del visirato, los conjurados debían agazaparse en las sombras y utilizar su arma infalible: el tiempo.

Los sumos sacerdotes de los principales templos acababan de anunciar la fecha de la fiesta de regeneración del rey, el primer día del nuevo año, en el mes de julio, cuando la aparición de la estrella Sothis, en el signo de Cáncer, anunciara la crecida del Nilo. La víspera de su abdicación, Ramsés conocería el nombre de su sucesor y le transmitiría el poder a la vista de todo el mundo.

–¿Se confió el rey a Pazair? –preguntó Denes.

–Claro que no –supuso Chechi–. El faraón está condenado al silencio; una confidencia y está perdido. Pazair no es más virtuoso que cualquier otro. Formaría inmediatamente una camarilla contra el monarca.

–¿Por qué eligió a Pazair?

–Porque el pequeño juez es astuto y ambicioso. Supo seducir a Ramsés mostrando una probidad ilusoria.

–Tienes razón. El rey comete un enorme error.

–Desconfiemos del intrigante; acaba de demostrar sus capacidades.

–El ejercicio del poder lo embriagará. Si hubiera sido menos estúpido, se habría unido a nosotros.

–Demasiado tarde. Juega su propio juego.

–No le ofrezcamos de nuevo la ocasión de incriminarnos.

–Rindámosle homenaje y cubrámosle de regalos; creerá en nuestra sumisión.

Suti, paciente, aguardó a que finalizara la explosión de cólera. Pantera, furiosa, había roto la vajilla y los taburetes, desgarrado ropa e, incluso, pisoteado una peluca de mucho valor. La pequeña casa se había convertido en un caos, pero la rubia libia no se tranquilizaba.

–Me niego –dijo.

–Sé paciente.

–Teníamos que partir mañana.

–Pazair no debía ser nombrado visir –repuso Suti.

–Me importa un bledo.

–A mí no.

–¿Y qué estás esperando? ¡Te has olvidado ya! Partamos como estaba convenido.

–No hay prisa alguna.

–Quiero recuperar nuestro oro.

–No huirá.

–Ayer sólo hablabas de nuestro viaje.

–Debo ver a Pazair y conocer sus intenciones.

–¡Pazair, de nuevo Pazair! ¿Cuándo nos libraremos de él?

–Cállate.

–No soy tu esclava.

–Tapeni me conminó a despedirte.

–¿Te has atrevido a ver de nuevo a esa arpía?

–Me buscó en una taberna. Tapeni se considera mi esposa legítima.

–Estúpido.

–La protección del visir me será útil.

El primer huésped de Pazair fue su predecesor. Bagey, a pesar de sus doloridas piernas, caminaba sin bastón. Con la espalda curvada, la voz ronca, se sentó en el quiosco de invierno.
–Vuestro ascenso es merecido, Pazair. No podía soñar en un mejor visir.
–Sois mi modelo.
–Mi último año de trabajo fue penoso y decepcionante; mi marcha era indispensable. Afortunadamente, el rey me escuchó. Vuestra juventud no os resultará un problema por mucho tiempo; la función hace madurar al hombre.
–¿Qué me aconsejáis?
–Sed indiferente a las habladurías, despedid a los cortesanos, estudiad en profundidad cada expediente y no prescindáis del más extremado rigor. Os presentaré a mis más próximos colaboradores y podréis probar su competencia.
El sol atravesó las nubes e inundó el quiosco. Pazair se dio cuenta de que a Bagey le molestaba y le protegió con una sombrilla.
–¿Os gusta esta mansión? –preguntó el antiguo visir.
–Todavía no he tenido tiempo de explorarla.
–Es demasiado grande para mí; este huerto es un nido de problemas. Prefiero mi apartamento en la ciudad.
–Sin vuestra ayuda, fracasaré; ¿aceptáis permanecer a mi lado e ilustrarme?
–Es mi deber. Pero dadme tiempo para encargarme de mi hijo.
–¿Dificultades?
–Su patrón no está contento con él. Temo que lo despida y mi mujer está preocupada.
–Si puedo intervenir...
–Me niego de antemano; conceder privilegios sería una falta grave. ¿Y si comenzáramos a trabajar?

Pazair y Suti se dieron un abrazo. El aventurero miró a su alrededor.
–Tu propiedad me gusta. Quiero una como ésta, y daré en ella inolvidables fiestas.
–¿Deseas ser visir?
–El trabajo me aterra. ¿Por qué has aceptado tan abrumadora tarea?
–Caí en una trampa.
–Mi fortuna es inmensa; evádete e hincaremos el diente a la vida.
–Imposible.
–¿Me niegas tu confianza?
–El faraón me ha confiado una misión.
–No acabes en la toga de un alto funcionario, lento e imbuido de su importancia.
–¿Me reprochas que sea visir?
–¿Condenas tú mi modo de hacer fortuna?
–Trabaja a mi lado, Suti.
–Dejar pasar mi oportunidad sería un crimen.
–Si cometes un delito, no te defenderé.
–Estas palabras señalan nuestra ruptura.

–Eres mi amigo y seguirás siéndolo.
–Un amigo no amenaza.
–Quiero evitarte un error fatal; Kem no cederá y se mostrará implacable.
–Duelo equilibrado.
–No lo desafíes, Suti.
–No me dictes mi conducta.
–Quédate, te lo ruego. Si conocieras la importancia de mi tarea, no vacilarías ni un instante.
–¡Defender la ley, qué utopía! Si la hubiera respetado, Asher seguiría vivo.
–No testimonié contra ti.
–Estás tenso e inquieto. ¿Qué me ocultas?
–Desmantelamos una conjura; pero era sólo una etapa. Sigamos juntos.
–Prefiero el oro.
–Devuélvelo al templo.
–¿Me traicionarás?
Pazair no respondió.
–El visir desplaza al amigo, ¿no es cierto?
–No te pierdas en el desierto, Suti.
–Es un mundo hermoso y hostil. Cuando el poder te haya decepcionado, te reunirás allí conmigo.
–No busco el poder, sino la salvación de nuestro país, nuestra salvación y la de nuestra fe.
–Buena suerte, visir. Yo me pongo de nuevo tras la pista del oro.
El joven abandonó sin volverse el admirable jardín. Había olvidado hablar de las exigencias de Tapeni, pero ¿qué importaba?

Antes de que Suti cruzara el umbral de su casa, cuatro policías agarraron al joven y le ataron las manos a la espalda.
Pantera, alertada por el ruido de la lucha, apareció con un cuchillo en la mano e intentó liberar a su amante. Hirió en el brazo a uno de los guardias y derribó a otro, pero fue por fin dominada y atada.
Los policías llevaron a la pareja al tribunal, acusados de flagrante delito de adulterio. La señora Tapeni se sentía llena de júbilo; no esperaba tan brillante resultado. A la violación de los deberes conyugales se añadía la resistencia a las fuerzas del orden. El alegato de la hermosa morena, seducida y abandonada, complació a los jueces, que fueron insultados por Pantera. La argumentación de Suti no pareció muy convincente.
Como Tapeni imploró la indulgencia del jurado, Pantera fue sólo condenada a una inmediata expulsión del territorio egipcio y Suti a un año de cárcel, a cuyo término trabajaría para indemnizar a su ofendida esposa.

CAPÍTULO 40

Pazair miró la esfinge; los ojos de la gigantesca estatua contemplaban el sol naciente, confiados en su victoria sobre las fuerzas de destrucción, obtenida tras un rudo combate en el mundo inferior. Atento guardián de la altiplanicie donde se erguían las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos, participaba en la eterna lucha de la que dependía la supervivencia de la humanidad.

El visir ordenó a un equipo de canteros que desplazara la gran estela erigida entre las patas de la esfinge. Aparecieron un recipiente sellado y una losa provista de una anilla. Dos hombres la levantaron, descubriendo el acceso a un estrecho corredor, de techo bajo.

Provisto de una antorcha, el visir fue el primero en entrar.

No lejos de la entrada, su pie chocó con una copa de dolerita. La recogió e, inclinado, siguió avanzando. Un muro le cerró el paso. A la luz de la antorcha descubrió que varias piedras habían sido desplazadas; toda una hilera se movió; al otro lado se hallaba la cámara baja de la gran pirámide.

El visir recorrió varias veces el camino que habían tomado los ladrones; luego examinó la copa. La dolerita, una de las rocas graníticas más duras y más difíciles de trabajar, conservaba huellas de un producto muy graso.

Intrigado, Pazair consultó con el laboratorio del templo de Ptah, donde los especialistas identificaron el aceite de piedra[4], cuyo uso estaba prohibido en Egipto. Al arder, el combustible manchaba las paredes de las tumbas y ensuciaba los pulmones de los artesanos.

El visir exigió una rápida investigación por parte de los mineros del desierto de occidente y del servicio encargado de las mechas y los aceites de alumbrado. Luego se dirigió por primera vez a la sala de audiencia, donde se habían reunido sus principales colaboradores.

Maestro de obras de los trabajos del faraón, director de los equipos de artesanos y de los gremios de oficios, encargado de poner a cada uno en su lugar mostrándole sus deberes y asegurando su bienestar, responsable de los archivos y de la administración del país, superior de los escribas, jefe de los ejércitos, garante de la paz civil y de la seguridad, el visir tenía que pronunciar palabras claras, sopesar los pensamientos, calmar las pasiones, permanecer impasible en las tormentas y llevar a cabo la justicia, tanto en las grandes como en las pequeñas tareas.

Su vestido oficial era un largo y rígido delantal, hecho de un tejido grueso, que le llegaba hasta el pecho; lo sujetaban dos tirantes que pasaban por detrás del cuello. Sobre aquel paño llevaba una piel de pantera; recordaba la necesaria rapidez de intervención del primer

[4] Petróleo

personaje del imperio después del faraón. Una pesada peluca ocultaba sus cabellos y un amplio collar le cubría la parte superior del busto.

Calzado con unas sandalias de tiras y con un cetro en la mano derecha, Pazair pasó entre dos hileras de escribas, subió los peldaños que llevaban al estrado, donde se hallaba una silla de alto respaldo, y, luego, se dio la vuelta para enfrentarse con sus subordinados. A sus pies había una tela roja en la que se habían depositado cuarenta bastones de mando destinados a castigar a los culpables. Cuando el visir colgó una figurita de Maat de su delgada cadena de oro, se abrió la audiencia.

–El faraón indicó claramente los deberes del visir, que no han variado desde la primera dinastía, desde el día en que nuestros padres construyeron este país. Vivimos de la verdad de la que vive el faraón, y seguiremos impartiendo justicia juntos sin hacer diferencias entre el pobre y el rico. Nuestra gloria consiste en hacerla circular por la faz de la tierra, para que permanezca en la nariz de los hombres y expulse de sus cuerpos el mal. Protejamos al débil del fuerte, no escuchemos a los aduladores, opongámonos al desorden y a la brutalidad. Cada uno de vosotros debe ser un ejemplo; quien obtenga beneficio personal de su cargo perderá el título y el puesto. Nadie obtendrá mi confianza por sus hermosos discursos; sólo los actos la alimentarán.

La brevedad del discurso, el rigor de su contenido y la serenidad de la voz dejaron estupefactos a los altos funcionarios. Quienes pensaban aprovecharse de la juventud y la inexperiencia del nuevo visir para prolongar sus períodos de descanso renunciaron inmediatamente a sus proyectos; quienes esperaban ganar con la marcha de Bagey se desilusionaron.

La primera orden pública del visir marcaría el tono. Entre sus predecesores, unos se preocuparon primero del ejército, otros del riego, otros de la fiscalidad.

–Que comparezca el responsable de la producción de miel.

Un viento helado soplaba en el desierto que rodeaba el oasis de Khargeh. El viejo apicultor, condenado a reclusión hasta el final de sus días, pensaba en sus colmenas, grandes jarras donde las abejas construían sus celdillas. Recolectaba la miel sin protección, pues no las temía y era capaz de percibir su menor irritación. ¿No era la abeja uno de los símbolos del faraón, trabajadora infatigable, geómetra, alquimista capaz de crear un oro comestible? De la más roja a la más transparente, el viejo apicultor había recolectado cien calidades de miel, hasta el día en que un escriba envidioso lo había implicado en un robo. Hurtar el precioso alimento, cuyo transporte era vigilado por la policía, suponía un grave delito. Ya no volvería a verterlo en pequeños recipientes numerados y sellados con cera, ya nunca escucharía el zumbido de la colmena, su música preferida. Cuando el sol lloró unas lágrimas, al chocar con el suelo, éstas se habían transformado en abejas. Nacidas de la luz divina, habían construido la naturaleza.

Pero el dios Ra ahora iluminaba un descarnado cuerpo de penado, encargado de cocinar infectos platos para sus compañeros de infortunio. Abandonó sus fogones y siguió a los demás prisioneros.

Una verdadera expedición llegaba al penal: cincuenta soldados, carros, caballos y carretas. ¿No se trataría de un ataque libio? Se frotó los ojos y distinguió los infantes egipcios.
Los guardianes se inclinaron ante un hombre que, sin vacilación, se dirigió hacia la cocina.
Atónito, el anciano reconoció a Pazair.
–¿So... sobreviviste?
–Tus consejos eran buenos.
–¿Por qué has regresado?
–No he olvidado mi promesa.
–¡Huye, pronto! ¡Te cogerán de nuevo!
–Tranquilízate, yo doy las órdenes a los guardias.
–Entonces... ¿vuelves a ser juez?
–El faraón me ha nombrado visir.
–No te burles de un anciano.
Dos soldados se acercaron con un escriba gordo, que lucía una papada.
–¿Lo reconoces? –preguntó Pazair.
–¡Es él! ¡Es el mentiroso que me hizo condenar!
–Te propongo un cambio: él ocupará tu lugar en el penal y tú ocuparás el suyo, a la cabeza del servicio de avituallamiento en miel.
El viejo apicultor se desmayó y cayó en brazos del visir.

Informe claro y conciso: el juez felicitó al escriba. El aceite de piedra, descubierto en gran cantidad en el desierto del oeste, interesaba a los libios en sumo grado. Varias veces habían intentado extraerlo para comercializarlo, pero el ejército del faraón se había interpuesto. Los sabios egipcios consideraban el petróleo, como lo llamaba Adafi, un producto nocivo y peligroso.
Un solo especialista se encargaba, en la corte, de estudiar el combustible para descubrir sus propiedades. Sólo él tenía acceso a las reservas, que se guardaban en un almacén del Estado bajo control militar. Al leer su nombre, el visir dio gracias a los dioses y se dirigió inmediatamente al palacio real.

–He explorado el subterráneo que lleva de la esfinge a la cámara baja de la gran pirámide.
–Que sellen para siempre su acceso –ordenó el faraón.
–Los obreros ya están trabajando.
–¿Qué indicios has descubierto?
–Una copa de dolerita donde quemaron petróleo para iluminarse.
–¿Quién se procuró el producto?
–El especialista encargado de estudiarlo.
–¿Su nombre?
–El químico Chechi, esclavo y chivo expiatorio de Denes.
–¿Sabes dónde encontrarlo?
–Chechi se oculta en casa de Denes, según recientes informaciones que me ha proporcionado Kem.
–¿Tienen cómplices o son el alma de la conjura?
–Lo sabré, majestad.

La señora Tapeni impidió que el carro del visir se pusiera en marcha.

–¡Quiero hablaros!

El teniente encargado de conducir el vehículo y de la seguridad de Pazair blandió su látigo, pero el visir interrumpió su gesto.

–¿Tan urgente es?

Tapeni hizo un arrumaco.

–Mis palabras os apasionarán.

Bajó del carro.

–Sed breve.

–Encarnáis la justicia, ¿no es cierto? Pues bien, estaréis orgulloso de mí. ¿Una mujer engañada, burlada, arrastrada por el fango, no es una víctima?

–Ciertamente.

–Mi marido me humilló, el tribunal lo ha castigado.

–Vuestro marido...

–Sí, vuestro amigo Suti. Su puta libia ha sido expulsada y él condenado a un año de cárcel. Una pena muy leve y una reclusión, en verdad, muy suave; el tribunal lo ha enviado exiliado a Tjaru, en Nubia, donde reforzará la guarnición. Al parecer, el lugar es poco acogedor, pero Suti tendrá el privilegio de colaborar en la defensa de su país contra los bárbaros negros. Cuando vuelva, será destinado a un cuerpo de mensajeros y me pagará una pensión alimenticia.

–Deberíais separaros sin enfrentamientos.

–He cambiado de opinión; lo amo, qué queréis, y no soporto que me lo quiten. Si intervenís en su favor, violaréis la regla de Maat, y lo haré saber.

La sonrisa era amenazadora.

–Suti purgará su pena –admitió el visir rumiando su cólera–. Pero cuando regrese...

–Si me agrede, será acusado de tentativa de asesinato y deportado a un penal. Es mi esclavo, y para siempre. Su porvenir soy yo.

–La investigación sobre el asesinato de Branir no se ha cerrado, señora Tapeni.

–Vos debéis identificar al culpable.

–Es mi más ferviente deseo. ¿No me dijisteis que poseíais ciertos secretos?

–Simple bravata.

–¿O imprudencia? ¿No manejáis muy bien la aguja?

Tapeni pareció turbada.

–En mi oficio, es forzoso.

–Tal vez me haga demasiadas preguntas; ¿no estará el asesino muy cerca de mí?

La hermosa morena no aguantó la mirada del visir y dio media vuelta.

Pazair hubiera debido recurrir al jefe de policía, pero prefirió comprobar la veracidad de las palabras de Tapeni. Así pues, hizo que le llevaran el informe de la audiencia y del juicio referente a Suti. Los documentos confirmaron el drama.

El visir se hallaba en muy mala posición; ¿cómo ayudar a su amigo sin infringir la ley de la que era garante?

Sombrío, indiferente a la tempestad que se preparaba, subió a su carro. Tenía que poner a punto un plan de acción con la ayuda de Kem.

Neferet había tomado algunos minutos de su sobrecargado horario para curar la crisis hepática de Silkis. Pese a su juventud, la esposa de Bel-Tran comenzaba a engordar en cuanto su gula prevalecía sobre su voluntad de adelgazarse.

–Me parecen indispensables dos días de dieta.

–Creí morir... ¡Las náuseas me quitaban el aliento!

–Alivian vuestro estómago.

–Estoy tan cansada... Pero junto a vos, me avergüenzo. Sólo me ocupo de mis hijos y de mi marido.

–¿Cómo se encuentra?

–Muy contento de trabajar a las órdenes de Pazair, ¡lo admira tanto! Ambos, con sus respectivas cualidades, asegurarán la prosperidad del país. ¿No teméis, como yo, la soledad?

–Sean cuales sean nuestros imperativos, nos veremos cada día y nos comunicaremos nuestros pensamientos. Separados de los vínculos que nos unen, fracasaríamos.

–Perdonad mi indiscreción... ¿No deseáis un hijo?

–No antes de haber identificado al asesino de Branir. Hicimos un voto ante los dioses, y lo cumpliremos.

Un negro velo cubría Menfis. Debido a la ausencia de viento, espesas nubes permanecían sobre la ciudad. Muchos perros aullaban. Denes encendió varias lámparas porque la luz se había reducido mucho. Su esposa había tomado un calmante y dormía; el famoso dinamismo de Nenofar había desaparecido dejando paso a un permanente cansancio. Dócil, sumisa, ya no le causaba problemas. Se reunió con Chechi en el taller donde el químico pasaba su tiempo afilando hojas de cuchillos y espadas para aliviar su nerviosismo.

Denes le tendió una copa de cerveza.

–Descansa un poco.

–¿Noticias de Pazair?

–El visir se preocupa por la recolección de miel. Su discurso impresionó a los altos funcionarios, pero son sólo palabras. Las camarillas no tardarán en desgarrarse mutuamente; y no dará la talla.

–Eres optimista.

–¿No es la paciencia una cualidad fundamental? Si Qadash lo hubiera comprendido, seguiría estando en este mundo. Mientras el nuevo visir se agite, gozaremos de los placeres de la existencia, a la espera de los del poder absoluto.

–Tener algunos meses más: ése es mi único sueño.

–Discreto, eficaz, infatigable... Serás un notable estadista. Gracias a ti, la ciencia egipcia dará un gigantesco paso hacia adelante.

–El petróleo, las drogas, la metalurgia... Este país está mal explotado. Desarrollando las técnicas que Ramsés desdeña, nos libraremos de las tradiciones.

La exaltación de Chechi desapareció.

–Hay alguien fuera.

–No he oído nada.

–Voy a verificarlo.

–Sin duda será un jardinero.

–Nunca merodean por el taller.

Desconfiado, Chechi miró a Denes.

–¿No habrás citado al devorador de sombras?

Los rasgos del transportista se endurecieron.

–Qadash se alejó del buen camino, tú no.

Un relámpago cruzó el cielo, después cayó el rayo. El químico salió del taller, dio unos pasos hacia la mansión y regresó corriendo hacia Denes. Éste nunca había visto tan pálido a su cómplice; sus dientes castañeteaban.

–¡Un fantasma!

–Tranquilízate.

–¡Una forma más negra que la noche con una llama en vez de rostro!

–Sobreponte y ven conmigo.

Reticente, el químico aceptó.

El ala izquierda de la mansión ardía.

–¡Agua, pronto!

Denes corrió, pero una forma negra que pareció brotar del incendio le cerró el paso. El transportista retrocedió. El fantasma blandía una antorcha.

–¿Quién... quién sois?

Recuperando parte de su sangre fría, Chechi tomó un puñal del taller y se dirigió al extraño adversario. El espectro le plantó la antorcha en la cara. La carne crepitó, el químico lanzó un aullido y cayó de rodillas intentando arrancar el objeto de su suplicio. La criatura recogió el puñal que el químico había soltado y lo degolló.

Horrorizado, Denes corrió hacia el jardín. La voz del fantasma lo dejó clavado.

–¿Todavía quieres saber quién soy?

El hombre se dio la vuelta. Quien lo desafiaba era un ser humano, no un demonio del otro mundo. El espanto dio paso a la curiosidad.

–Mira, Denes. Mira tu obra y la de Chechi.

Estaba tan oscuro que el transportista tuvo que acercarse.

A lo lejos se oyeron gritos. Comenzaban a descubrir el incendio.

El fantasma se quitó el velo. El fino rostro ya sólo era una llaga mal cicatrizada.

–¿Me reconoces?

–¡Princesa Hattusa!

–Me destruiste y yo te destruyo.

–Habéis asesinado a Chechi...

–He castigado a mi verdugo. El crimen cae sobre el que ha matado y se apodera de él.

Introdujo el puñal en las llamas, como si su mano fuera insensible.

–No escaparás, Denes.

Hattusa se acercó a él con la hoja al rojo vivo. Habría podido derribarla de un empujón, pero la locura de la princesa hitita lo disuadió de enfrentarse con ella. La policía se encargaría de detenerla.

Un relámpago cruzó el cielo, el rayo cayó sobre la mansión, una lengua de fuego se desprendió de la pared que, al caer, prendió en las ropas de Denes. El hombre se tambaleó y se revolcó en el suelo para apagar las llamas.

No vio surgir al fantasma del rostro muerto.

CAPÍTULO 41

Kem vigiló el convoy hasta la frontera. Hattusa, sentada en la parte trasera de un carro, permanecía tan inerte como una estatua sin alma. Cuando la había interpelado, en el lugar de la tragedia, no había puesto resistencia alguna. Algunos servidores, que habían acudido a apagar el incendio, la habían visto arrastrar hasta las llamas los cadáveres de Chechi y Denes.

Una violenta lluvia había caído sobre Menfis, apagando el fuego y lavando la sangre en las manos de la princesa hitita.

La criminal no respondió a ninguna de las preguntas del visir, tan conmovido que su voz temblaba. En cuanto relató los hechos a Ramsés, éste ordenó a los momificadores que prepararan sumariamente los cuerpos de los dos conjurados y los enterraran en un lugar apartado, lejos de cualquier necrópolis, sin rito alguno; por medio de Hattusa, el mal había golpeado a los hombres de las tinieblas.

Con el acuerdo del visir, el rey decidió devolver la princesa a su país; el anuncio de aquella liberación, que tanto había esperado la mujer, no produjo, sin embargo, reacción alguna. Con la mirada ausente, rota, Hattusa bogaba por mundos inaccesibles para quien no fuera ella.

El documento oficial que Kem entregó a un oficial hitita hablaba de una enfermedad incurable, y del necesario regreso de la princesa a su familia. El honor del soberano extranjero quedaba a salvo, ningún incidente diplomático turbaría una paz tan difícilmente adquirida.

Bajo la vigilante dirección de Pazair, unos obreros registraron los escombros de la mansión de Denes, y reunieron sus escasos hallazgos. Ramsés en persona los examinó. Se creyó que el rey demostraba así su interés por el trágico destino del transportista y el químico, pero buscaba en vano un rastro del testamento de los dioses, robado en la gran pirámide.

La decepción fue cruel.

–¿Han desaparecido todos los conjurados?

–Lo ignoro, majestad.

–¿De quién sospecháis?

–Denes me parecía el jefe. Intentó manipular al general Asher y a la princesa Hattusa para establecer vínculos con las potencias extranjeras; sin duda, preparaba un cambio de política, basado en el comercio.

–Sacrificar el espíritu de Egipto al materialismo ambiental... ¡Qué pernicioso proyecto! ¿Lo ayudó su esposa?

–No, majestad. Ni siquiera es consciente de que su marido intentó suprimirla. Sus servidores la salvaron; ha abandonado Menfis y vive en

casa de sus parientes, al norte del delta. Según los médicos que la han examinado, ha perdido la razón.

–Ni ella ni Denes tenían envergadura necesaria para aspirar al trono.

–Suponed que el transportista hubiese tenido en su casa el testamento; ¿no habría ardido en el incendio? Si nadie puede mostrarlo durante la fiesta de regeneración, ni vos ni vuestro adversario, ¿qué sucederá?

Renacía una pequeña esperanza.

–Como visir, reunirías a las autoridades del país y les explicarías la situación; luego te dirigirías al pueblo. Por mi parte, yo celebraría una era de renovación de los nacimientos, señalada por la redacción de un nuevo pacto con los dioses. Tal vez fracasara, pues el proceso es largo y difícil, pero al menos no tomaría el poder un hombre de las tinieblas. Deseo que tengas razón, Pazair; deseo que Denes fuera el instigador de la conjura.

Como cada anochecer, las golondrinas danzaban sobre el jardín donde Pazair y Neferet se encontraban tras una intensa jornada de trabajo. Los rozaban lanzando un alegre y agudo grito, revoloteaban a toda velocidad, trazaban grandes curvas en el cielo azul del invierno.

Resfriado, con la respiración dificultada, el visir había obtenido una consulta seria del médico en jefe.

–Mi frágil salud debería impedirme ocupar ese cargo.

–Es un regalo de los dioses –estimó Neferet–, porque te obliga a reflexionar en vez de lanzarte como un corderito. Además, en nada disminuye tu energía.

–Me pareces ansiosa.

–Dentro de una semana presento al consejo de los facultativos las medidas que deben tomarse para mejorar la salud pública. Algunas no les gustarán, pero las considero indispensables. Será un duro enfrentamiento.

Bravo y Traviesa habían pactado una tregua. El perro dormía a los pies de su dueño, la pequeña mona verde bajo la silla de su dueña.

–La fecha de la fiesta de regeneración ha sido proclamada en todo el país –reveló Pazair–; en la próxima crecida, Ramsés el Grande renacerá.

–¿Se ha manifestado otro conjurado desde la desaparición de Denes y Chechi?

–Ninguno.

–Por lo tanto, el testamento ha desaparecido entre las llamas.

–Es lo más probable.

–Pero sigues dudando.

–Conservar en casa un documento de tanto valor me parece aberrante; pero Denes era tan pretencioso que se creía invulnerable.

–¿Suti?

–La sentencia se dictó correctamente.

–¿Cómo actuar?

–No veo solución jurídica.

–Si organizas una evasión, prepara un golpe magistral.

–Lees demasiado bien en mis pensamientos. Esta vez, Kem no me ayudará; si el visir participa en una acción de este tipo, Ramsés recibirá las consecuencias y el prestigio de Egipto sufrirá. Pero Suti es mi amigo, y nos juramos ayuda y asistencia en cualquier situación.

–Reflexionemos juntos; hazle saber, al menos, que no lo abandonas.

Sola y sin armas, con decenas de kilómetros por delante, un odre de agua y algunos pescados secos por todo viático, Pantera no tenía muchas posibilidades de sobrevivir. La policía egipcia la había abandonado en la frontera con Libia, ordenándole regresar a su país y no volver nunca a la tierra de los faraones, so pena de una pesada condena.

En el mejor de los casos, sería descubierta por una banda de beduinos ladrones, violada y mantenida con vida hasta que aparecieran sus primeras arrugas.

La rubia libia volvió la espalda a su país natal.

Nunca abandonaría a Suti. Desde el noroeste del delta hasta el fuerte nubio donde su amante estaba encerrado, el viaje sería interminable y peligroso. Debería recorrer malos caminos, encontrar agua y alimento, escapar a las pandillas de merodeadores. Pero la señora Tapeni no saldría victoriosa de su combate a distancia.

–¿Soldado Suti?

El joven no respondió al oficial.

–Un año de régimen disciplinario en mi fortaleza... Los jueces te han hecho un buen regalo, muchacho. Tendrás que mostrarte digno de él. De rodillas.

Suti lo miró a los ojos.

–Un cabeza dura... Me gusta. ¿No aprecias este lugar?

El prisionero miró a su alrededor. Las orillas de un Nilo salvaje, el desierto, las colinas abrasadas por el sol, un cielo de un azul intenso, un pelícano que pescaba y un cocodrilo descansando en una roca.

–Tjaru no carece de encanto. No merece vuestra presencia.

–Y, además, bromista. ¿Hijo de rico, también?

–No podéis imaginar la magnitud de mi fortuna.

–Me impresiona.

–Pues sólo es el comienzo.

–De rodillas. Cuando se habla con el comandante de esta fortaleza, se hace con cortesía.

Dos soldados golpearon en la espalda a Suti. Éste cayó boca abajo.

–Así está mejor. No has llegado para descansar, muchacho. Mañana mismo montarás guardia en nuestro puesto más avanzado; sin armas, claro. Si una tribu nubia ataca, podremos saberlo gracias a ti. Sus torturas son tan eficaces que los aullidos de las víctimas se oyen desde muy lejos.

Rechazado por Pazair, separado para siempre de Pantera, olvidado por todos, Suti no saldría vivo de Tjaru, a menos que el odio le diera fuerzas para vencer su destino. Su oro le aguardaba, la señora Tapeni también.

Bak tenía dieciocho años. Nacido en una familia de oficiales, era más bien bajo, trabajador y valeroso. Sus cabellos eran negros, el rostro distinguido, y tenía una voz cantarina y firme; tras haber dudado entre la carrera de las armas y las paletas del escriba, había entrado al servicio de los archivos, justo antes del nombramiento de Pazair. Al último que llegaba le incumbían las tareas más desagradables, especialmente la clasificación de los documentos utilizados por el visir cuando estudiaba un caso. Por eso, Bak tuvo en sus manos las piezas referentes al petróleo; tras la muerte de Chechi, ya no tenían interés.

Meticuloso, las colocó en una caja de madera que el propio visir sellaría y que sólo podría abrirse de nuevo cuando él lo ordenara. La operación hubiera debido ser breve, pero Bak tuvo la precaución de examinar cada papiro. Fue una buena idea. En uno de ellos faltaba la anotación del visir, lo que significaba que no había leído el texto. El detalle parecía sin importancia, porque el asunto se archivaba; sin embargo, el joven archivero redactó un informe y lo entregó a su superior para que lo hiciera llegar por vía jerárquica.

Pazair exigía leer todas las notas, observaciones y críticas redactadas por sus subordinados, fuera cual fuese su grado; así descubrió la nota de Bak.

El visir convocó al funcionario cuando la mañana ya estaba terminando.

–¿Qué habéis observado de anormal?

–Falta vuestro sello en el informe de un empleado del Tesoro que fue revocado.

–Mostrádmelo.

De hecho, Pazair descubrió un documento inédito. Sin duda, un escriba de su propia administración se había olvidado de incluirlo en el estuche de los papiros relativos al petróleo.

"Un grano de arena en un mecanismo", pensó el visir recordando al pequeño juez de provincias que, sólo preocupado por el trabajo bien hecho, había descubierto un cáncer que se disponía a destruir Egipto.

–A partir de mañana, os encargaréis del control de los archivos y me indicaréis directamente las anomalías. Nos veremos cada día al comenzar la mañana.

Al salir del despacho del visir, Bak corrió hacia la calle; al aire libre, dejó escapar un grito de alegría.

–La entrevista me parece algo solemne –estimó Bel-Tran relajado–; habríamos podido almorzar en casa.

–Sin pretender ser ceremonioso –declaró Pazair–, creo que vos y yo debemos someternos a nuestras respectivas funciones.

–Vos sois el visir, yo el director de la Doble Casa blanca y el responsable de la economía; de acuerdo con la jerarquía, os debo obediencia. ¿He traducido bien vuestro pensamiento?

–De ese modo, trabajaremos en armonía.

Bel-Tran se había engordado, su redondo rostro se hacía lunar. Pese a la calidad de sus tejedoras, seguía llevando un paño demasiado estrecho.

–Vos sois un especialista en finanzas, yo no; vuestros consejos serán muy útiles.

–¿Consejos o directrices?

–La economía no debe prevalecer sobre el arte de gobernar, los hombres no viven sólo de bienes materiales. La grandeza de Egipto brota de su visión del mundo, no de su poder económico.

Los labios y la nariz de Bel-Tran se fruncieron, pero no respondió.

–Me preocupa una minucia. ¿Os habéis ocupado del petróleo?

–¿Quién me acusa?

–La palabra es excesiva. El informe de un funcionario al que vos despedisteis os cuestiona.

–¿Cuáles son sus acusaciones?

–Al parecer, durante un corto período, levantasteis la prohibición de explotar petróleo en una zona bien delimitada del desierto del oeste y autorizasteis una transacción comercial de la que obtuvisteis un importante porcentaje. Una operación puntual y muy lucrativa. Sin más ilegalidades, por lo demás, puesto que obtuvisteis el acuerdo del especialista, el químico Chechi. Pero éste era un criminal, comprometido en una conjura contra el Estado.

–¿Qué insinuáis?

–Esta relación me incomoda. Sin duda, se trata de una coincidencia desafortunada; solicito una explicación a título amistoso.

Bel-Tran se levantó. Su fisonomía cambió con tanta brutalidad que Pazair quedó pasmado. Unos rasgos coléricos y arrogantes sucedieron al rostro afable y cálido. La voz, nerviosa pero ponderada por lo general, se cargó de violencia y agresividad.

–Una explicación a título amistoso... ¡qué ingenuidad! ¡Cuánto tiempo para comprender, mi querido Pazair, visir de pacotilla! ¿Qadash, Chechi y Denes cómplices míos? Digamos mis devotos servidores, tuvieran o no conciencia de ello. Si os apoyé contra esos tres fue a causa de las estúpidas ambiciones de Denes; deseaba ocupar el puesto de director de la Doble Casa blanca y controlar las finanzas del país. El papel sólo podía ser para mí; era una simple etapa para apoderarme del visirato, ¡que vos me habéis robado! Toda la administración me reconocía como el más competente, los cortesanos sólo pronunciaban mi nombre cuando el faraón les consultaba; y el rey os eligió a vos, oscuro juez destituido. Buena maniobra, querido; me dejasteis asombrado.

–Os equivocáis.

–¡Yo no, Pazair! El pasado no me interesa. O jugáis vuestro propio juego, y lo perdéis todo, o me obedecéis y seréis muy rico, sin tener las preocupaciones de un poder que sois incapaz de asumir.

–Soy el visir de Egipto.

–No sois nada, pues el faraón está condenado.

–¿Significa eso que estáis en posesión del testamento de los dioses?

Un rictus de satisfacción apareció en el rostro lunar del financiero.

–De modo que Ramsés ha confiado en vos. ¡Qué error! Realmente ya no es digno de reinar. Basta de palabras, querido amigo; ¿estáis conmigo o contra mí?

–Nunca he sentido tanto asco.

–Vuestras emociones no me interesan.

–¿Cómo podéis soportar vuestra propia hipocresía?

–Es un arma más útil que vuestra ridícula probidad.

–¿Sabéis que la rapacidad es el peor de todos los males y que os privará de sepultura?

Bel-Tran soltó una carcajada.

–Vuestra moral es la de un niño retrasado. Los dioses, los templos, las moradas de eternidad, los rituales... todo eso es irrisorio y está superado. No tenéis conciencia alguna del nuevo mundo en el que estamos entrando. Tengo grandes proyectos, Pazair; y los pondré en marcha antes

incluso de expulsar a Ramsés, ese rey esclerótico, partidario de tradiciones ya superadas. ¡Abrid los ojos, mirad el porvenir!

–Restituid los objetos robados en la gran pirámide.

–El oro es un metal raro y de gran valor; ¿por qué inmovilizarlo en forma de objetos rituales que sólo contempla un muerto? Mis aliados los fundieron. Dispongo de una fortuna suficiente para adquirir muchas conciencias.

–Puedo haceros detener inmediatamente.

–No, no podéis. Con un solo gesto acabaría con Ramsés y os arrastraría en su caída. Pero ya actuaré cuando llegue mi hora, de acuerdo con el plan previsto. Encarcelarme o suprimirme no detendría su marcha. Vos y vuestro rey estáis atados de pies y manos. No sigáis a un muerto viviente, poneos a mi servicio. Os concedo una última oportunidad, Pazair; aprovechadla.

–Os combatiré sin tregua.

–Dentro de menos de un año, vuestro nombre será borrado de los anales. Aprovechaos de vuestra hermosa mujer; a vuestro alrededor, todo se derrumbará muy pronto. Vuestro universo está carcomido, yo he roído las vigas que lo sostenían. Peor para vos, visir de Egipto; lamentaréis haberme menospreciado.

El faraón y su visir hablaban en la cámara secreta de la Casa de la Vida de Menfis, lejos de ojos y oídos.

Pazair reveló la verdad a Ramsés.

–Bel-Tran, el fabricante de papiro, el notable encargado de difundir los grandes textos, el responsable de la economía del país... le sabia negociante, ambicioso y aficionado al beneficio, pero no concebí que fuera un traidor, un destructor.

–Bel-Tran ha tenido tiempo de tejer su tela, establecer complicidades en todas las clases de la sociedad, gangrenar la administración.

–¿Lo destituirás inmediatamente?

–No, majestad. El mal ha descubierto por fin su rostro; ahora tenemos que entender su estrategia e iniciar una lucha sin merced.

–Bel-Tran tiene el testamento de los dioses.

–Probablemente no está solo; suprimirlo no nos aseguraría la victoria.

–Nueve meses, Pazair; nos quedan nueve meses, como en una gestación. Declara la guerra, identifica a los aliados de Bel-Tran, desmantela sus fortalezas, desarma a los soldados de las tinieblas.

–Recordemos las palabras del anciano sabio Ptahhotep: «Grande es la Regla, duradera su eficacia; no ha sido perturbada desde los tiempos de Osiris. La iniquidad es capaz de apoderarse de la cantidad, pero el mal nunca llevará su empresa a buen puerto. No te entregues a una maquinación contra la especie humana, pues Dios castiga semejante comportamiento.»

–Vivía en tiempos de las grandes pirámides y era visir, como tú. Deseemos que tenga razón.

–Sus palabras han atravesado los tiempos.

–No está en juego mi trono, sino la civilización de mañana. Prevalecerá la justicia, o la traición.

Desde la tumba de Branir, Pazair y Neferet contemplaron la inmensa necrópolis de Saqqara, que dominaba la pirámide escalonada del faraón Zóser. Los sacerdotes del ka, servidores del alma inmortal, cuidaban los jardines de las tumbas y depositaban ofrendas en los altares de las capillas abiertas a los peregrinos. Unos talladores de piedra restauraban una pirámide del Imperio Antiguo, otros excavaban una sepultura. La ciudad de los muertos vivía una serena vida.

–¿Qué has decidido? –preguntó Neferet a Pazair.

–Luchar. Luchar hasta el final.

–Descubriremos al asesino de Branir.

–¿No ha sido castigado ya? Denes, Chechi y Qadash han desaparecido en horribles circunstancias; la ley del desierto condenó al general Asher.

–El culpable sigue vivo –afirmó Neferet; cuando el alma de nuestro maestro conozca por fin la paz, aparecerá una nueva estrella.

La cabeza de la joven se posó dulcemente en el hombro del visir. Alimentado por su fuerza y con su amor, el juez de Egipto se lanzaría a un combate perdido de antemano, con la esperanza de que la felicidad de la tierra divina no desapareciera de la memoria del Nilo, del granito y de la luz.